



# HISTORIAS DE MIGRANTES

GOBIERNO  
FEDERAL

2009

SEGOB

SRE



Vivir Mejor

# **HISTORIAS DE MIGRANTES**

**2009**

©CONSEJO NACIONAL DE POBLACIÓN

Hamburgo 135, col. Juárez

C. P. 06600, México, D. F.

[www.conapo.gob.mx](http://www.conapo.gob.mx)

INSTITUTO DE LOS MEXICANOS EN EL EXTERIOR

[www.ime.gob.mx](http://www.ime.gob.mx)

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

[www.conaculta.gob.mx](http://www.conaculta.gob.mx)

*Historias de Migrantes 2009*

Mayo de 2010

ISBN: 970-628-951-8

Ilustración de la portada:

*XVI Concurso de Dibujo Infantil y Juvenil*

Título: "Mi fuerza mi motivo"

Autor: Jonathan Wilfrido Reyes Montero

Diseño y formación:

Maritza Moreno Santillán

Myrna Muñoz del Valle

Se permite la reproducción total o parcial  
sin fines comerciales, citando la fuente.

Impreso en México

*Reconocimientos*

*A todos los integrantes del Jurado Calificador:*

Patricia de los Ríos Lozano  
Miriam Morales Sanhueza  
Álvaro Enrigue Soler  
Marcela Terrazas Basante  
Michael Twomey Valdés

*A los enlaces institucionales:*

Atala Pérez (IME)  
Héctor Noriega Valencia (IME)  
Dulce María Zamora Lezama (IME)  
Myriam Rudoy Callejas (CONACULTA)  
Beatriz Mansur Macías (CONAPO)  
Napoleón Camacho Brandi (CONAPO)

*A los compañeros de la Secretaría General del CONAPO,  
por el acopio, clasificación, transcripción y revisión  
de las historias:*

Araceli Franco Santillán  
Cristina Gil Villegas  
Gabriela Tapia Berrón  
Irma Escamilla Cruz  
Roberto Hernández Hernández  
Luz María Elizalde Paredes  
Verónica Noguez González  
Norma Hernández Sánchez

El día 10 de diciembre de 2009, el Jurado Calificador del Tercer Concurso de Historias de Migrantes, integrado por Patricia de los Ríos Lozano, Miriam Morales Sanhueza, Álvaro Enrígue Soler, Marcela Terrazas Basante y Michael Twomey Valdés, otorgó los siguientes primeros lugares: en la categoría A, residentes en México, a Joel Dante Arceo Millán, Sofía Yolanda Camacho Padilla y María Vázquez Pufleau; en la categoría B, residentes en Estados Unidos, a Anselmo Rascón Figueroa, Pedro Zagitt Espinosa Villaseñor y Blanca Zendejas Nienhaus; en la categoría C, residentes en el resto del mundo, a La Otra Bruja de Abril (seudónimo pues prefiere guardar su anonimato).

Además, el jurado resolvió conceder Mención Honorífica a Bernabé Antonio Sebastián, Susannah Glusker Brenner, Óscar Martínez Cervantes, Flor de la Selva (seudónimo pues prefiere guardar su anonimato), Ezequías Castillo López, Jesús Hernández Jesús, Sofía Molina-Moshkov, Susana Leticia Báez Ayala, Luis Julián Montero Palma y Jair Solís Macías.

Las historias se publican sin mayores intervenciones y en la preparación de la edición sólo se hicieron mínimos cambios ortográficos y de puntuación, cuando fue estrictamente necesario.

# Índice

Presentación / 7

## I Parte, categoría A

### Participantes residentes en México

---

#### Ganadores:

Cuando los barrios de Los Ángeles dejaron de ser guetos.

La llegada en La Placita Olvera / 15

*Joel Dante Arceo Millán (Dante Millán)*

Viaje redondo / 37

*Sofía Yolanda Camacho Padilla (Mary)*

¡Púchica! Qué difícil... / 55

*María Vázquez Puffleau (Marillita)*

#### Menciones honoríficas:

Emigración indígena / 69

*Bernabé Antonio Sebastián (Palin)*

El viento que sembró México y regresó / 79

*Susannah Glusker Brenner (Bárbara Méndez)*

Nunca es tarde / 93

*Óscar Martínez Cervantes (Xilet)*

Los caminos a construir / 113

*Flor de la Selva*

## II Parte, categoría B

### Participantes residentes en Estados Unidos

---

#### Ganadores:

El sueño americano / 123

*Anselmo Rascón Figueroa (Chemo)*

De pe a pa / 147

*Pedro Zagitt Espinosa Villaseñor (Magay)*

Cada quien desde su trinchera / 167  
*Blanca Zendejas Nienhaus (Tulix)*

**Menciones honoríficas:**

Una migración motivada por la educación con un propósito claro / 197  
*Ezequías Castillo López (El Caminante del Mayab)*

El boxeador / 221  
*Jesús Hernández Jesús (Sin seudónimo)*

Tesoro nacional o cómo no deprimirse en Portland / 245  
*Sofía Molina-Moshkov (Suripanta Angelina)*

**III Parte, categoría C**

**Participantes residentes en el resto del mundo**

---

**Ganadora:**

El triple exilio / 257  
*La Otra Bruja de Abril*

**Menciones honoríficas:**

Mujeres migrantes, sueños y realidades complejas / 271  
*Susana Leticia Báez Ayala (Mariquita Linda)*

Migrante en Bulgaria "Los viajes ilustran pero la Casa..." 1985-2009 / 283  
*Luis Julián Montero Palma (Balkanski)*

El despertar de una historia / 307  
*Jair Solís Macías (El escribano)*

## Presentación

La migración ha sido siempre una parte muy importante en la construcción y desarrollo de todos los pueblos y naciones. Imprime a la humanidad una mayor dinámica cultural, permitiéndole a ésta ser diversa, rica, fuerte y creativa. La migración se compone tanto de una parte física como una intangible. Cada cuerpo que se desplaza de un territorio a otro lleva consigo todo un bagaje cultural y emocional que se confronta y negocia con aquel que le espera en la comunidad de destino. Del cruce de estos dos mundos culturales, y no solamente del cruce de fronteras, es que se crean nuevas vías de desarrollo para los pueblos.

No obstante tal riqueza, estos encuentros no suelen ser equitativos. Un mundo se adapta y otro envuelve y domina. El migrante es alguien que está en principio doblemente afuera: de su espacio vital original y de la comunidad a la que llega. Esta exclusión y distancia marcan el inicio de la relación con otro espacio físico y cultural. A partir de ese momento empieza para el recién llegado un largo trayecto de aprendizaje, adaptación y resistencia a las nuevas normas, reglas, símbolos y visiones del mundo. Del resultado de este proceso dependerá en gran parte que en el futuro pueda integrarse y aportar económica y culturalmente a su nueva comunidad. Sin embargo, a pesar de estas relaciones asimétricas, las sociedades receptoras también son transformadas por los migrantes: las enriquecen y las fortalecen.

De esta manera es como la migración se convierte en un proceso complejo tanto individual como social, que no puede ser sólo “medido” por la cantidad de cruces, por la cantidad de personas, en este caso de mexicanos, que deciden o pueden establecerse en otro país, sino también por las relaciones que desatan y los efectos que estas relaciones tienen en materia cultural, afectiva, psicológica y familiar. Y para recuperar estas experiencias de vida, las instituciones involucradas en este concurso recurrimos a los protagonistas de estos procesos, a fin de que nos permitan tener una visión más completa, compleja y dinámica del fenómeno.

Las 480 historias recibidas de nuestros migrantes dan cuenta, por un lado, de la necesidad de expresión de sus experiencias vitales, catárticas y transformadoras de su realidad; y, por otro, de una voluntad de construir colectivamente una memoria del intenso movimiento migratorio que vivimos actualmente. Es la recuperación de un tiempo liminar porque sucede entre dos culturas y entre espacios antropológicos superpuestos. Son historias que también nos hablan de la construcción de nuevas formas de comunidad basadas en la solidaridad y la idea de pertenencia a un pueblo y a una cultura con tradición histórica, pero que, sin embargo, se abre a nuevas experiencias, ideas y concepciones del mundo a través del crecimiento personal que implica vencer obstáculos, superar dificultades y encontrar una nueva forma de vida. En este proceso existen hibridaciones y pérdidas, pero en el contraste con el mundo la mayoría se reconoce como perteneciente a un espacio simbólico e íntimo: ser mexicano.

Las 7 historias ganadoras y las 10 menciones honoríficas nos adentran desde diferentes perspectivas a la vida de los migrantes y nos reflejan cómo sus acciones, experiencias y sueños van construyendo logros personales y familiares, que finalmente se traducen en beneficios para la sociedad que las recibe y para la sociedad que dejan atrás.

Sus encuentros y desencuentros con su cultura y las otras culturas a donde llegan conforman a seres fuertes y con esperanza en mejorar su calidad de vida y mejorar los espacios y tiempos que habitan. Al final, los logros de los inmigrantes son mantener y enriquecer las relaciones entre países y sus formas características de ver el mundo, relaciones hechas de afectos, deseos y mucho esfuerzo.

La historia de **Joel Dante Arceo Millán** (Dante Millán), ganador en la categoría de México, **“Cuando los barrios de Los Ángeles dejaron de ser guetos. La llegada en la Placita Olvera”**, transmite sus logros personales para sobrevivir, su esfuerzo para poner un negocio de envíos y la entrañable solidaridad que se da entre migrantes tanto mexicanos como de otras naciones. Al mismo tiempo, nos muestra las tensiones sociales de diversos barrios de Los Ángeles, California, —que terminan en un estallido de ira ante la liberación de los cargos a los policías que golpearon a Rodney King, —tensiones aún presentes debido a la injusticia y explotación de que son víctimas los migrantes.

**Sofía Yolanda Camacho Padilla** (Mary), ganadora en la categoría A con la obra **“Viaje redondo”**, narra cómo transita su niñez, adolescencia y juventud en un ir y venir entre dos mundos y cómo esas experiencias enriquecieron su vida, modelando un carácter exigente que siempre pide más y no se conforma.

**María Vázquez Pufleau** (Marillita), también ganadora en la misma categoría, con la historia **“¡Púchica! Qué difícil...”**, cuenta cómo el proceso migratorio puede transformarse en un calvario y no sólo para nuestros migrantes, sino también para los migrantes centroamericanos; asimismo nos relata su dedicación a la ayuda de estos migrantes que pasan por nuestro país y que sufren los pesares de un doble cruce de fronteras.

**Anselmo Rascón Figueroa** (Chemo), ganador de la categoría B, *Residentes en EUA*, con la historia **“El sueño**

**americano”** nos relata cómo su padre de origen español migró a México y cómo él después lo hace a EUA. Narra su esfuerzo y tenacidad para abrirse paso en este país. En la historia también conocemos su compromiso por ayudar a los migrantes que a diario cruzan con riesgo la frontera.

**Pedro Zagitt Espinosa Villaseñor** (Magay), también ganador en la categoría B, por medio de la historia **“De pe a pa”** nos muestra dos visiones de la migración: la placentera y enriquecedora de su viaje a Brasil y la otra obligada por motivos económicos. En las dos utiliza el contraste entre la sociedad a donde llega y la mexicana: coincidencias, divergencias pero al final su visión penetrante sobre la condición humana y sus contradicciones hace que las diferentes sociedades tengan en común muchas cosas, deleitándonos con una fina dosis de humor.

**Blanca Zendejas Nienhaus** (Tulix), tercera ganadora de la categoría B. En **“Cada quien desde su trinchera”** nos describe el largo e intenso proceso de toma de conciencia y de acción por defender los derechos humanos y la cultura de los migrantes en EUA. Nos deja la lección de la perseverancia y de la lucha por mantener la dignidad y el respeto por aquella comunidad que se reencuentra en otro país bajo condiciones de desigualdad y persecución.

**La otra bruja de abril**, ganadora de la categoría C, *Resto del mundo*, a través de su historia **“El triple exilio”** nos conduce en su proceso de transformación interna que la lleva poco a poco a reconocer los vínculos que las diversas culturas construyen y nos muestra cómo esa conciencia la convierte en triple exiliada: de su país, del país a donde llega y de ella misma. Exilio que sin duda enriquece su vena literaria y poética pero que termina sacándola de la visión estrecha de artista como luz irradiadora y expresiva y la lleva hacia una visión en la que se

convierte en descubridora de vínculos y construcciones invisibles que dan carácter a pueblos y que se concretan en historias cotidianas, personales y únicas.

Asimismo, cabe destacar que las 10 historias galardonadas con la categoría de Mención Honorífica representan excelentes trabajos de narración, muy interesantes por las diferentes perspectivas que nos brindan y constituyen, sin duda, testimonios muy valiosos en un sentido humano, social y cultural.

El Consejo Nacional de Población, el Instituto de los Mexicanos en el Exterior y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes se sienten honrados por la confianza depositada de cientos de participantes en este Concurso *Historias de migrantes 2009* y refuerzan su convicción de seguir manteniendo abiertos estos espacios de contacto con la ciudadanía para que las instituciones estén más cerca de comprender de una manera más profunda y humana la problemática de aquellos que migran y así estar en condiciones de mejorar sensiblemente las políticas en materia migratoria.

Mtro. Félix Vélez Fernández Varela  
Secretario General



## I Parte

---

*Categoría A*  
*Participantes residentes en México*



# Cuando los barrios de Los Ángeles dejaron de ser guetos.

## La llegada en La Placita Olvera

Joel Dante Arceo Millán (Dante Millán)

*Categoría A / Ganador*

**A** las cinco de la mañana todos los días era necesario levantarse a buscar trabajo, no importa si hacía frío, el estómago no espera.

En el Santuario de migrantes conocido como “Iglesia Nuestra Señora Reina de los Ángeles”, ubicada en el 100 del Boulevard Sunset en el sector conocido como La Placita Olvera de la ciudad de Los Ángeles, California, sólo te dejaban estar a partir de las nueve de la noche, si llegabas tarde tenías que dormir en otro lado, o sea, debajo de un puente, en la vía pública.

La calle era la alternativa más peligrosa por esos rumbos del centro de la ciudad, pues los numerosos menesterosos, asaltantes y pandilleros, pero sobre todo la policía que vigilaba la zona representaba un problema para quienes buscábamos refugiarnos debajo de los árboles para protegernos del sol y refrescarnos, luego de caminar y caminar por el trazo de las rectas y larguísimas calles de duro cemento en busca de un empleo.

El Pueblo de Los Ángeles es un corredor turístico donde hay una plazuela con kiosco, y la famosa calle Olvera, cuyos museos muestran a los visitantes las primeras casitas de adobe que se levantaron en el pueblo.

El barrio, convertido ahora en museo, ilustra ampliamente para conocer el surgimiento de esa superlativa y destacada

ciudad bañada por el rocío de los bosques de las frías montañas, coronada en un inmenso y cálido valle, totalmente urbanizado, el más extenso del mundo en casas y comercios, hasta el otro extremo que ya no permite más asentamientos humanos, pues el majestuoso océano detiene la descomunal mancha urbana llena de almas que llegan en busca del codiciado papel verde.

En la manchita del pueblito de Los Ángeles quedó entre majestuosos y modernos edificios que la ocultan del hastío de la gran ciudad, ahora ocupada por millones de almas que llegaron igual que nosotros, sin nada que comer, pero con mucha fe.

Cada semana era un martirio buscar un lugar donde bañarse, pero el deambular y preguntar de un lado a otro tenías la oportunidad de lograr que un camión de la Salvation Army te llevara a otro refugio a cenar algo caliente y darte un baño de agua tibia. Era como sacarte la lotería. Los trabajitos que lograbas de eventual en los alrededores apenas te alcanzaban para comer algo extra o para el transporte en busca del sustento.

Una mañana, un par de tipos de color llegaban a los alrededores de La Placita Olvera a ofrecer trabajo, los que alcanzábamos lugar en las *vans* entonces teníamos la oportunidad de repartir volantes por varias horas en algunos suburbios de Los Ángeles.

Al menos, un logro que te servía para conocer la ciudad, pero además el raquítico salario por entregar papeles en las casas apenas te alcanzaba más que para una soda y un *hot dog*. La mayor parte del sueldo se lo llevaban el par de sujetos que cobraban a una agencia de trabajo, y mientras se iban a desayunar tenían a quien subemplear. No eran los únicos que triangulaban el trabajo, también plomeros, electricistas y constructores hacían lo mismo: explotar a la gente, pues sabían que la *green card* o tarjeta verde de residente y el número del seguro social que teníamos eran falsos.

A veces te ocupaban de lavaplatos, de cargador, de intendente. Lo que fuera necesario para lograr pagar un cuarto de renta, compartiendo con otras tres familias un espacio pequeño. Ésa era la meta. Después de más de un mes y medio soportando el frío de la noche y la madrugada desde el 20 de junio de 1990, luego de que en la zona del Cerrito en Tijuana, paso obligado para llegar a los Estados Unidos, dejamos atrás un grupo de amigos, la lúgubre franja fronteriza para sumergirnos desde la cintura hasta los pies dentro del lodo situado en las orillas de San Isidro. Teníamos que tener esa insignia que te marcará por siempre “mojado” en busca del “gran sueño americano”.

Una mañana en que no encontraba empleo temporal me paré frente a la cocina de un restaurante muy mexicano, frente a la Parroquia de Nuestra Señora de donde brotaba un delicioso aroma a café y un guiso de chile rojo que se fundía con el viento. Las meseras vestidas de Chinas Poblanas, el mariachi, eran el punto de reunión de muchas familias mexicanas que venían de toda la urbe para reencontrarse, al menos en ese rincón de la gran ciudad, con su entrañable cultura mexicana en ese pedacito de lo que quedó del México antiguo.

Dos de mis amigos que venían de Sinaloa prefirieron regresar y ya no sufrir más vagando sin rumbo por las planas calles de Los Ángeles, al no encontrar empleo y a una supuesta familia que nos daría asilo, sólo quedábamos Éder y yo recorriendo negocios y fábricas para lograr colocarnos en un trabajo digno, sin tener éxito.

El deambular por las calles, la gente ensimismada, acostumbrada ya a los mendigos, algunos hablando inglés, otros español, pero siempre con su tajante respuesta: “No hay empleo. Necesitas los papeles”.

De pronto te sentías tan ajeno, tan alejado de aquellas personas de tu propia raza y cultura, que a veces no se molestaban

ni siquiera para voltear a verte. Habría que acostumbrarse a ese sistema de llamada “libertad, pero sin libertad, de democracia, pero sin democracia, de justicia, pero sin justicia”. Era esa doble moral que no sólo te discrimina por tu posición económica, también el status migratorio te condena a los peores trabajos y a la indiferencia social, aunque fuera del país se pregone lo contrario.

Debajo de la Parroquia de estilo colonial mexicano en el centro de la Ciudad, La Placita Olvera tenía un enorme sótano que servía como Santuario para inmigrantes. Cada mañana lavaban a todos los refugiados los pies con agua fría para desterrar los malos olores. De cenar, un sándwich con mucha mostaza, mayonesa y jamón. Finalmente, la comida gratis era una bendición, pero ya urgía la sopa caliente y ya se extrañaba el calor de un hogar. Si no fuera por la Oficina de Acción Social de la Iglesia Católica, prácticamente estabas totalmente desamparado en un lugar donde sólo unos cuantos se preocupan por los inmigrantes, sobre todo mexicanos, ya que al no estar el país en guerra ni ser un perseguido político no tienes ninguna oportunidad, sólo la que te brinda la filantropía para poder lograr una posición en la fantasía norteamericana.

En ese sótano se entremezclaban diferentes nacionalidades, razas y destinos. En la madrugada, si lograbas conciliar el sueño te despertaban los gritos y alaridos cortantes de algunos salvadoreños asaltados en la noche por sus recuerdos de la sangrienta guerra civil que habían dejado atrás físicamente, pero que los perseguía en todo momento emocionalmente.

Uno de los días de rutina me toqué las bolsas de los pantalones para contar los dólares. Eran dos “coras” que opacamente sonaban y débilmente el metal se perdía entre un montón de papeles que en la calle levantaba, aunque sea para leer algo que matara el tiempo que se iba lento ante la desesperanza.

Tomar periódicos de los botes de basura o entrar a *Burger King* a lavar los platos desechables de los contenedores, a escondidas dentro de los baños, para servirnos comida del bufete, esa parte era tan normal para muchos inmigrantes en desgracia, cuando meses atrás jamás tus valores te permitirían hacer algo semejante. Dejar los estudios en mi tierra natal, Mazatlán, había salido demasiado caro, pues el añorable *status* de estudiante a menesteroso en las calles no tenía un punto de comparación, por mucho que en los medios de comunicación hablaran de aquellos vientos de grandes oportunidades.

Para no preocupar a tu familia tenías que mentir de un teléfono público que las cosas iban muy bien. No tenías alternativa, tu dignidad como persona, y la comparación de quienes sí habían logrado salir adelante, te orillaban a no conformarte.

En el peculiar barrio de las tortillas y el nopal había una atmósfera de fiesta con todas las razas que buscaban en ese lugar una rica comida mexicana y comprar en la calle de nombre Olvera algún recuerdo, como si se tratara realmente de México, aunque significaba un lugar histórico que se perdía entre los cientos de kilómetros en donde es difícil distinguir un barrio de Los Ángeles del otro: todo es prácticamente igual y difícilmente puedes reconocer dónde te encuentras, ya que los nombres de las calles se repiten sin ninguna creatividad. Enfrente, el Pequeño Tokio “miraba con desdén” ser el barrio mexicano, el elegido por la historia y no sus tiendas comerciales llenas de afiches tecnológicos.

Caminaba lentamente embelesado por aquel delicioso aroma a frutas tropicales con chile que sigilosamente servían a los comensales de un puesto típico; no podía faltar el aroma a pan dulce y chocolate caliente que erupcionaba de otro típico establecimiento de alimentos, haciéndonos sufrir lentamente.

Éder no aguantó las ganas, pues se revolvió de hambre casi hasta enloquecer, y también de ser un chico de familia de clase media, ahora buscaba entre las calles quién le diera un dólar para comer. Y es que no probábamos alimentos desde un día anterior porque en la Parroquia en La Placita Olvera, enfrente del jardín donde pasábamos horas, se habían suspendido los alimentos por la sobrepoblación de migrantes, de hecho ya estábamos avisados que teníamos que abandonar el refugio porque se cumplían los dos meses que te dan de oportunidad para buscar otra estancia.

Sentado en una banca, los ojos del Éder se perdían entre las llamativas y frondosas palmeras que se mecían de un lado a otro, apuntando hacia la vieja estación del ferrocarril que “lo invitaban a sumergirse en el primer vagón que pasase para regresar a tierras más cálidas que ésta”, pero el miedo al fracaso y la dignidad eran más poderosos como para morir en el intento.

Yo me encontraba recorriendo un sitio, un viejo y regio edificio contiguo de nombre “Bizcailuz”, se trataba de un sitio colonial español del siglo XIX, convertido por un tiempo en el antiguo Consulado de México, que estaba en planes de ser reparado para transformarlo en un sitio cultural, a propósito del Programa Paisano que ya se hablaba muchísimo en la propaganda oficial.

Ahí estaba Jim, un hombre de color de aproximadamente 65 años que resguardaba el edificio y al mismo tiempo observaba a los transeúntes.

Su cabello oscuro y cano se meneaba con el viento. Su mirada cansada reflejaba que era una persona de mucho trabajo. Cuando me acerqué me observó, probablemente por el semblante de desconuelo intuyó que era uno más de los refugiados de La Placita Olvera.

La frescura de la tarde envolvía la plazoleta, un pequeño punto verde en medio de los *freeways*. El hermoso kiosco que se erguía “contando la historia” del colonial sitio estaba adornado de macetas colgantes con plantas trepadoras, destellaban los colores que los últimos rayos del sol reflejaban a lo lejos el hierro y el cristal de colosales edificios, “testigos” de la grandeza de ejemplares corporativos del majestuoso centro financiero de Los Ángeles. Aquí definitivamente lo que más hay es dinero.

Jim me informó que en el Centro Cultural del Consulado necesitaban quien pintara el edificio, que era necesario dejarlo listo ante la llegada del Presidente Carlos Salinas de Gortari. Y eso hicimos, varios de nosotros tuvimos la oportunidad de llegar temprano a realizar los arreglos correspondientes porque el mandatario inauguraría el sitio, además ya era tan popular por la firma del Tratado de Libre Comercio y la sonada modernización del país con la instauración del modelo económico neoliberal. Inclusive, hasta se hablaba que en poco tiempo se abrirían las fronteras a las personas, facilitando la entrada, como ya se hacía para mercancías diversas.

“No bajen la guardia. Este país es bondadoso para la gente que trabaja. Ahora a los latinos les esta costando mucho trabajo lograr una vida digna en la competida ciudad, pero ahora las cosas, aunque difíciles, jamás se comparan con lo que les tocó vivir a mis padres”, me comentó Jim.

El robusto hombre, sereno y con una enorme tranquilidad al hablar, señaló que sus padres fueron esclavos. En su cortante pero entendible español, sus gestos y sus profundos ojos hablaban de añoranzas.

“Todavía en los años 60’s teníamos que pararnos en un autobús para darle el asiento a un blanco y no teníamos derecho a estudiar ni a comprar comida en los restaurantes de lujo”. Bueno, los mexicanos sin papeles implícitamente no

estamos tan lejos de esa realidad, sobre todo para ciertos lugares donde no solamente el empleo se te dificulta también, sin poder de compra de nada vales, una historia lamentablemente no escrita.

“Nosotros los afroamericanos estamos esperando que llegue algún día un Presidente negro para que nos haga justicia a todos los pobres, a los que hemos sufrido en carne propia la discriminación”. De hecho, el alcalde por más de dos décadas en esa ciudad era un hombre de color, Tom Bradley, del cual la gente daba muy buenas referencias, a pesar del vandalismo y de las paupérrimas condiciones de vida de cientos de vecindarios que rodeaban la meca del cine.

El panorama cambiaba un poco. Éder y yo teníamos empleo temporal por las mañanas, cerca de ahí. Yo por las tardes vendía *hot dogs* en el Centro Musical “The Music Center”, lo cual me permitió cambiar mi nivel de vida para mudarme al Oeste de la ciudad en Boulevard San Vicente y Cochran.

Éder se fue a Hollywood, donde rentaba un pequeño cuarto por las noches, de día la misma cama era utilizada por otros migrantes que también pagaban su renta y trabajaban de noche. Esa era la única forma de poder salir adelante, un verdadero lujo para quienes venían huyendo de la guerra en El Salvador, pero un calvario para un mexicano de clase media, que de igual manera no tenía expectativas “en ese país amigo”.

Uno de los encargados del refugio, un salvadoreño de nombre Antonio, nos platicaba en el refugio que había emigrado a Estados Unidos por la Guerra Civil que azotaba ese país desde la década de los 80’s. La revolución salvadoreña estaba costando la vida a muchísimas personas inocentes, algo parecido a los mexicanos en 1910 que se refugiaron en Estados Unidos, cuando ingresar a territorio norteamericano no implicaba perder la vida.

“En mi pueblo de Zacatenango, o eres del Ejército o del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Si no le entras, te matan, arrasan con pueblos enteros uno y otro bando. Es la guerra que se dice fría, pero que nosotros la hemos pagado muy caliente”, señaló Antonio, quien finalmente había hecho una amistad con el grupo de mexicanos que regularmente nos apoyábamos cuando vivíamos en el frío sótano de la Parroquia.

Recuerdo cuando en una ocasión la conductora de televisión de Telemundo, María Laria, filmó escenas del refugio para su programa “Cara a cara” y nos entrevistó acerca de las condiciones en que vivíamos, tocando el tema de la migración. Lo bueno es que ese programa no llegaba a todo México y sólo se veía por televisión por cable que muy poca gente tenía.

En medio de millones de casas iguales, locales de comida chatarra y las enormes tiendas de cadena de ese panorama tan ordinario y gris de la megalópolis, en donde el frío desdén de la gente acostumbrada a tratar todos los días con un ejército de inmigrantes pidiendo algo de comer o trabajo, la mayoría sin éxito, finalmente cambió para nosotros, al lograr rentar una sucia recámara llena de cucarachas y hacer fila por turnos en la cocina para preparar alimentos ¡Ya era una bendición salir de las negras calles para tener el calor de un hogar con gente, aunque fuera de otros países y totalmente desconocida!

El trabajo en el viejo consulado mexicano se terminó, pero finalmente hice amigos, ya que en el último piso se encontraba la Cámara Mexicana de Comercio y oficinas relacionadas con compatriotas, por lo que me facilitó un poco más encontrar empleo. El tiempo siguió y logré ascender en mi trabajo, pues luego me convertí en apoyo logístico de eventos en el Centro Musical antes mencionado. Para 1991, con tan sólo 23 años

de edad, con mucho trabajo auestas, fundamos un grupo de paisanos la Fraternidad de Sinaloenses, radicada en Los Ángeles, California, cuando era Cónsul de México en la ciudad angelina, José Ángel Pescador Osuna.

## **La salvadoreña Express**

Para finales de diciembre de ese mismo año, trabajando de sol a sol, pude encontrar una pequeña oficina de renta en el 1815, interior 105 de la calle Sexta, en un suburbio conocido como Westlake. Con los ahorros que pude abrí una agencia de mensajería a El Salvador que puse por nombre “Salvadoreña Express”.

La oficina era modesta: escritorio, báscula para pesar la carga, una pequeña bodega en la parte trasera, un auto para llevar las valijas al aeropuerto y un ayudante originario de el Salvador, Toño, el trabajador del refugio La Placita Olvera, quien había perdido el empleo, me conectó con su hermano que vivía en ese país para distribuir “las encomiendas” que la gente de “la pequeña Centroamérica”, como le llamaban al vecindario, comenzaba a aceptar el servicio que ofrecíamos con mucho esmero; al mismo tiempo repartíamos volantes, ofrecíamos ofertas y un sencillo plan de mercadotecnia que comenzaba a dar buenos resultados.

Me acostumbré al ciudadano paisaje de la ciudad, convivir con un mural de la Virgen de Guadalupe en las bardas de Westlake con insignias del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, o garabatos de la Mara Salvatrucha, que comenzaba a escucharse fuertemente por esos rumbos.

El espacio que compartían afroamericanos y latinos cada vez con mayor presencia se convertía en una zona de severos

conflictos raciales, tal y como ya sucedía en el barrio coreano, en el Este de los Ángeles o barrio mexicano, así como diversas zonas deprimidas económica y socialmente como el Centro Sur: Campton, Watts, Hollywood y la zona centro de la ciudad.

Los barrios clasemedieros de anglosajones de hacía más de tres décadas, alrededor del Mc Arthur Park, se fueron transformando en barrios latinos con los tacos, burritos, tamales, atoles y pupusas salvadoreñas que salían de enormes cazuelas a bordo de carritos de supermercado para huir ante la presencia de la policía.

Lo más natural era que cohabitaran la comida japonesa, la mexicana, la china y los populares Mc Donalds, de los cuales en México eran un lujo porque solamente algunas ciudades tenían negocios de comida rápida.

“Salvadoreña Express”, mi primer negocio, comenzaba a dar frutos, aunque la zona era demasiado peligrosa por las pandillas, el *graffiti* de las calles hablaba del poder latino. La pequeña Centroamérica vivía las mismas emociones de odio, tensión racial, rivalidad entre razas y un gran recelo a las autoridades que gastaban más dinero en guerras e invasiones en otros países que en mejorar las deplorables comunidades latinas y negras abandonadas en los suburbios de Los Ángeles.

Sólo vivir por aquí y tener el *status* de ilegal como para darse cuenta que no distaban mucho del Guetto de Varsovia, pues en algunas calles de la zona de Rampart y Pico Union no entraba ni la policía, finalmente “que se maten solos” era la consigna de grupos conservadores que no mostraban el menor interés en atender graves conflictos raciales, pero sobre todo de delincuencia organizada y drogas que ya representaba desde esa época un grave problema de seguridad pública no atendida más que por algunas patrullas que se resguardaban ellos mismos de la propia delincuencia.

## **El color de Westlake**

Esos barrios no eran sólo de delincuencia, había el color de la gente que gustaba del ritmo, gente que trabajaba arduamente para mandar dólares a sus casas, muchas de las cuales quedaron tiradas en medio de banquetas que eran escenario de balaceras entre pandillas que se peleaban el territorio por la venta de drogas.

Y no es para menos, cerca de la calle Sexta se encontraba el corazón de las bandas de delincentes, así como de la popular Mara Salvatrucha, la cual nació precisamente a unas cuadras por la calle Rampart en el año de 1989, aunque se habla de que las pandillas operaban desde los años 80's, ahí también se encontraba otra ganga conocida como la 18, las cuales defendían sus territorios a balazos, aterrorizando a propios y extraños, pues madres de familia y gente indefensa a pesar de sus protestas, la zona no era prioridad ni de interés para nadie, mucho menos para los empresarios o el propio gobierno.

Por las tardes me tocaba atender la agencia de envíos. Algunos clientes tenían toda la facha de pandilleros. En una ocasión me tocó platicar con un miembro de la pandilla 18, otro de la pandilla MS, un salvadoreño con estudios de preparatoria. A pesar de tener fama de violentos, en la atención a los clientes nunca hicimos distinción alguna, tampoco nos faltaban al respeto.

“Mira que yo estoy muy molesto porque los niños los mataba el Ejército, eran refugiados en ambos bandos, tanto del Ejército Salvadoreño, tan sanguinario, arrasaban con pueblos enteros. Ellos (del Ejército) tenían equipo de primer nivel. A nosotros no nos quedó de otra que venir acá a Estados Unidos, al mismo país que nos mató a mucha gente y que pagó al Ejército armas y apoyo desde los 80's. Esta guerra que parece nunca va a terminar y mira dónde andamos, dando lástima”, me comentaba el joven

de algunos 19 años de nombre Abraham, ya con dos hijos y de oficio vendedor de droga.

“Ni aquí ni en mi país somos importantes para nadie, por eso a mí no me importa que nos maten vendiendo drogas. A lo mejor no es nada bueno, pero también los políticos roban y hacen lo que quieren con el pueblo y a ellos nadie los sanciona porque tienen todo el poder”. No compartí del todo sus ideas, pero sí me dejó pensando.

Igual que Abraham me tocó tratar a mucha gente de El Salvador que tenía mucho rencor y resentimiento. Al mismo tiempo, agradecían al gobierno de Estados Unidos, pero también lo criticaban. Una ambivalencia, algo entre el odio y el amor. De hecho, ese sentimiento también era muy mexicano ¿Por qué la distinción en el *status* migratorio? Todos somos seres humanos.

¿No son los pinches *gringos* los que a nombre de sus negocios han provocado todo esto?, manifestó muy molesto un Salvadoreño de nombre Jesús, mientras lo despachaba con sus encomiendas, criticaba severamente la política de la guerra, que por cierto ya en esas épocas había acabado la división de Alemania con la caída del Muro de Berlín.

Ahora se escuchaba hablar del Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y Estados Unidos, además que llegaba el internet y la era de las computadoras, de las que se decía que iban a cambiar todo en el planeta, aunque pocos sabíamos acerca de las computadoras y era algo nuevo.

Para informarte había que comprar los periódicos, el más popular era *La Opinión* y las emisoras de radio y televisión latinas que daban cuenta de todo lo que ocurría en México con una visión totalmente diferente a los diarios del país.

Me hice duro, igual que mucha gente en Los Ángeles, pues escuchar y escuchar historias como la mía. Nada extraordinario. Muchos lamentos, desesperanzas, esperanzas, deseos

de vivir, de todo un poco. Yo quería prosperar en la oficina rentada dentro de un viejo edificio que albergaba a abogados, un dentista y vendedores de bienes raíces, todos acostumbrados a las sirenas de la policía y las balaceras de todos los días en Westlake, y uno que otro temblor que nos sacaba de la rutina.

Las calles alrededor del Mc Arthur Park eran una selva de asfalto, por las noches habría que abandonar el lugar por el alto grado de peligrosidad. El lago que se encontraba en medio del jardín se convertía en un cementerio, pues todos los días se encontraban personas asesinadas. El disparo de las armas de los gangueros y el ulular de las patrullas convirtieron el sitio en un lugar sumamente peligroso, no sólo por la venta de drogas y la prostitución, sino también por los odios raciales entre negros, salvadoreños y mexicanos. Odio racial que, entre otras cosas, tenía raíces en la pobreza y falta de oportunidades. Para muestra de la facilidad en que la pluri cultura puede vivir en paz: Beverly Hills, todas las razas adineradas no tenían el menor conflicto, a no ser en los campos de golf. Pero ahí sí era otra realidad, una realidad de Estados Unidos que pocos entienden y reconocen, como una negación para tapar con una cortina de humo lo que en verdad llegará a afectar a todos: ricos y pobres.

Las grandes trocas, los tatuajes, las joyas que portaban las gangas, así como la incesante lucha por la venta de drogas pasaban desapercibidas para la gente común acostumbrada al desasosiego para dirigirse a trabajar como autómatas, siempre recordando a sus barrios de México o El Salvador, aunque pobres, con mucho más vida y felicidad que los desolados suburbios abandonados de Los Ángeles.

Conocí a Lupita, una salvadoreña que trabajaba de mesera en un restaurante de la calle 13, un sitio también visitado por los vendedores de droga y que decía que vivía con mucho

miedo. “No entiendo por qué el gobierno no acaba con todo esto, ellos pueden, tiene todo para hacerlo. Aquí las gangas son dueñas de las calles, cobran rentas, piden dinero para protección”, se lamentaba.

Platicaba que era muy feliz en El Salvador al lado de su hijo de 13 años hasta que fue asesinado por el Ejército en una emboscada en un pueblo de ese país. A pesar de su sufrimiento y soledad, ella siempre me recibía cada 15 días con una sonrisa para enviar a su terruño algunos regalos que lograba comprar con el sudor de su frente. Era de las personas que gozaban de descuento, crédito o en definitiva envíos gratuitos porque además nos habíamos convertido en un desahogo emocional para ambos.

Ella vivía por la calle Rampart, pero estaba a punto de viajar a San Francisco porque ya estaba harta de los barrios bajos y de la peligrosidad de esa zona de Los Ángeles. Decía que quería mucho a los mexicanos porque cuando llegó a México encontró refugio, trabajo y mucha cordialidad por parte de una familia en La Paz, Baja California. “Mira que yo si corrí con suerte. Me hubiera gustado quedarme en México, tan hermoso tu país, ahí no tienen guerras, es un país muy rico, yo no sé por qué se vienen tantos mexicanos a sufrir aquí, a diferencia de nosotros que estamos en guerra”, decía Lupita, tan educada, de hecho, dijo que quería ser maestra, si Dios se lo permite. Evidentemente, sobre ese comentario guardé silencio.

Gente buena y trabajadora, humilde, eran los clientes asiduos a Salvadoreña Express, sin embargo, las cosas cambiarían radicalmente, pues la gente pobre y marginada de Los Ángeles, con tantos conflictos sociales, habría de buscar una válvula de escape.

Pasaron los meses, mi trabajo en la agencia me absorbía la mayor parte de mi tiempo. Había dejado de asistir a

algunas reuniones de la Fraternidad de Sinaloenses, dejé de ver a muchos amigos que encontré con el paso del tiempo, acabar el inglés para continuar mis estudios y lograr algún día, como el sueño de muchos, tener los papeles que acabarían con mi anonimato en esa caótica ciudad. Una profesora costarricense, Miss Estrada, decía que los hispanos por ningún motivo tenemos que agachar la cabeza, ser explotados, teníamos que estudiar para salir adelante. La profesora de la Evans Community Adult School, escuela ubicada sobre el 717, al norte de la calle Figueroa, era un verdadero ejemplo y aliciente. Ella, como muchos maestros en el Condado, fungían socialmente de una manera asombrosa, brindaban una atención muy valiosa para los desvalidos o para los inmigrantes, ya que era el único servicio que recibían de la ciudad, la educación pública básica, y desde sus aulas se hablaba de verdadera lucha y libertad.

## **Los disturbios civiles en Los Ángeles**

Pero llegó esa terrible tarde del 29 de abril de 1992, cuando las llamas y el pánico iniciaron en las calles del Centro sur de la ciudad sobre las avenidas Florence y Normandie. Decenas de personas de color e hispanos detonaban bombas caseras que de inmediato se extendieron a otros barrios de Los Ángeles, tras el polémico veredicto que declaró inocentes a los policías que golpearon a Rodney King, un hombre de raza negra que fue filmado en momentos en que la policía le propinaba una tremenda golpiza por conducir en exceso de velocidad y bajo los influjos del alcohol.

La noticia de inmediato le dio la vuelta al mundo. Los barrios bajos de Los Ángeles dejaron de ser esos guetos pasivos envueltos en sus problemas por unos días y armaron una revolución.

Los disturbios civiles en la ciudad comenzaron y duraron más de una semana. Gente fuera de control saturaba las calles y avenidas, una muchedumbre molesta y violenta que irrumpe con fuerza y toma bancos, comercios, tiendas de autoservicio, restaurantes, buscando sed de justicia por la sentencia a los verdugos de King.

La gente demostró un sentimiento de rabia ante las autoridades que, sin temor a equivocarme, el único motivo del descontento popular no era el caso Rodney King, aunque sí fue la gota que derramó el vaso de agua.

Las televisoras y noticiarios de radio interrumpían la programación para informar del estado de sitio, la llegada de la guardia nacional y la necesidad del toque de queda. Como resultado de estos primeros brotes de violencia, el entonces alcalde de Los Ángeles, Tom Bradley, declaró un estado de emergencia por la noche y solicitó la intervención de la Guardia Nacional.

La belleza y elegancia de muchos barrios no tan pobres también pagaron las consecuencias, pues el terror de una masa inerte que salía de todas partes portando artefactos caseros para destruir todo a su paso provocó histeria colectiva.

La cotidiana e hipócrita convivencia multirracial que siempre marcaron sus distancias acabó con su propia naturaleza y su implicada dinámica donde el clasismo social y estereotipos implotó.

Toda esa indiferencia que notas al llegar a los Estados Unidos, que le abre las puertas a los inmigrantes, también los clasifica por *status* migratorio, y ello de alguna manera marca más la pobreza y los resentimientos que al final de cuentas se revierte al propio sistema.

Y es que en medio de los disturbios era plausible darse cuenta que en una sociedad que se niega a tomar de frente el fenómeno de la migración, en algunas ocasiones no le dejan

a la gente otro camino que las armas, pues a nadie le gusta que la estrellita de ilegal sea como sinónimo de la estrella de David que se marcaba a los judíos en su ropa. Aquí la estrella es invisible, como invisible son los inmigrantes, especialmente mexicanos, ante ese sistema, donde nadie vela por ellos.

Uno de los negocios saqueados y afectados por las llamas en la esquina de la calle Sexta, a unos metros de la agencia, era una mueblería de nombre "La Curazao". Desde la puerta del edificio a punto de huir de esa zona de guerra pude ver gente llorar de terror. Entre el humo y la noche se veían figuras caprichosas, impulsivas, calles transformadas en una guerra sin nombre, sin rostro, pero que a todas luces se vio que fue provocada por la impotencia e impaciencia de la gente.

Con mis propios ojos ví gente saqueando los negocios. Gente como Lupita que tenían un empleo seguro y que no tenían necesidad de robar disfrutaban haciéndolo. Algunos clientes de la agencia que sin más ingresaban a los establecimientos para llevarse todo cuanto podían, más que necesidad ví en la gente odio contra los grupos de poder.

En las zonas reprimidas de Los Ángeles, las prácticas de brutalidad policial era la constante, pues ya no se sabía a quien arrestar; para la justicia todos éramos sospechosos, sin embargo, el sistema se cierne sobre los afroamericanos y los latinos que venían denunciando en contra de las dependencias del orden desde hacía muchos años los abusos de poder contra los inocentes y la complacencia para los pandilleros.

Ello convirtió, según comentaron los periódicos, en la peor rebelión civil en la historia de la ciudad, que rebasaría el daño social y económico dejado por los disturbios de Watts ocurridos en agosto de 1965.

Cuando pasó el toque de queda, regresé a mi negocio. Para mi sorpresa ¡También lo habían saqueado! Alguien ingresó

a la oficina y se robó objetos de valor que había que ya no pudimos llevar al Aeropuerto. Lo curioso es que la puerta principal no fue forzada. De acuerdo a los vecinos, ellos no habían sufrido violación de chapas ni pérdidas, por lo que definitivamente no supe ni a quien culpar. De inmediato avisé a un policía de la Estación de Rampart, su respuesta fue contundente. “Mira, lo único que puedes hacer es meter una denuncia, pero con este caos nadie te va a hacer caso, si tienes seguro, cóbralo”, me advirtió el gendarme.

Evidentemente, ni seguro ni nada que se le parezca, días después la gente reclamaba sus pertenencias y yo tuve que pagar las consecuencias. Dos meses más tarde la tristemente célebre Salvadoreña Express cierra sus puertas, porque además del robo, nadie llevaba sus valijas, no había dinero para comprar artículos y enviarlos.

Entre patrullas y destrucción, la turba de individuos la emprendía contra negocios grandes y pequeños, saqueando todo a su paso, haciendo añicos cristales de ventanas y puertas. Muchos barrios de Los Ángeles eran una zona de combate. Lo mismo sucedía en las afueras de la Policía en el centro de Los Ángeles, en los edificios públicos y hasta en suburbios de clase media. Cristales rotos, patrullas policíacas destruidas. Los helicópteros de las televisoras mostraban ante los ojos atónitos de la gente resguardada en sus casas los destellos de los bombazos, que en medio del caserío humeante acabó con todo lo que se les ponía enfrente.

La Revolución de los Ángeles termina con una ciudad diferente y ese escenario cinematográfico, cimiento propagandístico del imperio, se derrumbó por unos instantes. No fue la invasión de un país extraño, ni los ataques bacteriológicos o terroristas de los musulmanes lo que puso en jaque a la ciudad, fue su propia gente. Calles desiertas, negocios humeantes, ese

brillo de la angelópolis se apagó para dar paso a una fantasmagórica y embrujada ciudad, como si fuera un lugar imaginario que sólo recrean en la ciencia ficción, porque jamás se hizo una película al respecto.

En ese alucinante cuadro, los problemas de la vida cotidiana se desvanecen como por arte de magia y hace que del caos y el desenfreno llegue la calma.

Pasaron algunos meses, para 1993 ya estaba en México de regreso, todavía al pasar de los años no sé si mi estancia en esa ciudad fue más ganancia que pérdida. Pero lo pongo en la balanza. Todavía los recuerdos del trauma de la guerra que me tocó vivir en la ciudad me asaltaban algunos años después, ello me impulsó a estudiar y ejercer una carrera humanista para entender las complejas relaciones de la gente que se mata una a otra.

Finalmente, pensé deje una semillita: fui parte de los fundadores de la Fraternidad de Sinaloenses radicados en Los Ángeles, por otro lado, uno de mis hermanos llegó a la ciudad para continuar en ella después de 18 años esperando, también al igual que Jim, la llegada al poder de un Presidente negro para que nos haga justicia.

También pienso en el meteórico servicio que brindó Salvadoreña Express a la comunidad, quedará en los recuerdos de algunos clientes si todavía siguen viviendo en esos barrios.

En ese lugar llamado calle Olvera, todavía nombrada por apellido, fue donde comenzó mi historia que les comparto, ahora ese lugar queda atrapado en medio de cientos de calles numeradas fríamente hacia el sur y hacia el norte de la metrópoli, superficiales avenidas, construidas perfectamente, en serie, sin nombres.

De la Olvera, desde 1820 ya quedan pocos rastros, y aún mantiene en sus entrañas de adobe, tejas, madera y plantas,

vibras llenas de vida en el señuelo callejón, único vestigio de lo primeros angelinos.

Las bellas y ejemplares casitas siguen frescas a pesar del paso del tiempo, continúan fundiendo placer, olor a tierra mojada, a hierba, a gente que gusta vivir la vida sin prisas, es un rincón en donde se detiene el tiempo para la contemplación, que a cualquier surrealista le hubiera gustado que nunca pasara. Te embruja, te rescata del ritmo artificial por un breve momento y transporta a aquella época de la ordeña y la cosecha, y eso que, a tan sólo unos pasos, los barrios chino y japonés también cuentan su historia y compiten ejemplarmente en tradiciones, con grandes comercios, tiendas de electrónica, viendo con recelo como la entrañable calle Olvera del México imperial fue la primera.

Antes de irme de la ciudad me despedí de Nuestra Señora de los Ángeles, de La Placita Olvera, ahí en medio del radiante sol de día y los nubarrones de la noche, los edificios del centro de la ciudad resplandecían con una luz muy especial de la luna y se veían más altos de lo que son. Y desde ese poderoso firmamento todavía observo esos barrios que un día dejaron de ser guetos y se levantaron.



## Viaje redondo

Sofía Yolanda Camacho Padilla (Mary)

*Categoría A / Ganadora*

**Y**o hace mucho que me fui, pero cómo me acuerdo. Muchos nos hemos ido, por diferentes razones; por necesidad, por curiosidad, otros por amor y hasta por despecho. Algunos hemos vuelto, yo volví, aquí está mi tierra y mi gente, pero otros se quedan y no regresan nunca más, allá trabajan, se compran su casa, se enamoran y tienen sus hijos y luego ya se hace más difícil volver. A todo se acostumbra uno. El hecho de que nos acabáramos yendo tiene que ver con muchas cosas que no decidimos nosotros, pero también tiene que ver con nuestra historia.

Mi abuelito se llamaba Don Ruf. Él se fue a los Estados Unidos cuando era muy joven, como a los 18 años. Estaba bien guapo, mi abuelito, lo he visto de joven en algunas fotos y era todo un aventurero. Se fue allá a buscar trabajo, muchos de su generación se fueron. Era una época difícil, como todas. Su viaje empezó cuando mi bisabuelo, su papá, perdió su pierna en la construcción de las vías del ferrocarril México-Chihuahua, creo que se llamaba México Paso del Norte. Duraban meses construyendo los tramos, entonces acampaban por allá hasta donde le avanzaban. En una de éstas, un cazador de conejos le dio un balazo en la pierna por accidente. Había un hospital por Chihuahua, pero mi bisabuelo pidió que lo trajeran a Aguascalientes, para estar más cerca de su familia, que vivía en Trujillo, Jalisco. Cuando llegó hasta acá ya se le había gangrenado la pierna y se la tuvieron que mochar. Pasó casi un año en el Hospital Hidalgo en Aguascalientes, por lo que la familia en lugar de ir y venir, vendieron su ranchito en Trujillo y ya se quedaron mejor aquí. Al principio, para vivir, les prestaron un vil establo.

Cuando mi bisabuelo se recuperó, con todo y sus muletas, iba al mercado Terán por jitomates, cebollas y piloncillo y los vendía del otro lado del arroyo, que es ahora la Avenida López Mateos. Con el tiempo pusieron unos abarrotos, pero todavía le batallaban; eran 16 hijos. Un día llegaron de visita unos señores que eran del pueblo de Trujillo pero que llevaban ya mucho tiempo viviendo en los Estados Unidos. El hijo de estos señores se llamaba Frank González, había nacido en Estados Unidos y también por allá acababa de morir. Los señores le dijeron a mi abuelito que si quería irse a trabajar al norte podía usar los papeles de su hijo muerto. No habían dado registro de la defunción. Los señores se lo decían a mi abuelito porque era, de entre sus hermanos, el que coincidía en edad con el difunto y dicen que hasta se parecían poquito. Así fue como mi abuelito Rufis se convirtió durante una época de su vida en Frank González.

Rufino, ahora Frank, dejó Aguascalientes para irse con sus padres postizos. Se fueron a California, creo que en tren porque no tenían coche. Allá en Estados Unidos mi abuelito aparte tenía primos y parientes, ésa fue la red de apoyo que le permitió adaptarse y mantenerse mientras conseguía trabajo. Al principio vivió con los papás de Frank, sus padres postizos y luego con un primo suyo. Trabajó en la pizca de jitomates y después en un barco que pescaba atún, además trabajó en quien sabe cuántas cosas. Aprendió inglés y conoció a mucha gente. Entre la gente con la que se encontró, seguramente conoció a muchas gringas, pero no se enamoró. Tuvo una novia gringa un poco seria, pero alguna vez dijo que no le acabó de convenir porque le pedía todo su sueldo. Yo creo que no le gustaba tanto, porque no se quiso casar con ella. Cuando sus amigos ya se andaban quedando allá con sus nuevas novias gringas, él se decidió a regresar; ¿qué iba a hacer cuando se le antojara una olla de frijoles? Mi abuelito decía que más bien él quería

una persona con sus mismos valores y costumbres y mejor de su misma tierra hidrocláida. Además, por ese entonces Frank hubiera cumplido los 21 años y ya tocaba que lo mandaran llamar de la militar. Un día le llegó la carta que le obligaba a presentarse al *army*, para servir a su gloriosa patria en la guerra de Corea. En menos de 24 horas de recibir la notificación mi abuelito ya había hecho las maletas y hasta andaba cruzando la frontera. No sé exactamente en dónde estuvo en California, pero él siempre recordó sus años en gringolandia. Los papeles de Frank González se perdieron, no sabemos que pasó con ellos.

Mi abuelito se trajo muchas ideas de allá, pero no sólo eso, cuando regresó Don Ruf traía una cantidad considerable de patines. Se dio cuenta de que allá había muchas cosas que aquí en Aguascalientes no había y creo que la gente de aquí ni se imaginaba. Aguascalientes era un rancho lleno de tierra, entonces mi abue pavimentó un pedacito de terreno para poder patinar. Abrió una pista de patinaje donde rentaba sus patines gringos y daba clases de patinaje. Como era la única pista y no había cosa similar, pronto fue un éxito. Fue ahí donde le enseñó a patinar a una jovencita de quince años, a la cual conquistó y le pidió matrimonio a los tres meses; mi abuelita Pachita.

Cuando pasó el apogeo de la pista, mi abuelito se asoció con un gringo que pasaba por aquí y abrió un motel. En los años cincuentas se hizo la carretera panamericana que conectaba con Laredo y por eso comenzaron a bajar más americanos. A Don Ruf le sirvió mucho haber aprendido inglés porque así se comunicó con Mr. Lith, quien se dio cuenta que era necesario un motel en Aguascalientes para hacer escala en el camino de Estados Unidos al puerto de Acapulco, que comenzaba a ponerse de moda. Mr. Lith aportó el capital y mi abuelito comenzó a construir 16 habitaciones. El motel tenía un estacionamiento para casas rodantes. Era la época del *trailer park*, los

americanos iban y venían desde Laredo, pasaban por Monterrey y llegaban aquí para luego irse a Guanajuato, pasar por Ciudad de México con el destino final Acapulco. Mi abuelito, por haber sido migrante, conocía a los americanos, por lo que también fue luego guía de turistas. El caso es que mi mamá y sus otros seis hermanos y hermanas crecieron en el motel, rodeados de ese movimiento y con la curiosidad de saber de dónde venía tanto pensionado, tanto turista con dinero.

Por la época en la que llegó mi abuelito, mi tío Moisés, hermano de mi abuelita, se casó con mi tía Graciela aquí en Aguascalientes. Empezaron a tener muchos hijos y en aquel entonces tampoco había trabajo. Mucha gente se iba para el norte. Mi tío Moisés quemó naves, como se dice aquí, y se fue con todos sus cinco hijos. Chelita y Maris, las dos hijas menores, ya nacieron allá, también en California. No sé cómo, siete personas, sin papeles —ni siquiera falsos—, lograron pasar la frontera. Dicen que entonces no estaba tan cuidada como ahora, que todavía había algunos puntos por donde la gente podía pasar ilegalmente. Los papeles más bien los necesitaban para trabajar, siempre fueron la prioridad y una de las grandes preocupaciones. Mis tíos trabajaron lavando platos durante más de veinte años. Luego Moisés se metió de cargador y se lastimó la columna, y aunque después ya no pudo trabajar, ya para eso tenían seguro social. Sus hijas e hijos ya crecieron; ellas consiguieron trabajos en oficinas y ellos lavando ventanas, pero ahora ya con su propia pequeña empresa. Ahora ellos tienen sus propios hijos, que más o menos tienen mi edad, son mis primos mexicanoamericanos.

## **Chicago**

Yo me fui a Chicago cuando tenía tres años. Mi papá se fue tres meses antes y luego ya nos fuimos mi mamá y yo. Mi papá era

estudiante y mi mamá se fue por amor a él. Cuando llegamos, mi papá fue por nosotros al aeropuerto. Cuando iba para allá no encontró taxi y mejor rentó una limusina, dice que le salía igual, pero yo creo que más bien nos extrañaba. Como sea, ésa fue la primera impresión de bienvenida, luego cambió.

Vivimos allá dos años. La idea era que mi mamá trabajara porque no teníamos muchos recursos, pero no había lugar en la guardería para dejarme a mí, entonces no trabajó y hasta se embarazó de mi hermanito. Embarazada, y con cosas que hacer, mi mamá ya encontró lugar y me metió a la Guardería de las Cordi Marianas, en inglés las *Cordi Marians*. En el *kinder* hablaba inglés, pero no duré mucho tiempo. Éramos todos una mezcla, mexicanos, mexicoamericanos, orientales, negros y luego uno que otro güero perdido. Teníamos unos colchoncitos donde nos acostaban a dormir el *nap*, unas sillitas y un espejo donde nos peinaban. Un día mi mamá me notó un animalito en mi cabeza...se dio cuenta que me habían pegado los piojos en la guardería. Comenzó una larga batalla en contra de ellos, primero con *shampoo* y luego manualmente.

Los piojos no fueron los únicos animalitos con los que nos encontramos en la ciudad de Chicago. Como no teníamos mucho dinero compramos un refrigerador usado, funcionaba y estaba muy barato. Algo que siempre llama la atención es que allá la gente tira a la basura muchas cosas aunque todavía sirvan, pero aunque se puedan arreglar las dejan por el afán de comprarse algo nuevo. El refrigerador lo compramos en el barrio mexicano en una tienda de segunda mano y ya. Con el tiempo, mis papás comenzaron a notar muchos tecuejos y, al rastrearlos, se dieron cuenta que venían del refrigerador. Entonces fue una doble batalla contra piojos y tecuejos, pero la que a mí me atañía dejó de preocuparnos en un par de meses.

El 30 de abril de 1991 nació mi hermanito en el hospital de la Universidad de Chicago. Hasta güerillo nació. Entonces

comenzó una nueva era. Mi papá tenía sus ocupaciones y mi mamá tenía que ir al doctor a revisarse. Vivíamos en una *maisonette*, un edificio de madera de tres plantas con escalera externa. Ahí en cada planta vivía una familia. Todos éramos mexicanos y nos echábamos la mano, sobre todo las mamás. Había mucha solidaridad entre las vecinas, porque todas tenían hijos chiquitos y los maridos estaban fuera. Si la vecina necesitaba algo le daba con la escoba a su techo, nuestro piso, o si mi mamá tenía algún apuro le pegaba con el zapato al piso, su techo. Así se comunicaban. Algunas veces mis papás me tenían que dejar con las vecinas, sus hijos hablaban chistoso, lo sé porque la frase de uno de ellos se hizo famosa hasta la fecha. El niño gritaba “Sofía, ven a jugarr” con un acento americano muy pronunciado.

En esa época estaba aprendiendo a leer, mi mamá me enseñaba en casa, con unos imanes que se pegaban en el refrigerador. Ella me enseñaba a leer en español, pero al salir yo leía en voz alta los letreros en inglés con su pronunciación en español, “SALE”, por ejemplo, en los descuentos en los centros comerciales. Iba al museo de niños, al zoológico, sabía los nombres de los animales en inglés y cantaba *twinkle twinkle little star*, *old McDonald had a farm*, así como el ABC. A la fecha, cuando quiero saber qué letra viene después de la otra, me repito en silencio el ABC en inglés. Durante una época jugué con una prima de mi edad que llegó ahí por una temporada. Su papá, el novio de mi tía, había ido a buscar trabajo y vivía en un departamento con otras tres familias. Mi mamá, para que su hermana y su hijita, mi prima, no durmieran ahí, los aceptó en casa. Luego la cosa se puso difícil, la convivencia con otras familias en una misma casa no siempre resulta, sobre todo porque luego el novio pasaba cada vez más tiempo en nuestra casa y empezaron a “invadir nuestro espacio”. Ellos se regresaron, en general pensaron que sería más fácil y entonces

se hicieron bien conchudos. Juntaron dinero para comprar una camioneta y se regresaron a México. Yo me quedé sin mi prima y ya no tenía con quien jugar.

En Chicago hacía mucho frío y casi siempre nevaba, por lo que la mayoría del tiempo lo pasaba jugando sola en el *basement* al que nos mudamos casi al final. Mi mamá se ocupaba de mi hermanito y yo jugaba ordenando zapatos en círculos o largas filas. Cuando venía de visita a México me emocionaba ver a tantos niños y jugar con ellos. Aquí en la privada de mi abuelita Lupe, ahí en San Marcos, estaban los niños que siempre jugaban ahí, yo creía que me esperaban para jugar conmigo. Cuando estaba aquí, en las comidas familiares pedía a mis tías un *sandwich* de *peanut butter* con mermelada y, por supuesto, no me entendían “¿qué dice la niña?”

## Texas

Yo no quería irme. En México había hecho amigos, además tenía un montón de primos y, aquí entre nos, hasta tenía un noviecillo. Iba a cumplir 13 años, la edad del demonio, en la que se te mete sabe qué a la cabeza y uno no está feliz con nada. Me llevaron ahora sí que a la fuerza. Recuerdo largos berrinches y sentirme incomprendida por el mundo. Típico. Al principio pensábamos que nos íbamos a ir a Atlanta, me imaginaba en un paisaje frío de altas montañas, lejos de mis amigas, que en ese entonces me parecían inseparables, ahí mis papás tenían unos contactos. Finalmente fue Texas, nos fuimos a Austin. A mi mamá le dieron unos papeles especiales. Pero luego vino la segunda desventura familiar. Mi papá había prometido que vendría con nosotros, nos apoyó hasta el último momento en arreglar todo para irnos, pero, finalmente, creyó que era más necesario que él nos apoyara desde acá con

un trabajo que tenía en ese entonces; creyó que era más importante que él conservara su trabajo aquí y nos fuimos solos. Mi hermano estaba todavía chiquito y yo estaba en la edad más difícil de tratar con los papás. Pero mi mamá se la echó sola, ella quería estar allá y contaba con el apoyo de mucha gente, aunque estaban lejos.

Todo me parecía mal, ¿qué hacía yo ahí? En la frontera siempre nos trataban mal. Desde que fuimos a sacar la visa, me impactaba mucho ver a mi mamá nerviosa y atenta a disponer todo lo que los agentes, groseros, nos pedían de mala manera. Decía que esas cosas eran necesarias aguantarlas, pero yo no concebía que los agentes, tan bien vestidos, hablaran de forma cortante e hicieran sentir mal a las personas. En el consulado americano la gente lloraba. ¿Por qué llora esa señora, mamá? Le denegaron la visa, me contestaba. ¿Y para qué quiere la visa? Seguramente para ir a visitar a su hijo ¿y no la van a dejar? No. No entendía porque un adulto mayor debía pedir permiso a otro adulto mayor.

Nos fuimos en coche, no llevábamos muchas cosas. Nuevo Laredo era feo, había mucha gente, mucho movimiento, mucha basura, gente con niños chiquitos viviendo entre la basura. Se percibía un aire de desesperación y desaliento. Algo se le veía en la cara a la gente. Me acuerdo bien porque vi escenas que me impactaron mucho, pensé que la gente que iba en avión no podía ver esas cosas.

Cuando llegamos para allá, mi mamá comenzó a informarse dónde sería mejor vivir. Como nos iba a mandar a la escuela y la escuela allá va por barrios, quería lo mejor para nosotros. Una amiga suya, Maricela, que llevaba mucho tiempo allá y ya se había casado con un gringo, le dijo que en el centro era muy peligroso. En el *downtown* de Austin era donde se formaban todas las bandas y el ambiente era más pesado, decían. Maricela nos contó que ahí era donde llegaban

todos los migrantes mexicanos y que en las *middle schools* y hasta en la *high school* siempre se metían en problemas. Yo quería vivir ahí, porque eran todos mexicanos, porque podía hablar con ellos español y porque aparte traían la onda. Mi mamá no sabía nada del estilo de vestir de ellos, que estaba chido, ni de los coches tuneados que traían. Seguro ahí yo me acoplaría mejor. No me lo prohibió, simplemente eligió vivir en un gran suburbio americano en unos departamentitos. Ahí ni había mexicanos, eso creía yo. Mi mamá prefirió hacer casi una hora de ida y una de vuelta al *downtown* todos los días para ir a trabajar pero darnos a nosotros un ambiente sano. Tampoco eso me pareció.

Mi escuela era horrible. Había un *schedule* muy riguroso, una *bell* que no dejaba de sonar cada hora, para que en pocos minutos fueras por las cosas que necesitabas y cambiaras de salón por más lejos que estuviera. Al principio no entendía nada y no tenía amigos. En la mañanita pasaba un autobús amarillo por mí, como los de las películas. Los más grandes, los de octavo grado, se sentaban hasta atrás y aventaban cosas a los de adelante. Yo iba a octavo, pero era la nueva y aparte no hablaba bien inglés, entonces me sentaba con los chicos de sexto y séptimo. Luego los negros iban con los negros, los orientales con los orientales y los güeros con los güeros. Bueno, de hecho, los güeros gordos iban con los güeros gordos, los flacos con los flacos y los *nerds* con los *nerds*. Yo evidentemente no cuadraba en ningún lado, entonces, al llegar a la escuela, no entraba a la cafetería como todos, sino que me iba a la biblioteca. En la biblioteca no tenía que hablar con nadie porque no se podía; como no hablaba inglés, mejor para mí. Todo ahí era silencio y en el silencio encontraba refugio.

En las clases, los maestros amables te introducían y decían “ella acaba de llegar de México”. Unos perfectos gringos me decían *Are you Mexican?* y luego exclamaban amablemente

*I'm Mexican too!* Pero no hablaban español. Todos esos mexicanos de segunda generación habían hecho tal esfuerzo por integrarse que no parecían mexicanos. Para nada. Ni siquiera tenían nombre mexicano. Con el tiempo empecé a identificar a los pocos que tenían papás mexicanos y con los que más o menos podía hablar, pero luego los profesores decían “¡en esta escuela está prohibido hablar español!, si eso es lo que están hablando”. Los pocos chicanos con los que llegué a hablar en español pronto se avergonzaron y otra vez me quedé sin hablar. Estaba sola y poco a poco me convertía en una persona diferente a la que era en México. Alejarme de la gente con la que yo era alegre y espontánea me hizo cerrarme en mí misma y ser hostil con las personas que en algún momento llegaban a interesarse por mí. Con el traslado a ese otro lugar, algo adentro de mí comenzó a cambiar. La situación externa comenzó a adentrarse en mi forma de ser. Comencé a ser *extranjera* y era extraña hasta para mí misma.

Los únicos mexicanos de a de veras, como yo, que encontré en ese entonces, era la gente de intendencia, siempre los saludaba amablemente. A los cocineros también les pedía jalapeños, de los que traían ellos para su *lunch*. Los nachos ahí no tenían chilitos. Bueno, en realidad tampoco compraba mucho ahí, llevaba cosas de mi casa, el *lunch* que me hacía mi mamá. A veces se me antojaban las hamburguesas que vendían ahí. Costaban dos dólares y el *spicy chicken* tres dólares. Me llamaba la atención que allá las niñas se compraban lo más caro, se comían dos cositas y todo lo demás a la basura. A veces me daban ganas de comérmelos yo, pero me daba vergüenza. Tanto desperdicio. Tendría que haberles dicho algo, pero allá así están acostumbrados a puro comprar, consumir y desperdiciar.

Mr. Weems daba clases de *American History*. Era el tipo de profesor que sólo miraba a tres personas en toda la clase. Él era uno de los que no soportaba que la gente hablara otros

idiomas en su clase. Era muy estricto, un texano patriota, alto y de bigote. Asistir a su clase era para mí un sacrificio, me hablaban de otra historia que no era la mía, me enseñaban otra geografía y contaban versiones contrarias de las que a mí me habían enseñado. En la historia de Texas, los mexicanos eran los malos y además eran muy malos. Un compañero mío, de origen alemán, comparaba a Santa Anna con Hitler. Un mal día, Mr. Weems anunció que habría un examen parcial, donde había de preguntar todas las localizaciones exactas de los 50 estados de Estados Unidos y sus capitales. Cada día antes del parcial, llegando de clases me ponía a estudiar, tenía que obtener esa prueba de americanidad. Se convirtió en un asunto familiar, mi mamá y mi hermano me ayudaron a prepararme, haciéndome *quizes* y revisándolos. Repetíamos las capitales, las asociábamos con cosas en español para recordar, obtuvimos un mapa e hicimos concursos. Me preocupaba mucho, sufría. Con el tiempo una cobra perspectiva, ahora me doy cuenta que esas experiencias me hicieron crecer a fuerzas y me di cuenta de muchas cosas; el valor de la familia, el apoyo que te brindan cuando estás en apuros y cosas así. Aun así, sé que en ese momento me hundía en un vaso de agua, sentía que todo era muy difícil y que, una vez más, yo no tenía que estar ahí. Todo es muy trascendental cuando tienes trece años. Finalmente hice el examen, me fue muy bien. Tiempo después dieron los resultados y yo estaba reprobada. Lloré. No me explicaba qué había pasado. En ese tiempo mi papá nos fue a visitar y le tocó acompañar a mi mamá a una reunión de padres de familia. Nos dimos cuenta que el Mr. Weems era un racista. Mi papá no habla muy bien el inglés pero mi mamá logró explicarle que estaban muy decepcionados del resultado de su hija, que seguramente había habido algún error. Exigieron el examen y les dio uno que no era el mío. Finalmente confesó que me había bajado la calificación porque no podía (ni quería) creer que una mexicana había sacado mejor calificación que un propio americano.

Fuera de clase, en el *hall*, eran el prefecto, los profesores y sus alumnos aliados quienes checaban la disciplina. Una mañana, iba yo comiendo de una bolsita de polvito Lucas de limón que habíamos conseguido en una tienda mexicana. Como buena niña mexicana metía y sacaba el dedo de la bolsita para chuparlo y hacer muecas por el fuerte sabor del dulce. De repente, que siento un jalón de una profesora gringa, me empezó a regañar cosas que yo ni entendía. Yo iba para clases pero me desvió y me fue regañando todo el camino hasta la dirección. Dentro de la dirección me enviaron con el prefecto Mr. Gonzalez, sin acento. Él era de ascendencia mexicana y lo habían puesto ahí para que controlara a su gente, como él me contó después. Muchos problemas de disciplina provenían de chicas jóvenes. Le expliqué que no entendía nada, que yo sólo iba comiendo Lucas de limón. Me explicó que ellos creían que ese polvito blanco era cocaína y que por eso su reacción había sido desproporcionada. Mr. Gonzalez le comentó a la profesora que comer chilitos en polvo era muy usual en México, ella me miró y me dijo “igualmente, comer sal es malo para la salud” y se fue, entre indignada e incrédula. Pensaron que yo, a los trece años, me drogaba en los pasillos de la escuela.

Un buen día conocí a Diana, me la presentaron porque ella sí era mexicana. Al principio comenzamos a hablar en inglés, pero cuando finalmente hablamos y hablamos en español, me sentí como en casa. Nos hicimos grandes amigas. No coincidíamos en ninguna clase ni en la hora de *lunch*, pero por lo menos ya tenía con quien platicar y a veces renegar de los gringos. Poco a poco conocí a sus amigas Amanda y Anay que eran americanas, pero tenían un aire familiar. Ellas negaban ser mexicanas. Por lo que quedó de la *middle school* ellas fueron mis amigas, nos juntábamos por las tardes, los fines de semana. Amanda tenía el pelo castaño claro y ojos azules, era muy lista y su acento texano era perfecto. Cuando llegué a

conocer su casa, su mamá nos atendió y dio de merendar o algo así. En la cocina había una viejita como las de México. Cuando por accidente nos escuchó a Diana y a mi hablar español se le encendieron los ojos y exclamó ¡ustedes sí hablan español! Era ella la abuelita de Amanda y entre abuela y nieta no se entendían. Los padres de Amanda le habían insistido en hablar el inglés y prácticamente no hablaba español. En una casa obsesionada por hablar inglés, la abuelita había quedado aislada, sin manera de hablar con sus nietos y con pocas palabras que cruzar con sus propios hijos. Recuerdo que me llamó mucho la atención. Nos quedamos platicando con ella mucho rato y me sorprendió mucho que Amanda pudiera tener tal secreto guardado en casa, su raíz mexicana.

Diana se hizo de un novio chicano. No hablaba bien el español, pero sus papás eran mexicanos y les entendía. Nunca la quiso llevar a su casa, hasta que un día lo convencimos de que nos llevara, a las dos. Eddie vivía en un *trailer*, no era ni una casa, ni un departamento. En ese mismo terreno, en otros *trailers* vivían sus otros primos. Nos fuimos de fiesta. Los primos eran de nuestra edad, tal vez un año más grandes, o sea unos catorce años. Todos manejaban y nos subimos al coche de uno que quería conmigo. Estaba bien feo. En el coche se pusieron a fumar marihuana, todos llevaban mucho tiempo fumando. Yo no dije nada, iban a pensar que venía de un pueblo o que era muy infantil. Tenían en el vidrio de enfrente un aparatito que avisaba si venía la policía, de repente sonó y nos orillamos bruscamente, nos metimos entre los árboles y apagamos las luces. Me explicó Eddie con voz bien bajita que sus primos habían estado en la cárcel (de menores) ya varias veces y que como no los podían encerrar mucho tiempo los tenían bien checaditos. Esa cárcel se llamaba la *Rock*. algunas chavas de la escuela, chicanas, con las que me empecé a juntar al principio llegaron a parar ahí, luego me fui enterando. Ángela, por

ejemplo, dejó de ir a la escuela porque cayó en la Rock; intentó quemar la escuela, prendiendo los baños de damas.

A mi mamá no le gustaba que yo saliera con ellos, pero Diana le caía bien y sabía que era mi gran amiga. A veces le decía que me iba a dormir a su casa y luego cuando estábamos ahí también nos les escapábamos a sus papás brincando la reja y callando a Chester, el perro. Nos íbamos con Eddie a fiestas, a antros de menores. Ahí no vendían alcohol, pero afuera se podía conseguir de todo. Al antro de menores y mayores nomás lo separaba una reja, entonces por ahí también se podían pasar cosas. En ese antro casi no iban güeros, más bien había puros negros y mexicanos. ¡Ah! Pero no les decíamos negros, les decíamos morenos, luego se enojaban y empezaban los pleitos. A mí, la verdad, no me gustaba ir, las morenas bailaban así bien *slutty*, bien *dirty* y todos los hombres pues nomás querían que les bailaras así. Hasta sillas había para que ellos se sentaran. Yo a veces me hacía mensa y platicaba con gente.

Diana tenía una prima que era porrista en una *high school* más grande, en el *downtown*. Los amigos de su novio, que eran más grandes, le decían que invitara a sus amigas y una vez fuimos Diana y yo. No sé porque a las casas que íbamos nunca había papás. Ese día la prima de Diana y su novio se encerraron en un cuarto y ya no salieron. Los otros empezaron a tomar y a fumar marihuana y poco a poco se fueron haciendo parejitas que se iban yendo a los cuartos. A mí no me gustó ni uno y, aunque me hubiera gustado, yo no quería irme así nomás con cualquiera. Me daba como miedo. En Aguascalientes las fiestas eran diferentes, se llamaban tardeadas y eran en las escuelas. Ahí bailábamos en bolita y un niño sacaba a bailar a una niña y bailaban en medio de la bolita, a mi me sacaban mucho a bailar y eso me gustaba. Pero nomás bailábamos y nos hacíamos ojitos. Total que ese día en Austin me quedé en la sala con otros y nos pusimos a jugar que si la botella, que si las confesiones

y un juego que yo no había jugado. Se trataba de acelerar la respiración, como si acabaras de correr, luego alguien te apretaba el pellejo del cuello, jalándolo hacia atrás contra la pared hasta que te desvanecías. Cuando te caías todos se reían. Algunos se tardaban poquito en volver en sí, otros más rato y el resto hasta empezaba a sacudirse sabe cómo. A mí me daba cosa, pero ya todos habían pasado. Me tocaba a mí. Me empezaron a explicar y como yo no me lo podía hacer sola, alguien me ahorcó y ya. Sentí como escalofríos y hormiguitas y de repente vi todo negro. Cuando me desperté estaba en el suelo y no sabía ni dónde estaba ni nada, además no conocía a nadie. Luego Diana me dijo que ella me había visto y que sólo había estado ida unos minutos.

Y así pasaron muchas cosas. Mi primera borrachera, entre ellas. Ya tenía catorce años. Un día mi mamá no me dejaba salir y que me salgo sin permiso, corriendo, con mi mamá gritando en la noche. Pasó por mí al semáforo Mauricio, que tenía 17 años, y un Mustang padrísimo con quemacocos, por ahí nos salíamos a bailar con la música. Mauricio me platicaba que a veces se iba con sus amigos gringos a una glorieta lejos donde se ponían las de middle school a levantarse las playeras cuando ellos pasaban. Ésas en mi pueblo se llaman diferente, pero ahí eran las niñas normales. Bueno, ese día fuimos a una fiesta de sus amigos latinos en una casa. Yo estaba bailando cumbia con un colombiano más grande y me invitó un trago. Fuimos a la cocina y me sirvió tequila. Me tomé un shot, el primero en mi vida yo creo y llamé la atención. Todos eran mayores que yo y sabe dónde andaba Diana. "The mexican" me decían, que por ser mexicana tenía que tomar tequila. Dos, tres, cuatro, cinco shots, comencé a ver todo borroso y toma, que me doy un sentón y me llevan al sillón. No veía a Diana ni a Mauricio y de veras me sentía bien mal. No me acuerdo que pasó, nomás que llegaron finalmente, me subieron al coche y les arruiné la fiesta.

Mi mamá evidentemente se preocupaba mucho. Estábamos en otro país y ella estaba sola. Extrañábamos a mi papá, yo mucho. Tanto que cuando acabé un ciclo escolar dije que ya no quería seguir ahí. Y me fui para México con mi papá. En México estaba en mi mero mole, pero yo ya no era la misma. Tardé largos años en darme cuenta que vivir fuera me había cambiado de muchas maneras. Ya no me conformaba con lo que tenía, todavía no lo hago. Busco siempre nuevas experiencias, hablar con gente diferente, soy sensible a los problemas de los jóvenes o *teenagers* aquí y allá.

Asimilar las cosas que uno ve alrededor siendo una niña de provincia no es fácil, más el hecho de no adoptar esos comportamientos como “lo normal” y hacerlo porque todos lo hacen. Todavía ahora que he visto a mis primos mexicanoamericanos, nietos de mi tío Moisés, me vuelvo a sentir como cuando estaba en Texas. Ellos viven ahora en California. Mi primo luego luego, como a los 17 ya andaba con su chava como muégano y los dos tomaban drogas. Su hermana Angelita se embarazó también como a los 17 de un chicano imbécil que no le respondió. Luego ella se juntó con otro señor y el padre del niño, celoso, fue y le dio un balazo en la cabeza a mi prima. Gracias a Dios, ella se está recuperando, ahí le dejaron la bala, porque no es un lugar donde peligran las funciones vitales. Pero el señor ese anda por ahí suelto. Luego a mi primo Sean siempre lo agarra la policía *drunk and driving*, borracho manejando, y ya hasta estuvo en la cárcel un buen rato por eso. Por otro lado, en casa de sus abuelos, tranquila y melancólicamente reposan unos cuadros de la plaza principal de Aguascalientes y de la Catedral. Ellos siempre quisieron volver, pero no van a alejarse a estas alturas de una familia que se quedará ya siempre en California.

De mi familia cercana, el hermano de mi mamá, su esposa y cinco hijos se fueron allá hace muchos años. La que entonces

era mi primita ya tuvo, a los 16, su primer hijo, al cual mantiene mi tío. Me pareció interesante, cuando estuve en su casa, que mi tía les prohibiera a todos sus hijos escuchar “música de negros” hip hop. Ella insiste mucho en que ellos sepan que es “lo nuestro”. Pero sus hijos más chicos han pasado ya más años allá que en México y aunque mi tía se rehúse todavía a hablar inglés sólo la hace alejarse más del mundo en que viven sus hijos.

Las necesidades económicas que fueron al principio por lo que todos nos fuimos cambian a ser luego como necesidades espirituales. Ya estando allá y teniendo un trabajo, después el gran reto es mantener a la familia unida, tener una comunicación sana, saber qué hacen o dónde están los hijos. Dar una buena educación es el reto más importante. Todos estos desajustes son parte del sueño americano y a veces quisiera explicárselo a los que me dicen que quieren irse al norte. Es bien difícil luego volver. Cambia tu vida, la de tus hijos y la de los nietos y todos, pues.

Ahora he crecido, amigos míos han querido o quieren irse a los EEUU a trabajar, a buscarse la vida. Yo siempre les digo que sí vayan y ahorren, pero que vuelvan. En Calvillo casi todas las chavas que conozco de mi edad tienen el novio o el marido allá, ni saben dónde, ni nunca han ido. Yo los entiendo a ellos, que sigan regresando cada año a la pizca. Salir a otro país o la vida itinerante es difícil de dejar. Uno se acostumbra a estar aquí y allá a salir y a volver. Las dinámicas entre parejas a veces necesitan de esos descansos, de esos espacios de libertad. Pero también es duro, algunas se han infectado de enfermedades sexuales que se trae el marido de allá. Luego no le dicen a nadie, pero yo por mi trabajo les tenía que preguntar. O también pasa que ya se quedan allá con otra y no vuelven. También uno siempre repite lo que ve en su casa. La señora Concha me platicó que el papá de su marido

se fue cuando su marido tenía cinco años y ya nunca volvió. Un huérfano del norte. Luego cuando la señora Concha y él se casaron, tuvieron un hijo y cuando el niño tenía cinco años él también se fue para el norte y tampoco ha vuelto. En mi caso, yo he repetido lo que hizo mi abuelito, mi papá y luego mi mamá. Me voy y regreso.

Yo, después de esas primeras experiencias en EEUU que más me marcaron, he ido y he vuelto y luego también he ido a vivir a otros países. Siempre vuelvo aquí, hay algo en la dificultad de este país que hace a la gente creativa y espontánea. Nos faltan muchas cosas por desarrollar pero tenemos a las personas, que luego ves que son capaces hasta de crear ciudades enteras en poco tiempo, como la de New Orleans después de la catástrofe, cuando acudieron sólo latinos para la reconstrucción. Nos hacen falta muchas cosas aquí, pero no podemos completarlas si se nos siguen escapando miles de personas a hacer su trabajo por allá.

A veces la obsesión por el norte es tan grande que psicológicamente ofrece un escape para todos los problemas que tenemos aquí. Mi tío Renato tiene ahora casi sesenta años y una deuda escandalosa con el banco. Su negocio entró en quiebra, hacía meses que no vendía nada de nada. Con sus sesenta años, desesperado, se pasó para el norte con su hijo Chris que ya andaba allá trabajando. Que para buscar trabajo mi tío, a esas alturas. No sabíamos que estaba haciendo por allá, con esa edad y luego con todas las debilidades que tuvo después de un accidente. Hace poco supimos que está cargando cajas en un almacén. Y sabe dónde vivirá. Aquí su mujer y sus hijas no pueden hacerse a la idea porque alguna vez les fue bien y siempre cuidan mucho las apariencias. Dicen ellas que se fue a pasear, a conocer San Francisco y a visitar a su hijo que está estudiando. Puras mentiras, pero pues así está la cosa.

## ¡Púchica! Qué difícil...

María Vázquez Puffleau (Marillita)

*Categoría A / Ganadora*

**L**a migración, según el diccionario, es: Desplazamiento de población de una región a otra para establecerse en ésta.

Eso todos lo sabemos, lo que no sabemos, lo que el diccionario no nos cuenta, ni está escrito en ningún otro lado, es todo lo que implica la migración; las cosas que se viven antes, después y durante el viaje, que para algunos es tan sólo de unos días, pero para otros puede durar mucho más de un mes.

Aquí lo que yo quiero contarles son todos esos riesgos que se corren, todas esas injusticias que se hacen con impunidad, eso que vive y siente sólo aquel que ha tenido que irse de su país, irse sin saber qué le depara, irse dejando atrás toda una vida, a su familia y sus costumbres, irse tal vez para no volver jamás.

Voy a escribir la historia de una realidad que pocos mexicanos conocemos, de la que pocos estamos conscientes; una realidad que es tan triste que creo importante contarla, para crear conciencia y empatía con nuestros hermanos centroamericanos, al conocer la cantidad de cosas que pasan al cruzar nuestro amado país México, queriendo alcanzar el mismo sueño que muchos de nuestro paisanos: “El sueño americano”.

Digo que pocos mexicanos conocemos, porque debo confesarles que yo antes de esta experiencia no tenía ni idea de la cantidad de centroamericanos que pasan por nuestras ciudades, y la mayoría (me atrevería a decir que más del ochenta por ciento) de la población de Guadalajara sigue sin tener idea de lo que pasa con esto porque, aunque sabemos lo poco que nos dicen las noticias, no conocemos lo que viven día a día.

Ésta no es la historia de una sola persona, de sus dificultades y sus logros, ésta es la historia de miles de personas con las que tuve el honor de compartir momentos que jamás olvidaré, con las que compartí llanto, risas, y también coraje e impotencia, miedo y preocupación. Es la historia de muchos centroamericanos que me dejaron marcada, por su fuerza, por su historia y por su fe.

Los guatemaltecos, hondureños, salvadoreños y nicaragüenses que pasan por México, al llegar a la frontera sur se dan cuenta del gran problema con el que tienen que lidiar.

Viajan caminando, en ferrocarril y a los que su economía se los permite (desgraciadamente muy pocos), en pequeñas “combis” que fungen como taxis compartidos en los pueblos pequeños del sur de México.

En varios lugares donde el tren se detiene existen albergues para ellos, en los que se les brinda una ayuda humanitaria, esto es, techo, alimento, medicamentos, ropa y calzado en la medida de lo posible, todo esto de manera gratuita, para que su viaje sea un poco “menos pesado”.

Es en uno de esos albergues donde yo estuve de manera voluntaria trabajando 10 meses, haciendo un poco de todo lo que hacía falta, en la ciudad de Ixtepec, Oaxaca, un pueblo de no más de 24 mil habitantes, sin mucha importancia para la mayoría de las personas, pero increíblemente necesario para los transmigrantes centroamericanos porque es ahí donde el tren en el que viajan hace una importante parada para seguir por las vías del ferrocarril mexicano.

Me gustaría poder decirles que durante el tiempo que estuve en el albergue todo fue lindo y que la ayuda humanitaria que se brinda es suficiente para el problema que tenemos en frente, pero tristemente la realidad es otra, la realidad es que miles de centroamericanos pasan por nuestro país año con año y que las cosas que viven no son ni agradables, ni fáciles de

contar; digo que no son fáciles de contar porque en la mayoría de las ocasiones son nuestros paisanos los que hacen que su camino sea mucho más difícil de lo que ya es, pues deben cruzar más de 5 mil kilómetros.

Los migrantes, a veces hasta 300, viajan arriba de las galeras, adentro de algunos vagones o en el pequeño espacio que hay entre cada uno de ellos, generalmente durante más de 12 horas seguidas montados en la "bestia", como ellos lo llaman, evitando dormirse porque su vida corre peligro si llegan a hacerlo y aunque no lo hagan, en muchas ocasiones hay accidentes, hay mutilados, hay muertes.

Yo había escuchado antes de estos albergues, lugares en donde los centroamericanos pasan unos días para luego seguir su camino hacia Estados Unidos, lo que no sabía era lo que iba a encontrar en este lugar. Un lugar en el que los migrantes pueden estar protegidos de los peligros que corren normalmente en las vías del tren, un lugar en el que pueden descansar un poco, comer, bañarse, dejar que sus pies hinchados y llagados se recuperen, para después poder continuar con su largo camino.

Al llegar a Ixtepec, me encontré con que este albergue no tenía la infraestructura necesaria para un buen funcionamiento, ya que los migrantes duermen en cartones sobre la tierra, y la verdad las condiciones eran deplorables.

El encargado del proyecto es un sacerdote que ha dedicado su vida, desde hace varios años, a servir a los migrantes; el albergue funciona gracias a él, al coordinador y a las personas de buena voluntad que ayudan donando comida, medicamentos, ropa y otras cosas.

Cuando yo estuve allá, también estaban otras dos voluntarias. Estábamos encargadas del funcionamiento cotidiano del albergue: recibíamos a los migrantes cuando llegaban después de 12 horas arriba de la "bestia", habiendo recorrido tan sólo 200 kilómetros aproximadamente, cansados,

hambrientos, sedientos y con historias que contar sobre cómo habían sido asaltados, historias que se iban repitiendo en los mismos lugares de siempre; hastiados de ser perseguidos y maltratados.

Se les daba la comida que se había podido preparar, que en ocasiones sólo eran frijoles y café. Ésa podía ser su primer comida en 3 o 4 días. Después de comer, algunos tomaban un baño, otros se tumbaban en cualquier rincón a descansar, ya que en el tren es muy peligroso quedarse dormidos porque, como ya mencioné, pueden caerse y ser mutilados o perder la vida.

También estábamos encargadas de la alimentación (recoger las donaciones que nos hacían, preparar y servir), curar a los que venían enfermos, darles medicamentos, coordinar que se hiciera la limpieza, repartir ropa y calzado a los que más lo necesitaban, claro que en la medida de nuestras limitadas posibilidades.

Pero en realidad lo más importante que hacíamos era convivir con ellos, escucharlos, platicarles historias, reírnos un rato de cualquier cosa. Por lo menos eso era lo que ellos decían que les servía más: sentirse tratados como personas, sin ser juzgados por las ropas rotas y sucias que llevan durante el viaje, sin ser juzgado el motivo por el que salieron de su país. Decían que era un lugar en el que se sentían tranquilos, como si estuvieran con un amigo, compartiendo momentos simples, pero que te acompañan toda tu vida.

Recuerdo perfectamente el día que un salvadoreño me dijo: *“Lo que más me gusta de este albergue, aunque no tenga techo, camas ni comamos el gran manjar, es que nos tratan como personas, me siento escuchado, tranquilo, como en familia. Aquí podemos olvidarnos por un momento de todas las cosas por las que hemos pasado; y me doy cuenta de que no todo en el camino es malo, y que no todos los mexicanos son iguales, no todos buscan hacernos daño. Me cuesta trabajo*

*creer que haya personas interesadas en nuestro bienestar sin conocernos y sin pedirnos nada a cambio."*

Qué diferente sería si todos los albergues fueran un gran alivio para ellos porque estarían seguros y lejos de los peligros que se viven en las vías, ya que después de un largo viaje lo único que quieren es descansar, dormir, comer, tomar agua, bañarse, curarse los pies y hablar con alguien. Cosas que nosotros pensamos que cualquiera puede hacer, o por lo menos que cualquiera debería poder hacer. Lamentablemente, hay personas que hasta un vaso de agua les niegan diciéndoles "chucos" (expresión centroamericana que quiere decir "sucios").

La vida en las vías del ferrocarril es de lo peor. Están llenas de inseguridad, miedo, peligro... Son manejadas por "zetas" y "polleros". Son la muestra más grande de las dificultades a las que se enfrentan en el camino.

Es ahí donde los asaltan sus propios paisanos, mexicanos, los maquinistas, las autoridades... todos. Donde los despojan de todas sus pertenencias y de todo lo que los podía hacer sentirse vivos, sentirse personas. También es ahí donde violan a las mujeres.

Es ahí donde empiezan los famosos secuestros exprés. Se los llevan de las vías, los encierran y los obligan a darles un número telefónico de sus familiares en Estados Unidos para extorsionarlos, pidiéndoles dinero para soltarlos.

Es durante el viaje en el tren que corren el peligro de caerse y así perder una parte del cuerpo o perder la vida.

Pero también es ahí donde están todos sus sueños, sus ilusiones, su esperanza, porque gracias a él pueden cruzar el país (más rápido que caminando) y así lograr llegar al sueño americano. Es triste ver cómo sabiendo todas esas cosas a las que se van a enfrentar tienen que elegir eso, ya que para la mayoría es la única opción.

Generalmente, cada tercer día llegaba el tren que venía de Arriaga, Chiapas. En uno de los trenes, en el que llegaron como 100 personas al albergue, conocimos a una hondureña llamada Paola que llegó al albergue terriblemente enferma de la garganta, con tos y fiebre, además de los dolores que traen todos los que llegan (de cabeza y cuerpo, falta de energía, hambre, sed...) recuerdo que este tren llegó de noche. Paola no quiso ni cenar, no podía dejar de toser, primero no quería moverse ni para tomar jarabe, después de un rato estuvo de acuerdo en que la lleváramos al centro de salud, y así lo hicimos, le dieron medicamento y empezó a mejorar un poco. Al día siguiente ya éramos buenas amigas, contó su historia y su experiencia de la noche anterior, ella decía “ya sentía que me iba a morir”.

Sólo estuvo dos días en el albergue, pero el momento en que llegó el tren, en el que siguen su camino hacia Veracruz, lo llevo en mi corazón y aún se me pone “la piel de gallina” cuando recuerdo el abrazo que me dio para despedirse y agradecer lo que “habíamos hecho por ella” (fue lo menos que pudimos haber hecho, tan sólo estar ahí).

Ese día escribí esto en mi libreta de apuntes: “Un abrazo sincero hace que se remueva tu alma. Qué rápido se puede encariñar uno con la gente. Estoy realmente impresionada de cómo le puedes tomar cariño a personas que apenas conoces y que sabes que vienen muy poco tiempo y se van, a lo mejor para no volver, sin tener un rumbo cierto, dejando atrás toda una vida de la cual tienen que salir, unos por gusto, otros por “tradicción”, otros por necesidad y unos también huyendo de quien sabe cuantas cosas. Vienen cansados, con el cuerpo y alma destrozados, con una ilusión, una esperanza, un sueño que desde aquí parece inalcanzable, pisoteado por gente que no le importa la vida de los que no son de “los suyos.”

Podría contarles cientos de historias que marcaron mi vida, escribir sus nombres mientras yo recuerdo sus rostros,

sus palabras, sus vidas...personas a las que conocí sólo unas horas o tal vez 2 o 3 días, y que cuando se fueron me dejaron esa huella, esa fuerza, esas palabras y ese aprendizaje que jamás olvidaré.

Una de las cosas que más llevo en mi corazón son todos esos "GRACIAS" que me dijeron, las "gracias" más sinceras que he recibido en toda mi vida, salidas desde lo más profundo del corazón de cada uno de ellos.

Se adentran en este infierno hombres, mujeres, niños y niñas, mujeres con bebés de menos de un año, mujeres embarazadas hasta de 8 meses (con la intención de dar a luz en Estados Unidos, o por lo menos eso creía y quería una mujer que llegó al albergue después de 15 días seguidos de caminar, porque durante un tiempo el tren que lleva de Arriaga, Chiapas, a Ixtepec no estuvo funcionando), nunca supimos qué pasó con ella.

De todas las personas que conocí en esos 10 meses recibí escasas llamadas de los que estaban ya en su destino en EEUU (apenas adaptándose), otras pocas de los que eran deportados a su país y nos llamaban para decir que ya estaban con su familia, a unos los veíamos de nuevo en el albergue si los habían deportado, y rara vez nos enterábamos cuando alguien moría. Pero de más del 95% de las personas que me enseñaron todo esto que ustedes están leyendo, nunca pude saber qué fue de sus vidas, qué pasó con ellos, si son felices, si siguen vivos, si lograron su sueño, si lo están intentando otra vez o si ya están en su país.

La mayoría de las veces el motivo por el que salen de su país, al igual que los mexicanos que buscan el sueño americano, es por necesidad, para poder brindarle un mejor nivel de vida a su familia, ya que en general son personas que, aunque tengan dos o tres empleos, no les alcanza para mantener de una manera digna a su familia; así que se arman de valor, de

ilusiones y juntan un poco de dinero porque creen que de esta forma van a poder tener un camino tranquilo, sin tener ni idea de las cosas con las que se van a topar aquí. Dejando atrás a su familia, su vida y el mundo que conocen, para adentrarse en un viaje que a veces parece interminable.

Otras personas se van porque creen que su vida va a ser más sencilla y, si tienen a algún familiar en EEUU, creen que es muy fácil y deciden emprender el camino. En distintas ocasiones van huyendo de algún problema que tuvieron, huyendo de las “maras” o por otra situación personal.

Recuerdo muy bien el día en que le pregunté a un “nica” por qué se iba, por qué se arriesgaba tanto. Por qué no intentaba trabajar un poco más en su país, aunque fuera más pesado, aunque fueran más horas, con tal de no pasar por todas las bestialidades del camino; su respuesta me dejó helada: *“Mire, Marillita, porque en Nicaragua una parte de mi casa es de lona, hay veces que nos quedamos 2 o 3 días sin comer, y me destroza el alma escuchar a mis hijos quejarse del hambre, y cuando me preguntan ¿Qué vamos a comer hoy, papi? no soporto no poder darles nada...”*

Ésa fue la única vez que me atreví a preguntarle a alguien por qué salía de su país.

Tengo en mi memoria cientos de historias que me impactaron, muchas eran muy parecidas porque todos contaban cómo en sus países tienen un nivel de vida más bajo que el de los mexicanos, porque contaban cómo los habían asaltado, lo difícil que era para las mujeres hacer este viaje, cómo habían sido violadas; ésta era la historia de todos los días y lamentablemente sigue siendo en este momento.

Las personas que habían vivido 10, 15 o 20 años en Estados Unidos y eran deportadas, debían hacer este viaje, y todos se sorprendían de los horrores por los que tenían que pasar, y aseguraban que antes, la primera vez que recorrieron el camino,

las cosas no estaban tan difíciles, no lo intentaban tantas personas, no había tanto peligro, *“se andaba más tranquilo”*, decían.

Algunos, tristemente pocos, contaban cómo en alguna ranchería desconocida y en algunos pueblos eran los mexicanos los que les “echaban una mano”, dándoles algo de comer, regalándoles agua para tomar, dejándolos dormir en algún espacio seguro...

Lo que sí tenía la mayoría y nadie podía arrancárselos era una fe sorprendente, que la verdad no sé como le hacían para conservarla, pero que les servía como motor, porque ellos mismo decían *“Me han asaltado, he sufrido hambre, he pasado por todas estas cosas malas..., pero sigo vivo y todavía estoy en el camino. Aún así, sé que Dios conoce mi necesidad y que me va a permitir llegar...”*

Normalmente viajan en pequeños grupos. Algunos salen juntos desde su país, a veces con algún familiar, otras con amigos, pero, en general, se van encontrando en el camino, juntándose para tener compañía, sentirse un poco más seguros, para cuidarse unos a otros.

Es asombroso cómo entre las personas nos “hermanamos” en diferentes situaciones de nuestras vidas. Una de las hermandades más fuertes que he visto es entre los migrantes porque, como acabo de decirles, a veces, viajan en grupos que acaban de conocerse unos días antes, unos pueblos antes y que ya se estiman como si fueran familia; han escuchado sus historias, sus motivos de partida, han compartido las injusticias por las que ambos han pasado, han reído de las cosas que sólo haciéndolo pueden parecer un poco menos duras, porque lo que no le ha pasado a uno le pasó al otro y si no se ríen de esto, llorarían todo el camino.

Cómo se consideran “hermanos”, se cuidan en lo que les queda del camino, se reparten equitativamente la comida y lo que les regalan, se preocupan por su salud y toman decisiones

juntos. Porque al enfrentarse a tantas atrocidades, esa “familia” es lo único que les acompaña, lo único que los hace sentirse un poquito más seguros. Porque estando lejos de sus padres, su pareja, sus hijos, sus amigos..., el hecho de platicar 5 minutos te acerca mucho más de lo que a veces nosotros estamos con algunos amigos que conocemos desde años, porque se genera una confianza inexplicable, a lo mejor por saber que no se van a volver a ver o por la necesidad de compartir, pero terminas contando secretos que te “aligeran” y que jamás creíste que podías contárselo a un “desconocido”.

En su viaje se encuentran con que en la mayoría de los pueblos por los que pasa el tren, la gente que habita ahí ya se ha dado cuenta que no hay quien los defienda, que las leyes para protegerlos no se aplican, por lo tanto abusan de ellos, robándoles el dinero que pudieron juntar en su país para emprender tan largo viaje, porque llegando a Oaxaca, tan cerca de la frontera con Guatemala, ya no tienen ni un quetzal, ni un lempira, ni un córdoba, ni un dólar, (monedas oficiales en Guatemala, Honduras, Nicaragua y el Salvador, respectivamente), ni un peso.

Muchos de los asaltantes son también centroamericanos, pero es bastante decepcionante darse cuenta de que también muchos mexicanos, aprovechándose de la vulnerabilidad de este grupo de personas, les arrebatan sus pocas pertenencias, pasando por encima de sus derechos humanos y llegando a los actos más inhumanos a los que llega el hombre.

Según la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), algunos de los derechos de los migrantes, independientemente de su situación migratoria, son los siguientes:

- Nadie puede atentar contra tu vida.
- Nadie te puede golpear o maltratar.
- Ninguna autoridad puede privarte de tu libertad, ni despojarte de tus pertenencias, ni restringir tus derechos,

si no existe un escrito que funde y motive legalmente sus acciones en tu contra, salvo en el caso de que seas sorprendido en el momento de cometer una violación a la ley.

- Las autoridades siempre deben tratarte con respeto y, además, tienen la obligación de atender y contestar las peticiones que les hagas por escrito.
- Ningún servidor público te debe pedir dinero para no aplicar la ley; si lo entregas cometes un delito.
- Todas las autoridades tienen el deber de mostrarte su identificación.

Las autoridades mexicanas están obligadas a respetar esos derechos; en caso de que no lo hagan serán sancionadas con todo el rigor de la ley.

Estos derechos parecería que hacen más digno su paso, su vida, y la verdad es que las cosas estarían mucho mejor si se cumplieran o si se sancionara a las autoridades que no los respetan, pero otra vez la realidad es distinta, los migrantes centroamericanos son golpeados, maltratados, su vida corre peligro, las autoridades los despojan de sus pertenencias, no los respetan y no se diga de cumplir sus peticiones; les piden dinero para dejarlos ir y/o para no lastimarlos, no muestran su identificación, etc. Y cuando no se respetan estos derechos, nadie sanciona a nadie, es como si no pasara nada.

Desafortunadamente, los migrantes no conocen nuestras leyes y se esconden porque creen que es normal que esto pase, creen que si van con una autoridad para reclamar sus derechos lo que ésta hará será entregarlos a la “migra”, creen que si no tienen dinero para darles no tienen opción.

Es bastante triste ver cómo van escondiéndose, con un miedo interminable, temiendo de todo y de todos; ver las barbaries por las que pasan, dar me cuenta de la cantidad de

atrocidades que podemos cometer los seres humanos, y que es en nuestro país donde se están cometiendo estos actos contra otro ser humano que lo único que quiere es llegar a Estados Unidos, que en México sólo están de paso, *“es un país que se nos puso en medio”*, dicen ellos.

Podemos pensar: ¿Por qué no le agradecen a México, si es por aquí por donde pasan para poder cumplir su sueño? Y yo creo que nadie puede estar agradecido después de ser tratados como animales, de ser humillados, de sufrir esos maltratos, esas vejaciones, robos, violaciones, ver el asesinato de sus hermanos, y todas las otras cosas que, lamentablemente, en este momento siguen ocurriendo.

Y lo que los centroamericanos se preguntan es *“¿Cómo pueden quejarse los mexicanos del trato que les dan en la frontera norte y ellos tratarnos aún peor en la frontera con Guatemala? Porque para ellos es muy sencillo tomar un bus y sólo pagar para cruzar, pero nosotros tenemos que atravesar todo su país, escondiéndonos y sufriendo... y cuando ya estamos en la frontera sentimos que ya lo tenemos ganado, cruzar es lo menos difícil a lo que nos enfrentamos.”*

Y yo sólo les estoy hablando de lo que se vive en uno de los puntos en los que hace parada el tren, en uno de los albergues, en un punto al sur de nuestro país; pero hay otra realidad, una realidad paralela que se vive en el norte, también de migrantes, mexicanos y centroamericanos. Ésta no puedo contárselas con mucho detalle porque no estuve ahí, pero lo que sí puedo decirles es que el mundo del norte y del sur es totalmente diferente.

No se puede indicar cuál es mejor ni peor porque en ambos extremos se viven cosas espantosas; en el norte se enfrentan con que cruzar es mucho más difícil de lo que se habían podido imaginar, porque ya sea por el río Bravo o por el desierto, su vida corre peligro, como durante todo el camino.

Se adentran en el desierto sin conocer siquiera la extensión de éste, confiando en un “pollero” al que le dieron una buena suma de dinero (aproximadamente 3 mil dólares), creyendo que los van a llevar a salvo al otro lado.

Lo triste es que aquí también la realidad es otra, muchas veces se pierden o son abandonados, mueren de inanición, o los agarra la “migra” y para su mala suerte los regresan hasta la frontera de Guatemala con México, para tener que volver a empezar este largo camino que, si no fuera porque realmente lo necesitan, ni en sus peores pesadillas lo recorrerían.

Otros cruzan en camiones de carga, algunos con fruta, aplastados unos con otros, estando horas encerrados, sin ningún alimento, con poco aire para respirar, con todo su cuerpo entumecido y con olores desagradables. A unos cuantos, ya estando en la frontera, su familia les dice que ya no puede ayudarlos, que no tiene para pasarlos, que se regresen por donde vinieron.

Y pocos se regresan durante el camino, exhaustos de tanto sufrimiento, hartos de las humillaciones, desesperanzados y desilusionados por no cumplir su sueño; pero prefiriendo regresar a su situación que soportar tantas crueldades.

Esto que les digo no es para darles estadísticas, (porque ni siquiera las hay), ni intento generar lástima; sólo creí importante hablar de esta realidad con la que conviví, esta realidad que tenemos enfrente aunque algunos no la puedan o quieran ver, y compartir un poco lo que los propios centroamericanos me dijeron alguna vez.

Así que, como dijo Anthony de Mello:

*“¿Y ¿Por qué canta el pájaro?... Canta porque tiene un canto que expresar.”*



## Emigración indígena

Bernabé Antonio Sebastián (Palín)  
*Categoría A / Mención Honorífica*

**E**ste relato esta basado en una historia real de mi vida y de mis padres, ya que ellos emigraron a México por la guerra que hubo en Guatemala en aquel tiempo, en donde el gobierno de Guatemala mató a mucha gente indígena que vivía en aquel país; mis abuelos vivían en una aldea llamada Barías, en donde ellos escuchaban que el gobierno había dado una orden de matar a todos los indígenas de dicho país. Mis abuelos y muchas gentes escucharon que ya habían muerto muchas indígenas en algunas aldeas vecinas de Barías. Después toda la gente del pueblo se organizó diciendo que el día en que el ejército del gobierno entrara al pueblo, las autoridades les avisaran para que pudieran correr por las montañas. Pero mucha gente antes que empezara la guerra se salieron del pueblo para venir a refugiarse en México y muchos también se quedaron a defender sus tierras, pero las autoridades del pueblo les decían que el ejército del gobierno pueden atacar en cualquier momento y que deberían estar atentos para salir del pueblo, pero cada día se iba complicando porque mucha gente que iba a trabajar al campo ya no regresaban porque los ejércitos del gobierno los mataba, pero la gente ya sospechaba porque estas gentes desaparecían.

Sucedió pues en una tarde que los ejércitos del gobierno empezaron a invadir esta aldea de Barías, las autoridades de la aldea empezaron avisar que toda la gente saliera del pueblo, mucha gente empezó a salir sin cosas, sin alimentos, sin comida, sin chamarras, ya que sólo pudieron sacar a sus hijos. Las autoridades formaron un ejército para proteger a los

indígenas y estaba integrado por padres de familia, jóvenes mayores de 13 años; y éstos no permitían que los niños lloraran ni gritaran porque si lo hacían los mataban, por lo que las madres cuando sus hijos lloraban les llenaban con trapos en su boca, muchos niños hasta sangraban sus bocas porque el trapo los lastimaba y otros niños lloraban y los mataban en ese mismo momento; este ejército del pueblo lo hacían para que no los descubrieran en donde estaban escondidos y también vigilaban alrededor del lugar donde acampaban porque los perseguían; mis abuelos cuentan que desde lejos veían a mucha gente que los llevaban como si fueran esclavos y los juntaban en un salón, cuando se llenaba los quemaban y se sentía el olor de ellos, mucha gente lloraba porque veían que sus familiares iban caminando para ser quemados, es ese día el cielo se veía soleado y no había viento, como que si el cielo estaba compartiendo esa misma tristeza con el pueblo, y toda la gente guardaban silencio, tan sólo se escuchaba los cantos de las aves por la montaña. Mis abuelos y mucha gente se escondieron en las montañas, ya que las autoridades decían que la guerra sólo duraría diez días pero no fue así, ya que la guerra seguía, por las noches era lo mas triste en la vida de la gente, y lo más difícil porque hace mucho frío ya que la gente sólo se dormía debajo de los árboles y unos tendían sus lonas cuando llovía y otros en la lluvia se quedaban hasta que pasara; entonces la gente, las autoridades y el ejército del pueblo propusieron en ese día venir refugiarse a México y se dirigieron en el estado de Chiapas, mucha gente se moría en el camino, ya que no tenían fuerza para seguir y morían aproximadamente 15 personas cada día, esto se daba por el cansancio, hambre y por enfermedad.

Mucha gente se escondía en las cuevas cuando los helicópteros del gobierno pasaban por las montaña buscando a los indígenas, toda la gente guardaba silencio y no se movían,

unos se metían en los montes porque si los soldados los veían les aventaba bombas. Toda la gente hacía fogatas por las noches, ya que en el día no podían porque los soldados del gobierno los descubrían por el humo, la comida que cocían era de todos, repartían un poco a cada uno. Pasaron pues quince días caminando en las montañas, llegaron a la frontera donde mucha gente pensaba en dejar a su pueblo, viendo salir el sol y contemplando el amanecer del día la gente decía, adiós Guatemala lugar mío, tierras donde mis padres vivieron y la gente sólo recomendaban sus vidas en las manos de Dios que les cuidara y les protegiera. Pero la frontera era vigilada por el ejército porque si alguien pasaba los mataba. Cuando el ejército vio desde lejos que la mayoría de los indígenas que estaban cruzando la frontera, se apresuraron para venir a matar a los indígenas, pero los indígenas vieron que unos soldados venían hacia ellos, se apresuraron a refugiarse en la primera colonia mexicana llamada Río Azul. Los soldados llegaron y pasaban con helicóptero en el territorio mexicano, pero ya no pudieron hacer nada porque los mexicanos se oponían al paso de dichos soldados. Así los indígenas emigraron a México, en donde aprendieron a vivir de otra forma como a adoptar otra nueva cultura.

Mis abuelos también se refugiaron en esta colonia llamada Río Azul del Estado de Chiapas cerca de la frontera con Guatemala, en donde aprendieron a vivir de otra forma por las diferentes costumbres que tiene el pueblo, así sus valores de ellos se comenzaron perder y su forma de organización fue cambiando, ya que los indígenas antes se organizaban entre todos, como cuando uno trabaja se ayudan uno al otro así haciendo un trabajo colectivo, donde todos se ayudaban, pero ellos se dieron cuenta que sus costumbres y valores se iban perdiendo.

Pasados unos meses mis abuelos salieron de la colonia Río Azul y vinieron a vivir en un campamento llamado Nuevo

Jardín, porque el gobierno mexicano quiso ayudar a la gente indígena de Guatemala que vinieron a refugiarse en México por la guerra en Guatemala, escuchando esto los refugiados se alegraron por la noticia del gobierno mexicano, así pues el gobierno propuso juntar a los refugiados en ese campamento Nuevo Jardín en donde sólo los refugiados podían vivir.

Mis abuelos se alegraron ya que el gobierno los quiso ayudar, después de unos meses los refugiados recibieron despena y mucha ayuda en alimentación por parte del gobierno mexicano, por medio de unas organizaciones llamados el COMAR y el ACNUR, estas organizaciones ayudaron a los refugiados en gran manera, porque así los refugiados pudieron conservar sus costumbres y valores como también sus forma de organizar sus idiomas que es el k'anjobal, ya que en todo este campamento se hablaba este idioma, pero no muy tarde la gente se vio obligado a aprender el español porque es muy importante poder comunicarse con los mexicanos, en donde los refugiados fueron perdiendo su cultura y su idioma.

Pasados unos tiempos después mi padre se casó con mi madre ya que ellos se conocían porque salieron juntos de Guatemala cuando se vinieron refugiarse en México, poco tiempo después yo nací en esta familia indígena, en donde la gente no tuvo una educación. Pero tiempo después en este campamento el COMAR creó una escuela primaria indígena donde los niños pudieran estudiar, pocos días después yo entré en esta escuela y el maestro que impartía las clases es indígena y enseñaba el idioma, en esta escuela la educación era muy baja, en donde había una necesidad de aprender el español, porque uno tiene que adaptarse a un nuevo país con su diferente forma de vida y diferente forma de pensar.

Recuerdo que mis padres tenían una tienda donde me ponían a despachar para que yo aprendiera a sumar y a restar, para que yo pudiera despachar a la gente. Pero, un día, unos

mexicanos llegaron a comprar y me escondí, salí corriendo de la casa porque tenía miedo que me vieran porque ellos me hablaban en español y no entendía lo que ellos me decían, pero uno de ellos vio donde estaba escondido y todos se acercaron, tal vez ellos me preguntaban que por qué tal vez me escondía, pero no les respondía sino que quedaba atónito sin decir nada porque no entendía lo que me decían. Después mi padre tuvo que enseñarme español de lo poco que él había aprendido y así aprendí unas pocas palabras. Por lo que poco a poco el idioma de los indígenas se iba perdiendo, mucha gente, padres y madres de familia también se escondían de los mexicanos como los niños lo hacían por motivo de que no pueden hablar el lenguaje español, los indígenas diario perdían su cultura y sus idiomas principalmente porque iban aportando otra nueva cultura, más específico el dominio del lenguaje español.

Un día, mi madre padeció una enfermedad en donde no podía levantarse porque su pie derecho se inflamó y diario se inflamaba más, fue internada en el hospital general por dos meses. No se curaba, en ese tiempo yo me puse triste por mi madre ya que estaba por morir y yo veía como que si la vida no tuviera sentido. Pero la gente en el campamento se había puesto de acuerdo para ayudar a mi padre en alimentos y ayuda económica, pero no era suficiente para comprar los medicamentos de mi madre, un día después el COMAR llegó en el campamento, mi padre era el representante del pueblo en ese tiempo, y esta institución al saber que mi madre estaba enferma decidió ayudarnos con ayuda económica, pero le pedía levantar una acta firmada por toda la gente del campamento, mi papá levantó esta acta y pidió ayuda a esta institución, ya que con su ayuda mi madre pudo vivir y así se pudieron comprar los medicamentos que ella necesitaba.

Unos meses después el gobierno mexicano dijo que si los refugiados se querían regresar a sus pueblos les daba esa

libertad, pero si también se quedaban les daba esa libertad; esto trajo mucha confusión al pueblo, ya que la gente tenía que tomar una decisión, mucha gente pensó en sus tierras que quedaron como quien los trabajara; no querían que les quitaran sus terrenos ni sus casas porque les pertenecen y porque de ahí son y no quieren cambiarlos por otros. Otros pensaban en sus familiares que quedaron en Guatemala y pensaban que eran los únicos de su familia que quedaban en México y así la mayoría de la gente regresó a su pueblo.

Mi padre pensaba regresar porque su madre quería ir y porque la mayor parte de sus amigos les convencía para que regresaran juntos a su pueblo, pero no pudo ir porque mi madre ya no quería regresar porque pensaba que en Guatemala tendría una mala vida, más que en México, mi papá se enojó mucho con mi madre porque mi mamá no quería regresar a su pueblo, los vecinos de mi padre y sus amigos se despidieron de él y lloraron el uno al otro, también se despidieron de la otra mitad del pueblo que había quedado y la gente que se iba decían: retorno es lo mejor, otros decían: pueblo unido jamás será vencido, pero gritaban con lágrimas, tristeza por sus amigos y familiares que habían quedado. Fue el día más triste, el campamento se veía vacío sin gente y se veía como que si el sol estuviera también sufriendo esa misma tristeza, pero la gente que había quedado se reorganizó. Hubieron también unas personas que se arrepintieron porque no habían regresado a su pueblo, pero ya era tarde porque el camión que les había venido a traer ya se había ido.

Pasados unos meses la tristeza se había ido y el pueblo tuvo que buscar una forma de sobrevivir, de luchar por su vida y de salir adelante con su familia, de pensar más allá de un futuro, de qué sería su vida, en un mañana. Mis padres pensaron en mí y en mis hermanitos pensaban en cómo darme una buena educación, mi padre siempre pensaba que yo sería

alguien en el futuro, tal vez un maestro, un licenciado o un doctor, pero él siempre pensaba en sus hijos por eso cuando estudiaba en el primer año de primaria me pegaba mucho para que pudiera ser el mejor de la escuela, para que pudiera aprender y así cumplir el sueño de él, ya que un día observó a un doctor en una clínica de cómo estaba vestido y cómo trabajaba, él pensando en sus hijos diciendo tal vez en su corazón que quería un hijo como ese doctor, donde mucha gente le pedía ayuda para curarse y también mucha gente se admiraban de su capacidad; él pensando en sí mismo y lamentándose de la vida, por que él no tiene un estudio para trabajar en un hospital, pero mi papá decía que si él no pudo tener una educación, pero sus hijos sí van a poder tener una educación porque él decía que mis hermanitos y yo tendríamos la educación que merecemos.

Pasados unos meses aprendí a leer y mi padre me decía que para poder aprender a hablar español hay que leer muchos libros. La lectura fue lo más importante para mí para poder aprender a hablar español y así yo en la escuela pude ser el mejor alumno, tal vez por que mi padre me exigía aprender o porque tal vez eran muy fáciles los exámenes o porque el maestro que me enseñaba no tenía tanta experiencia para enseñar, ya que sólo había terminado sexto año de primaria.

Llegó pues un día en que el COMAR y el ACNUR dijeron que ya no habrá ayuda para los refugiados ni más alimentos ni más educación, sino lo que decían que buscaran donde vivir y lo que nos recomendaban es que compráramos tierras en rancherías para que no tuviéramos problemas con los mexicanos, la gente se entristeció por esta noticia, por eso mis padres pensaron en mis estudios y tuvieron que buscar tierras para comprar, aunque no contaban con el dinero suficiente para adquirir dichas tierras.

Mi padre trabajaba arduamente en el campo sembrando maíz y frijón, así empezó a vender sus cosechas y tuvo que

ahorrar ese dinero para comprar media hectárea de terreno, como también sacó el dinero que tenía invertido en la tienda, mi madre vendió unos marranos que tenía, así se pudo reunir el dinero para comprar esa media hectárea de terreno. Pasaron unos meses, tuvimos que salir en ese campamento y venimos a vivir en una ranchería llama Tierra Blanca del municipio de la Trinitaria, Chiapas; mis padres me inscribieron en la escuela primaria donde yo tuve muchos problemas en mi vida porque en esta escuela el maestro enseñaba en español y no entendía lo que me decía porque, en ese tiempo, todavía estaba aprendiendo a hablar español.

Mi primer día de clases fue muy triste, ya que no tenía amigos porque mis nuevos compañeros de clase no les gustaba tener a un compañero indígena. Recuerdo que en mi primer día de clases el maestro me dijo que yo buscara a un compañero con quien sentarme, pero no entendí lo que me dijo, pero una compañera se me acercó y me dijo que podía sentarme junto a ella, el nombre de ella era Nancy, ella fue mi mejor amiga de la escuela. Pero mis compañeros me veían con mal agrado porque no querían que yo tuviera amigos, entonces en ese tiempo me dí cuenta que los indígenas éramos discriminados porque tal vez teníamos un idioma indígena que nos distinguía de los mexicanos. En esos tiempos me dí cuenta que todos los indígenas que salimos de aquel campamento Nuevo Jardín sufrimos discriminación por parte de los mexicanos.

Pasados unos meses después me acostumbré en esta escuela donde yo pude aprender a hablar bien el español, comunicarme con mis compañeros y así pude tener amigos. Cuando terminé la primaria me coloqué como uno de los mejores alumnos de la escuela por mi calificación y por ese concurso de aprovechamiento que pude contemplar en la primaria y así con el tiempo aprendí que todo lo podía lograr, si me proponía lo que quería.

En estos días siempre reflexiono sobre mi vida, sobre todo lo que mis padres pasaron y cómo yo he sobresalido en las buenas y en las malas de esta vida. Ahora estoy estudiando en el bachillerato, en donde quiero cumplir el sueño que mi padre tenía para sus hijos, es por eso que yo estudio todos los días para cumplir ese sueño, aunque vengo de una familia indígena que vino de Guatemala en aquel tiempo, pero quiero salir adelante con mis estudios. Siempre reflexiono sobre este cuento que es la historia de mi vida, siempre doy las gracias a Dios porque mis padres no murieron en aquel tiempo y también porque el gobierno Mexicano permitió el refugio de los indígenas de Guatemala y no me avergüenzo de lo que soy, ni de dónde vine porque ésta es mi vida.



## El viento que sembró México y regresó

Susannah Glusker Brenner (Bárbara Méndez)

*Categoría A / Mención Honorífica*

**M**e encantaba sentarme a platicar con mi abuelo, lo admiré aunque no siempre estaba de acuerdo con él. Siempre me quedaba con más preguntas que respuestas, pero era un deleite escucharlo hablar mientras saboreaba su puro. Conocía bien el principio de su plática y el reto era jugar con él para que no repitiera, sino que siguiera adelante con el relato de su vida.

Nació en un pueblito que se llama Goldingen, cerca de la ciudad de Riga en Letonia. Su familia había tenido una pequeña miscelánea y vivieron bien hasta que se les complicó su existencia. Murió su madre y al poco tiempo empezaron los pogromos que hostigaban a los judíos para llevárselos al ejército. Al oírlo me acordaba de las peores escenas de la película “El violinista en el tejado” ¡En las escenas donde no cantan!

Decidió embarcarse para “América” en busca de una vida mejor y fue a dar a una casa de huéspedes en Chicago, donde había otros de su mismo pueblo. ¡Qué vida más difícil tuvieron! A finales del siglo diecinueve no había sindicatos. Trabajaban de sol a sol para sobrevivir. Mi abuela cosía y la tarea era terminar catorce faldas para que le pagaran sólo a partir de la número quince. Conservó su talento y habilidad toda su vida. La vi cortar y terminar un traje sastre, forrado, en tan sólo medio día, y eso con ¡Máquina de pedal! de las de antaño.

Tal como el abuelo lo platicaba, ese Chicago no tenía nada que ver con la “América” que se había imaginado. Clima difícil, nieve, hielo y viento en invierno pero calor húmedo infernal en verano. Se sonreía el abuelo al contar que no había tardado

en encontrar un aliado para la aventura de ir en busca de una vida mejor. Se llamaba Joseph Fisher, y por él a mí me nombraron Joel, aunque no es nombre de mujer. Los dos se lanzaron llegando primero a un pueblo pequeño en el estado de Iowa. Aún cuando el clima era peor que el de Chicago, el ambiente de trabajo en la miscelánea de una aldea cercana a campos agrícolas les pareció una gran mejoría. Sin embargo, años después otros familiares contaban que le fue mal en el amor y que abandonaron los campos de maíz de Iowa por problemas con su jefe, ¡El posible suegro!

Los dos amigos recorrieron Estados Unidos en bicicleta y al llegar a El Paso, Texas, se subieron a un tren que los llevó a Aguascalientes. Estaban encantados de la vida con el clima maravilloso, las oportunidades de trabajo y la comunidad de extranjeros que les daba la bienvenida a los extranjeros. Estaban los Douglas y los Rule de Escocia, los Signoret de Francia, un médico norteamericano de nombre Galloway, y un científico Suizo, el Dr. Mosser, quien montó un laboratorio. Vivían bien, ganaban bien, eran emprendedores en los molinos de trigo, el comercio y sus profesiones. La prosperidad emanaba de la labor de los mineros Guggenheim y de la construcción de los ferrocarriles.

La bonanza del lugar estaba acompañada por la tranquilidad política. Decidieron que habían encontrado la "América" soñada y que allí se instalarían. Sin embargo, eran dos jóvenes solos y deseaban pareja. Así es que, siguiendo la tradición bíblica de sus antepasados, tal como Isaac regresó en busca de mujer, ellos regresaron a Chicago a la casa de huéspedes y en quince días enamoraron a dos hermanas que habían llegado de su mismo pueblo de Goldingen en Letonia.

Mi abuela Paula platicaba que Isidoro era guapísimo y que su hermana Molly estaba enamorada de Joseph Fisher; se irían las dos, o más bien los cuatro, a la nueva tierra

prometida de Aguascalientes. Llegaron bien y se instalaron como inmigrantes. La abuela Paula consiguió trabajo en la cocina del restaurante de Los Baños de la familia Escobedo e Isidoro se convirtió en mesero. Así iniciaron su camino al futuro.

Don Isidoro, como le llegaron a decir en Aguascalientes, tenía el don de los negocios. Compraba un terrenito y lo aportaba para comprar una casita pequeña, y poco a poquito fue adquiriendo propiedades que vendía. Tranquilo, sin prisa, ni avaricia mejoró su situación económica con una metodología que practicó toda su vida. Vender volumen a bajos precios, no exagerar el margen de utilidades en sacrificio de las ventas. Su don fue el comercio; compraba y vendía con entusiasmo y éxito. No estaba en su ser el poner fábricas de textiles o de cobijas, creo yo que porque ello le recordaba las infernales fábricas de Chicago.

Se brincaba el abuelo la trayectoria de la casa amarilla para la casa blanca y de allí a la azul, hasta llegar a la prosperidad de tener una casa amplia cerca de Los Baños de Aguascalientes, además de un rancho lechero en el camino a Agostaderito. Doña Paula pudo dejar de trabajar para dedicarse al hogar y a los cinco hijos que procrearon. Fueron doce años en total, entre el primer varón, nacido en 1904, y la última niña, que nació en 1916. Sin embargo, no todo fue acumular y aumentar sus bienes. El abuelo aportó a su entorno donando terrenos para parques y templos. Fundó el primer club de Leones, así como el primer club de Rotarios en la ciudad. Además patrocinaba el equipo de baseball identificado como los "Tigres de Brenner", del cual sobrevive un trofeo rimbombante.

Al "viejo", como le decían sus hijos, le gustaba vivir bien. Había piano en la casa, pero también un caballito cirquero que les había comprado a sus hijos. Su mujer preparaba en casa el pan de su tierra, el paté de ganso, los fiambres ahumados, las mermeladas y la fruta en almíbar para que la mesa de los

Brenner estuviera siempre bien surtida. Sus talentos en la cocina eran tan conocidos que a media Revolución un grupo de soldados la fue a buscar. La familia se asustó con los golpes en el zaguán, a media noche: y ahora, ¿qué pasaría? Pues nada, que se iba a casar el General y querían que Doña Paula les hiciera el pastel. Molesta, se carcajeó: “¿Cómo, si no tengo mantequilla, almendra, ni harina? ¡Sin eso no se hace un pastel!”. Se fueron, y regresaron la siguiente noche con todos los ingredientes. La tercera noche llegaron a recoger el pastel; pero el susto mayor se lo llevaron la cuarta noche, cuando de nuevo tocaron a la media noche, para traerle a Doña Paula ¡una rebanada de su pastel!

Aun cuando la Revolución trajo muchos percances, tristezas y problemas a la familia, sin mencionar el trauma a los hijos, también dio para una serie de simpáticas anécdotas sobre Don Isidoro. Cuentan que después de una batalla feroz entre los federales y los villistas ambas tropas se encontraban desgastadas, hambrientas y cansadas. Al ver que habían llegado a su rancho y matado ganado sin medirse en cuántos ni para qué, Don Isidoro le dijo al comandante: “¿Qué van a hacer con tanto animal muerto? ¿Ya que mataron tantos, por qué no declaran una tregua de veinticuatro horas para preparar la carne y darles de comer a todos?” Según la leyenda lugareña, así se hizo. Don Isidoro logró un descanso ¡Y una buena comilona! Sin embargo, entre los documentos del abuelo estaba un acta notarial del reclamo ante el Cónsul de Francia por el daño que se le había causado, es decir, la relación del ganado sacrificado. Diríamos, “Lo cortés no quita lo valiente”. Bien que se aprovechó el ganado, pero no dejó de defender su propiedad.

En 1916 la familia huyó al norte, ya que la Convención había reunido en Aguascalientes tropas de todas las fuerzas revolucionarias. Esto no era como había sido la primera vez, cuando el Cónsul de Estados Unidos mandó decir a los

extranjeros que sus vidas peligraban ante el asesinato de Madero y el levantamiento de Félix Díaz. Sí, efectivamente, salieron unos días, pero al sur, al Distrito Federal, a visitar al hijo mayor, que estaba interno en el Colegio Alemán: regresaron luego a su tierra adoptiva sin novedad. Salieron también unos días al norte cuando llegó la tropa estadounidense a Veracruz, “no vaya a ser que nos confundan con gringos y tomen venganza como lo habían estado haciendo”.

La tercera fue la vencida. Cuentan los hidrocálidos que Don Isidoro realizó una gran subasta de todas sus pertenencias. Mi madre vio salir de su casa el piano, las cacerolas, estufa, muebles, sábanas, cobijas, absolutamente todo lo movable se sacó y se vendió al mejor postor. Mi abuela empacó un enorme canasto de víveres gourmet para el viaje, envuelto en una gran bandera de Alemania Imperial, y se fueron a la estación. Aun cuando ya no existía Alemania Imperial, la bandera serviría para identificarlos como alemanes y así evitar que los bajaran del tren y los fusilaran o retuvieran como rehenes. Eran cinco hijos, el mayor de doce y la menor de meses. Habían visto pasar un grupo y el otro, vieron correr sangre por las calles, escuelas convertidas en hospitales. El dinero cambiaba por distintos colores de cartón con cada grupo que llegaba y como Aguascalientes era centro ferrocarrilero había muchísimo movimiento.

Llegaron a la estación para tomar el tren a la frontera, a El Paso, Texas. Los niños mayores sabían la rutina y tenían sus órdenes: “Si paran el tren, se meten debajo de las bancas y se comen el cartoncito de dinero que tengan, por si los asalantes son de otro bando. ¡Guarden silencio!” Efectivamente, al abordar el tren lo primero que hacían era señalar a la familia Brenner; sin embargo, los otros pasajeros inmediatamente los identificaban como alemanes, y se salvaron. Llegaron a El Paso, y de allí a San Antonio, Texas. Nunca comprendí por

qué los Brenner fueron a dar a San Antonio, cuando la familia Fisher permaneció en El Paso.

El abuelo empezó de nuevo; vendía chicles y cigarros en un puestito. La abuela sembró coditos en latas vacías y así inició lo que llegaría a ser el vivero más grande de San Antonio. Nuevamente, poco a poco, Don Isidoro encontró su camino. Fue el primero en crear una tienda de auto-servicio en San Antonio; recorría fábricas y compraba pacas de mercancía que no había pasado el control de calidad. Es decir, le faltaba un botón, la bastilla estaba chueca: pequeños o medianos problemas. El compromiso era quitarle la etiqueta antes de venderlo, ya que daría mal nombre a las grandes marcas de prestigio. Llegaban esos grandes bultos de ropa, telas, zapatos, y se colocaban en unas mesas enormes. El cliente tenía que ir en busca de mercancía con daño menor. El precio era barato y la tienda *Solo-Serve* prosperó a pasos veloces. Años después, el dueño de *La Quemazón*, una gran tienda de auto-servicio en Aguascalientes, me dio un descuento considerable en una bicicleta que compré para mi hijo, diciendo que le debía su éxito a mi abuelo, quien le había enseñado el sistema de vender a precios bajos y en gran volumen.

Don Isidoro jugaba limpio con sus clientes y sus empleados; era generoso con sus donaciones a instituciones de beneficencia para los pobres y los enfermos. Sin embargo, fue un verdadero tirano con sus hijos. Exigía control, y cuanto más independientes se mostraban, peor les iba. Provocó un escándalo en la prensa y la alta sociedad de San Antonio cuando sus hijos varones lo pescaron bailando en la parte oeste de la ciudad, es decir el barrio donde vivían la mayoría de los mexicanos. Resulta que el abuelo se fue a bailar con una mujer guapa que trabajaba con él en la tienda. Pues el hijo menor atacó con un fuate equino a la mujer, pegando de gritos e insultando a todo mundo. Llamaron a la policía, se llevaron a los dos hijos y los

encarcelaron hasta que el “viejo” los perdonó. De eso no se habla mucho en la familia, no es digno de un magnate, un señor que quebró ocho veces en su vida y murió acaudalado. El hecho es que el “viejo” optó por el camino del divorcio, casándose a los setenta años con una mujer joven y bella de veinticinco años, con quien tuvo tres hijas. Cabe mencionar que éste era el mismo hombre que le había ofrecido grandes cantidades de dinero al pretendiente de su nieta mayor para que la dejara, ya que él no era judío. Sin embargo, él se casa con una mujer que tampoco era judía, pero, eso sí, ¡Ella se convirtió al judaísmo para poder casarse!

El viejo murió en San Antonio. Ambos hijos varones trabajaron con él y siguieron su camino. Las tres hijas del primer matrimonio iban y venían de México a Texas. Mi madre fue la primera hija; tenía once años cuando llegó a San Antonio y solamente duró siete años cabalísticos en Texas. Al llegar descubrió el racismo, ya que en la escuela le acomodaron el apodo de “the Little Mexican girl”, por haber llegado de México cuando su familia, como muchas otras, se refugiaba de las peripecias de la Revolución en San Antonio. Sus relatos en manuscritos auto-biográficos describen una nostalgia inmensa de su país natal y una crisis de identidad severa. Extrañaba el campo, a su Nana Serapia, a los niños del rancho, el membrillo con sal y la tortilla calentita del comal. Más que lo material, extrañaba el calor humano, la relación de cariño con la Nana Serapia, de aceptación en el ambiente, aunque Anita sabía que era diferente, que en su casa hablaban otro idioma y que ella no asistía a las clases de religión en la escuela. La nana la invitaba a misa, a comulgar, a unirse. Por el contrario, en Texas se le rechazaba por ser diferente, primero por mexicana y al poco tiempo por ser judía, con el nuevo apodo de “the Little jew-girl”.

Los padres de Anita la mandaron a las clases para niños en la sinagoga, pero la reacción de Anita fue una decepción

enorme: ¡Eran simplemente personas como los demás! Ella y su hermano mayor habían inventado pertenecer a una “Raza de príncipes” y era por eso que no asistían a las clases de religión en la escuela de Aguascalientes. Su confusión de identidades es tema central de los cuentos que escribió años después. Las preguntas eran muchísimas más que las respuestas. ¿Por qué los compañeros judíos le exigían que se aislara? ¿Por qué los que no eran judíos la rechazaban? ¿Por qué le decían que no debería participar en el club de los debates cuando brillaba su habilidad de presentar y defender los valores de los de abajo? ¿Por qué no se tomaba carne y leche del mismo plato? ¡Y luego había platos limpios que les decían no limpios!

Anita fue sumamente independiente y sola desde muy joven. Es más, ni siquiera se esperó a que mi abuela subiera a su recámara para acostarse y dar a luz. Anita nació en el descanso de la escalera de la casona que hoy es el Hotel Andrea en Aguascalientes. Nació justo un año después que su hermano mayor, y dos años antes que su hermana. Es decir, mi abuela tenía un hijo de un año, una recién nacida, y a los dos años otra. Como no se daba abasto, optó por el sistema mexicano de la nana que le ayudara. La Nana Serapia la crió con el cariño y la sazón de la gente de abajo; le daba membrillo con sal, tortillitas calientes del comal con sal, y le platicaba de todo lo que pasaba a su alrededor. Aun cuando los padres y familiares no hablaban de la Revolución delante de los niños, Anita estaba bien enterada de lo que sucedía; ¡Los peones del rancho se fueron a la bola! El cometa Halley anuncia un cambio: el temblor el día que tomó posesión Francisco Madero era señal de problemas graves.

Vivió en dos mundos, el de la familia y el de su entorno. El resultado fue un cariño enorme y una entrega incondicional con los de abajo. Ella siempre fue “el otro”, el que no es igual a los demás, ni dentro del entorno de la familia, ni en

Aguascalientes, ni en Texas, sino que formaba parte de varios mundos a la vez. Su refugio en Texas fue la biblioteca pública de San Antonio, la lectura la alimentaba y suplía la falta de pertenecer y de sentirse aceptada.

Terminó la preparatoria a los dieciséis años y convenció a su papá para que la dejara estudiar en la Universidad *Our Lady of the Lake*, en San Antonio. Le fue de mal en peor. La pusieron a pintar charolas y floreros de porcelana, y pasaba horas en la oficina de la directora defendiéndose de las monjas que la acusaban de haber plagiado sus trabajos. ¡No era posible que una jovencita hubiera escrito eso sola! Sin embargo, Sister Angeli que la defendió, dándole recetas para escribir: “Cuando sabes lo que quieres decir, el texto se escribe solo”. Anita mantuvo contacto con ella por lo menos durante siete años, ya que le mandó un ejemplar del primer libro que publicó.

Al terminar el semestre Anita le rogó a su papá que le permitiera ir a la Universidad de Texas en Austin, a una hora de San Antonio. Su hermano mayor estaba en Rice University, en Houston, más lejos. Don Isidoro aceptó, y Anita probó su suerte en una universidad pública y laica. Los cuentos y la novela autobiográfica que escribió Anita sobre esa época de su vida reflejan dos corrientes: el reto de participar en un seminario del famoso escritor J. Frank Dobie, y el de participar en el periódico de la Universidad. Sin embargo, persistía su angustia por no pertenecer. Describe el ambiente de pachangas en las casas de asistencia donde “Sí aceptaban huéspedes judíos”, sin gozar la experiencia. Para ella, era ruido y jóvenes con caras pintarrajeadas que se colgaban demasiados chunches. Relata haber ido a las orillas de la ciudad, a un cuarto oscuro en donde un brujo, con una voz temblorosa, le indicó: “¡Niña, regresa a tu casa!”. Así fue que decidió abandonar Austin.

Nuevamente negoció con Don Isidoro para que la dejara regresar a México. Él, preocupado por la Revolución, indagó

con el rabino, quien le dijo tener un amigo allá que le reportaba que todo estaba en calma. La lucha armada había terminado.

Consiguió un trabajo de maestra de inglés en una escuela presbiteriana y se embarcó. Estaba contenta de haber llegado a la Ciudad de México; la escuela separaba a las niñas “popis” de las niñas pobres; éstas barrían y lavaban los trastes. Sin ningún aviso previo, un día despidieron a su colega, ya que “su conducta era inaceptable”. Se supo inmediatamente que la directora de la escuela no aceptaba que una maestra norteamericana tuviera un pretendiente mexicano que la visitara. En solidaridad con su amiga, Anita renunció en el momento que lo supo. De allí se fue a buscar al amigo del rabino, ya que no tenía dónde vivir ni con qué mantenerse.

La vida de Anita cambió por completo; la esposa del amigo del rabino era nada menos que la “Paca Toor”, antropóloga y escritora que publicaba la revista *Mexican Folkways*. Vivían en una vecindad en el centro, por las calles de Bucareli donde también vivían otros artistas e intelectuales extranjeros. Al primero que conoció fue a Carleton Beals, reportero del semanario *The Nation* de Nueva York. Beals había sido maestro de inglés de Venustiano Carranza y daba clases en el Colegio Americano. Jean Charlot era Director de Arte de la revista, e identificaba al grupo de artistas e intelectuales como “la familia”. Adoptaron a Anita y despegó así su carrera de periodista y reportera del arte mexicano.

La contrató el Dr. Weinberger, amigo del rabino, que manejaba la Bnei Brit, una organización que asistía a los judíos europeos que emigraban a México. Anita, que en 1924 tenía diecinueve años, viajaba a Veracruz a recibir los barcos y tramitar el traslado de los recién llegados a la Ciudad de México. Registraba los nombres de los que llegaban, cuál era su oficio, y cuántos eran de familia. Se involucró de lleno en el proceso de integrar a las personas, entre los cuales pudieron bien

haber estado Harry Steele y la familia Zabludovsky. Había que encontrar hospedaje, organizar escuelas para los niños; la mayoría iniciaron sus trayectorias como vendedores ambulantes. Sin embargo, había grupos comunitarios de teatro, políticos, y otros que promovían cuidado médico. Estaban bien organizados, y Anita descubrió otro mundo judío diferente al de San Antonio.

El problema surgió cuando los dirigentes de las comunidades en Estados Unidos declararon que “México no era un país apropiado para los judíos de Europa”. Aun cuando en los Estados Unidos se habían cerrado las fronteras a nuevas inmigraciones en 1924, y los judíos venían huyendo de los pogromos en Europa Oriental, las afirmaciones fueron la chispa que detonó en Anita la necesidad de hacer algo en contra de esa discriminación. Sintiendo fuerte y aceptada por su entorno, tomó la iniciativa y escribió un artículo para el semanario *The Nation* de Nueva York y, con la recomendación de Beals, se publicó “*Mexico: Another Promised Land*”, su primer artículo de muchos en defensa de su tierra natal. Ese artículo y la batalla que siguió fue el parteaguas en la trayectoria de Anita, hija de inmigrantes, ferozmente nacionalista y lúcida en su meta por dar a conocer su país, sus tradiciones, sus artistas y su historia al mundo de habla inglesa.

Mantenerse no le fue fácil. Traducía para Manuel Gamio, realizaba investigaciones para el libro *Mexican Heritage*, de Ernest Gruening, escribía artículos sobre los judíos para agencias de noticias judías en Nueva York, tomaba clases en la Escuela de Altos Estudios y se daba tiempo para escribir su diario y pachanguear con los cuates de “la familia”. El cúmulo de actividades que transcribe en su diario es impresionante no sólo por el volumen de cosas que hacía, sino también porque la combinación le aportaba una gran variedad de información sobre México. Su pasión era escribir sobre el arte y el pueblo de

México, ante su percepción de que el mundo de habla inglesa no comprendía ni conocía al país. La mejor forma de describir su relación con los artistas es identificándola como una “mamá judía” que igual le conseguía clientes a Goitia, que visitaba al Secretario para que le regresaran sus muros a Orozco, que pasaba una tarde convenciendo a Luz que no aventara a su hija Conchita al pozo para apaciguar a los dioses de Milpa Alta, o que pedía prestado para comprar obra para supuestos clientes que no existían, cuando la situación lo ameritaba.

En 1926 empezó su labor de publicar dos libros, uno sobre el Renacimiento Mexicano, y un Catálogo de Arte de México. Logró obtener un apoyo de la Universidad Nacional de México para poderle pagar la toma de fotos a Edward Weston, y terminó los manuscritos en 1927, con la asesoría invaluable de su amigo y pretendiente Jean Charlot. Anita viajó a Nueva York en el otoño de 1927. Rivera estaba en California, Orozco se preparaba para viajar a Nueva York y Siqueiros también andaba fuera. Instalada en Nueva York, su actividad se centraba en los estudios, mantenerse y promover el arte mexicano; seleccionó y se llevó obras de arte de México para montar una exposición y así dar a conocer a los artistas.

A pesar de todo el esfuerzo, y de las cuatrocientas imágenes de Weston y Tina Modotti, los dos libros se tuvieron que fusionar en uno: *Ídolos Tras los Altares*, que se publicó en 1929. Anita tenía escasos veinticuatro años; a los veinticinco terminó su doctorado y se casó con mi papá, un médico judío recién recibido.

Para estas fechas ya no hay tantas quejas en su diario sobre el despilfarro de fondos en San Antonio y ni sobre su papá que la presionaba para regresar a Texas al no apoyarla económicamente. Era Anita la que aportaba económicamente al matrimonio, ya que la crisis del '29 dificultó para mi papá el inicio de su carrera como médico. Anita siguió en su afán de

promover su país; el segundo libro, *Your Mexican Holiday*, se publicó por primera vez en 1932, y tuvo gran éxito al dar al turista una guía para conocer y comprender México. Con dos libros y múltiples artículos publicados logró que la revista semanal del *New York Times* recibiera su trabajo, y pagaba bien; la contrataron para realizar un reportaje en España durante la Guerra Civil, en la cual Anita se identifica con los obreros y con el movimiento sindical.

El volumen de lo que escribió Anita baja en forma dramática una vez que nacen los hijos. Sin embargo, el tercer libro de Anita, *El Viento que Barrió a México*, publicado en 1943, es el revuelo que levanta polvo político tanto en la oposición del clero por lo que dice, como en la advertencia a los Estados Unidos de poner más atención con su relación con México. Este libro fue el primer relato de la Revolución de 1910 que se publicó en inglés, y por ser un excelente retrato de los hechos, con cien páginas de texto y ciento ochenta fotografías, se sigue vendiendo tanto en inglés como en español.

Anita abandona Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial para regresar a México, donde la vida es menos difícil. Se dedica a escribir libros para niños hasta que inicia la publicación de la revista *México/This Month*. Durante diecisiete años goza del patrocinio del gobierno para enviar la revista a todas las embajadas de México en el mundo. No sólo se reinicia en el mundo de promover a México, sino que también regresa a su tierra natal, a trabajar el rancho de la familia, ya no con ganado lechero, sino con ajo, espárragos, brócoli, nectarinas y chabacanos. Su entrega a la tierra es completa, se dedica a localizar y traer expertos de Israel para aliviar los problemas de nemátodos en la vid. Ciertamente, había ocasiones en que se compliacaba la labor de la revista con la de la cosecha, pero Anita era feliz en la batalla por producir lo agrícola y lo literario. Estaba en la tierra de sus “huehuenches chiquiloteros”, como bautizó

a sus amigos de Aguascalientes. Aun cuando su padre no llegó a saborear la producción de sus tierras, fue Anita la que cosechó el esfuerzo y valor de inmigrar y ser bien recibido. Cuando se hacen las cosas bien, todos nos beneficiamos. México, al tener una promotora incondicional, y Anita, al haberme dejado en herencia esa pasión por el país.

Sin necesitar decírmelo de otra forma que con el ejemplo de sus vidas, ellos, mi abuelo y mi madre, me enseñaron que una semilla parece quizá un grano inerte, pero que dentro viaja toda una tierra, una cultura, un origen y un pasado. Cuando encuentra la tierra que la quiera acoger, esa misma semilla revive en sueño, en promesa, en realidad.

Como ellos dos, hoy vengo a recoger y entregar su cosecha, gracias a los vientos que aquí los sembraron. \* fin \*

## Nunca es tarde

Oscar Martínez Cervantes (Xilet)  
*Categoría A / Mención Honorífica*

**N**ací en un rancho llamado San Diego de Alcalá en 1948 en el Estado de Guanajuato. Soy la primera de cuatro hermanos, tres mujeres y un hombre. Una partera fue la que nos trajo al mundo ya que no había hospitales ni médicos. Cuando iba a nacer un nuevo hermano, mi papá me mandaba al corral y me decía “hija, vente para acá que la cigüeña te va a traer un hermanito”, yo me iba para el corral y desde ahí escuchaba los gritos del bebé.

Como fui la primera, a los siete años comencé a ayudar a mi papá en la siembra. Mientras él iba adelante con el arado, yo iba echando las semillas a los hoyitos; aunque era muy cansado el trabajo, a mí me gustaba porque lo veía como un juego, además mi papá me dejaba descansar mientras él seguía sembrando o cosechando.

Mis abuelos le heredaron a mi mamá la casa donde vivíamos allá en San Diego. Mis padres vendieron esa casa y con el dinero que les dieron más el que tenían guardado, compraron una casa en Acámbaro. Yo estaba muy entusiasmada porque era una casa muy grande y muy bonita. Así comenzó mi vida por los distintos espacios y momentos en la migración.

Cuando tenía doce años había entrado al cuarto grado de primaria y mi papá me sacó de la escuela para llevarme a Monterrey a la pizca del algodón, donde estuve más o menos medio año. En la hectárea, yo iba pizcando el algodón, el que alcanzaba pues no era muy alta, lo ponía en una bolsa que le llamaban “saca” hasta terminar el surco. Para mí era un trabajo muy cansado, pero como mi papá me quería mucho me dejaba

descansar mientras él seguía pizcando, muchas veces cuando estábamos trabajando me acordaba de mi familia y me ponía muy triste. Al regresar en la tarde, mi tía nos daba de comer sopa, frijoles con carne o lo que tuviera y después me iba a jugar con mis primas alrededor de la casa y sólo así se me olvidaba la tristeza.

Al regresar de Monterrey, volví a trabajar en casas o ayudando a una señora haciendo tortillas. Encontré un trabajo con una familia que tenía casa en el Distrito Federal. Ellos me invitaron para que los acompañara al D.F. Al ver la ciudad me quedé impresionada con todo lo que había, muchos carros, edificios, mucha gente diferente, me gustó mucho. Pero después de una semana nos regresamos de vuelta para el pueblo, les platiqué a mi mamá y a mis hermanos lo mucho que me había gustado la ciudad, además que me sentía importante por haber conocido la ciudad.

Seguí trabajando en tiendas y en casas pero como ganaba poco dinero, ya no me gustaba estar en Acámbaro y como decían que en la ciudad pagaban mejor, yo quería irme mejor a trabajar allá. Un día pasó una señora por las casas preguntando si alguien quería irse al D.F. a trabajar con ella. Le dije que le preguntaría a mi mamá, puesto que quería irme. La señora habló con mis padres para que me dejaran ir y yo también insistí, al final se convencieron y logré irme para el D.F.

En el mes de agosto de 1968, a mis 19 años llegué a la Ciudad de México, estaba muy contenta, me pareció impresionante. Comencé a trabajar con una familia por el metro Tacubaya cuidando a un bebé, hacía la comida, lavaba la ropa y hacía la limpieza de la casa. Me trataban muy bien y hacían sentirme muy contenta. Me asignaron un cuarto para mí solita y me dejaban libre todos los domingos.

En uno de los paseos a Chapultepec conocí al que fue mi esposo. Yo iba con mi hermana y él con unos amigos. Con

mi hermana nos gustaba ver la montaña rusa ya que era impresionante, cómo se veía y gritaba la gente. Me di cuenta que dos muchachos nos miraban, entonces le dije a mi hermana que nos estaban viendo y ellos se acercaron hacia nosotras, ahí comenzó la amistad.

Cuando cumplimos dos meses de novios, me propuso que nos fuéramos a vivir juntos. En ese tiempo yo tenía veinte años y dentro de mí pensaba que me estaba haciendo vieja y que, tal vez, si no aprovechaba este momento, me iba a quedar *cotorra* (solterona), además, yo lo quería, así que decidí irme a vivir con él. Los primeros días de vivir juntos él me dijo “te voy a explicar algo que pasa el primer año que las parejas se juntan, hay discusiones y problemas, por el dinero y por los celos pero sólo es el primer año”.

Estuve contenta los primeros días, hasta que en la segunda semana de vivir juntos comenzó a golpearme, decía que no sabía hacer de comer, que no hacía la comida como su mamá, que no lavaba bien su ropa, que no sabía hacer nada, que era una inútil y una pendeja. En ocasiones me aventaba la ropa limpia en mi cara y me gritaba muchas groserías, me hacía sentir muy mal; dentro de mí pensaba, nada más es un año, se pasa rápido, había que aguantar. En esos momentos de tristeza y de soledad me creía casi todas las cosas que me decía aunque no fueran ciertas.

A mis 22 años nació mi primera hija y mi esposo decía que no era de él, que yo andaba de *cabrona* y me pegaba, decía que me iba a clavar en una estaca si me encontraba con otros *güeyes*. A pesar de que yo nunca salí a la calle, pues había mucho que hacer en la casa y tampoco me gustaba salir. Aun así, y a pesar de su comportamiento, tuve cinco hijos con él, Corina, Julio César, Marco Antonio, Óscar y Miguel Ángel.

Cuando mis hijos comenzaron a crecer y mi esposo llegaba borracho a querer pelear, los mayores empezaron a

enfrentarse con él a golpes. A mi hija, por ser la mayor, a los 15 años la golpeaba como si fuera un hombre, ella se defendía enfrentándose a él pero no se comparaba la fuerza. Entre ella, el mayor de los hombres y yo lo agarrábamos a golpes hasta que se calmaba y los más chiquitos sólo gritaban y lloraban. Muchas veces se metían a defendernos los propios vecinos o los amigos de mis hijos entraban a la casa, lo agarraban de los brazos y él se ponía más violento pero ya no podía hacer nada.

La situación en la familia se volvía un infierno, gritos, golpes, sangre, eso no podía seguir así. Lo peor estaba llegando, mis hijos ya no permitían que me golpeará, porque todos eran jóvenes, se enfrentaban a él y cada vez era peor, pensaba que él los mataría o ellos a él.

Fue en ese momento que me decidí a cambiar. Dejé de atenderlo, no le ofrecía de comer y tampoco le lavaba la ropa hasta que se dio cuenta de mi indiferencia, y aunque seguía siendo violento, ahora no era con golpes, porque mis hijos eran mayores y ellos ya no permitían que me golpeará, pero él seguía gritando y decía que me iba a matar.

Casi nunca me dio muestras de cariño, todo el tiempo estaba enojado y sólo gritaba, era muy duro. Pienso que fue muy hipócrita, porque sólo después de pegarme era cuando me decía "perdón, madrecita", me abrazaba y decía que no lo volvería a hacer.

Éstas y muchísimas más ocasiones fueron las que me golpeó y maltrató, de las cuales ya no me quiero acordar. Lo odié tanto que ahora sólo siento indiferencia y lástima por él, pienso que nunca fue feliz y que tampoco quiso que su familia lo fuera.

En 1997 decidí escapar de ese infierno antes de que ocurriera algo peor. En aquel tiempo pensaba que yo era el problema para que él se comportara de esa manera. Así que decidí irme.

A los 48 años hablé con mis hijos, todos ya eran mayores de edad y algunos incluso tenían su propia familia. La mayor

estaba casada y tenía 4 hijas a sus 26 años; el segundo estaba soltero y tenía 25 años; el tercero que tenía 20 años, también estaba casado y tenía un niño; el cuarto tenía 19 y el pequeño había cumplido los 18 años.

La decisión de cambiar fue más fuerte que la tristeza, y por eso tenía la esperanza de poder ayudar a mis hijos, ellos eran lo más importante en mi vida. Si me iba, como decían los que estaban allá, podría mandarles dinero para que siguieran estudiando y que mi esposo no tuviera ningún pretexto para maltratarlos. Muchas veces pensé que era por mi culpa que la situación familiar estuviera así.

Me fui para Morelia y de ahí al aeropuerto junto con mi hija y una sobrina; al despedirme de mi hija, sentí morirme y el corazón me dolía por ver llorar de aquella manera a mi hija. Yo no lloré, me hice la dura, pues la decisión ya estaba tomada. Sólo hasta que estuve en el avión me puse a llorar y a recordar muchas cosas de mi familia y pensar que las cosas iban a mejorar. No tuve miedo de lo que me iba a encontrar en Estados Unidos, al contrario, me daba ánimos y le pedí mucho a la virgen de Guadalupe que me ayudara y cuidara a mis hijos.

Llegando al aeropuerto de Mexicali, le pedí a un taxi que me llevara al Hotel Carlson. Era un viernes por la tarde y hacía mucho calor, ahí me encerré hasta el otro día que el coyote llegó. El coyote me dio una credencial con una foto de una persona que se parecía a mí.

En la Línea de Mexicali me preguntaron todos los datos que había en la mica, el nombre, la edad, la dirección, y también para qué iba a Estados Unidos, estaba un poco nerviosa, pero como respondí bien, me dejaron pasar. Me costó muy poco tiempo y esfuerzo entrar a Estados Unidos. Para ser la primera vez, estuvo muy fácil.

Los primeros días me estuve hospedando con mi hermana en Santa Ana, California, dormía en la sala de la casa que

rentaban ella y sus hijos. La ciudad me pareció muy bonita, estaba muy limpia y era muy diferente a donde había vivido en México.

Al segundo día de haber llegado a Estados Unidos, en la casa de mi hermana llegó una pareja y me dijeron que si quería trabajar y dije que es lo que andaba buscando y me alegré por la noticia. Y sí, me fui a trabajar con una familia para hacer la limpieza de la casa, la comida y cuidar a los niños. La señora era mexicana y su esposo árabe. Ellos me pagaban 150 dólares por semana.

Muchas veces me iba solita a comprar a una tienda mexicana, y fue ahí donde conocí a Apolinar, mi nueva pareja. Él me recomendaba algunos productos y así comenzamos a platicar, también me hacía bromas que me hacían reír. Fuimos formando una relación de amistad cuando yo iba a la tienda y al cabo de tres meses empezamos a salir a comer juntos.

Después de haber trabajado en cuidar niños y limpiar casas, encontré un trabajo en una fábrica de ropa, donde poníamos las etiquetas a la ropa con una pistolita, contaba cajas, las amarraba y las acomodaba en camas para hacer torres. En esta empresa trabajaba ocho horas diarias y me pagaban 5 dólares la hora, me sentía más contenta pues ganaba más dinero y podía trabajar horas extras. Estuve trabajando allí durante cinco meses, pero como trabajaba con seguro *chueco*, al pasar el tiempo no sé por qué me dijeron que no podía trabajar y que lo sentían mucho. Eso fue como una cubetada de agua fría, ya que no sabía qué hacer. Así que tuve que ir a conseguir otro seguro que me costó 200 dólares, pero de todos modos no me dejaron trabajar y estaba muy desesperada y me sentía sola. Cuando habían pasado dos años de estar en los Estados Unidos, decidí regresar para México, ya que extrañaba a mis hijos y quería verlos.

Los primeros días estuve muy contenta de estar de vuelta con mi familia, pero al mismo tiempo no me sentía a gusto

de estar sin trabajar y el dinero que había guardado se me iba acabando poco a poco.

En México quise buscar un trabajo, pero sólo había para limpiar casas, lavar ropa o plancharla por docena. A mí se me hacía muy pesado y muy mal pagado, además la colonia donde había vivido ya no me gustaba, se me hacía muy sucia, había muchas cacas de perro por la calle, basura y siempre olía a caca y orines de perro. Creo que ya no me sentía a gusto en México, así que después de tres meses decidí regresar para Estados Unidos, mis hijos me decían que no me fuera porque ya tenía 51 años, pero yo fui *neclia* y me regresé para el otro lado.

El mismo coyote que me pasó la primera vez, volvió a cruzarme sin ningún problema por Mexicali, pero esta vez ya me cobró 1200 dólares. No me opuse, me sentía muy segura y sin ningún problema al pasar con Don Beto (el coyote).

Estando en Estados Unidos, volví a trabajar en la misma empresa de computadoras. Mientras, supe que en otra empresa, también de electrónica, necesitaban a alguien y quise trabajar en las dos empresas, puesto que quería ganar más dinero. En la primera empresa trabajaba de seis de la mañana a dos de la tarde y de ahí me iba corriendo para la otra, ya que ahí entraba a las tres de la tarde y salía a las doce de la noche. No me conformaba, quería ganar más dinero y subir de puesto. Pero sólo aguanté una semana, aunque ganaba más, terminaba muy cansada y mejor decidí quedarme en la segunda empresa, porque ahí me pagaban a 8 dólares la hora.

Polo (como le digo a mi pareja) me apoyó mucho y me decía que si extrañaba a mis hijos, que me fuera, que él estaría ahí para cuando decidiera regresar. Él siempre me animaba para hacer cosas, para arreglarme, para salir a pasear y para llamar a mis hijos. Pero en ocasiones me sentía menos estando a su lado, la gente murmuraba por ser mayor que él; me sentía

vieja y fea a su lado, pero él siempre me animaba y me decía que no me importara lo que la gente dijera.

En el 2001 volví a regresar México, regresaba a México con ganas de quedarme, pero a los tres meses de estar ahí, me desesperaba mucho y me entraban ansias de volver a Estados Unidos. Aunque mis hijos se pusieran tristes o se enojaran conmigo, yo siempre hacía mi voluntad y al final me entendían.

La tercera vez que intenté cruzar para Estados Unidos fue en el 2001 y lo intenté por Tijuana con el mismo coyote, recuerdo que eran como las seis de la tarde cuando me tocó el turno de pasar; la persona que estaba preguntando se dio cuenta de que la persona de la foto de la mica no era yo y llamaron a la *migra* y me llevaron a un cuarto donde estaban más personas que también habían intentado pasar. Comenzaron a preguntarme que si era yo la de la foto y yo siempre dije que sí, estaba nerviosa y tenía un poco de miedo, pero ellos me seguían preguntando. Hasta que me fastidieron y les dije que “si no era yo, entonces que me dijeran ellos quién era”. Me inventé un nombre para que no me siguieran preguntando, además de que estaba muy cansada y hambrienta. Después de unas horas me dieron de comer, me tomaron las huellas de los dedos de las manos, me tomaron fotos, me hicieron firmar unos papeles y me dijeron que si lo volvía a intentar me encerrarían 10 años en la cárcel.

A las cinco de la mañana que me echan para afuera; no conocía nada y me fui por todo el alambrado caminando hasta que llegué al hotel donde me había hospedado y ahí me estaba esperando el coyote. Él me dijo que lo mejor era irnos de vuelta para Mexicali, ya había cruzado dos veces antes por allá y no hubo mayor problema, volví a pasar por la Línea.

Como apenas habían tirado las Torres Gemelas, era más difícil encontrar trabajo, pero aún así pude trabajar. Después de dos años de trabajar y ganar mi dinero, la soledad, la tristeza

y la nostalgia de estar con mis hijos, aunado al cansancio y un hecho inesperado hicieron que yo volviera una vez más a México en el 2003.

Toño, el tercero de mis hijos, se había accidentado y estaba muy grave en el hospital. Así que no esperé y rápido me fui para México, para ver a mi hijo. Al verlo en el hospital me sentí morir, estaba en coma y los doctores no nos daban esperanzas, todo estaba en manos de Dios. Se había caído de cabeza de un segundo piso y tenía la frente desecha y el rostro irreconocible.

En México estuve como tres meses más, hasta la recuperación de mi hijo. Al saber que estaba mejor y como ya no tenía tanto dinero, decidí volver a regresarme a Estados Unidos, pues si lo lograba, podría ayudar a él y a su familia con un poco de dinero mientras se recuperara para poder trabajar.

Como perdí el contacto con don Beto me fui para Nogales con mi cuñado y mi sobrina, pero ellos se fueron primero porque iban para Atlanta y yo para California. En la frontera siempre hay gente que intenta pasar para el otro lado, también hay muchos coyotes que se ofrecen pasar a la gente, y ahí conocí a uno que me prometió pasarme por el desierto sin ningún problema y sólo me cobraría 1100 dólares.

Yo sólo llevaba conmigo una botella de agua, una mochilita con mis papeles y un álbum de fotos de mi familia. En el grupo íbamos una señora con su niño de tres años, yo y cuatro hombres más. Caminamos y caminamos todo el día por el desierto; estábamos muy cansados y los guías sólo nos decían que ya íbamos a llegar y nunca llegábamos. El niño sólo lloraba y los guías le gritaban a la señora que callara al niño, yo sentía muy feo por el niño. Mientras íbamos caminando en el desierto, pensaba que nunca llegaríamos, estaba cansada y tenía mucho frío, también me ganaba la desesperación, pero me aguantaba y no decía nada. Esa misma madrugada los guías nos dijeron

que nos iríamos en otra camioneta, la cual nos llevó otra vez por el desierto, ahí mismo nos volvieron a bajar y seguimos caminando. Cuando de repente nos dicen que nos escondamos entre las hierbas, iba a pasar el helicóptero y la patrulla fronteriza, yo estaba muy desesperada y cansada. Inmediatamente después de habernos escondido nos llevaron a otra casa; ahí nos dieron de comer como si fuéramos puercos, pero nadie decía nada, había que aguantar.

Después de tres días de caminar por el desierto por fin llegamos a Phoenix y de ahí me llevaron a California. Y, por suerte, Polo siempre me estaba esperando muy contento, y yo volvía a encontrar trabajo sin problemas, a pesar de mi edad, tenía 53 años.

Al cabo de un año, en diciembre del 2004, quise estar con mi familia otra vez y a pesar de tener trabajo y una nueva pareja, no me sentía del todo bien, así que aproveché para irme de vuelta a México, y estar en los quince años de mi nieta y pasar muy contenta la Navidad con mi familia.

El 27 de diciembre mi hermana que vive en Acámbaro me llamó y dijo que mi papá estaba desaparecido desde la noche del 25 de diciembre y que no lo encontraban. Así que me fui rápido para saber lo que había pasado con mi papá. Hasta que al cabo de dos semanas lo encontraron muerto en descomposición al lado de un río.

Por todo lo ocurrido con mi papá, yo me sentía muy extraña y muy triste, hablé con mis hijos de la posibilidad de volver a Estados Unidos y ellos me dijeron que yo lo decidiera y que ellos me apoyarían. Ya había cumplido los 54 años de edad, pero aún tenía muchas ganas de trabajar y de vivir. Así que quise regresar por quinta vez al otro lado.

Era un viernes cuando llegué a Nogales, para el sábado encontré un coyote y me dijo que me pasaría por la Línea. Pero al tratar de cruzar, que me agarra la *migra*, me pusieron unas

esposas junto a una muchacha que también habían agarrado y nos llevaron donde tenían a más migrantes, ahí comenzaron a preguntarme por qué iba a cruzar, qué iba a hacer en los Estados Unidos y dónde estaban mis papeles de residente. Yo les dije que sólo iba de compras, pero no me hicieron caso. Nos llevaron a un cuarto y nos dieron de comer. Estaba muy asustada, porque pensaba que me encerrarían en la cárcel y que estaría encerrada durante largo tiempo, además pensaba en mis hijos y me ponía triste.

No me maltrataron, sólo me dejaron ahí toda la tarde y otra vez me dijeron que si lo volvía a intentar me encerrarían 10 años. A las once de la noche nos llevaron a todos los que habían agarrado al otro lado de la frontera.

Llegué al hotel donde me había quedado en Nogales, le llamé a mi sobrina para saber si ella conocía a otra persona que me pudiera cruzar, pero no conocía a nadie. Por la tarde me salí y encontré a un hombre que dijo que él me podía cruzar y me llevó a la casa de su hermana. Era una colonia muy fea, ahí estaban como unas cien personas más que iban a cruzar y esperamos ahí, hasta que nos fuimos por la noche.

Éramos 16 personas las que íbamos en la camioneta; dentro del grupo había cuatro jóvenes brasileños. Al llegar al desierto nos bajamos de la camioneta y nos fuimos caminando toda la noche, hacía mucho frío y yo sólo llevaba una chamarra, pero los hombres hicieron una fogata mientras descansábamos. Luego seguimos caminando y corriendo, sólo algunas veces no sentía el frío por el movimiento, además de que estaba muy nerviosa.

Como yo era la más vieja del grupo, muchas veces los guías me gritaban que si no corría me dejarían y yo me asustaba, pues no quería quedarme en medio del desierto, así que aunque estuviera cansada me echaba a correr.

Estábamos muy cansados y cuando llegamos a unos matorrales, los guías nos dijeron que podíamos descansar y yo me

quedé bien dormida. De repente, un guía gritó, “¡a correr que viene la *migra!*”, yo me levanté tan asustada que hasta se me tronchó mi pie derecho.

Así seguimos todo el día. Hacía calor y todos estábamos muertos de sed y de cansancio, hasta que llegamos donde estaba un pozo con un rehilete de viento muy viejo y los muchachos comenzaron a darle vueltas para sacar agua, pero no tenía casi nada, sólo salían unas gotas, alrededor había un charco de agua puerca, con caca de vaca y gusanos, pero como era tanta la desesperación de tomar agua, los brasileños así se la tomaron. Yo tenía mucha sed, pero me aguanté y no tomé agua, hasta que llegamos a un pueblito donde nos estaban esperando unas camionetas para llevarnos. En la primera subieron a ocho personas y se fue, en la segunda nos subieron a las otras ocho, pero en ese momento llegó la *migra* y que nos bajan a todos.

Nos esposaron a todos y nos subieron a las patrullas. Llegando a las Oficinas de Migración, nos pusieron un grillete metálico atado a una silla y ahí nos empezaron a hacer preguntas. Como ya me habían agarrado dos veces, ya tenían mis huellas y mi foto me preguntaron, por qué quería entrar a los Estados Unidos. Le conté que me había salido de México porque mi esposo me golpeaba y que tenía miedo de que un día me pudiera matar.

El *migra* era muy amable y me dijo que me podían dar asilo político y yo le dije que lo iba a pensar. Después nos quitaron los grilletes, nos separaron a las mujeres y a los hombres y nos metieron a unos cuartos. Yo tenía mucho miedo, mucha sed y mucha hambre, hasta que me animé y le dije a un *migra* que si me podía dar de comer y sí, me llevaron un sándwich, una fruta y agua y me los comí como desesperada.

Ese día estuvimos ahí hasta la mañana siguiente, yo no pude dormir y estuve toda la noche pensando en que ahora sí

me iban a encerrar y que ya no podría ver a mis hijos durante mucho tiempo.

Por la mañana nos subieron a un camión muy grande donde iban puros hombres, yo era la única mujer, pero el camión llevaba un lugar detrás del chofer tapado con acrílicos transparentes; yo me quedé tranquila, porque iba en un cubículo aparte, dentro del camión.

Por la noche no había más que hacer más que dormir y pensar, no sabía nada de mi situación, si me encerrarían o me soltarían. A la mañana siguiente nos volvieron a meter en el mismo camión y pensé que nos llevaban para México, pero no fue así. Al darme cuenta, estábamos en otra cárcel pequeña, ahí había un montón de mujeres encerradas. Me puse muy nerviosa y me asusté más, y ahora sí pensé que me encerrarían por un largo plazo. No sé por qué pero no lloraba, aún a pesar de sentirme triste.

El lugar estaba muy limpio y ahí ya me pude bañar; los cuartos tenían literas y podíamos dormir mejor que en los demás lugares; aunque estaba triste, me iba resignando a la situación y muchas veces pensaba que por qué me encerraban, si no había cometido ningún delito.

El segundo día los policías nos dijeron a las mujeres que si queríamos limpiar el lugar, que nos pagarían; como no hacíamos nada, nos pusimos a limpiar las habitaciones y nos pagaron un dólar a cada quien.

El tercer día nos hicieron más preguntas respecto a querer cruzar a Estados Unidos. Ese mismo día como a la una de la tarde nos sacaron a todos los que estábamos encerrados y nos llevaron a un sacerdote, él nos dio una misa y nos puso una canción de los Tigres del Norte, llamada "Un día a la vez". La canción decía, "Un día a la vez, Dios mío, es lo que pido de ti, dame las fuerzas para vivir, un día a la vez" y el sacerdote nos daba ánimos.

Al escuchar la canción me puse muy triste y en ese momento sí se me salieron mis lágrimas y le pedí mucho a Dios que me diera fuerzas y que me cuidara, pues yo quería volver a ver a mis hijos.

Más tarde nos volvieron a subir al mismo camión, como sólo a mí me llevaban entre tanto hombre, esa situación me hacía sentir más nerviosa y preocupada por lo que me pudiera pasar.

Mientras íbamos en el camión pensaba que me dejarían libre y que ya me volvería mejor para México con mis hijos, pero al bajar del camión me dí cuenta de que ahora nos habían llevado a una cárcel más grande, era como un reclusorio, me puse muy nerviosa y pensé que ahora sí me encerrarían los diez años. Dentro de la cárcel había muchas personas, hombres y mujeres que parecía que ya tenían tiempo ahí encerradas, a mí me llevaron a un lugar donde había más mujeres y estaba muy frío.

Nos formaron a todos los que habíamos llegado y nos decían que ahí estaríamos 50 años encerrados; un vigilante me dijo que si no tenía miedo de que me fueran a violar y yo le contesté muy enojada que ¿por qué me iban a violar? pero sí, me asusté mucho.

Nos pasaron con los médicos para que nos revisaran, nos bañáramos, y después nos dieron ropa de cárcel de color verde y nos llevaron a comer.

A la mañana siguiente me llamaron y me llevaron a una ventanilla donde estaba una señorita y me dio un papel para que lo leyera y lo firmara. El papel me comprometía a no volver a cruzar hacia los Estados Unidos. Si lo volvía a intentar, ahora sí me encerrarían 20 años.

Eran las cinco de la mañana cuando llegamos a Nogales, pasaban los taxis y me decían que si me llevaban a algún lugar pero yo tenía miedo. Como no conocía a nadie y tenía frío,

acepté que me llevara un taxista. Aún tenía un poquito de dinero pero no me lo quería gastar todo por si algo pasaba, así que me metí al baño del hotel donde había llegado y saqué dinero para pagarle al taxista y le dí las gracias.

Casi ya no tenía dinero y le dije a la recepcionista que no tenía para una habitación, que si me dejaba dormir en el comedor y sí, fue muy amable ya que me dio unas cobijas y unos cartones. Al otro día por la mañana estaba hambrienta y me fui a comprar comida y me regresé al hotel, mientras pensaba en regresarme ahora sí para el D.F. con mis hijos y olvidarme de cruzar.

En los hoteles siempre había gente que quería cruzar la frontera y llegaban coyotes a preguntar quién quería cruzar; a mí me preguntó uno que si lo quería volver a intentar y yo le dije que no, que habían pasado cosas muy feas y que mejor me iba a regresar para México. Pero él me insistió y me dijo que él me aseguraba que sí pasaríamos, que me cobraría 1300 dólares y que no le pagara nada hasta que estuviera en el lugar donde me estarían esperando. Por la noche nos subieron a una camioneta y en el desierto nos bajaron y caminamos, día y noche, durante dos días.

Al tercer día de caminar y correr por el desierto, ya no tenía fuerzas y descansamos un ratito, ahí, el coyote nos dijo que sólo correríamos dos horas más para llegar a Phoenix y ahí nos recogerían unas camionetas. Después de haber descansado un poco más, el señor dijo que ya era hora y que nos teníamos que ir, todos comenzamos a correr, pero cuando había pasado la primera hora comencé a marearme y de repente caí desmayada, sólo recuerdo que el coyote me tenía en sus brazos y me dio un chicle para que lo mascara, luego le dijo a un muchacho que me agarrara del hombro y que me ayudara. El muchacho muy amable me colgó de su hombro y me dijo "véngase, madre", comenzó a correr tan rápido que parecía

que me llevaba volando. Llegamos a Phoenix y en seguida me llevaron para Los Ángeles, donde me estaba esperando Polo y ahí mismo les pagó y me puse muy contenta por haber logrado volver a entrar a Estados Unidos después de todo lo que me había sucedido.

Ya conocía mucha gente de los lugares donde había trabajado anteriormente y eso me facilitó las cosas. Una amiga guatemalteca me llevó a una dulcería que pertenecía a unos árabes. Ahí trabajaba todo el día, no me daban de comer y comenzaron a hacerse tontos y a no pagarme, por lo que yo estaba muy enojada. El idioma no permitía comunicarme con ellos y no les podía pedir mi dinero, hasta que le pedí a Polo que les dijera que me pagaran porque ya me debían muchos días.

Trabajé tres meses con los árabes y después una amiga tabasqueña me dijo que en la empresa donde ella estaba necesitaban una persona y me fui rápido a la agencia para decirles que yo quería ese trabajo y, afortunadamente, al siguiente día ya estaba trabajando en la empresa.

En esta empresa estoy muy contenta, pues a pesar de mi edad y de no tener papeles, ellos me dan la oportunidad de seguir trabajando. Para mí es un buen trabajo porque gano mi dinero y sólo trabajo de lunes a viernes. Todos los días llega la basura y los trabajadores tenemos que ir separando todo, el plástico, el papel, la ropa, las piedras y el metal. Llegan un montón de cosas, desde basura, leche, comida, juguetes, zapatos, etc. Todo esto va pasando por la banda, y ahí lo vamos escogiendo y poniendo en unos contenedores, pero hay que hacerlo muy rápido porque la banda no se detiene. Aunque me canso mucho estoy muy contenta porque pienso que si dejo de trabajar me voy a morir.

El año pasado unos conocidos de Polo le dijeron que, si él quería, le podían prestar la casa sin pagar nada de renta. Fue entonces cuando él me propuso de vivir juntos y yo estuve

dispuesta por que me gustaba su forma de ser, además, mis hijos ya le conocían.

A partir de que comencé a vivir con Polo empecé a ver que la vida tenía que ser así, a su lado me siento querida, aunque hay discusiones en la relación casi siempre tratamos de solucionar el problema. Ahora creo que los golpes no deben existir en una pareja, ya que es lo que hace crecer el problema y que el sentimiento hacia esa persona se vaya acabando.

Él nunca se ha enojado o me ha recriminado por irme a trabajar o porque la casa no esté limpia, al contrario, me ha dicho que deje de trabajar porque me ve cansada, no porque no quiera que no trabaje.

Muchas veces me he sentido mal por estar lejos de mi familia, pero él siempre me apoya cuando me siento triste, me dice que llame a mis hijos, entiende lo que yo siento, porque también es papá. Casi todos los días cuando llegamos de trabajar, como estamos muy cansados, nos ponemos a ver la televisión acostados en la sala de la casa y platicamos, hacemos bromas, y eso hace que nos llevemos muy bien.

Ahora que ya tengo 60 años estoy pensando en regresar a México definitivamente, pues también tengo ganas de estar con mis hijos y con mis nietos, además que ya estoy cansada de trabajar y aburrida de estar en Estados Unidos.

He logrado juntar un dinerito y creo que con eso me la puedo pasar en México. El problema es que si me voy, mis hijos me dijeron que no me dejarían regresar, porque es muy peligroso, además que ya no tengo edad para andar cruzando y enfrentarme a tantos riesgos. Me gustaría regresar si pudiera obtener la visa, así podría entrar y salir las veces que pudiera sin ningún problema. También pienso en no poderme adaptar de nuevo en México, porque soy muy desesperada, allí ya no podré trabajar, además de que pagan muy poquito. Pero creo que al final no me va a importar,

porque lo que más quiero en la vida es estar con mi familia, los extraño mucho.

El haber migrado para los Estados Unidos me favoreció y me pude dar cuenta que mi vida podía cambiar. Ahora me siento muy a gusto con lo que tengo y con lo que hago. Puedo decir que mi vida cambió para bien en casi todos los aspectos, además que vivo más tranquila. En cambio, me perjudicó porque dejé a mis hijos y a mis nietos y los echo de menos.

Vivir en el otro lado me hace sentir otra mujer, ya que antes, cuando vivía con el papá de mis hijos, como no me daba dinero suficiente, yo no me arreglaba, no me compraba ropa, y como desde muy joven se me encaneció el pelo, sólo algunas veces me lo pintaba. Pero al estar en Estados Unidos y comenzar a trabajar, ya no dejo que se me vean las canas, ahora cada mes me voy a que me pinten mi pelo.

Además, me gusta verme bien cuando estoy con Polo.

Ya no tengo pena por casi nada, ni miedo de salir a la calle o de irme a trabajar, ahora me siento libre. A mi lado tengo una persona que me respeta y me quiere; aunque hasta hace poco no viviéramos juntos, él siempre estaba atento de lo que me pasaba.

En mi vida me ha ido mejor económica y emocionalmente. Hay veces que me llega la tristeza, pues desearía estar en México y vivir con mis hijos, pero sé que es muy difícil porque ellos tienen su familia y yo me sentiría sola, además, no podría encontrar un trabajo por mi edad. En Estados Unidos me he sentido muy bien, ya que puedo hacer lo que se me antoja porque gano mi dinero y nadie me dice qué es lo que tengo que hacer.

Además, cuando vuelva a México me gustaría conocer los lugares que siempre quise conocer, ir a la playa y pasármela bien. El único problema será el dinero, pero haré lo posible por conocer más lugares de mi país.

Nunca me imaginé que mi vida pudiera cambiar de esta manera, no digo que me encuentre en la gloria, pero la verdad es que me siento muy bien por todo lo que me ha pasado desde que me vine para Estados Unidos. Ha sido bueno porque además de recibir el apoyo de mis hijos y de Polo, yo solita me doy ánimos para seguir adelante y viviendo para poder algún día estar una vez más con mis hijos y mis nietos.

Los años que he vivido en Estados Unidos me han servido para cambiar y saber que ya no soy la misma, que no aguantaría los maltratos, ya no me someto a nadie, y ya no me callo. Por ejemplo, en el trabajo hay compañeras que me molestan y quieren hacerme y tratarme como quieren, pero cuando alguna de ellas me quiere mandar, yo le contesto que ella no es el *manager* y que, además, todas somos iguales.

Ahora me siento con confianza y con libertad de decir lo que pienso, pues ya no me dicen nada y si me dijeran les contestaría y me defendería. Ya no tengo miedo de hacer muchas cosas.

La mayoría de *gringas* si tienen algún tipo de maltrato por parte de su pareja, llaman al 911 y rápido viene la policía a ver qué pasó y, si es culpable, se llevan al hombre a la cárcel y le ponen restricción para que no se acerque a la mujer.

En cambio en México, cuando me pegaba el que fue mi esposo y me acercaba a la policía para denunciarlo, algunas veces lo llamaban para hablar con él y no le hacían nada porque él les pagaba. Los policías sólo me decían que no me volvería a golpear y eso era todo.

Puedo decir que la mayoría de mujeres que vivimos en Estados Unidos estamos mucho mejor, aquí la edad no es un impedimento para trabajar y los pocos estudios que podemos tener tampoco, pues nos permiten trabajar y ganar más que si estuviéramos en México. Por mucho o poco conocimiento que tengamos, las mujeres la pasamos mejor acá. Aunque no hablo

por todas, ya que sé que a algunas mujeres no les va bien, no encuentran trabajo y se desesperan por no poder pagar las deudas, comen mal y varias aún viven con maltratos de la pareja, o no las dejan trabajar porque sus esposos prefieren que se queden a cuidar a los niños.

Varias veces pienso estar con mi hija y con mis nietos comprando en los tianguis como lo hacíamos antes, pasármela lo más feliz que pueda. Pero nunca volver a la vida que viví con el que fue mi marido.

Sólo me gustaría y le pido a Dios que me permita ver que mis hijos están bien y que mis nietos crezcan felices.

## Los caminos a construir

Flor de la Selva

*Categoría A / Mención Honorífica*

**E**n el año de 1996, en uno de los ejidos de la selva de Chiapas, deciden dejar su familia en busca de un sueño, mejorar sus condiciones de vida. Los habitantes de esta localidad, ésta de la etnia ch'ol.

Cansados de vivir en la miseria, de luchar sin tener resultados para mejorar sus condiciones de vida, 13 hombres valientes, fuertes, de rostros serios, decidieron ir en busca de oportunidades. Cada uno de ellos contaba con hijos. Vivían la misma situación en la comunidad.

Una noche antes de la partida, se reúnen con sus familiares, platican su deseo de ir en busca de recurso económico para mejorar su situación económica, educación de los hijos, porque los mayores ya es tiempo de que salgan al municipio para continuar su educación, unos en la secundaria y preparatoria. Padre, madre, mujer, necesito ir a probar suerte, luchar por el deseo de los hijos, comprenden, no es huir del trabajo, ustedes se dan cuenta que trabajamos duro, lo poco que cosechamos tiene el mismo precio año con año, y las cosas que compramos suben. Alguien de nosotros tiene que sacrificarse.

Con los rostros tristes, cansados de la vida, se disponen en la preparación del viaje. Convocan los ancianos para realizar un rito, porque antes de iniciar un cambio en la vida se tienen que presentar al Dios de la vida (ch'ujuty'aty) para que los espíritus los guíen en su camino, para que se encuentren con personas de buen corazón y ayuden a los caminantes a transitar los caminos no conocidos.

Toda una noche de ceremonia de despedida, consejos y advertencias. Posteriormente se dirigen a sus casas a continuar con la preparación del viaje.

Juan, Pedro, Diego, Miguel, piden un préstamo en la cooperativa para completar su pasaje, porque no lograron juntar suficiente, porque estos señores son pobladores (no cuentan con tierra) y no tenían buena relación con sus hermanos.

Todos los demás con la ayuda de sus familiares lograron reunir el recurso necesario para su partida.

Las madres, esposas e hijas preparaban, tostadas, pinole, ropa, un poco de cada cosa.

La hora de salida, se conglomeran en la tienda comunitaria, donde se encuentra estacionada la camioneta vieja para transportarse al municipio, después continúa el camino desconocido por los viajeros.

Tres días de viaje sin problemas, comiendo lo que trajeron de sus casas, llegan a la frontera de México y Estados Unidos, contactan al pollero con 9 mil pesos por todos. E inician el viaje agotador, de tanto caminar los zapatos desaparecen, llegan sin nada al lugar prometido.

Las familias tristes, desoladas, frustrados por no saber nada de sus seres queridos. Pasaron 15 días de angustias. El momento esperado, una llamada telefónica en la tienda comunitaria, una voz con un nudo en la garganta "llegamos bien, hemos conseguido trabajo, estamos juntos viviendo en dos cuartos; trabajamos en el campo, cortando tomates." Con estas palabras se tranquilizan los corazones, los rostros sonríen.

La esperanza albergada de estos hombres era que su familia viviría mejor, y que el tiempo pasara como el viento, decían en sus corazones, mis hijos tendrán una educación mejor, su triunfo será mi triunfo.

Pasan tres meses, envían el recurso para que los hijos vayan a la escuela, unos en la secundaria y otros en

la preparatoria, pues eran uno de los deseos. Y pagando las deudas adquiridas.

Después de la partida de los hijos e hijas en las escuelas, las madres tristes, sintiéndose abandonadas, por un momento sintieron desfallecer, porque ahora son madres y padres a la vez. Cuidar sus tierras, trabajarlas solas, estar al pendiente de los hijos que están en la escuela. Pero eso no era todo, los gastos aumentaban, pagar multas por las inasistencias de la asamblea ejidal celebrada cada mes, el salario de los trabajadores, quienes están sembrando milpa y pastura para el ganado.

Las mujeres nunca habían salido solas para ir a la cabecera Municipal, no hablaban el castellano, los primeros giros que mandaron sus esposos lo mandaban a nombre de un familiar, por el cual tenían que darles algo por su comisión por llamarlo así. Era una de sus grandes temores, estar siempre dependientes de otros, además no podían salir y contratar gente para las labores del campo, porque no es costumbre que las mujeres hablen con otros varones fuera del parentesco, por esta razón siempre pedían ayuda a los familiares.

Las señoras platican sus penas en el arroyo donde llegan a lavar: —comadre, qué vamos hacer si nuestros hijos eran los que iban a la asamblea ejidal, y buscaban los trabajadores para sembrar el pasto y ahora que se fueron, ya llevamos varios meses pagando multa, pagando los servicios de la comunidad, la mera verdad es que ya no me alcanza el dinerito que manda mi esposo.

—Sí, comadre, me pasa lo mismo si pudiéramos asistir a la asamblea ahorraríamos un poco, pero ya ves que van puros hombres, nos criticarían si vamos.

—Escuché lo que platican, en eso he estado pensando, de nada sirve que estén lejos nuestros maridos sufriendo ellos solos allá donde se fueron, si nosotras no ahorramos el

dinerito que nos mandan, si no lo invertimos, veo que algunas están mandando a sembrar pasto para el ganado, pero debemos tener mucho cuidado en gastarlo, todo es pagado no podemos hacer nada a favor nuestro, ni a la ciudad, vamos, debemos aprender a hablar el español, haciendo un esfuerzo podemos hacerlo.

Ellas seguían platicando la misma situación en diferentes momentos. Un día, una señora, doña Gloria, de carácter fuerte, trabajaba sola con sus dos pequeñines haciendo su milpa, contratando gente sin intermediarios. La criticaban de marimacha, le dijo a sus compañeras:- he sabido sus preocupaciones, también lo he pensado, es lo único que no he hecho de asistir en la asamblea ejidal, creo que ya es hora de asistir, porque también trabajamos nuestras tierras, siempre tenemos miedo, miren, compañeras, si trabajamos, nos critican, si no también nos critican, si salimos o no salimos de todas maneras allí están las críticas, así que debemos de luchar, nos ven mujeres y solas piensan que no podemos porque los hombres piensan que somos de su propiedad, porque así nos enseñó nuestros padres, es una de las costumbres malas que no nos deja caminar. Ánimo, compañeras, al principio da miedo caminar sola en la ciudad, pero hay muchas mujeres que andan haciendo sus mandados de otros ejidos, así que no seremos las primeras ni las últimas.

He visto las que están encargadas del PROGRESA, no van acompañadas de sus maridos, van solas, otras van a cobrar lo del PROCAMPO de sus maridos, otras lo han hecho y nosotras por qué no vamos a poder, así nos será más fácil las cosas.

En esta asamblea del fin de mes debemos ir, si somos todas no creo que nos corran, le decimos que queremos escuchar lo que tratan para que ya nuestros maridos no paguen multa, porque cada vez aumenta y no nos enteramos de lo que pasa en nuestra comunidad, ni de los proyectos para mejorar nuestras tierras.

Llega el gran día, la asamblea, en el momento que estaban pasando la lista de asistencia van llegando las 13 mujeres, todas con miedo, unas tapando el rostro. Uno de los señores les grita, mujeres marimachas, qué creen que hacen aquí, en este lugar solo asisten hombres, no mujeres.

Doña Gloria, encolerizada, responde: mira, señor, ya no queremos pagar multa, además no es gran cosa lo que hacen si no quieren que demos nuestra opinión, no hablamos, sólo vamos a escuchar y responder la asistencia para estar enteradas de lo que pasa y poder informarles a nuestros maridos de los proyectos que hay en la comunidad.

Un anciano responde. —hermanos, no debemos ser tan duros, ellas tienen razón están pagando multa, creo que no es necesario, además, cómo se van a enterar de los proyectos que tenemos en la comunidad si no asisten y quién les va informar a sus maridos si están o no de acuerdo. Creo que deben estar presentes.

Todas quedaron tranquilas por las palabras del anciano, los demás hombres quedaron tranquilos. Las mujeres se quedaron en la asamblea, el secretario prosiguió con el pase de listas y los puntos a tratar; el comisariado habló de la solicitud de ganado, discutieron cómo van a elaborar la solicitud, quiénes se anotan y la cooperación para los viajes, gastos de papelería. Las mujeres opinaron en que ellas están de acuerdo y ya están mandando a hacer su potrero.

Al romper este tabú de los roles, las mujeres con más confianza fueron asistiendo con puntualidad en la asamblea, posteriormente las demás mujeres de la comunidad participaron, daban sus opiniones sin haber intermediarios.

Por su valentía ellas adquirieron respeto, confianza, posteriormente pudieron adquirir, cargos en los programas gubernamentales, como el PROGRESA, proyectos del SEDESOL, entre otros.

Después ellas gestionaron un proyecto de panadería, donde ellas recibieron capacitación integral, para la elaboración del pan, utilizar el horno, en la administración, y la organización en general. Cabe mencionar que ellas no se limitaron en tomar la ayuda. El recurso económico lo adquirieron por la institución gubernamental y la capacitación por una organización civil.

El pan se consumía en la misma comunidad, al poco tiempo empezaron a tener pedido de los ejidos cercanos.

A partir de esto, entre ellas se organizaron para aprender a leer, escribir, posteriormente coordinándose con INEA para una mejor formación.

Al ver que las mujeres tenían éxito con su panadería, los hombres empezaron a organizarse y buscar asesoría para sembrar hortalizas, no con el afán de adquirir recurso monetario, sino para diversificar la alimentación, ellos mismos se dieron cuenta de que todo lo que consumen es comprado, y también para tener una producción intensiva y así la tierra se renueva. También los migrantes participaron económicamente.

En las celebraciones religiosas de la comunidad tuvieron una participación todos los migrantes, ellos mandaban recurso para las fiestas patronales, ritos en relación a la agricultura, contribuyeron en la compra de los materiales necesarios, por ejemplo: las velas, flores, incienso, cohetes, aguardiente, contratación de músicos, y lo que se vaya a comer. La comunicación es muy estrecha, de ambos lados se sabe lo que ocurre.

Al emprender cada proyecto elaboraron un rito propio. Después se estableció que el primero de mayo se celebra un rito específico por el trabajo de las mujeres, por la fertilidad de todo lo realizado por ellas, seguido el dos por la lluvia y fertilidad de la tierra, el 3 adquiere otro significado, la fertilidad de las vacas (es decir por todos los animales que pastan en el potrero) cerrando con el simbolismo de la cruz la bendición de todos los trabajos del ser humano.

Esta relación contribuyó para que los ritos se fueran transformando, aumentando su repertorio de peticiones, en el rito de la agricultura no sólo hacen mención del nombre de los presentes, sino también de los ausentes para que estén bien, que sus instrumentos de trabajo no lastimen sus manos porque es algo desconocido. Se volvió costumbre que en cada rito se hace mención de los migrantes, de los que están lejos, de sus familiares.

También las mujeres y jóvenes tuvieron más participación en la preparación de los ritos.

A nivel social adquirieron un estatus, pudieron comprar tierras, sus casas mejoraron, apadrinaron varias fiestas de la comunidad.

Al cumplir 5 años de estar fuera de la comunidad regresaron todos, lo impresionante es que pudieron integrarse en la comunidad, continuar con sus mismas relaciones sociales, siguieron participando en los ritos, fiestas de la comunidad ya no con el aporte económico, con su presencia y trabajo. Por ejemplo, uno de los que fueron trabajó de ayudante de cocina por el cual aprendió hacer otro tipo de comida, él contribuía cocinando, enseñando a las mujeres.

Cada uno de ellos aprendieron algún oficio, unos el ser albañil, herrero, chofer, electricista. Y a trabajar con maquinaria en el campo.

Al regresar formaron una cooperativa o asociación para adquirir tractor. Esto ayudó a seguir mejorando con las hortalizas, a aprovechar mejor las tierras.

Como al principio, trabajaron en el campo cortando tomates; se dieron cuenta que al utilizar tanto químico daña la salud, ellos dejaron de trabajar en el campo porque dicen que su piel, sus ojos, les afectaba mucho y sobre todo las vías respiratorias. Por esta razón decidieron buscar alternativas en la elaboración de fertilizantes. Por su experiencia pudieron

convencer a los demás miembros de la comunidad en dejar de utilizar pesticidas.

Por la idea de mejorar la tierra asistieron a talleres para la elaboración de abono orgánico. Con esta mentalidad fortalecieron su relación ancestral con la tierra, el de “la madre tierra”, los ancianos con sus mitos adquirieron un lugar importante en los ritos, haciendo visible la importancia en cuidar la tierra.

Al llegar también buscaron asesoría en la inseminación del ganado vacuno y la producción intensiva, porque la mayoría todos tienen una producción extensiva, la cual afecta mucho por los que cuentan con poca cantidad de tierra.

La comunidad en general los acepta, porque muchos salen, pero al regresar no se integran a los trabajos de la comunidad, se aíslan, la gente comenta que esto se debe a que estaban retirados porque la única comunicación era por vía telefónica y sentían la necesidad de sentirse parte de un grupo.

Los jóvenes salen a estudiar con la ilusión de seguir mejorando su comunidad, los varones, la mayoría estudian agronomía.

Cabe mencionar que por la valentía del primer grupo de mujeres, al no estar presente el esposo se desarrollaron en todos los ámbitos de la vida, por el cual las hijas pudieron salir a estudiar, porque, anterior a esto, los padres no le daban permiso a las hijas, decían para qué estudian si se embarazan, dejan el estudio a medio y si lo terminaran igual se casan y dejan toda su preparación, bueno, decían que las mujeres no podían, pero al tener nueva visión las madres mandaron sus hijas a la escuela al igual que los varones.

Ahora muchos van y vienen, se quedan a trabajar dos o cuatro años en la comunidad, se van de nuevo con una estancia de dos a tres años, siempre con la ilusión de seguir mejorando sus condiciones de vida.

En su regreso se integran en los trabajos comunitarios, ellos han ayudado mucho en la integración comunitaria.

Los viajeros comentan que todo tendrá un fin, porque invierten el dinero en la tierra, para ellos la tierra no tiene fin, es una herencia para sus hijos, porque la tierra es renovable. “el dinero va y viene pero la tierra no, ella permanece en todas las generaciones”.



## **II Parte**

---

*Categoría B*  
*Participantes residentes en Estados Unidos*



## El sueño americano

Anselmo Rascón Figueroa (Chemo)  
*Categoría B / Ganador*

**H**ola, soy Chemo, aunque no me considero buen narrador trataré de relatar mi “Sueño Americano”, las dificultades, tropiezos y satisfacciones que me ayudaron a alcanzarlo y seguirlo viviendo todos los días, en un país prestado donde todo puede suceder.

Nací en 1952 en México D.F., mi madre también originaria del D.F. y mi padre español de nacimiento Él llegó a México el 7 de Junio de 1937, en el barco *Mexique* proveniente de Francia, como exiliado por la Guerra Civil, junto con 440 niños más; el entonces presidente de México, General Lázaro Cárdenas, quería proteger y los trajo a México, vivió en Morelia en la escuela Hispano-Mexicano Ruiz Cortines, especialmente diseñada para ellos, ahí les proveían de comida, alojamiento, estudios y todo lo necesario para subsistir.

Todos los días tenían la misma rutina, levantarse a las 6:00 a.m. para bañarse, limpiar y prepararse para las clases, en aquel entonces la educación se impartía de manera continua en la mañana y en la tarde, así que el día terminaría de una manera fácil, la disciplina se consideraba un factor muy importante, ya que dicha institución tenía un carácter casi militar. Para un niño de 13 años no fue muy fácil adaptarse a esa vida sin apoyo de su familia. En ese lugar sólo sentía la calma y el cariño que le brindaban, por lo que todos los días, al atardecer, salía al patio a mirar el horizonte a soñar que algún día vendrían sus padres de España, lo recogerían, y toda esta pesadilla terminaría de una vez por todas, no más trincheras y ruido de bombardeo aéreo que por las noches los volvía locos de desesperación.

Cuando llegaba al dormitorio no podía conciliar el sueño recordando las pesadillas vividas en España; muchas veces estando listos para cenar, oían las sirenas y corrían todos debajo de la cama, llorando y tapando inocentemente sus oídos, era horrible escuchar las bombas caer cerca de su casa, pensaban que serían los próximos blancos de las mismas, no poder salir a conseguir lo básico por el miedo a quedar en medio de una balacera, todo tenía que quedar atrás y, en cierta forma, con el tiempo lo pudo dominar un poco.

Al cabo de varios años mis abuelos pudieron escabullirse de España, emigraron a Francia donde partieron a México posteriormente, tratando de reunificar su familia. Como ellos eran antifranquistas no podían permanecer en su patria, estuvieron escondiéndose tratando de evadir a la Gestapo, que buscaba con ansias a todos los opositores del gobierno tirano, que no tenía piedad de nadie.

Los nuevos inmigrantes tendrían que adaptarse a una nueva patria y asimilar una cultura desconocida para ellos, dejando al otro lado del mar casa, familia y las pocas pertenencias que les quedaban, espantados y sumamente tristes partieron y abordaron el barco que los traería a su nuevo hogar.

Después de mucho indagar, dieron con el paradero de mi padre que había ido a vivir al estado de Veracruz. Después de terminar sus estudios secundarios en la institución que le sirvió de casa y escuela por varios años, se vio obligado a buscar otro lugar, aunque sin apoyo de nadie buscó otros horizontes y llegó a la costa, indagando encontró a otros españoles, dueños de una tienda, que le dieron casa y comida a cambio de trabajo, realizaba tareas de limpieza y abastecimiento del lugar, tristemente, día a día acomodaba la mercancía en los anaqueles de aquel tendejón, como una cosa rutinaria pero con mucho cariño. Limpiaba las verduras silbando melodías, que le recordaban su terruño querido, soñando que algún día volvería a ver a sus queridos padres.

Su sorpresa fue inmensa ¡no lo podía creer! cuando le dijeron que sus padres estaban ahí enfrente de la tienda, no sabía si salir o quedarse donde estaba por temor a que fuera una broma, finalmente salió, al ver a su madre, que reflejaba el júbilo en el rostro por el reencuentro, corrió a abrazarla y la acarició por largo tiempo, para después llorar juntos por unos minutos. Luego planearon qué harían. Y decidieron establecer su residencia en el Distrito Federal. Ahí, mi padre conoció a mi madre donde contrajeron matrimonio más tarde.

Como ya no tenía ayuda del gobierno, trabajó muy duro por muchos años, logrando salir adelante, no era muy fácil mantener una familia numerosa. Buscando nuevos horizontes, realizó diferentes trabajos para al fin establecernos en 1968 en Tijuana BC, donde reside actualmente, yo tenía 16 años.

Algo que lo influenció a tomar esta decisión fue que yo estaba en la escuela pre vocacional #1 en el D.F. y no quería que me pasara nada. Participaba muy a menudo en los disturbios tan famosos de ese año donde murieron tantos estudiantes por defender sus ideales. La noche del 2 de octubre dio órdenes de que no nos dejaran salir a mi primo y a mí, esto nos pudo haber salvado la vida. En estos disturbios hubo cientos de muertos y heridos, pero eso no nos desanimaba a seguir defendiendo nuestra causa y participábamos activamente en las protestas.

Al cabo del tiempo me fui adaptando a mi nueva casa (Tijuana). Empecé a trabajar y estudiaba en ratos una carrera que me ayudara en el futuro, pero como tenía un carácter muy alegre, además muy vago, me iba con mis amigos a brincar en las motos para el lado del aeropuerto, con la motocicleta que usaba para trabajar como cobrador. Un día, ellos me retaron a cruzar la línea internacional con mi viejo Chevrolet que me había regalado mi papá, aunque despedía mucho humo me llevaba a todos lados, yo quise demostrar mi hombría, enseñarles que no me echaba para atrás.

Entonces yo tenía un pasaporte local para entrar a USA, pero la aventura me hizo aceptar el reto. La adrenalina se me subió cuando crucé los alambres de la línea internacional, es donde ahora se localiza el aeropuerto de la ciudad, antes no existía nada, todo era monte, estaba muy joven, no medía las consecuencias de 'mi hazaña', como yo le llamaba. Mis amigos, con gritos de júbilo y burla, me despedían pensando que volvería atrás al darme cuenta de mi error.

Al cruzar al lado americano, dejaba una estela de polvo ¡altísima!, visible desde muy lejos, porque en aquel entonces no existía camino en esa área, sólo una pequeña brecha de tierra. Al llegar a la carretera me sentí seguro y manejé dirigiéndome rumbo a la línea internacional para retornar a México. Cuando vi las luces de una patrulla atrás de mí, la sangre empezó a golpear fuertemente mi cerebro provocando dolor de cabeza, me hice a un lado del camino y se bajó un patrullero de la *Border Patrol* (policía de la frontera americana), me pregunto qué de dónde venía, contesté que sólo estaba paseando, pero el nerviosismo se me notaba a leguas, continuó diciendo ¿a dónde vas? Dije ¡a México!, muy seguro según yo, pensó que traía algo malo porque no podía creer lo que contesté, sonaba tan infantil que nadie lo hubiera creído, además de que él me había visto cruzar, más tarde le confesé que todo fue un juego, así que fui detenido y deportado, mi pasaporte también fue incautado, tendría que esperar un año para poder aplicar para que me dieran otro, después de que pidiera perdón a Washington por la falta que había cometido.

Ya no habrían viajes los domingos a San Isidro (frontera con Tijuana) al McDonald's a comer hamburguesas, por cierto, este restaurante fue escenario de una balacera donde hubieron varios muertos, en su lugar se encuentra un parque familiar en su memoria. Ahora no podría ir al parque a conocer *gringuitas*,

aunque no entendíamos bien inglés teníamos muchas amigas en el otro lado y nos la pasábamos muy bien.

Por mi carácter juguetón tenía muchos amigos que me invitaban a infinidad de fiestas, donde aprendí los pasos de moda de la música que me gustaba. En aquel entonces Carlos Santana no era tan famoso, yo solía ir a verlo a un centro donde venía a cantar, en uno de estos bailes conocí a la que es mi esposa actualmente, duramos 3 años de noviazgo porque mi suegra no quería quedarse sola, cuando me conoció más, accedió a que nos casáramos y contrajimos matrimonio el 17 de mayo de 1975.

Nuestra primera hija, Claudia, llegó un año después, me sentía el ser más feliz de la tierra, no podía creer que ese pequeño ser fuera producto de nuestro amor. Por mi falta de estudios, ya que por estar de novio abandoné la escuela, sería muy difícil obtener un trabajo donde tuviera futuro. Rentábamos una pequeña casa, era un cuadro dividido en cuatro, teníamos cocina, una pequeña sala, recámara y baño, al que le tuve que comprar su calentador; porque nunca me ha gustado el agua fría, entonces se calentaba con los famosos combustibles de aserrín y papel.

El padrino de la boda nos regaló el comedor, que duró con nosotros por muchos años, el resto de los muebles los compramos con el dinero ahorrado al hacer una fiesta muy sencilla en la casa de mis papás, no tuvimos luna de miel, sólo pasamos un par de noches en un hotel local. En cambio, después de la boda estrenábamos nuestra flamante casa de muñecas, pero al fin nuestro hogar, aunque fuera rentada nosotros la veíamos como una gran mansión.

Mis hermanas mayores estaban casadas con dos norteamericanos y radicaban en Los Ángeles en California. Como sabían que quería lo mejor para mi familia, me invitaron a vivir con ellas por una temporada para trabajar y juntar dinero

para comprar la casa donde vivíamos, entonces la vendían en \$2500 dólares, pero yo ganaba \$25 a la semana y consideraba que sería casi imposible poder obtener ese dinero en México.

Un día dije “Me voy a los Estados Unidos por una temporada, junto dinero y me regreso”. Así que llegué a la casa de una cuñada que vivía en Santa Ana California el 6 de septiembre de 1977, ese mismo día en la noche me llevaron a buscar trabajo y me lo dieron de inmediato, al cabo de tres meses me mudé a Pasadena, California, con mi hermana. Mis patronos anteriores me ofrecieron más dinero para que no dejara el trabajo, ganaba \$1.75 la hora y me daban \$0.25 de aumento, mas no cambié mi decisión.

En Pasadena mi hermana conocía unos mozos que trabajaban en un hospital de retiro de ancianos, ellos renunciaron al mismo tiempo, mi oportunidad llegó pronto, pero duré muy poco, sólo 4 meses en ese lugar, desarrollaba el trabajo de los dos mozos que renunciaron y yo les salía más barato, barría tres veces al día todo el hospital de 30 camas y 15 cuartos, oficinas, comedor, sala de estar y recepción, trapeaba dos veces al día, pulía el piso, aspiraba las alfombras y, por si fuera poco, limpiaba el patio y regaba las plantas de afuera. Se ahorraban el sueldo de un trabajador por mi ahínco y coraje de hacerlo bien y rápido.

No me espantaba el trabajo y en mis ratos libres buscaba algo mejor, leyendo el periódico me dí cuenta que en un lugar necesitaban trabajadores y conseguí el puesto. Ahí armaban computadoras para unas máquinas CNC (son controles electrónicos para mover los brazos de las máquinas), al cabo de 6 meses me dieron el puesto de ayudante de supervisor con un mejor salario, no fue nada fácil. Les pedí los manuales de las máquinas y me enlisté en el colegio de Pasadena para estudiar matemáticas avanzadas. Para poder lograr esto, me llevaba los manuales hasta cuando iba al baño, no quería desperdiciar

ni un minuto de tiempo para aprender a manejar estas máquinas. Mi tercera hija, Sylvia, ya había nacido, ganaba \$7.00 dólares la hora, estaba feliz.

Un día, una compañía de Santa Ana compró unas computadoras en donde trabajaba, me ofrecieron trabajo con un buen aumento, ganaría \$11.00 la hora, no lo pensé más. Lo que yo hacía no lo podían hacer muchos. Esta compañía se dedicaba a fabricar partes para aviones y partes militares para el gobierno, así que volvimos al mismo lugar porque no podía renunciar a tan buena oferta, aquí iniciamos nuestro sueño americano.

La época de música disco estaba en su apogeo, no perdí mi afición por la música, me volví un asiduo a las mejores discotecas de Hollywood, bailaba con la música de Gloria Gaynor, John Travolta, los Bee Gees, Alicia Bridges y muchos más de moda en ese momento, como ganaba bien, formé una mini discoteca, que les encantaba a mis hijas, con bola de cristal y luces, todavía tengo en mi memoria a mi hija Claudia, parada frente al tocadiscos con las orejeras puestas y bailando con la música que escuchaba.

Pero no todos los sueños son perfectos, a principio de 1980 mi hija Claudia fue diagnosticada con leucemia, oír cáncer significaba MUERTE, tenía 5 años y estaba en kínder, era mi adoración por ser la mayor, algunas veces mi turno era de 6:00 pm a 6:00 am, cuando llegaba a casa me ponía a jugar con mis tres hijas al caballito, con las tres subidas en mi espalda, recorría toda la sala hasta más no poder, no me importaba el cansancio, disfrutaba mucho de ellas.

El día que me dieron la noticia de su enfermedad sentí como que una montaña se caía encima de mí, estuve a punto de desmayarme a no ser por la ayuda de la enfermera. Mi inglés no era perfecto y quería creer que no había entendido bien, pero, a pesar mío, todo era una triste realidad. Por otro lado, yo manejaba una motocicleta y al recorrer las calles rumbo a mi

casa con mis ojos empapados en lágrimas, ni siquiera recuerdo por donde me fui, o cómo llegué.

Al darle la noticia a mi esposa, tampoco podía creer lo que oía, gritaba y decía ¡No puede ser posible, debe de haber un error! ¡Tenemos que ver a otros médicos! Con pesar de nosotros, tuvimos que internarla en el hospital de niños Saint Joseph del condado de Orange.

Para nosotros empezó una pesadilla que no se la deseo a nadie, ahí fue su casa por los últimos dos años que le quedaron de vida, mi esposa se pasaba en el hospital 24 horas y yo la reemplazaba por otras 24 horas, por tal motivo perdí mi trabajo, pero el apoyo de la familia de mi esposa en Santa Ana sería de mucha utilidad para el cuidado de mis otras dos hijas, ya que tenían atención mientras nosotros vivíamos en el hospital.

Mientras tanto, como era de esperar y con tan mala suerte, alguien se dio cuenta de que la casa estaba sola tanto tiempo y se metieron a robar, llevándose lo poco que teníamos, pero para suerte nos dejaron la pequeña discoteca.

Decenas de veces nos decían que ya no le quedaba más tiempo de vida, así que nos juntábamos de inmediato para darnos apoyo mutuo en estos momentos tan duros y esperar los resultados.

No siempre estaba tan mal, tenía momentos de tranquilidad, pero no podía dejar el hospital porque, cuando lo hacía, teníamos que regresar de emergencia por las recaídas, así que pasábamos tiempo en el salón de juegos. Como carecía de trabajo, no sé cómo le hacíamos para vivir por la falta de dinero, “jamás apliqué por seguro de desempleo o ayuda del gobierno”, sólo la ayuda de una iglesia que nos llevaba comida.

Tampoco supe de dónde conseguí dinero para donar al hospital un enorme tren con vías, se subían los niños y los paseaba a través de todo el cuarto que estaba gigante, algunos niños empujando sus aparatos de líquidos, con las

computadoras que no podían ser desconectadas en ningún momento, esto mitigaba un poco nuestro pesar al ver la alegría de todos los niños con un simple juguete.

Cuando se vive de esta forma con tantos sobresaltos y malas noticias se pierde el deseo de vivir, yo notaba que casi todos los matrimonios que llegaban a visitar a sus hijos estaban divorciados, algunos en proceso de hacerlo, es demasiada tensión y a nosotros nos unió todavía más para nuestra suerte.

Teníamos que vivir de algo, como tenía mi famosa “discoteca”, empecé a rentar mis servicios de sonido en fiestas y reuniones familiares, me daban \$50 dólares por toda la noche, pero, en fin, dinero. Como no tenía muchas fotos de mi niña, compré una cámara fotográfica para tener recuerdos aunque fueran en el hospital, después sería mi herramienta de trabajo en las iglesias, retratando bodas para completar nuestras necesidades inmediatas.

Al cabo de un tiempo, conocí a un amigo que me propuso ser su socio para hacer un sonido profesional y lo hicimos en grande. En esa época no se escuchaba la música en español en casi ningún lado, inclusive ni en los sonidos rentados, ninguno tenía música mexicana, así que fuimos los primeros en tocar música en español en el sur de California. Con el tiempo crecimos muchísimo y nos volvimos muy populares, nos sobraba trabajo, hasta que un día decidimos romper la sociedad, siguiendo cada uno por su cuenta.

En 1983, un día yendo a visitar a mis papás a Tijuana, al regreso en la línea internacional descubrieron que vivíamos en USA y nos quitaron los pasaportes locales, en este momento vivimos en carne propia lo que sufren los migrantes cruzando la frontera, a mi me tocó cruzar la línea internacional corriendo en la noche, a través del alambre y cayéndome en la obscuridad; con la esperanza de no ser descubierto me escondía entre las ramas, esquivando la luz del helicóptero, para

finalmente viajar de pasajero junto con otras cuatro personas más, en la cajuela de un auto para llegar a Los Ángeles. Fue un viaje corto de 2 horas y media más o menos. A través de los minutos el aire se acababa y empezábamos a tener calambres, pero no podíamos hacer nada si queríamos llegar, sólo obteníamos un poco de aire a través de unos pequeños orificios que tenía cerca de donde estaban las llantas.

En 1984 me invitaron a participar en un maratón para reunir fondos para un club de niños, que ayuda a que no participen en pandillas y que sean productivos, y se me volvió costumbre el hacerlo, el último maratón que realicé fue cuando me enteré de la explosión en San Juanico en el Estado de México, mucha gente había muerto y había cientos de heridos, repartimos cientos de copias fotostáticas que mandé hacer, tenía que juntar algo de dinero, había mucha gente que necesitaba nuestra ayuda. Así que duró 103 horas continuas sin repetir una canción, todo lo controlaba con computadora. Hasta la fecha conservo las listas de las canciones y 18 *videotapes* con 6 horas cada uno, que se grabó como un recuerdo de este evento.

Como le pedimos ayuda a varias estaciones de radio, los locutores al ver el éxito, hicieron ellos también sus maratones, pero con un resultado mejor, ya que tenían mayor audiencia por el alcance del radio, pero la satisfacción de llevar un cheque por nuestra cuenta para esa gente que necesitaba, no tenía precio, poco o mucho valía la ayuda. Pit Moraga era el gerente de Univisión, él mismo nos sacó en las noticias locales en vivo, Al entregar el cheque con el donativo que se había juntado, nos sentíamos como pavorreales. Éramos 7 los que participamos y pusimos un granito de arena que significaba mucho para todos, nos dejaron conocer todas las instalaciones, hasta dejaron que tomáramos fotos como si fuéramos los locutores y camarógrafos de la estación. En esos momentos se me venía

a la mente toda la gente que acudió a donar sangre cuando mi niña necesitó, sentía un alivio porque esto que daba en parte pagaba algo de lo que la vida me había regalado.

A final de 1984, por la labor social que había hecho, fui nominado como voluntario del año por el alcalde de la ciudad de Santa Ana, el señor Don Grisett, entonces la comunidad hispana estaba escondida y aunque yo no tenía papeles legales, no conocía el miedo y realizaba mi labor que consideraba necesaria en favor de los más necesitados.

A principio de cada mes me llenaba de alegría cuando visitaba un asilo de ancianos en la ciudad de Fullerton Ca. Ahí tocaba música para entretenimiento de las personas mayores, la primera vez que fui, por supuesto que no cobré, lo hice de manera voluntaria, el mayor de la ciudad visitaba dicho centro y un reportero de un periódico local también asistió. Al siguiente día escribió en su columna "El Neighborhood Center, una casa de alegría". Como a mí me encanta la música mexicana y tenía mucho material, llevé la mejor música que pensé les gustaría y parece que lo logré.

Tenía bailando a todos, con canciones de las Jilguerillas, Antonio Aguilar, las Hermanas Huerta y muchos más de la misma época; los que no salían a bailar, los tomaba de la mano para llevarlos al centro de la pista. A pesar de mis 32 años, mucho más joven que todos en el salón, me sentía feliz de poder compartir e invitar a las ancianitas a bailar, que muertas de risa y pena no perdían la oportunidad de poder bailar, una melodía que tenía muchos recuerdos imborrables para ellas, algunas no podían siquiera caminar y estaban en la pista poniéndole la muestra a las demás, esto sucedía mes tras mes, hasta que cambió la administración y cancelaron esta actividad.

Por supuesto que seguía con mi trabajo de fotografía, mi niña me enseñó que la fotografía es algo que no tiene precio, es para toda la vida y mantiene las emociones vivas por siempre,

yo ya me había especializado en fotografía social, me eduqué en el ramo para ser mejor que antes, empecé a ganar premios en competencias de fotografía con mi trabajo, que consideraba algo sin precio, llegando a ser el mejor fotógrafo de México (SMFP) en California (PPC) y dos veces en Arizona (AZPPC), quería que esto me ayudara para hacer algo mejor, algo que realmente valiera la pena y beneficiara a más gente, no sólo a mí.

Un día, reflexionando sobre mi trabajo de fotografía, me dije: yo soy inmigrante, vine sin papeles como mucha gente, ¿como vienen todos los inmigrantes? ¿la aventura es igual para todos? Entonces, me dediqué a capturar imágenes de inmigrantes cruzando la frontera como yo lo hice antes.

Esta inquietud hizo crecer mi interés. En 1986 se aprobó una amnistía de la que fui beneficiado, ya al fin sería un hombre libre, cientos de miles sintieron lo mismo que yo, a partir de ese momento pudimos ver sombreros por todos lados sin temor a ser deportados, además de que el ritmo de la *quebradita* llegó como una celebración a este acontecimiento. Visité los campos agrícolas del norte de California y me dí cuenta de cómo eran explotados los inmigrantes, trabajaban jornadas muy duras por un sueldo de risa, agachados en el suelo, casi acostados por horas, a temperaturas extenuantes sin tener derecho a un descanso, agua o servicios sanitarios, la necesidad los hacía aguantar a pesar del agotamiento, vi personas fumigando con sólo un pañuelo en la boca como protección, todavía habían muchos que no podían reclamar.

Viajé al sur rumbo a la frontera, ya tenía papeles y pude estar con los grupos BETA (un grupo de ayuda al migrante del gobierno de México) en las ciudades de Tijuana y Tecate, me encontraba con migrantes que tenían sueños, así que me acordaba de los míos, decía; lo logré yo, ¿Lo lograrán ellos?

Entre más buscaba más encontraba, ahora viajaba tan lejos como Arizona, las bardas habían cambiado el rumbo de

la inmigración, me enteraba por las noticias de que fallecía mucha gente en el intento por cruzar, no podía creer que pasara esto en pleno siglo XXI, ¿por qué las bardas? ¿por qué exponer a toda esta gente? ¿por qué mandarlos a los lugares más peligrosos?

En 2004 vendí mi casa en California para mudarnos a Arizona, ahí estaría más cerca de todas estas injusticias que sabía que estaban pasando, así podría documentar esto más a fondo. El país que había peleado por años con Alemania, para que las bardas en Berlín fueran derrumbadas, ahora estaba haciendo su propia barda. En toda la historia de la barda en Berlín fallecieron 287 personas, sólo en el estado de Arizona fallecen casi la misma cantidad de inmigrantes cada año.

Cuando al fin llegué a Arizona, me puse en contacto con grupos humanitarios que van al desierto a darles agua a los inmigrantes, también me encontré con los *minuteman* que estaban cazándolos como conejos, con armas largas como AK47 y R15, no podía dar crédito a esto. Efectivamente, esto pasaba en la nación más poderosa y avanzada del mundo, esta situación me dio más fuerza, así que me convertí en un voluntario más para ayudar a nuestros hermanos de raza.

Cada caminar con el sol en la frente, con temperaturas de 48 grados centígrados que sólo los cactus pueden resistir, portando mochilas llenas de botellas de agua y gritando ¡No tengan miedo, somos amigos! ¡Tenemos agua y comida! Sentíamos alivio cuando alguien perdía el miedo y salía de su escondite sólo para recibir ayuda, algunas veces pasaban días sin poder ver una persona, el desierto de Arizona comparte con México 370 millas, unos 570 kilómetros, es muy difícil encontrar gente, es como encontrar una aguja en un pajar.

Mi labor se volvió una costumbre y adquirí un jeep para poder llegar a lugares más lejanos. Hasta la fecha he realizado más de 150 viajes solo, exponiéndome a todos los peligros que

viven los inmigrantes, entre ellos los rateros, *minuteman*, animales y el calor. Recuerdo una vez, cerca del pueblo de Arivaca, frontera con Sasabe, Sonora, me encontré un grupo de inmigrantes y me llamó la atención que una persona no tenía zapatos, cuando quise tomarle una fotografía me pidió por favor que no lo hiciera, me contó que antes de cruzar la línea internacional se compró unos tenis para caminar mas cómodo, pero que sufrieron un asalto unos 4 o 5 kilómetros adentro del suelo americano, cuando se dieron cuenta de que tenía zapatos nuevos se los quitaron, él prefirió continuar sin ellos a tener que regresar y empezar su aventura otra vez, su rostro mostraba la fatiga de su travesía, pero el deseo de continuar era mayor por su necesidad.

Como estaba siempre al tanto de las noticias, me enteré que el grupo de *minuteman* iba a estar en el "Rancho Anvil" en Arizona, me dirigí al campamento a solicitar un permiso para estar con ellos ese día, y así documentar sus actividades, a lo que no se negaron; antes de salir a patrullar a buscar inmigrantes, el encargado les dio instrucciones de no sacar sus armas para detenerlos a menos de estar en peligro.

Anteriormente, un grupo a favor de los inmigrantes en California interpuso una demanda contra ellos, así que no querían problemas y menos ahora que yo estaría cerca, sólo se limitarían a denunciarlos a la patrulla fronteriza.

Con uniformes de camuflaje verdes, portando casi todos sus pistolas en sus cinturas, abordaron sus vehículos, algunos en los famosos *hummer* militares, *jeeps* y todo terreno, a mí me tocó estar con un señor de más o menos 70 años, me platicó que él no estaba en contra de la inmigración, sino de la forma como estaba pasando, decía; tenemos puertas y están entrando por la ventana, a mí me da mucha pena cuando veo niños, siempre tengo leche, enseñándome dos galones de ésa que no se tiene que refrigerar; en contraste con el resto del grupo, él no portaba ningún arma.

Cuando llegan a sus puntos de vigilancia, pasan largas horas, también noté que tienen todo acondicionado para permanecer en la parte alta de sus vehículos, con gafas para ver de lejos. Al llegar la noche cambian sus aparatos por unos de visión nocturna para poder ver en la oscuridad.

El día transcurrió sin incidentes y sin poder localizar a ningún inmigrante. A mí me dieron un trato como a cualquiera, cosa que me dio gusto. Habían cambiado sus tácticas, sólo reportarían a migración cuando encontraran a alguna persona en el desierto, por lo menos ya no serían intimidados más como antes.

En junio de 2006, al norte del parque Buenos Aires, también en Arizona, encontré dos inmigrantes que habían caminado dos días, me informaron que habían visto un cadáver atrás en el camino, así que busqué un agente de la *Border Patrol* y encontramos un cuerpo de una mujer en estado de descomposición, la impresión de ver eso fue tan fuerte que lo recordé por varios días, al estar cerca de ella no pude tomar la fotografía de todo el cuerpo, sólo atiné a retratar la identificación que puso el agente sobre su ropa. Pensaba en la familia de ella, en todos los sueños y esperanzas que tenía cuando partió, en cambio, la familia sólo recibiría una caja fría con lo que quedaba de ella. Nunca la ayuda económica que les mandaría por trabajar de este lado de la frontera.

Con el cambio de gobierno también llegó un cambio en la política migratoria por parte de la secretaria de seguridad, Jannet Napolitano, quien fue ex gobernadora del estado de Arizona, ella estaba enterada de todo el problema migratorio y puso en práctica el plan "Operation Streamline" que consiste en procesar en una corte federal a todos los inmigrantes que son arrestados y hacerles cargos por delitos menores si no tienen antecedentes anteriores. A los que tienen arrestos previos se les hacen cargos por delito mayor.

No se puede procesar a todos pero actualmente están juzgando a 70 personas a la vez, las condenas varían desde 5 a 180 días de cárcel cuando no tienen arrestos anteriores, encadenados de los pies y manos, uno a uno, pasan a ver al juez, junto a los abogados que les otorga el gobierno, usando audífonos para que una traductora les informe todo lo que se dice en la corte. Si aceptan su responsabilidad, de inmediato son sacados de ahí, algunos a terminar su condena, otros a su país de origen por haber sido corto el plazo que se les dio. Algunos se declaran no culpables y más tarde tendrán una nueva cita en la corte con el juez. En las bancas, un nutrido grupo de personas, miembros de derechos humanos y grupos de apoyo, vigilan que tengan un trato justo y una oportunidad de defenderse si lo requieren, sin violar sus derechos básicos.

El servicio de la *Border Patrol* tiene una unidad de paramédicos (BORSTAR) que está permanentemente en el desierto, si encuentran a personas con problemas de salud, ellos los atienden de inmediato con primeros auxilios, acortando así el tiempo para recibir atención médica, después serán trasladados al hospital más cercano en caso de necesidad.

En uno de mis viajes compartidos con los agentes de BORSTAR, en compañía del agente "Oscar", estábamos a mitad del desierto, cuando en la radio sonó una alerta, habían encontrado tres inmigrantes, uno de ellos en muy mal estado físico, "Oscar" volteó para decirme ¡Agárrate fuerte! En medio de brechas y veredas el vehículo brincaba como si fuera un caballo, sentía que salía volando de la camioneta junto con mis cámaras, las detenía hasta con los dientes, pero era necesario llegar pronto ya que de eso dependía salvarles la vida, las botellas de agua volaban por todo el vehículo pero a quién le importaba, así que me mantuve callado.

Cuando llegamos, al fin, empezó a tomarle los signos vitales y comprobar si no era diabético, enseguida le aplicó suero

y sería salvado por la pronta acción del agente, que al final lo tendría que deportar, pero sería vivo. Al cabo de un buen rato, recuperó la lucidez y empezó a platicarme su historia, él y dos primos provenían de Chiapas, dijo “quise venir al norte a trabajar para poder mandar a mi hermanita a la escuela”, “no quiero que sea como yo de analfabeta”, las lágrimas empezaron a brotar de sus cansados ojos y llorando sin parar mientras me contaba, habían estado perdidos por cinco días y de no ser porque tomaron de sus orines, no hubieran sobrevivido, el coyote los abandonó cuando no pudieron caminar tan rápido como él quería, después de esto pensaba regresar porque sería más útil vivo que muerto para su familia. Nunca había visto llorar a un hombre, comprendí su pesar pensando en la necesidad de su familia, tener que exponer la vida para darles lo más básico, sabiendo que en su país sería casi imposible para él. Cuando partió en la ambulancia, sólo alcancé a decir “Cuídate mucho y suerte”.

En mayo de 2007, recibí una llamada del Consulado de México en Santa Ana, Ca, por parte de la Dra. Dolores Sarmiento, ella sabía el trabajo que yo estaba realizando en el desierto, me comunicó que había recibido a una familia reportando la desaparición de su hijo en el desierto de Arizona, el joven Luis Alberto Peñaloza de 21 años se encontraba perdido. Él, a pesar de haber ingresado a los Estados Unidos a los dos meses de edad, ni siquiera hablaba bien el español, a pesar de eso un día decidió viajar a México a visitar y conocer a sus abuelos, al regreso lo hizo por la parte más peligrosa del desierto, la zona de Borrego Prieto en Arizona, frontera con Sonoita, México. En esta zona hace algunos años fallecieron 14 inmigrantes en un solo incidente, cuando el coyote los abandonó a su suerte.

A medio camino no pudo continuar y le informó a un compañero que no podía seguir más, él le dijo que si se quedaba no

podría arreglar papeles, pues lo podrían arrestar los agentes de la *Border Patrol*, pero insistió, dijo que no podía caminar más, nunca en su vida había experimentado nada igual, esto estaba fuera de su control, no pensó que sería tan dura la caminata y quedó en ese punto a merced de las inclemencias del tiempo y los animales. El punto por donde cruzaron era parte de una base militar en la zona de tiro, el acceso no es permitido, ni siquiera a los agentes de la patrulla fronteriza por lo peligroso, pero a los coyotes no les importa, ya que saben que no hay vigilancia y creen que es más fácil pasar gente por esa zona.

Para entonces, la familia de Luis se puso en contacto conmigo y por medio de ellos pude hablar con los compañeros de viaje, que nunca pudieron dar una señal exacta de dónde había quedado, habiendo miles de millas cuadradas de desierto y cientos de brechas. No es fácil reconocer el lugar cuando se viaja en la noche y por primera vez, todo parece lo mismo, los caminos giran sin cesar cambiando el rumbo y dirección.

Realicé ocho viajes de búsqueda, pero ¡fue imposible!, cada camino que recorría lo hacía con la esperanza de poder encontrar aunque fueran sus restos para que su familia descansara al saber su fin y poder darle digna sepultura, el dolor de su madre me llegaba hasta el corazón, al no poder hacer nada para encontrarlo. Finalmente, interpose una demanda de persona perdida en la oficina del *sheriff* local en la ciudad de Ajo, Arizona. Hasta la fecha, reviso los reportes de cuerpos encontrados para saber si pudiera ser él, me llena de rabia que tenga que repetirse esto una y otra vez.

Muchos de nosotros tenemos mujeres en nuestras familias, yo tengo 5 hermanas, 3 hijas y 3 nietas, en mi casa siempre me enseñaron a respetarlas y cuidarlas, cuando hablo del desierto algo que me impresiona mucho sobre los peligros, y es muy común, es cuando encuentro señas de violaciones, ropa interior femenina, algunas veces con sangre y señas de

violencia, últimamente la inmigración de mujeres ha aumentado debido a que los esposos, hijos o hermanos ya se encuentran en suelo americano, ellas llevan a cabo la travesía solas y las hace más vulnerables. Cuando sucede una violación algunas veces son amenazadas, después de tres días no puede ser probado.

Además de que los coyotes tienen toda la información de donde van a estar. A mí me han contado de varias violaciones, se percibe el miedo a ser deportadas y de las represalias de parte de los autores, la mayoría asegura que nunca serán castigados y todo será en vano.

Como les decía, viajaba mucho al desierto a buscar inmigrantes, así como también realizaba viajes a Tijuana a visitar a mi padre que se encuentra enfermo; en una ocasión mi esposa estaba manejando, cuando vimos cuatro inmigrantes cruzar la carretera apresuradamente, este lugar está en la reservación indígena de los Tohono, es muy árida, le dije a mi esposa que parara de inmediato y les grité ¿Quieren agua? Voltearon a vernos y todavía con desconfianza uno de ellos se regresó, le indiqué que me esperara en ese lugar fuera del camino, cuando me acerqué me dí cuenta de que su ropa estaba rasgada por las señas de su viaje, ya que caminan en la obscuridad para no ser detectados tan fácilmente. Los mezquites y los cactus son muy peligrosos, más en la noche cuando no se ven. Enseguida le llevé un café que me acababa de comprar en McDonald's, cinco refrescos, una botella de Gatorade y dos plátanos que teníamos a la mano, llevaban cinco días caminando, dos días sin agua, ni comida.

Salieron de Michoacán a buscar mejor vida y por poco encuentran la MUERTE, de no ser por la casualidad de encontrarlos en el camino. Su viaje todavía duraría dos días más para llegar a la ciudad de Phoenix, Arizona. Cuando se fueron, uno de ellos volteó para decirme "Usted fue nuestro ángel

guardián, Dios se lo pague”. Ojalá que no hayan sido parte de las estadísticas de este año 2008. Hasta el 16 de septiembre suman 189 muertos solamente en este estado, son más fallecidos que los reportados todo el año pasado y todavía faltan dos semanas más para terminar esta cuenta total.

Por si fuera poco, el día 7 de agosto recibí un correo electrónico informándome que harían la búsqueda de un inmigrante perdido en el desierto, participarían grupos de la Coalición de “Derechos Humanos”, “No Más Muertes” y “Fronteras Compasivas”. Nos reuniríamos en una gasolinera en el pueblo de Río Rico en Arizona a las 8:00 de la mañana, llegué temprano y me compré un café para esperar y pronto llegó un familiar de la persona desaparecida, me informaba que su primo fue detenido por oficiales del *sheriff* del condado Maricopa en Phoenix, llevaba una botella de cerveza abierta y fue deportado sin ser presentado al juez, al llegar a Nogales, Sonora, se puso en contacto con una persona para que lo trajera y cuando habían pasado y estaban listos a subir a un vehículo, llegó una patrulla de migración y corrieron todos por distintos lados, ya no supieron más de él, buscaron en hospitales, cárcel y la morgue sin resultado alguno, así que decidieron buscarlo por su cuenta.

Al cabo de los minutos, el resto de los voluntarios fueron llegando uno a uno hasta completar el grupo, ya juntos, con mapas, rastrearíamos la zona en busca de este joven señor residente de Phoenix. De las 13 personas que se formó el grupo, sólo éramos tres latinos y el resto norteamericanos, uno de ellos de poco más de 70 años, pero aún así participaría en la operación, notaba que los norteamericanos no son tan malos como quieren hacerlo ver, hay muchos que tienen buen corazón y les duele también el sufrimiento nuestro. Caminamos parejo en forma de abanico para no dejar nada sin rastrear, cubriendo la mayor parte de terreno posible, rompiendo ramas y brincando grandes piedras, nos encontrábamos con cercas

de alambre que no serían obstáculo para nosotros para lograr llegar a donde sería el punto final.

Al regreso me tocó caminar por la parte del arroyo y encontré huellas recientes, tal vez de media hora antes, ese grupo que había pasado por ese lugar estaba compuesto de menores o mujeres por las huellas tan pequeñas dejadas en la arena, además, también una huella de alguien que los acompañaba sin zapatos, por más que apresuré mi paso, nunca fue posible el alcanzarlos, más adelante encontré varios lugares de descanso por la cantidad de recipientes de agua y comida alrededor y una casa abandonada con un viejo colchón, que mostraba signos de violencia, probablemente se cometió algún delito en ese lugar.

¡De pronto! en medio del follaje salió corriendo un coyote (animal), ¡brinqué exaltado!, pensé que me iba a atacar, pero para mi suerte dio vuelta y se fue para el lado contrario. Con 6 horas y media caminando en ambas direcciones, todos cansados y maltrechos, al fin la persona que actuaba como líder dio por terminada la búsqueda por ese día a pesar nuestro. Como tenía mucho tiempo desaparecido, de haberlo encontrado sólo serían las osamentas, porque el calor y los animales habrían hecho de lo suyo para desaparecerlo y no tendríamos el aviso del olor cuando esto sucede.

Tristemente nos alejamos, prometiendo volver pronto para realizar una búsqueda más, ya que su familia en Phoenix espera aunque sean malas noticias para poder descansar al saber su final.

Cuando se toma la decisión de emigrar a los Estados Unidos, nunca se piensa en todos los peligros que tendrán adelante, los coyotes les dicen que sólo son 3 ó 4 horas de camino a su destino, cuando en realidad son 3 ó 4 días para llegar a un lugar seguro. Este sufrimiento de nuestra gente se compara aunque en diferente forma a la emigración que experimentó

mi padre, huyendo de la muerte por la guerra, ellos lo hicieron al ver que sus hogares eran abatidos por la metralla enemiga, buscaron en otros lugares una patria que les diera cobijo para continuar con vida. La aventura de salir corriendo hacia otro país dejando padres y familia, caritas bañadas en llanto por la alegría de la salvación y la tristeza de la separación, veintidós días en un barco hasta llegar al otro lado del mar y encontrarse en la más completa soledad.

Nosotros, a pesar de la distancia tan corta a nuestra patria, sentimos que esta barda es el inmenso mar que sigue separando a todas estas familias que buscan un futuro mejor. Y su viaje se convierte en una "Pesadilla americana" cuando muchos de ellos sólo encuentran la muerte en los desiertos por su deseo de sobrevivir. En cambio yo, me siento muy afortunado de poder disfrutar mi "Sueño americano" y quisiera compartirlo con todos de esta manera, mientras sea posible, tratando siquiera de salvar por lo menos una vida más.

## De pe a pa

Pedro Zagitt Espinosa Villaseñor (Magay)  
*Categoría B / Ganador*

### PE (Pernambuco, Brasil)

**B**rasil me recibió el 19 de junio con un marcador 4-0 en cuartos de final de la Copa América 2004. No bien había terminado de llenar los formularios de migración y aduana en São Paulo, cuando vi los resultados en la TV del aeropuerto. Por supuesto, el agente de migración que revisó mis papeles no pudo evitar hacer una broma sobre la derrota de México ante su país. —Pinches brasileños— dije para mí.

Desde que me enteré de que la universidad ofrecía intercambios culturales, siempre tuve la idea de salir de México por lo menos un semestre. Fuera de los tres países de Latinoamérica y las diversas ciudades en territorio nacional que tenía para escoger, Brasil parecía ser el lugar que me ofrecía más, por lo menos, más desafíos. Debo confesar que no era mi primera opción, siempre había tenido en mente irme a San Sebastián, España.

Y de pronto ahí estaba yo, enfrentándome a un país nuevo en donde casi tenía que adivinar lo que la gente me decía. Aunque muerto tras 24 horas de estar entre aviones y aeropuertos, no fue tan difícil sobreponerme a la humillación que sufrí por la selección nacional de mi país. La verdad nunca he sido aficionado al fútbol, pero en mis próximos días sería “el tema” cada vez que conociera a alguien.

Mi primer contacto terrestre fue en São Paulo. Después de una conexión en Salvador de Bahía, llegué a mi destino final, Recife, Pernambuco (PE). Ciudad litoral, capital del estado

*nordestino brasileiro*, que tiene por frontera este un arrecife de coral (de ahí su nombre) que la protege del Océano Atlántico. Territorio con vasta riqueza histórica, uno de las primeras ocupaciones portuguesas y en la que más tarde se daría batalla a la ocupación holandesa.

Una familia me recibió en su casa por un par de días, mientras me instalaba en un lugar definitivo. Esa noche llegué prácticamente a dormir, no sin antes cenar con la sorpresa de que allá el jamón es *presunto* y no porque esté bajo sospecha de algo (aunque pensándolo bien, a mí sí me parece medio sospechoso), sino porque así se dice en portugués.

El día siguiente fue el más burocrático en mi estancia y, como dice el dicho, nadie sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. La burocracia brasileña resultó ser más burocrática que la burocracia mexicana. Ésa es la realidad de la *Venecia brasileira*, mote que se le da a Recife por las vertientes del Río Capibaribe que atraviesan la ciudad.

El departamento que encontré estaba en pleno centro de la ciudad, en el barrio de Boa Vista, a tan sólo tres cuadras de la universidad, así que tenía todo a mi alrededor. Desde mi octavo piso se podía ver todo el barrio, incluso se alcanzaba a ver Recife Antiguo, el barrio junto al mar, al que se llegaba después de caminar unas cuantas cuadras y cruzar dos puentes.

En Recife Antiguo no hay tantos edificios altos como en el resto de la ciudad. De hecho, la arquitectura colonial es bastante parecida a la del centro de Guadalajara, mi ciudad en México. Lo único que sobresale es la *Torre Malacoff*, construcción con fines bélicos durante la ocupación holandesa. Y el *Passo Alfanega*, una antigua aduana convertida en un exclusivo centro comercial.

Por un programa gubernamental para revitalizar el viejo barrio se impulsaron actividades turísticas y culturales. Por ejemplo, la proliferación de bares, restaurantes y prostíbulos

clandestinos. El *Marco Zero* es una plaza con una rosa de los vientos en el centro, el cual es el punto de partida de todas las carreteras estatales y las distancias de las localidades de provincia con respecto a Recife son medidas a partir de este punto.

El *Marco Zero* se ha tomado muy en serio su papel de plaza pública, es escenario de conciertos durante todo el año y uno de los lugares obligados a visitar durante el carnaval. Lo mismo que el *Patio de São Pedro*, el atrio de una iglesia homónima, donde se celebra cada semana la *Terça Negra*.

*Terça Negra* o Martes Negro es uno de los programas para preservar las diferentes manifestaciones musicales de cultura popular de origen africano, de ahí el nombre. Se pueden disfrutar de ritmos como *reggae*, *hip hop*, *capoeira*, *maracatú*, *coco*, *axé* y *afoxé*. *Axé* también es el nombre de una dulce bebida embriagante de la que sólo conseguí distinguir dos aromas, el de la canela y el clavo. Pero que sólo Dios y el que lo prepara saben realmente de que está hecha.

Mi departamento estaba habitado sólo por estudiantes, algunos de la Universidad Católica de Pernambuco, mi *Alma Mater brasileira*, y otros de la Universidad Federal. Llegamos a ser hasta siete en el departamento de tres recámaras, aunque el promedio era de máximo cinco habitantes. El encargado del departamento era Marcos, un estudiante de derecho recién graduado de *A Católica*, como la llaman ellos.

Durante la primera semana estuve comiendo como loco por un malentendido. Marcos me había adoptado de forma tácita y se convirtió en mi sombra hasta que comenzaron las clases. Ante su constante pregunta de *¿Está com fome?*, que yo entendía como *¿Está conforme?*, siempre respondí lo mismo, sí. Y la verdad es que todo me parecía bien y, en caso contrario, no hubiera tenido el valor de ser descortés con la amabilidad de mi casero.

Comencé a sospechar cuando noté que siempre íbamos a comer después de que me preguntaba “si estaba conforme” —estos brasileños—. Hasta que a los pocos días, cuando comencé a estudiar el idioma, se me disiparon todas las dudas. En realidad lo que me estaba preguntando el buen Marcos es si tenía hambre. *Estar com fome* es tener hambre o *estar con hambre* en una traducción textual.

Marcos me invitó a pasar unos días en casa de sus padres en una pequeña ciudad en el interior de Pernambuco, Bezerros (con z). Ahí pasé un fin de semana como rey. La familia me hospedó en la mejor recámara que había en la casa, al despertarme, desayuno servido. Invitaciones a comer y a beber no me faltaron. En ese rincón del mundo es magnífico ser mexicano.

Durante esa primer semana, desde ese 4-0, viví en carne propia la vanidad y la soberbia de los brasileños. Una semana, siete días, y por cada día, un pecado capital que se fue incubando en mí, hasta crear un ser mezquino con sed de venganza. Al fin, la final. Argentina sería mi ángel exterminador. La aparente victoria de los argentinos casi para finalizar el partido me llevó a decir, en un arrebato de falsa empatía, que mientras quedara un minuto de partido todavía era posible ganar.

No sé si la frase de “nadie es profeta en su tierra” aplique en este caso, pero mis poderes adivinatorios resultaron ciertos justo después de abrir la boca. Un gol de último momento les dio el empate y la oportunidad de irse a penales, para que finalmente Brasil venciera 4-2 a Argentina. Tuve que fingir el festejo y la alegría para poder seguir gozando de mis privilegios de extranjero.

Ser forastero también tenía sus ventajas en la universidad. Desde un principio se reciben ciertas atenciones, los maestros dan ciertas concesiones que a los nacionales les están negadas. Me recomendaron que no tomara más de tres clases para tener el tiempo necesario de conocer a fondo la cultura brasileña.

Justamente, Cultura Brasileña junto con Fotoperiodismo y Proyecto de Fotografía fueron mi ruta curricular. Materias que me ayudaron mucho en la tarea de comprender ese nuevo mundo. Por ejemplo, visitar comunidades descendientes de esclavos, asistir a festividades religiosas no católicas y, contra toda advertencia, adentrarme en una *favela* (barrio muy pobre sin planeamiento urbano y generalmente peligroso) para tomar fotografías.

En mi primer día de mi clase de Proyecto de Fotografía convertí un libro de fotos en mi refugio, porque soy muy tímido y no quería iniciar una conversación. Mientras lo hojeaba me detuve en una foto de Dolores del Río y, de pronto, una voz femenina me preguntó si yo era mexicano. Desde ahí hasta el día de hoy Carla, porque esa voz femenina era de Carla, ha sido mi mejor amiga.

Lo curioso es que ella es mucho más tímida que yo, pero se valió de todas sus artimañas para llamar la atención de ese mexicanito asustadizo en su primer día de clases, *espertinha*. Según ella lo que le llamó la atención de mí es que se notaba que yo era un *malandro* y no cualquiera, sino un *malandro carioca*.

Yo pensé que sabía el significado de esas dos palabras, pero la verdad es que en portugués tienen un significado mucho más complejo. La primera, tiene que ver con todo un estilo de vida, una manera de ser, de pensar, de hablar, carioca, que yo pensé que aplicaba para todos los brasileños, cuando en realidad es sólo para las personas originarias de Río de Janeiro.

Fue en Brasil y con Carla que vi por primera vez una de las películas que siempre había querido ver, pero que en México no lo había conseguido, *Viridiana* de Luis Buñuel. Vimos la película la noche en que se transmitían los *Latin Grammy* por la TV y que los medios brasileños criticaron al día siguiente por ser un escaparate de escotes y minifaldas, pero sobre todo por el poco reconocimiento a sus paisanos.

*Viridiana* fue el inicio de los siete meses más voraces de cine que había tenido hasta entonces. Mi récord había sido de máximo de tres películas en un día. En casa de Carla llegué a ver hasta seis, por supuesto que mi trasero me lo reclamó. Hubo obviamente muchos clásicos de la cinematografía nacional, pero también algunas otras cosas como cortometrajes, algunas películas de Almodovar, incluida el estreno de *La mala educación*.

En los cines múltiples daban ciclos de cine los sábados y cambiaban de tema cada mes, así que también Brasil me regaló la dicha de ver mis primeros filmes de Truffaut y también ver algo de cine argentino. Allá, todos los días de la semana tienen el descuento de 50% a estudiantes. Autoridades mexicanas, hagan algo.

*Teatro do Parque* resultaba atractivo para el bolsillo porque la entrada era tan sólo un real. Eso equivalía en ese tiempo más o menos a medio dólar, que equivalía a su vez a más o menos cinco pesos mexicanos. Su carácter popular podía ser en ocasiones muy incómodo, pero a la vez era una nueva experiencia. Por ejemplo, el día que vi *Cazuza-O tempo não para*, una biografía sobre la vida de un cantante de rock que muriera de sida en 1990. Un adolescente, metido en la personalidad de esa estrella de rock, se subió al escenario del teatro en medio de la proyección. Toda la audiencia, adolescentes en su mayoría, comenzó a gritar ¡Cazuza! ¡Cazuza! ¡Cazuza!

Aunque no es una gran película, me sirvió para conocer la interesante y desafiante vida de un cantante, que hasta la fecha sigo escuchando. Y resolví ver ese filme por un acto de curiosidad. El furor revivido por este personaje estaba reflejado en todos los ambulantes de música pirata que inundaban las calles de Boa Vista. Todos desplegaban los pósters del filme con el peculiar logotipo de *Cazuza*.

La piratería en Brasil es un acto delictivo, lo mismo que en México y creo que en todos los países de occidente. Pero el

descaro con el que lo distribuyen allá es tal, que da risa. Tienen unos carritos en los que exhiben todo su repertorio, desde Música Popular *Brasileira* hasta *oldies* norteamericanos y en una sola cuadra se pueden encontrar hasta cuadro de estos carritos a la vez. Compitiendo entre ellos con sus amplificadores a todo volumen.

Para terminar el asunto del cine, antes de volver a México tuve la suerte de ver el estreno de *Mar adentro* de Alejandro Amenabar, en *Cineladía*. Es un barrio en la ciudad de Río de Janeiro donde hay cines a la antigua. Estas salas han resistido a la proliferación de los grandes complejos de exhibición, que casi siempre son de inversión extranjera.

Carlita, además de adentrarme todavía más en las profundidades del cine, lo hizo también en la literatura y la música. Con el mejor de los gustos hizo que el Brasil que yo conociera fuera el mejor. La fascinación que ella siente por América Latina me hizo ser consciente de lo que yo sabía y no sabía de mis propias raíces culturales.

Una noche nos fuimos a ver a una banda de salseros cubanos, *Los jubilados*, que tocaron en un baile gratuito en el *Marco Zero*. Después del show nos los encontramos en un bar. Ahí pudimos conversar con algunos de ellos. Ya habíamos notado que todos ya estaban entrados en años y nos confirmaron que, efectivamente, el nombre se lo debían al hecho de que realmente ya todos estaban jubilados y ahora se podían dedicar por completo a la música.

Mis dos clases de fotografía eran impartidas por la misma profesora, Renata, que también se convirtió en alguien especial. Con pretexto de encontrar temas para los ensayos fotográficos anduve en inimaginables lugares para mí, como la ya mencionada *Terça Negra*. La raíz africana del Brasil era la que yo quería desenterrar.

Estuve también en *Castainho*, una comunidad descendiente de esclavos, obviamente, casi todos ellos de piel oscura.

Pasé un día completo tomando fotografías de su jornada en el campo. Se dedican a la agricultura, específicamente al cultivo de la yuca y el frijol. Tiempo después les hice llegar las fotografías.

Negro es sinónimo de pobre, aunque el racismo no exista. A todas las personas, incluso negras, que les pregunté si había racismo en Brasil, todas, salvo contadísimas excepciones, me respondieron que no. Y es que aparentemente hay muchas connotaciones afectivas hacia los afrobrasileños. Por ejemplo, *negão* es un hombre negro grande y fuerte; *nego* es simplemente una cálida abreviación, *nequinho*, el diminutivo.

La palabra es la misma que en español, *negro*. Al contrario que en los Estados Unidos, en Brasil es políticamente correcto decirle negro a un negro. El color para los objetos o animales es preto (prieto) y ésta si puede resultar ofensiva para adjetivar a una persona. Aunque incluso haya en Recife Antiguo un templo católico dedicado a una santa en la que se catequizaba a los esclavos, *A Igreja de Nossa Sennhora do Rosário dos Homens Pretos*.

Además de la Iglesia Católica y las prolíficas religiones derivadas del cristianismo, el *candomblé* es una práctica muy fuerte, sobre todo para afrobrasileños. Es lo que nosotros conocemos como santería, con fuerte presencia en Cuba, República Dominicana y Colombia. Surgió del sincretismo de las diversas religiones de los esclavos con la religión católica. Así, mimetizaron a sus orixás con los santos católicos, por ejemplo lemanjá es *Nossa Senhora dos Navegantes* en Brasil y *La Virgen de la Regla* en Cuba.

Tuve la oportunidad de ir a varias celebraciones de *candomblé* con la intención de pedir permiso de fotografiar, cosa que no es tan fácil para un extraño y por falta de tiempo no lo conseguí. Poco antes de volver a México estuve una semana en *Salvador da Bahía*, que es algo así como la meca del

*candomblé* brasileño. Por lo cercano al carnaval, la ciudad ya estaba llena de turistas y me dio la impresión que lo religioso ni siquiera existía, que todo era un show montado para crear ese ambiente exótico que tanto buscan los *gringos*.

*Gringo* es otro de esos falsos amigos. Mientras que para mí como mexicano, *gringo* es alguien o algo de origen estadounidense, un *gringo* en Brasil es cualquier extranjero, sin importar su nacionalidad. Cuando a veces hacía algún comentario sobre los pinches *gringos*, mis amigos de decían —pero tú eres un *gringo*—. Ni maíz, paloma, yo ya era *brasileiro*.

Como no hay racismo en Brasil, según ellos mismos, fue difícil explicarme, por qué sólo tuve dos compañeros negros en la universidad. En una ocasión fui a una fiesta de graduación de un curso de *marketing* y los únicos negros en el salón de fiestas eran los meseros, al igual que en *Costureira*, un bar de moda.

Quizá no sólo la brasileña, sino cualquier cultura no se da cuenta de quién es hasta que pone algo de distancia. Lo mismo me pasó cuando en mi primer día le pregunté a alguien sobre la influencia estadounidense en general y, sobre todo, cultural en Brasil. A lo que mi interlocutor dijo que era prácticamente nula, que no influenciaba tanto como en México que los tenemos de vecinos.

Sin esa influencia resulta curioso cómo no existen en el portugués brasileño, palabras como centro comercial o diseñador. Ellos sólo tienen *shopping center* y *designer*. Y a sus hijos los nombran *Clayton*, *Junior*, *Kid*, *Robinson*, *Sandaloo* y hasta *Shampoo*. Incluso hacen un nombre añadiéndole a cualquier cosa la terminación *nilson* o *nalson*.

La provincia de Pernambuco (PE) fue la que acabó con muchos de mis dogmas de lo mexicano. Paisajes semidesérticos, decorados con algunas cactáceas y casitas de barro; puestos de frutas y verduras en la carretera; fondas que venden cabrito asado estilo Nuevo León, sólo les faltaban las tortillas

de harina. La región celebra las *Festas Juninas* (las Fiestas de Junio) porque es la temporada del año en que caen las anheladas lluvias y es tiempo de la cosecha de maíz, aunque para ellos esa época es el invierno.

En Caruarú hay un mercado de artesanías y uno de los materiales más usados es el barro, con el que hacen reproducciones en miniatura de *Os retirantes*, migrantes que van del *nordeste* sobre todo, hacía las grandes ciudades del sur, ya sea Río de Janeiro o São Paulo. La representación es de una familia numerosa, formada en hilera con todas sus pocas pertenencias a cuestas, cajas de cartón, madera, las mascotas, etc. Muy parecidas a las reproducciones de los mariachis o las plazas de toros que venden en Tlaquepaque.

Yo que había jurado que el abanico tejido de palma y el petate eran invenciones indígenas, que me las vengo a encontrar en Brasil. La gota que derramó el vaso fue la *Vaquejada*, una suerte de jaripeo en un lienzo charro y los jinetes se visten de vaqueros. Algunos espectadores hacen apuestas y al final hay un baile que dura toda la noche. Sólo faltaba que alguien me invitara un plato de pozole y me dijera que era 100% brasileño.

En el caso del rodeo texano me parece lógica la similitud con la charrería, por lo que ya mencionaba de la influencia recíproca entre países vecinos, con Brasil y en una región que ni siquiera tiene cerca algún país latinoamericano. Hasta donde yo sé no es descendiente de los gauchos del sur. Entonces, mucho más que ahora me hubiera resultado imposible definir lo mexicano.

Finalmente, mi proyecto fotográfico en color lo hice sobre *Porto de Galinhas* (Puerto de Gallinas), al que le dieron ese nombre porque era donde desembarcan los cargamentos de esclavos (gallinas) como ganado. En eso sí tengo la seguridad que fueron los primeros en usar el término, porque en la

época de la Colonia, en México todavía no teníamos ni *polleros* ni *coyotes*.

Porto también tiene la protección del arrecife de coral y cuando baja la marea se forman piscinas naturales en los huecos del arrecife, se puede alimentar a los peces, bucear o simplemente estar en el agua sin preocupación del oleaje. Es curioso cómo una de esas piscinas tiene la forma del mapa de Brasil, que obviamente registré en una de mis fotografías.

Ante la exigencia de Renata, mi profesora, de tener que fotografiar más gente, me metí en el pueblo, en la parte no turística, que resultó ser una favela, de esas que la gente casi me contaba cuentos de terror para asustarme. Por fortuna no me pasó nada, aunque los mismos habitantes me dijeron que no era lugar para un extranjero con dos cámaras profesionales de fotografía.

El proyecto en blanco y negro fue sobre el *Mercado São José*, un mercado muy grande en el centro de la ciudad. Lo interesante de este proyecto fue que todos los vendedores me ayudaron a realizar mi trabajo, dejándome entrar en sus comercios y permitirme subir a los edificios contiguos para registrar fotos desde lo alto.

Para la clase de *Cultura Brasileira* desarrollé como trabajo final una comparación entre México y el Nordeste de Brasil. A lo largo del salón colgué, desde el techo, estandartes de papel *craft*, con breve información de cada tópico, acompañado de una ilustración. Por ejemplo, del lado de Brasil hice un estandarte de *Os Retirantes* y lo comparé con la migración México-USA.

Otro tema fue del libro de Raquel de Queiroz, *O Quince*, sobre la pobreza y sequía en el campo y su compañero mexicano fue sobre *El llano en llamas* de Rulfo. Sobre otro libro, *Raíces do Brasil* de Sergio Buarque de Holanda, que habla de lo brasileño; su pareja fue el *Laberinto de la Soledad de Paz*, que describe lo mexicano.

Sobre fotografía, del bando brasileño, Sebastião Salgado, del mexicano, Manuel Álvarez Bravo. Ambos con imágenes documentales en blanco y negro de sus propios países. De religión, *Nossa Senhora de Aparecida*, la patrona nacional, y del mexicano, La Guadalupana, ambos fenómenos culturales, determinantes en la batalla que les faltaba por ganar a los colonizadores, la espiritual.

Sobre cine, les proyecté una escena de *Central de Brasil* y otra de *Y tú mamá también*. No porque tengan temáticas parecidas, sino porque los dos son filmes *on the road* y muestran las similitudes entre Pernambuco y México de las que tanto he hablado. Para cerrar la exposición y que tenía que ver con el tema del último estandarte, el maíz, llevé una olla de elotes cocidos para que los comieran con mantequilla. Me los preparó una señora que tenía su puesto cerca de la universidad. Con un poquito de crema, queso y chile hubiera sido completamente feliz esa noche.

Aunque el semestre finalizó en diciembre, me quedé hasta febrero, por el carnaval, mientras tanto tomé un curso sobre Migración en la misma *Católica* y un curso de producción de cortometraje en la *Federal*. Y me inscribí en ambos para tener argumentos para prorrogar mi estancia, en caso de que me lo pidieran.

Regresé a México más mexicano, pero brasileño también. La escala de una semana en Río de Janeiro fue más melancólica que exótica. Si bien me llevaba un poco de Brasil en mis fotos, en mis recuerdos, en lo aprendido, en lo vivido, sentía que una parte de mí se estaba quedando ahí. Tengo que volver para recuperarla.

## PA (Pennsylvania, USA)

La transición de PE a PA fue más bien dolorosa. Llegué a Guadalajara, Jal., México, en febrero de 2005. Para finales de marzo ya

había despachado mis asuntos para el viaje a Pennsylvania (PA). Me voy a ahorrar los pormenores de ese tormentoso proceso.

Llegué al Aeropuerto Internacional de Philadelphia el 5 de febrero de ese año, tres días después de la muerte del Papa. La tímida primavera apenas comenzaba a asomarse, pero el paisaje todavía era gris. Lo único esperanzador es que vería a la mitad de mi familia después de dos años. El resto de la familia era mi mamá que se reuniría con nosotros un mes después y mi hermana menor que viajaba conmigo.

Ya había vivido durante dos años en Pennsylvania por el mismo motivo que me traía esta segunda vez, la economía. En aquella ocasión fue porque me había quedado sin recursos para continuar la universidad, después de dos años cursados. Tenía que pagar el crédito a la universidad y el dinero que me había prestado mi papá. Él vive en USA desde el 94.

Yo ya había venido de vacaciones en dos ocasiones, una justo antes de entrar a la universidad y otra en mis primeras vacaciones, teniendo que trabajar medio tiempo para pagar los gastos del viaje. La decisión de estudiar Ciencias de la Comunicación en una escuela privada fue mía, tenía entonces que asumir las responsabilidades que eso conlleva, la colegiatura como parte de la universidad me había otorgado 50% de crédito y 50% de beca.

La beca la perdí al finalizar el primer semestre por no cumplir con una materia. Puedo argumentar que por falta de tiempo porque tenía que trabajar como cajero en un banco. Pero cuando veo que hay gente que puede hacerlo, hasta me da vergüenza decirlo.

Con el 50% de crédito, multiplicado por los primeros cuatro semestres, me dio como resultado una cuenta con muchas cifras, además de que no tenía dinero para la inscripción del próximo semestre. Ésa fue la razón principal de mi primera estancia en USA.

Desde segundo semestre siempre aumenté mi carga curricular con la intención de que los semestres finales fueran menos pesados y tener tiempo, ya fuera para la tesis o bien para conseguir empleo en algún medio de comunicación. Así lo fue hasta el cuarto semestre en que interrumpí mis estudios.

De tal forma que cursé dos semestres más, el quinto y el sexto después de haber estado en USA y ya sólo me quedaban siete materias por cursar en dos semestres. Tres del séptimo semestre del intercambio en Brasil. Sólo me faltaron cuatro materias para terminar la licenciatura.

Mi situación esta segunda vez se había agravado, por un lado, la deuda a la universidad, de lo que ya tenía, más los tres semestres sin beca. Beca que no me dieron por no ser ni monja ni indígena. ¿Por qué no fui más oscurito?

Recuerdo que algunos maestros nos decían, a manera de reproche, que nosotros (los estudiantes) éramos del privilegiado 2% de la población que puede ir a universidades privadas. Pero las matemáticas no me salen cuando trato de entender cómo si soy del 2% de privilegiados, también puedo ser parte del 40% de pobres del país y soy uno de los 12 millones de mexicanos que se tienen que ir a USA. —Pinches estadísticas—.

O sea que yo no estaba tan jodido por no ser indígena y por consiguiente recibir apoyo, ni tampoco tenía como los recursos para estar en ese selecto grupo del 2%, vaya mediocridad. Y, por si fuera poco, a pagar la tarjeta de crédito que me prestó mi papá para poder solventarme esos meses del intercambio. No puedo quejarme, cada vez que lo pienso me digo que lo volvería a hacer.

Ya había un trabajo esperando por mí, ni hablar, me tenían por los *tanates*. Como soy alguien con muchas aspiraciones, me consiguieron un trabajo de acuerdo a esa característica. Tenía que aspirar 10 pisos 2 veces por semana en el edificio en el que empecé a trabajar de conserje. Limpiar el lobby, el

gimnasio, repartir el periódico y algunas tareas estacionales como regar las plantas, barrer las hojas secas o quitar nieve.

Ahí supe lo que es ser hombre invisible, al que la gente no saluda, al que no le dan las gracias o los *tenkius* en este caso. La invisibilidad tiene sus ventajas, por ejemplo, quedarme en el cuarto de reciclaje a ver las tiras cómicas del periódico y cuando alguien entraba, hacer como que lo estaba acomodando. Sólo me volvía visible cuando la gente necesitaba algo. Ser mexicano aquí no es magnífico.

Muchos de los habitantes de ese edificio, con más de 300 departamentos, eran personas ya retiradas y que en muchos casos se dedicaban a comprar y tirar cosas en buen estado todavía. De ahí amueblé mi cuarto poco a poco, con mesas, sillas, cómodas, lámparas, electrónicos, etc. Ahora ya he comprado mis propios muebles, pero en su momento me fue muy útil.

El despilfarro y desperdicio que hay aquí me hace pensar en una revalorización de términos como la libertad. Ejecutar una acción y hacerlo sin pensar, simplemente porque se tiene el poder de hacerlo, porque se tienen los medios, sin importar nada, a eso le llaman libertad. La libertad no es el capitalismo, señores neoliberales.

Por ejemplo, voy a imprimir 100 hojas que mañana voy a tirar y lo hago porque puedo, porque tengo el dinero para comprar el papel y la tinta. Hacer lo que se nos venga en gana no es libertad. Libertad creo que sería *pensar*, decidir conscientemente si quiero o no gastar hojas inútilmente, mismo pudiendo pagar por ellas.

Cuando escucho las carencias de pueblos como el cubano, donde se les da determinado número de lápices a los niños para todo el año y nos parece tan inhumano que un pueblo sea tan lacerado en sus libertades. Quizá son más libres que el pueblo norteamericano, enajenado por los bienes materiales.

El drástico cambio en mi calidad de vida me trajo un desequilibrio emocional muy severo. Por ejemplo, el tiempo que le podía dedicar a las cosas que me gustan era prácticamente nulo, con dos trabajos de tiempo completo. Aprovechaba cualquier oportunidad para dormir, incluso en el trabajo. No sé si tiene que ver algo con el, tan mentado, sueño americano.

Después de aproximadamente año y medio me cansé de ser el hombre invisible, dejé ese trabajo sin haber conseguido otro previamente (niños, no lo hagan en sus casas). Por suerte, una semana después ya estaba trabajando en algo completamente diferente, en la oficina de un notario público.

Ahí recobre mi carácter humano y empecé a convivir con la gente. La oficina atiende en su mayoría a hispanos, casi todos mexicanos. Sobre todo gente originaria de los estados de Puebla, Guerrero, Veracruz, Oaxaca y Querétaro. Creo que ése es el orden de la densidad de población mexicana en esta región de la Pennsylvania.

Pennsylvania es un estado en el noreste (*northeastern*) de Estados Unidos. Philadelphia no es la capital del estado, sin embargo, es la ciudad más poblada. Y aunque Pennsylvania no está bañada por las aguas del Océano Atlántico, lo separa de éste una porción de tierra muy estrecha, que corresponde al estado de New Jersey. De hecho, *Philly* está rodeada por los Ríos Delaware y Schuylkill que desembocan justamente en la Bahía de Delaware en dicho océano.

Todos estos territorios fueron de las primeras colonias, primero noruegas y después inglesas. Escenario en la lucha de independencia de la que todavía hay cañones y cabañas de la época en el parque de *Valley Forge*. Fue en Philadelphia que se elaboraron la Declaración de Independencia y la Constitución vigente.

Yo vivo en un suburbio cercano a la ciudad llamado *Norristown*, pero que todos los paisanos pronuncian mal. Mi

hermano y yo lo hemos rebautizado como *Norriztlán* por la creciente población mexicana. De hecho, he comenzado a hacer un trabajo fotográfico titulado así. Pretendo hacer un retrato del perfil mexicano del pueblo durante una año completo.

La fotografía para mí en estos casi cinco años no ha sido tan prolífica por cuestiones de tiempo. Pero, cuando hay voluntad, se pueden hacer las cosas. He estado haciendo varios proyectos personales aunque hasta la fecha nunca he expuesto ni vendido una de mis fotografías como obras de arte.

Hace ya unos años que me compré mi cámara digital, lo cual permite la experimentación y la repetición sin que sufra el bolsillo. Por ejemplo, cuando mi mamá llegó de México me trajo mucho de los rollos sin revelar que había traído de Brasil y tardé varias semanas para poder ver muchas de las fotos porque los servicios de revelado e impresión aquí son mucho más caros.

Justo ahora que perdí el empleo de la notaría, esta vez por la recesión económica, me he dado dos semanas libres, las primeras, después de más de cuatro años de trabajar dos turnos de tiempo completo. Lo he hecho con el fin de hacer las cosas que siempre quise hacer y por la rutina no había tenido el valor ni siquiera de comenzarlas.

En los dos años que trabajé en la notaria aprendí mucho sobre el trabajo en sí y sobre los mexicanos, ya que para algunos trámites tenía que enterarme de información personal y delicada. Aunque eso me nutrió acerca de lo mexicano, sigo sin poder definirlo.

Estoy comenzando mi propio negocio de video y fotografía para fiestas. Como eso no es un ingreso fijo, necesito encontrar un empleo. En cuanto termine de redactar esta historia, me voy a dedicar a buscar uno.

El inglés ha sido mi talón de Aquiles en esta aventura, el español me parece tan vasto que hasta hace poco había estado

reacio a aprenderlo. Quizá por rebelión a los consejos de todos los viejos de la familia —Olvídate del español—.

¿Pero por qué si es tan bonito? Además me encanta la música en español, me gusta leer en español, veo poca tele y, cuando lo hago, son programas que me interesan sobre literatura, música o cine. Y las noticias, sólo Aristegui en CNN en español.

Pues ya entendí que mi rebeldía a nadie iba a perjudicar tanto como a mí, así que ya he tomado varios cursos de inglés, trato de leer cosas que me llamen la atención en este idioma y la música ni se diga, mucho jazz, blues, R&B, mucha música negra.

Lo negro aquí, qué diferencia. Lo que para nosotros es un color, aquí es un insulto. Aunque la palabra ofensiva realmente es negro o nigga. No me extrañaría que en unos años sea políticamente incorrecto hablar español. Una vez, con un amigo en un bar tuve que pedir una *Afroamericana Modelo*, porque estábamos rodeados por parroquianos de esa raza. La *bartender* lo entendió y me correspondió con una sonrisa.

Aquí los negros tienen una actitud diferente hacia su propia raza y el racismo en sí. Desde pequeños, hay en muchos de ellos una altanería que se refleja en la forma de atravesarse las calles sin voltear a ver si vienen coches o no. Miradas retadoras, actitudes amenazadoras, el tono y volumen de la voz. Sin duda, producto de la reciente llaga en su historia.

Muchas personas de la edad de mis padres todavía vivieron la segregación en lugares públicos, como no poder recibir servicio en algún restaurante o tener que usar el sanitario de los negros o no poderse meter a una piscina. Ser negro aquí es también un poco sinónimo de pobre, quizá menos que en Brasil. Pero no deja de ser notorio que los barrios pobres y peligrosos de la ciudad son los habitados por ellos. No porque sean delincuentes *per se*, sino que por ser negros no tiene las

mismas oportunidades y, por consiguiente, las consecuencias sociales son éstas.

Recuerdo aquel alboroto que causó el ex presidente Fox con su declaración de que los mexicanos hacíamos el trabajo que ni los negros estaban dispuestos a hacer. No sé por qué tanto drama si es verdad. Y además no tenemos prestaciones, ni servicios médicos, ni podemos acudir a las autoridades cuando somos víctimas de algún crimen ¿Será que no todos saben quién fue el señor Lincoln?

Durante el 2008 hubo en Philadelphia una exposición titulada *The African Presence in México*, en la que al parecer ya está empezando a reconocer como la tercer raíz cultural, no sólo somos hijos de español e indígena. O quizá somos hijos de español e indígena y África es la nodriza. En la tienda del museo había a la venta una placa con la inscripción que prohíbe la entrada a negros, mexicanos y perros, que se usaba en algunos establecimientos.

El racismo aquí es más hipócrita, desde la Constitución, que dice que todos los hombres son iguales, pero seguía habiendo esclavitud. Como dice el escritor Eduardo Galeano, algunos son más iguales que otros.

Aunque extraño a mi país y me muero por conocer lo mucho que me falta por ver, no estoy tan seguro de querer regresar. No sé lo que va a suceder con mis trámites de migración, ni con mi crecimiento profesional. Tampoco sé lo que va a pasar aquí con toda esta demagogia y promesas de campaña sin cumplir. Pero como dice Serrat, “se hace camino al andar” ¡Ándale! ¡Ándale! ¡Arriba! ¡Arriba!

Justicia poética: el único partido que he visto en vivo en un estadio fue la Final de la Copa de Oro 2009 en el estadio de los *Giants* en *New Jersey*, en que México venció a USA 5-0. —pinches brasileños, *anyway*—.



## Cada quien desde su trinchera

Blanca Zendejas Nienhaus (Tulix)

*Categoría B / Ganador*

Grande o pequeña, todos tenemos una historia que contar.

**A**proveché el final de los abrazos y los buenos deseos para huir a la terraza de la casa. Por no saber lidiar con las temperaturas bajo cero de Fair Haven, incluso bien arropada, no pude evitar que el viento me traspasara hasta los huesos y se quedara en mi alma. Miré la nieve acumulada en la calle, los árboles y los techos de las casas, por la humedad del Lago Saint Clair el frío era más intenso. Luego escudriñé el firmamento hasta que di con ellas, las tres estrellas en línea más brillantes, ésas que yo solía decir a mis hijos que eran los Reyes Magos; días atrás pactamos por teléfono que a las doce de la noche en punto las miraríamos para darnos un simbólico abrazo de Año Nuevo. En su momento, el acuerdo me pareció ingenioso. Recién me había casado en noviembre y me estaba inaugurando en fiestas de fin de año a distancia, pero ahí, rodeada de un mundo extraño y lejos de todo lo que me era familiar y amado, ese pacto resultaba absurdo. Una oleada de añoranza y aislamiento me envolvió de tal forma que instintivamente quise sacudírmela a como fuera, así que volví sobre mis pasos y entré de nuevo al bullicio... para no pensar. En aquel entonces no sabía que esa mancuerna de sentimientos, a veces lacerantes y otras tenues, habrían de convertirse en presencias demasiado cotidianas en esa nueva etapa de mi vida. Desde un rincón de la sala, Brian, mi flamante marido, intuyó lo que me sucedía y con una seña me invitó a sentar a su lado, inmersa aún en mis pensamientos.

¿Qué hacía yo allí? ¿Cómo era posible que en una víspera de Año Nuevo estuviera a miles de kilómetros de mis hijos, mis hermanos, mis amigos de toda la vida, mi casa, mi patria? ¿Por obra de qué circunstancia me encontraba en una tierra distinta, con otro ambiente, otro aire, otro olor? La respuesta oficial —entonces— era muy simple: por amor. En la actualidad y a la vuelta de siete años, la respuesta a esa misma pregunta no resulta ni tan romántica ni tan sencilla; hoy sé que vine a vivir a los Estados Unidos por otra razón muy distinta, más compleja y profunda: vine para APRENDER. Aprender de vivencias de mi gente que ni siquiera sospechaba, aprender humildad, aprender hermandad, aprender solidaridad, aprender a servir. Aprender a ser más humana.

## **Antecedentes**

### **Vida en México**

Nacida en el Distrito Federal hace ya varias décadas (nótese que las damas no hablamos de edad), en el seno de una familia de clase media y primogénita de cuatro hermanos me tocó, no sé si la suerte o desventaja, de vivir inmersa en una especie de burbuja protectora de bienestar físico, anímico y emocional, donde mis años de infancia y adolescencia se deslizaron plácidos y benignos como las canciones de Cri-Cri. De mi madre aprendí el orgullo de llevar por mis venas sangre indígena (no obstante ser ella una hermosa michoacana, alta, rubia, de pelo rizado y ojos claros), la fuerza de una sonrisa, el poder de una caricia. Por ella supe que la bondad sí asoma por los ojos. En cuanto a mi padre, él era otro cantar. Nació en Metepec, hijo de un abogado mexiquense; perteneció en su juventud a las fuerzas revolucionarias de Emiliano Zapata y luego se convirtió en un médico cirujano cuyo mayor

galardón era su excelencia como ser humano. Fue un hombre cuyo peregrinar por este mundo tocó tres siglos (1898–2001), dueño de un cerebro privilegiado, quien rigió su vida bajo tres principios: libertad, salud y lo necesario para vivir con dignidad, y la vivió leal a sus tres grandes amores: su patria, mi madre, y nosotros, sus hijos. Fruto de una época en donde la palabra empeñada tenía más valor que cualquier papel firmado, con el ejemplo y entreveradas entre sus mil y una anécdotas, go-tearon hacia mi psique la enseñanza de un profundo amor por México, el cotidiano empeño de ser fiel a los propios ideales, la obligación de ser siempre amable con el prójimo, la consigna de buscar hacer el bien tratando de evitar causar mal alguno. “Sin importar lo que otros opinen” nos decía a mis hermanos y a mí, “sean ustedes sus jueces más severos. Que nunca tengan que desviar la mirada al verse de frente en un espejo”.

Aunque la gran ciudad capital es mi pueblo natal, fue hasta mucho tiempo después, ya lejos de ella, que realmente llegué a conocerla más, aunque apenas rozando el caudal de oportunidades de acceso a la cultura, al cambio, al diálogo, a la protesta, a la rebeldía que siempre estuvieron a mi alcance. Cuando me mudé a Yucatán con mi familia dejé atrás un importante descalabro sentimental y muchos eslabones de cariño que tenían que estirarse más para abrazarme en sentido figurado. Mérida resultaba, para todos los efectos, muy distante. Y ahí estuve diez años que se me fueron como agua entre los dedos.

Por un lado, viví engolosinada por una existencia burguesa a la que poco espacio le robé para adentrarme de corazón en la problemática social o política. Enseñar el manejo del idioma inglés a grupos de profesionales y colaborar durante años como traductora en el Diario de Yucatán mantuvieron mi cerebro activo y actualizado, pero mi vida cómoda aletargaba mi sensibilidad social. Sentía que con brindar un trato justo, afable

y bien remunerado (no muy por encima del promedio requerido) a mis empleados domésticos o a los indígenas que llegaba a tratar, cumplía con mi cuota de obligación hacia los que menos tienen. Y mis deberes hacia la comunidad los daba por bien servidos con asistir a reuniones de alguna organización, que, en esencia, eran meros eventos sociales con mínimos impactos realmente sustanciosos.

Por el otro, el aprendizaje de pareja con un hombre extraordinario, que luchaba decidido y sin alardes por el bien individual y comunitario —con logros sorprendentes— fue quizá el preámbulo perfecto, la preparación cotidiana de la tierra que él sabía fértil en mí. Era respetado, estimado y buscado por personas de todos los círculos intelectuales y sociales. Su carrera de médico, psiquiatra y psicoanalista, alumno de Eric Fromm, amigo en su juventud del Che Guevara y Fidel Castro, lo rodeaban de una aura de misterio, para muchos casi mágica. Sencillo y afable, jamás lo vi marcar diferencia alguna entre el preso más pobre del CERESO de la zona o el más acaudalado y poderoso funcionario o ex hacendado del lugar. Después de su muerte intempestiva, lo que hasta entonces había sido mi mundo se paralizó.

Pude con el pesado lastre del epíteto viuda —y lo que éste acarrea— porque el amor de mi familia me sostuvo, mas estaba escrito que aún no terminaba mi cuota de dolor. Año y medio después se apagó la vida de mi madre; y la de mi padre, justo seis meses después que ella, en la misma fecha (un día 23), a la misma hora. En ese punto creí que había derramado todo el llanto del que era capaz; paulatinamente, con el paso del tiempo y el infinito amor de mis tres hijos, tomé al fin conciencia de que si mi espíritu había tenido la capacidad de sobrevivir a pérdidas de esa envergadura, podía con el resto de lo que el destino quisiera ponerme enfrente.

Seguí entonces mi ruta, minuto a minuto, día a día, paso a paso. Forzándome hasta el límite comencé a mirar en paz al

futuro, dejando atrás las puertas que se habían cerrado y aventurándome a entrar por otras que se abrían ante mí. Retomé la enseñanza a mis alumnos. En una conversación con mi antiguo jefe, Don Carlos Menéndez Navarrete, dueño y editor en jefe del Diario de Yucatán, me animó a escribir algo para su periódico. Seguí su consejo y benévolo publicó cuanto artículo le envié para su consideración (incluso ya viviendo en Estados Unidos). Colaborar con los organizadores del IPE (Instituto Político Empresarial) en su formación, me abrió una ventana por la que pude observar la lucha por los cotos personales de poder, los acuerdos tácitos no verbalizados, las buenas intenciones no siempre reconocidas. Y mi ayuda para una agencia de viajes acertó mis momentos de soledad y me ofreció la oportunidad de viajar con otra perspectiva en mente que no fuera la turística.

## **Inicio del cambio**

Conocí a Brian Jacob Nienhaus en Mérida, por dos buenos amigos estadounidenses (Donna y Alan VanBodegraven) propietarios desde hace años de una casa allí, amantes de esa tierra hermosa y conocedores de ella y sus alrededores más que cualquiera. Se dio la oportunidad, surgió el trato e iniciamos nuestra relación. Me intrigaba un norteamericano tan distinto a los parámetros que yo concebía como típicos en sus compatriotas y me divertía escucharlo hablar un español perfecto, con acento ibérico. Dueño de un sentido del humor ágil, fino, un poco negro e irónico, no me resultaba fácil conciliar la idea de esa extraña mezcla de un Doctor en Comunicación de Masas, con antecedentes de sociología y psicología. Desde entonces lo percibí como una combinación de *hippie* de los sesentas, intelectual rebelde y erudito y profesor de administración, todo en armonía. Y con un alma buena.

Nuestra primera cita derivó en una conversación de más de cuatro horas sobre temas variados e inverosímiles. Ese día conocí a un *gringo* a quien le causa repugnancia la cultura consumista de su pueblo, que cuestiona el histórico abuso de poder e intervencionismo que su gobierno ha ejercido sobre el mundo a lo largo de su historia, que objeta enfáticamente a los medios de comunicación comerciales y la consecuente enajenación que generan, que lamenta la disgregación familiar de la sociedad en que vive y tiene en alta estima los lazos de amor familiar que teje nuestra cultura mexicana. Un catedrático reconocido que enseña a sus alumnos la grandeza de las pequeñas comunidades autosustentables en las zonas rurales de Yucatán, que valora y admira las sabias palabras de un campesino de Tinúm al hablar de su milpa y el cuidado de la tierra. Un individuo brillante y modesto, a menudo en batalla consigo mismo porque pareciera que nadie le enseñó a apreciar su gran valía, que es feliz recorriendo los bosques en busca de mil y una variedad de hongos y se maravilla ante la belleza sublime de una florecita silvestre.

El estímulo de una nueva ilusión volvió a dibujar una sonrisa en mi rostro y mi familia respiró con alivio. Ya para entonces mis hijos volaban por su propio cielo: Sandra trabajaba y estudiaba en España, Alejandra vivía en Montréal y Víctor en Mérida. Surgieron las invitaciones a pasar largas temporadas en los Estados Unidos, y como nunca me agradó la idea de sólo vegetar, tomé por primera vez una decisión “alocada”, con la idea en mente de una relación no convencional, sin compromisos oficiales. Hablé con mis hijos y hermanos al respecto y acepté viajar. Brian fue después a México y conoció al resto de mi familia. Para mí pintaba bien la perspectiva de estar varios meses al año en ambos países, pero no contaba con que ese güero de ojos verdes me propusiera casarme con él, una soledad tarde, frente a la puerta del salón Oaxaca en el Museo

Nacional de Antropología e Historia. Y ahí se modificó todo el panorama.

Si a esas alturas de mi vida lo que menos creí fue recibir una propuesta formal de matrimonio a la vieja usanza, lo que sí jamás siquiera me cruzó por un segundo la mente fue dejar México para irme a la Unión Americana. La vida que siempre llevé fue casi perfecta y, no obstante haber viajado a otros países, nunca consideré que otro que no fuera el mío pudiera ser, al menos para mí, mejor para vivir. Pero las piezas del rompecabezas se acomodaban para facilitar mi ida, así que sin detenerme a pensarlo mucho (porque si lo pensaba jamás lo haría) tomé la decisión que daría un giro de ciento ochenta grados a mi existencia.

Mi primer encuentro con las autoridades migratorias estadounidenses, ya con intención de residir allí, fue en suelo mexicano. A instancias de Brian, acostumbrado a hacer las cosas tal cual se debe, fuimos al consulado americano más cercano para averiguar qué tipo de papeleo se requería para nuestros propósitos. El dependiente en turno le explicó a detalle que había que solicitar una “visa de prometida” y esperar hasta que se diera una resolución. ¿Y el único lugar para solicitarla? Ciudad Juárez. ¡Ciudad Juárez! Brian quedó como en estado de choque y preguntó si no había otra manera, si ésa era la forma más fácil. El individuo se percató de su obvio desconcierto (pienso que se compadeció) porque agregó: “No, señor, no le estoy diciendo que esa sea la forma más fácil de hacerlo, sino la que estipulan las reglas. Porque no estaría bien que yo sugiriera, por ejemplo, que si la señorita fuera a viajar como turista, a lo mejor decidieran casarse y desde allá iniciaran los trámites”. Huelga decir que, después de dar las gracias, salir e instalarnos en la cafetería más próxima, la conversación versó sobre las cuestiones migratorias, llenándonos la cabeza de conjeturas y suposiciones sobre las cuales construimos murallas insalvables,

ante nuestro total desconocimiento de los pormenores del tema.

## **Estados Unidos**

Dadas las circunstancias y una vez asimilado que, hiciéramos lo que hiciéramos, el camino sería arduo, decidimos tomar las cosas con más calma y ver cómo se daban las cosas. Empaqué mis maletas, dejé mi amada casa en Mérida a cargo de mi hijo y viajé hasta mi destino, a donde llegué apenas recuperada del nerviosismo por el paso migratorio en Miami. En visitas anteriores ni por asomo llegó a inquietarme el proceso, pero las circunstancias eran distintas: la tesitura de mi viaje era, más que de turista, exploratorio y las mil y una interrogantes que volaban por mi cabeza me llevaron a un estado de tensión para mí desconocido. Así inició mi nueva vida, instalada en Burlington, condado de Alamance, uno de los cien condados de Carolina del Norte.

Aunque me considero adaptable, el arranque práctico de esa nueva experiencia me resultó cuesta arriba. Una cosa es creer que se maneja un idioma y otra muy distinta manejarlo realmente las veinticuatro horas del día. El bombardeo mental por exposición constante me dejaba agotada, el trabajo de mi marido lo mantenía fuera de casa casi todo el día y yo comencé a sentirme como león enjaulado, aislada y fuera de lugar. La amabilidad y calidez de bienvenida tienen muy distintas tonalidades en el mundo sajón que en nuestro mundo latino y ello empezó a abrumarme.

Pero mi buena suerte esperaba a la vuelta de la esquina y muy pronto habría de cambiarme el panorama. A pocos días salí con Brian a pasear por la colonia y vislumbramos una tienda hispana. Obviamente, entramos a curiosear. Me

resultó interesante sentir emoción al ver productos conocidos; luego, me detuve ante un exhibidor de periódicos y comencé a hojearlos. Me llamó la atención su pobre redacción y mentalmente comencé, por inercia, a poner acentos aquí y cambiar palabras allá. La encargada del negocio, una mujer morena, de actitud seria pero afable, me preguntó a quemarropa:

—“Oiga, ¿usted escribe?”.

En un principio pensé que había oído mal ¿no era ésa una pregunta extraña? Pero sí, me estaba preguntando que si yo escribía.

—“Sí, sí escribo. . . ¿Por qué?”

—Porque mi esposo trabaja en un periódico, ese mismo que tiene en las manos. Y anda buscando quien le ayude.

Le dije que me interesaba, intercambiamos teléfonos, compré un *Jarrito* de tamarindo chico, por el cual pagué casi dos dólares, y salí con el ánimo más en alto. Dado mi estatus en el país, ni por asomo podía trabajar y aún no habíamos decidido en firme los pasos a seguir, así que todavía faltaba un buen trecho antes de que se me permitiera.

José Luis Arzola me llamó al día siguiente y concertamos una cita. Llevé conmigo la copia de uno de mis artículos publicados en el Diario de Yucatán y el periódico que tomé el día anterior de la tienda. Me contó que era de Guanajuato, que en México vivió en San Luis Potosí y el Distrito Federal y que de Texas se mudó a Boston, donde estuvo un tiempo antes de venirse a Burlington, huyendo del frío y en pos de un sitio tranquilo para sus hijos; que se dedicaba a las ventas y en ese momento era el editor, fotógrafo, redactor, investigador y corrector de *La Voz de Alamance*, un periódico quincenal en español publicado por el diario local *The Burlington Times News* (del grupo Freedom Communications Inc.) el cual inició a instancias suyas y con apoyo de Paul Mouney, uno de sus jefes quien creía en el potencial económico que representaba

la comunidad hispana para el condado y en la conveniencia de ofrecerle una publicación en su idioma.

Como suele suceder, *The Times News* practicaba con sus empleados la ley del embudo, el extremo más angosto para ellos. A José Luis le pagaban una cantidad mínima y él se hacía cargo de que *La Voz* existiera. Inicialmente, su propuesta para mí fue que le ayudara a escribir un par de artículos. La oportunidad había llegado como caída del cielo y, a quince días de instalada en suelo americano, ya me estaban publicando mi primer artículo sobre la Independencia de México. Adquirí nuevos bríos. El simple hecho de poder hacer algo que me gustaba era invaluable, además del mejor de los caminos para entender el mundo que me rodeaba.

Como era más fuerte que yo ver publicado un texto con errores, comencé a revisar y corregir todo el material a publicar en cada edición, incluyendo los anuncios económicos. Quien en la parte técnica organizaba y acomodaba el material editorial y la publicidad era una muchacha guapa y joven, Mónica Meza, de la edad de mi hija Alejandra, excelente diseñadora gráfica, nacida en México y traída a los Estados Unidos desde muy pequeña, quien hasta entonces había hecho esfuerzos sobre-humanos para navegar por las aguas del idioma de Cervantes y aplicarlo a lo que hacía. Su puesto era directamente con el *Times News*, pero un par de días cada dos semanas le bajaban un poco la carga de trabajo para que se ocupara de *La Voz*. Más tarde supe que nunca recibió remuneración extra por ello.

Mientras tanto, el tiempo corría, no nos agradaba la idea de separarnos, así que, casi de la noche a la mañana, decidimos casarnos. Había que actuar rápido; como había entrado al país como turista, al solicitar mi residencia debía ingresar el acta de matrimonio —y hacerlo en tiempo para no caer en la ilegalidad— por lo cual mis amigos Donna y Alan asumieron preciosamente el papel de mis hermanos norteamericanos y

prácticamente nos organizaron la ceremonia en medio de una de las épocas más saturadas de trabajo para Brian y demasiado apresurada para que mis hermanos y todos mis hijos pudieran acompañarme. Sólo Alejandra pudo volar desde Montréal, mi amiga Eloísa manejó desde Cincinnati; invité a José Luis Arzola (mi recién conocido) y él a su vez a Mónica, su compañera de trabajo. No sé si se supone que para una mujer con mi edad y mi experiencia de vida, una boda así debiera haber sido algo fácil de manejar. Ciertamente estaba feliz e ilusionada, pero al bajar con Alan por la escalera a cuyo pie me esperaba Brian, vi que iba hacia un mar de extraños. En cuanto pude me aferré del brazo de Brian, si no fuera por él yo no estaría celebrando un matrimonio rodeada de desconocidos; la carita sonriente de Ale me ayudó a ubicarme en la realidad. Entonces no sabía que, como habitante de un país que no es el propio, uno se hace de familia alterna y amistades de donde puede. La familia real, los entrañables amigos de siempre, éstos se quedan al otro lado de la frontera en espera de algún día vernos regresar.

La Voz de Alamance fue tomando más forma. Logré interesar a una pediatra para que nos escribiera artículos médicos sobre su especialidad y, a jalones y estirones, un fotógrafo del *Times News* nos colaboraba a veces con alguna fotografía para la primera plana, aunque casi siempre nuestros gráficos eran parte de la "magia" de Mónica y fotos tomadas por José Luis o por mí.

Resultaba frustrante notar que los dirigentes de la empresa no entendían nada de la cultura hispana, ni les interesaba. Nuestro periódico seguía publicándose porque significaba entrada de dinero, aunque jamás supieron cuánto y ni por asomo tuvieron curiosidad de averiguarlo, menos la voluntad de invertirle para que progresara. Por cuestiones de su otro trabajo, José Luis Arzola tuvo que dejar el mando y yo tomé el timón. A mi amiga Paty Reyes le hice la misma propuesta

laboral que un día él me hiciera. Siendo colombiana, las diferencias y puntos afines entre ambas dieron frutos magníficos. Keren Rivas, peruana, reportera regular del Times News, empezó a aportar ideas, material y presencia. Se volvió cotidiano reunirnos después del trabajo ante interminables tazas de café y amena charla, maravillándonos de lo similares y paradójicamente distintos que son nuestros países y culturas y las divertidas diferencias en el uso del mismo idioma. Me propuse proyectar esa diversidad en *La Voz* y fuimos creciendo. De seis páginas iniciales logramos llegar a dieciséis, siempre con el mismo número de personas para sacar al buey de la barranca.

Para entonces, ya me había llegado de la Agencia de Servicios de Ciudadanía e Inmigración (BCIS) mi permiso de trabajo, aunque no el de libre movimiento. Como me había casado en Estados Unidos debía esperar un permiso de “libertad condicional” (*parole*) so riesgo de que no me permitieran reingresar al país en caso de abandonarlo. “¿Cómo que libertad condicional?” fue mi indignada reacción al escuchar por primera vez el término. Pero sí, así eran las cosas: libertad condicional por un crimen que no cometí.

Se suponía que ya iba por menos, había pasado por el examen médico, refuerzo de vacunas, toma de huellas digitales. Sólo restaba esperar; llegué a sentirme prisionera en una enorme jaula dizque de oro, pero presa al fin, aunque reconozco que buena parte de ese sentimiento de restricción estaba únicamente en mi cabeza —porque lo cierto era que yo no tenía intención de visitar a mi gente hasta pasado un tiempo. Pero el hecho de no poder era lo que marcaba el tenor.

Tragué algunas lágrimas, me armé de paciencia y procuré absorber mi entorno para empaparme de mi entorno, más y mejor. Ser editora de *La Voz de Alamance* me obligó a tocar puertas, hablar con gente y, sobre todo, a escuchar. Empecé a formar parte de varias organizaciones, como el Consejo de

las Artes de Alamance (Alamance Arts Council), Ciudadanos de Alamance pro la Educación (ACE), Alamance United, ACA (Asociación de Comerciantes de Alamance) y Alamance-Burlington Sister Cities. En ninguna había algún integrante de las minorías y de cierta forma querían mostrarse como grupos abiertos a la diversidad, aunque de fondo vieran mi presencia como la de un bicho raro y no tuvieran la intención real de ampliar sus horizontes. Pero éstos eran espacios que, como comunidad, íbamos abriendo casi a empujones.

Cuando yo llegué a esta región, los hispanos eran bien acogidos. Venían buscando quedarse por diversas razones y, curiosamente, se estaban mudando no de México, Centro o Sud América, sino de Arizona, Boston, Texas, California, Nueva York, Arizona o cualquier otro sitio del país. Brian repetía su anécdota de cuando se mudó de Texas a Carolina del Norte en 1999 y quedó gratamente sorprendido por haber podido hablar más español durante los primeros seis meses que en cuatro años como catedrático de la Universidad Estatal en San Marcos. Allá evitaba dirigirse en español a cualquier alumno, para no “avergonzarlo”; aquí, la presencia de nuestro grupo étnico se respiraba en el aire y su fuerza activa había revitalizado barrios enteros, de otro modo semivacíos; las escuelas públicas comenzaron a ver importantes incrementos en el flujo de niños hispanos y el bilingüismo en avisos de servicios públicos, negocios y hospitales comenzó a ser la norma.

Pero las cosas no seguirían así por mucho tiempo. Los conservadores, tradicionales y renuentes a todo lo diferente empezaron a resentir esa oleada de cambio y se desató una creciente reacción en contra. A diferencia de los estados colindantes con México —donde la presencia hispana es abrumadora, data de muchas generaciones atrás y está sólidamente establecida— esta parte del sur de los Estados Unidos nunca antes había experimentado oleada migratoria alguna y menos

de tal envergadura. Las convulsiones de adaptación e integración que para otros ya son parte del pasado, aquí estaban empezándose a sentir y combatir con saña.

La parcialidad de los medios —locales y estatales en inglés— enfatizaban los delitos donde había un hispano involucrado y no existían voces que argumentaran en contra. En sus foros de opinión daban preferencia a la publicación de comentarios racistas y xenófobos que dispersaban por el ambiente sus conceptos como la verdad dominante y sólo a cuentagotas se leían opiniones que contrarrestaran tal tendencia. Quienes elaborábamos *La Voz de Alamance* éramos parte de la empresa que produce el periódico más importante del condado, muy dentro de ese estilo. Y ya que *La Voz* era prácticamente la única publicación local en español de los alrededores, nos empeñamos en presentar la otra cara de la moneda: la gente buena y trabajadora, la que triunfa, la que resulta una positiva aportación para la comunidad, pero resultaba como predicar a los mismos chicos del coro y el esfuerzo no trascendía ni tenía forma de invitar a hacer conciencia más que sobre un segmento reducido.

Sin más apoyo que el de nuestros esfuerzos, el respaldo de José Luis Arzola y Mónica Meza y la buena voluntad de Mark Cryan, el entrenador del equipo de béisbol *Burlington Indians* y manejador de su estadio sede, cristalizó mi idea de organizar la Noche Latina para el arranque de la temporada. Convencida de que una de las formas más efectivas de mostrar la diversidad cultural es a través de la gastronomía y los trajes regionales, nos apalabramos con dueños de restaurantes y miembros de la comunidad y conseguimos una buena participación en nuestro Primer Concurso de Platillos de Hispanoamérica y Primer Concurso de Trajes Típicos, además de la asistencia de dependencias del orden público y organizaciones de servicios a hispanos; contra todas las predicciones el evento resultó un

éxito y logramos repetirlo en el 2004 bajo el nombre de Latino Festival y en el 2005 como Festival de Las Américas

Fue en la misma época que Beth Powell me pidió ser parte de la mesa directiva de Burlington-Alamance Sister Cities (<http://sistercities-burlington.org/index.html>), bajo el cobijo de Sister Cities International. Siendo ella pilar de una de las familias más poderosas de la región, su sentido de justicia social la había llevado a buscar un punto de entendimiento y sensibilización entre toda la comunidad. Amiga mía por azares del destino, enfatizó la necesidad de que, como mexicana, fuera la primera en participar para concretar programas con Soledad de Graciano Sánchez, su ciudad hermana en San Luis Potosí. Para mí, su oferta era otro hueco más que se abría para por él mostrar las maravillas de mi patria, así que comenzamos a trabajar. Pensé en mis amigos, Laura y Sergio Guzmán, altamente respetados entre la comunidad. Sabía que eran de San Luis Potosí, los invité a unírseos y las cosas comenzaron a marchar.

A fuerza de tenacidad y a pesar de la pertinaz resistencia de las altas autoridades políticas de la localidad, logramos para el 2004 que una comitiva de Soledad conformada por sus diez más altos funcionarios viniera a Burlington para oficializar la hermandad. Dos días antes de la fecha, Beth me confió que Steve Ross, el alcalde de Burlington, había notificado (después de haber aceptado previamente) que no asistiría a la ceremonia. Eso trastocaba nuestros planes, la comitiva llegaría en unas horas y ya todo estaba listo. Me pidió que la acompañara a ver al funcionario; conociéndola, yo sabía que estaba enojadísima, aunque su apariencia externa fuera como siempre, calmada y dulce. Dadas las circunstancias, yo esperaba lo peor en la reunión, pero cuál sería mi sorpresa de que fue precisamente lo contrario y me tocaría presenciar muy de cerca el poder del poder. Apoltronadas en un sillón después de un gélido recibimiento y los obligados saludos y presentaciones,

mi amiga simplemente se reclinó un poco hacia el escritorio del funcionario y mirándolo fijamente le dijo con una media sonrisa: “Pensamos que no sería recomendable que no estuvieras presente en la firma del convenio con nuestra ciudad hermana en México”. El hombre se quedó mudo, petrificado, bajó la mirada y respondió: “Ahí estaré en punto”. Sin más, nos pusimos de pie, nos despedimos y salimos de la oficina. ¡Increíble! ¿Qué había sucedido? Simple: El poder económico y social de la familia Powell eran más que suficientes para que una sugerencia se cumpliera como orden tácita. Aquí, como en cualquier parte del mundo, esas cosas suceden. La ceremonia se realizó con un toque doblemente oficial por la presencia de varios funcionarios del Consulado de México en Raleigh, encabezados por su entonces cónsul titular, Lic. Armando Ortiz Rocha. Intuitivo y conocedor de sus dones de experimentado diplomático, al remate de la cena oficial ya había logrado arrancar del tenso rostro del alcalde, un par de sonrisas durante el brindis final. Y ése fue el primer paso firme de muchos que habríamos de dar

Siguió la lucha contra corriente. Un grupo formado por miembros de nuestra mesa directiva planeó un viaje a Soledad y nos llevó tiempo convencer a Mike Gauldin, jefe de policía de Burlington, para que se nos uniera. Iríamos Bob Bird, administrador del Hospital Regional (ARMC) y su esposa Bárbara, Ebher Rossi, abogado local especialista en inmigración, Beth y yo. Resultaba más que obvio el manifiesto temor en todos, especialmente el jefe Gauldin (quien ya había compartido con ellos datos enviados por la CIA y el FBI sobre México y se haría acompañar por el sargento Todd Sounders) por tener que parar en el Distrito Federal para ir a San Luis, que incluso después de agotar mis mejores argumentos para hacerles entender que mi “pueblo natal” es como tantas otras capitales en el mundo (hasta mejor) y que la realidad dista mucho de la idea de que esté permanentemente bajo un estado casi anárquico

de violencia generalizada, que para convencerlos de que me permitieran mostrárselas —aunque fuera por encimita— les prometí que yo conseguiría “guaruras” ¡para que se sintieran a salvo! “Recluté” a mis hermanos, tres de mis sobrinos y al novio de mi hija Sandy; mi hijo Víctor voló desde Mérida y se comprometió a manejar personalmente una de las camionetas que nos llevarían a San Luis. Total: seis guaruras de 1.85 mts de estatura en promedio.

Creo que un solo detalle puede ejemplificar con claridad los evidentes cambios en actitud y mentalidad que paulatinamente se fueron dando en nuestros invitados durante su viaje. El recorrido relámpago de arranque por el centro del DF —apenas mostrándoles monumentos históricos y sitios de interés al pasar— les borró de tajo las ideas preconcebidas con las que horas antes habían abordado el avión. Estaban simplemente maravillados y a tal grado se olvidaron de sus estrictas normas de seguridad que, en determinado momento y sin más, bajaron intempestivamente (¡solos!) del transporte, frente a la Catedral Metropolitana, cámaras en mano, para tomar fotos como los más comunes y embobados turistas (foto 17). Nuestros “experimentados guaruras” iban de choferes, manejando los tres vehículos en los que nos movilizábamos, así que, improvisadamente y ante la situación, la que se bajó con ellos para “proteger” al señor alcalde, al señor abogado y al señor jefe de la policía, fue mi hija Alejandra, con sus 1.60 metros de estatura, su carita de niña y cuerpo de modelo de revista y sus bien escondidos conocimientos de karate. El resto de nosotros, aún estupefactos, apenas si atinamos a hacer malabares para encontrar el camino de vuelta y recogerlos lo más pronto posible.

El recibimiento y trato que les dieron las autoridades y la gente de Soledad y San Luis es algo que sé que esos funcionarios clave de Burlington jamás olvidarán. Y si bien cada una de

las actividades en las que tomaron parte les dejaron un sello indeleble en la memoria, su visita a la Academia de la Dirección de Protección Social y Vialidad en SLP fue central para modificarles muchos de los mitos que compartían con el resto de sus compatriotas. Por mi parte, no cabía en mí el orgullo de ser mexicana y, basada en los resultados, llegué a la ilusa conclusión de que si fuera factible la utopía de un intercambio masivo de convivencia cercana entre uno y otro país, fácilmente Estados Unidos y México serían lo que en teoría han venido buscando ser: buenos vecinos, en la cabal extensión del concepto

En Sister Cities continuamos redondeando proyectos. Anualmente organizamos un simposio para hacer públicos hechos, datos y cifras reales y comprobables sobre los hispanos en el condado. Un segundo grupo de miembros del consejo viajó a Soledad, esta vez acompañados por el propio Alcalde Ross, quien regresó de México radicalmente transformado en mentalidad y actitud. Logramos también que un grupo de policías y bomberos pasara un mes en esas tierras conviviendo con familias locales; dos grupos de maestros han dado clases de inglés en el Tecnológico Regional y 40 niños del Coro de Niños de Burlington compartieron con ese pueblo su arte; en el otro sentido, diversos grupos de catedráticos del Tecnológico de Monterrey, *campus* San Luis, han participado en talleres intensivos de inglés, diseñados especialmente para ellos por el Colegio Comunitario de Alamance, y hoy día está por definirse el sitio que se designará para instalar una fuente de cantera que Soledad envió a Burlington como presente hace unas semanas. En reciprocidad, adquirimos un carro de bomberos que esperamos hacerles llegar a principios del 2010, ya que nuestra intención es que en diciembre el vehículo forme parte del Desfile de Invierno 2009 en Graham.

Paralelamente, a mediados del 2004, se integró el capítulo Alamance de AMEXCAN (Asociación de Mexicanos) Por

votación, quedamos los que hasta la fecha llamo “los tres mosqueteros” (José Luis Arzola —presidente—, Gonzalo Salazar —tesorero—, y yo —vicepresidente) decididos a ayudar a la comunidad, tratando de promover la integración y el entendimiento mediante la cultura.

Como miembro del Consejo de las Artes me había involucrado en la organización del Desfile de Navidad 2004 en Graham. Propuse a AMEXCAN que participáramos y les gustó la idea; éramos un organismo de regular tamaño y sus integrantes vislumbraban esperanzados al futuro. El grupo organizador recibió nuestra solicitud con recelo, pero no se atrevió a negarnos un espacio. Nos pusimos a trabajar a todo vapor. José Luis consiguió del concesionario local de la Ford una plataforma móvil y una camioneta para jalarla, Gonzalo se encargó de contratar a un buen mariachi y yo organicé a los voluntarios para construir y decorar sobre la plataforma un improvisado pesebre para nuestro “Nacimiento” en vivo, mientras quienes tenían máquina y sabían coser se pusieron a elaborar disfraces al por mayor.

Por primera y única vez en los anales de la historia de la ultraconservadora ciudad de Graham, en el radical condado de Alamance, un contingente hispano formó parte de su desfile invernal (fotos 26-29). Ese día, los indiferentes y aquellos que buscan cerrar a nuestros niños todos los caminos que les llevarían a desarrollar su potencial, vieron desfilar sus rostros sonrientes vestidos de ángeles, de Virgen María, San José y Reyes Magos. No sé si nuestro contingente habrá sido el más numeroso, pero definitivamente fue el que más llamó la atención, para bien o para mal. Ese día, aunque a muy pequeña escala, modificamos la historia.

En el 2005 ya era evidente el negativo cambio de actitud hacia los forasteros y la esporádica aparición de grupos o individuos blandiendo la bandera de la igualdad. La Universidad

de Elon, vecina inmediata de Burlington, reforzaba su visión de pluralidad. El Departamento de Lenguas Extranjeras decidió ese año organizar el Concurso Literario Experiencia Latina 2005. Uní mis esfuerzos a los de Ángel Romero —director del Centro La Comunidad en Burlington— para darle difusión, y ya que ambos compartíamos la afición por escribir decidimos también participar, sin imaginar que yo terminaría recibiendo el premio al Mejor Poema, por “P’a qué” y ambos compartiríamos el premio mayor como La Mejor Representación de la Experiencia Latina en Burlington, él con su ensayo “La Metamorfosis de Stephanie” y yo con “Dos gises y un borrador”.

El ambiente anti-inmigrante siguió recrudeciéndose y por ser parte de *The Times News* yo debía medir mis opiniones públicas. Ese conflicto de intereses tocó fondo cuando, ante el exceso de trabajo y la raquílica remuneración, solicité un incremento de \$70 dólares al mes para mi amiga y colaboradora colombiana, topándome con una negativa tajante. El desánimo y la impotencia me impulsaron a explorar otros horizontes y concretar una idea que hacía meses acariciaba: dije adiós a la dirección de *La Voz* y uní esfuerzos con Paty Reyes y un grupo de amigos para crear la revista *Contacto Latino*, con mayor cobertura y el contenido y presentación que habíamos soñado para una publicación pensada para sus lectores. Keren Rivas pasó a ocupar mi lugar (sin remuneración extra por su esfuerzo adicional) y siete meses después *La Voz de Alamance* dejó de publicarse. A solicitud de Keren, escribí un artículo editorial para la última edición y con pena me despedí de los lectores que por años nos fueron fieles y retroalimentaron nuestro empeño. Y para nosotros, ese grupito que creyó firmemente en que la publicación cumplía con una misión social y por ello valía la pena sacrificar tiempo, dinero y esfuerzo, el cierre de ese círculo nos dejó un agrídulce sabor de boca que hasta la fecha compartimos.

Bajo el amparo de AMEXCAN y ante el creciente número de hispanos, logré convencer a la administradora del Colegio Comunitario de Alamance de interceder por mí ante el director para que nos permitiera usar sus instalaciones e iniciar una Plaza Comunitaria. Aún a riesgo de disgustar a los integrantes de su Junta Administrativa, en el 2006 dio su autorización (bajo un mundo de restricciones, condiciones y requisitos que cumplir). Así nació AETC (Alamance Education Transition Center). Fortalecida por el entrenamiento que recibí de INEA adiestré a tres colaboradoras voluntarias, y los sempiternos “tres mosqueteros” —José Luis, Gonzalo y yo— absorbimos por partes iguales todos los gastos de publicidad, material y difusión.

Comenzaron a llegarnos estudiantes y se estableció un ambiente de hermandad implícita. Nos fuimos convirtiendo en un sitio de convergencia para conversar, de reunión grata después de un arduo día de trabajo, quizá porque, de corazón, para nosotros era importante su presencia, su historia y cualquier anécdota que quisieran compartir. Y la integración de mi hija Sandra como asesora fue providencial. Siendo psicóloga, aún sin poder ejercer oficialmente en Estados Unidos, tiene el don y los conocimientos.

Los alumnos acudían (hasta la fecha) para aprender y, sin saberlo, cada uno me enseñó importantísimas lecciones de vida, mostrándome el bello rostro y el alma transparente de mi gente, a un nivel que nunca antes vi. Y para ejemplo, un botón: Mi primer “maestro” fue un indígena michoacano que buscaba aprender a leer y escribir porque su sueño dorado era lograr leer un libro. Su lengua materna es el tarasco y entiende y habla satisfactoriamente el español y el inglés. Un día me llamó desesperado, pidiéndome que por favor le sirviera de traductora en una cuestión médica delicada por la que atravesaba su esposa. No obstante pertenecer a los afortunados pocos

inmigrantes campesinos del área con estatus legal —por haber venido a los Estados Unidos en un tiempo cuando conseguir residencia a través del trabajo era fácil y viable— ni él ni su familia habían conseguido superar su inseguridad y sentimiento de indefensión y aislamiento ante momentos críticos, esos pesados lastres que vamos arrastrando quienes dejamos atrás la tierra que llamamos nuestra. La coyuntura me acercó más a ellos, me honraron con su amistad y con admiración pude percatarme de sus muchas capacidades.

Álvaro es un sabio nato, con una visión natural de la vida y lo que la conforma, abrumadoramente lógica, simple y justa. Habla y ríe poco, pero siempre deja algo bueno tras de sí. Cuando lo conocí ya trabajaba para un personaje de la comarca, quien descubrió y supo valorar su destreza como jardinero, dejándolo a cargo de la decoración de los jardines de su residencia, los cuales han sido objeto de publicaciones en revistas especializadas y galardonados con premios por su exquisitez y buen gusto. Irónicamente, el hacedor de tanta maravilla es ese hombre “iletrado”, cuyo secreto para triunfar en lo que hace es hablarse de tú con la naturaleza, mirarla, escucharla con atención y transformar esa experiencia en creatividad para su diario hacer. Dejó de estudiar con nosotros porque optó por dedicar más tiempo -y presencia- a sus hijos. “Uno ya vivió su vida”, concluyó taciturno cuando habló conmigo para avisarme de su decisión. “Nos toca empujarlos para que vayan por la suya, bien”.

Mi reflexión ante su tribulación por renunciar a algo que le era tan importante fue que a mi país se le ha escapado por las fronteras material humano valiosísimo, difícilmente recuperable. En la Plaza Comunitaria Alamance Transition Center nuestros alumnos reciben atención, amabilidad y conocimientos. Pero, sin lugar a dudas, es mucho más lo que de ellos aprendemos que lo que nosotros podamos enseñarles.

Mientras tanto, la maquinaria seguía su marcha y, a todos los niveles, las fuerzas políticas y algunas del orden público parecían confabularse en un plan que acarrearía nefastas consecuencias para los inmigrantes en el área y se esparciría por el resto de los Estados Unidos como un cáncer lento, agresivo e implacable. Terry Johnson, el reelecto alguacil (*sheriff*) del condado, al frente de una dependencia adicional a las policías federales y estatales y con autoridad sobre ellas, logró convencer a los Comisionados (regidores) para expandir la cárcel local (situada en la ciudad de Graham) al doble de su capacidad y convertirla en un centro de acopio. La construcción resultó más costosa que lo inicialmente proyectado y en su momento causó controversia, que fue rápidamente acallada al hacerse pública su razón de ser: el espacio adicional generaría ingresos, ya que tal cual se tratara de cuartos de hotel, “rentarían” a los federales -por día- esos espacios adicionales que serían ocupados por inmigrantes indocumentados en proceso para su deportación, provenientes de los municipios circundantes.

A partir del 2007, Johnson firmó con el Departamento de Seguridad Nacional el convenio 287g, bajo el cual se invistió a carceleros y oficiales seleccionados con facultades para fungir como Agentes de Inmigración y Aduanas (ICE). A partir de entonces se volvieron pan de cada día los arrestos por perfil racial o meras infracciones menores de tráfico y se desató un incremento de retenes colocados en sitios estratégicos como zonas y barrios con importante afluencia de hispanos, fábricas y centros de trabajo, restaurantes, cerca de escuelas, iglesias, mercados ambulantes, centros nocturnos. Los resultados *grosso modo* fueron que, hispanos manejando sin licencia de conducir o licencia vencida, bajo determinados niveles de alcohol en sangre o que no podían identificarse adecuadamente y clarificar su situación migratoria, comenzaron a ser apresados, procesados, encarcelados y posteriormente deportados.

Los cambios represivos al reglamento de seguridad vial en el estado y el resto del país empezaban a dar sus frutos. Ahora debía demostrarse (por supuesto, a criterio del funcionario) el estatus legal para sacar o renovar una licencia de conducir. Irremisiblemente, comenzaron a vencerse las fechas de las ya existentes y cada vez fue más la gente que se vio obligada a manejar sin los requisitos de ley, lo que automáticamente los convirtió en delincuentes.

Los miembros activos de AMEXCAN Alamance seguimos en la lucha desde nuestra trinchera, aunque nuestro número fue mermando hasta prácticamente quedar los “tres” inveterados de siempre. La gente empezó cada vez más a regir su vida acorde con el ambiente de persecución. Desde el 2007 suspendimos todo tipo de festival porque ya nadie quería exponerse, manejar, ser visto, sentirse en riesgo, menos hacer presencia en eventos públicos. Muchos negocios cerraron, muchas familias se mudaron y otras muchas quedaron segmentadas por las deportaciones. El miedo real e imaginario, los mitos, rumores y verdades, cobraron dimensiones dantescas y replegaron a los individuos, incluidos nuestros estudiantes de la Plaza, cuya asistencia se redujo a su mínima expresión. Mientras más desapercibido se pudiera pasar, mejor.

Por esas fechas me contactó la Dra. Hannah Gill, antropóloga originaria de Burlington e Investigadora de la Universidad de Chapel Hill. Trabajaba en una investigación (que sería publicada) sobre el fenómeno migratorio en Carolina del Norte y le interesaba el condado de Alamance, especialmente el área de Burlington, Elon, Graham, Mebane y sus alrededores, precisamente por la dureza e intransigencia con la que se aplica el acuerdo 287g. Alguien le mencionó mi nombre como la persona con quien hablar en relación a la comunidad hispana. Nos tomamos un café y esa fue la primera de varias reuniones más, enfiladas a tomar acción para contrarrestar la presión ejercida

por el alguacil. Lo cierto es que comenzamos como un grupo insólito: me encantaba que no tuviera nombre, ni dirigentes designados ni posiciones en diferentes niveles o jerarquías. Éramos —y seguimos siendo— simplemente una diversa variedad de ciudadanos interesados en un trato justo y humanitario para quienes son perseguidos y abusados por su color de piel, manera de hablar o aspecto distinto. Brian, mi esposo, comenzó a acompañarme y a participar.

Dos casos casi inmediatos y altamente publicitados en el 2008 fueron el detonador para que más conciencias despertaran y nuestro grupo se consolidara.

Marxavi Angel Martínez, mexicana traída por sus padres a los Estados Unidos siendo apenas bebé, trabajaba como empleada de la Biblioteca de Graham. Sorpresivamente fue apresada ahí mismo, encarcelada y luego deportada. Un soplón cuya identidad anónima defendió el alguacil a capa y espada llevó a que se le investigara y procesara. Su hijita de dos años tuvo que quedar a cargo de familiares y el esposo, por temor, puso distancia de por medio. Sus compañeros de trabajo no daban crédito a lo sucedido, la chica era altamente apreciada.

María Chavira Ventura viajaba de noche para reunirse con su esposo en Maryland. La acompañaban sus tres hijos de 14, 10 y 6 años y un compañero de su iglesia, a quien dejaría de paso. A las dos de la mañana la detuvo una patrulla: la placa del vehículo era falsa y ella no tenía licencia. El oficial se llevó a la mujer dejando a los tres menores a su suerte; el otro adulto huyó a la primera oportunidad por miedo a ser deportado y los niños se quedaron solos dentro del vehículo hasta las 10:30 de la mañana, cuando finalmente pasó su padre a recogerlos, ya que como tampoco tenía licencia vigente, tuvo que esperar a que alguien pudiera llevarlo. Y todas esas horas interminables los niños permanecieron a la orilla de la carretera, aterrorizados, hambrientos y deshechos por lo sucedido con su madre.

Tragedias similares no eran ni únicas ni nuevas, se venían dando por centenares en la región, de pronto, esas dos tuvieron nombre y rostro conocido y mucha de la gente buena que hasta entonces había permanecido como adormecida, alzó la voz con indignación. Ya no se trataba de los mismos hispanos latosos de siempre haciendo ruido por sus congéneres, eran sajones que abiertamente se manifestaban en contra de que casos como esos sucedieran en el lugar donde viven.

En medio del revuelo, nuestro grupo sin nombre convocó a una junta y casi un centenar de personas ventilamos ese primer día inconformidades, rabias, frustraciones y, lo más importante, planes a futuro. Cuestiones prácticas nos orillaron a buscar una denominación y así nació Fairness Alamance ([fairnessalamance.org](http://fairnessalamance.org)). Iniciamos acciones concretas, arrancando por asistir a las audiencias públicas de los regidores del condado para plantear ante ellos nuestra inconformidad por las arbitrariedades que se venían cometiendo. José Luis Alegría, Brian y yo pudimos asistir primero y nuestra presencia causó asombro: por un lado, seguramente nunca antes se había visto que una mujer hispana pisara ese recinto, menos que se dirigiera a los funcionarios; por el otro, un sajón que domina el español, casado con esa hispana, osó mostrarse inconforme públicamente en contra de algo avalado por ellos. Al salir de esa reunión ya nos esperaba un grupo de individuos para “convencerlo” (a él, porque yo era para ellos menos que transparente) de lo equivocado de su postura. Días después recibimos amenazas telefónicas en nuestra casa, dentro del mismo contexto. La situación resultaba chusca. ¿A quién acudir? ¿Al alguacil? Reconozco que sentí miedo y nos tomó días digerir, analizar y medir riesgos y consecuencias. Finalmente, Brian y yo decidimos seguir adelante. Ante mis compañeros de Fairness Alamance sugerí la estrategia de que hubiera más rostros y voces distintas en las futuras juntas de los comisionados

a las que fuéramos, para así diluir la atención, aunque nos presentáramos como oyentes. Y seguimos adelante. A la siguiente junta llegaron alrededor de 100 personas y la voz cantante fue Hannah. Meses después concluyó su estudio y sus resultados contundentes mostraron, sin lugar a duda, el perfil racial en las acciones de los alguaciles; Laura Roselle descubrió serias discrepancias entre los datos relativos a los arrestos por parte de la oficina del alguacil y los que son presentados por ley al Estado. Eso evidenció un cuestionable hueco en la estructura de un organismo del orden público y su dirigente, cuya labor, teóricamente, es servir a toda la comunidad y respetar sus derechos. El revuelo no se hizo esperar y Laura comenzó a recibir fuertes y continuas amenazas; su familia le pidió retraerse del ojo público y nuevamente aplicamos la estrategia de más rostros y voces que sigan hablando por nuestra organización. Los demás, tras bambalinas, seguimos trabajando sin mucho ruido ni aflojar el paso. Desde el principio sabíamos que se trataba de un camino empedrado y no era mucho lo que pudiéramos lograr, comparándolo con lo que queríamos.

## **Corolario**

Quizá porque me fue permitido navegar en las aguas del mundo sajón y el hispano y trato por igual a intelectuales que a campesinos y obreros, o porque soy lo suficientemente idealista para creer que aunque sea a fuerza de insistir e insistir, incluso las circunstancias más difíciles pueden modificarse para mejorar, el momento y la oportunidad me colocaron en una situación privilegiada de poder hacer. Y no porque sea yo gran cosa, más bien porque “en tierra de ciegos, el tuerto es rey”.

Vi la necesidad y no pude quedarme de brazos cruzados, haciendo nada. Sé que para los sajones en mi pequeña área

he sido la hispana presente, con algo sensato (espero) que decir, un punto de contacto entre ellos y ese segmento de “su” comunidad. Para los hispanos creo ser alguien a quien saben que pueden acudir, que si está en mi mano haré hasta lo indecible para ayudarlos o canalizarlos con quien posiblemente pueda. Perciben que no escatimo tiempo para escucharlos y me honran con su confianza.

Soy mexicana de hueso colorado, jamás dejaré de serlo. Mi alma es tricolor como la sandía y mi corazón tiene forma de águila devorando una serpiente. Adopté la ciudadanía estadounidense (octubre del 2008) porque respeto al país en que vivo y porque parte de lo que hago por mis compatriotas es ser voz; y busqué poder ser una voz del mismo tono para ser mejor oída, para volverme un infinitésimo componente del cambio. ¡Y justo a tiempo! Uno de los votos por los cuales se logró lo inverosímil, que Estados Unidos de América vibre por el momento histórico de ser gobernado por un afroamericano, fue mío. Y como la soñadora que soy, espero ver el día en que mi voto, aunado al de mi esposo y mi nieto, se sume para que surja un presidente de los Estados Unidos con raíces mexicanas.

Vivir en otro país ofrece la oportunidad de reinventarse. El pasado queda atrás, muy lejos; y cruzando la frontera, la senda inicia en el futuro. Cada uno puede convertirse, sí, en lo que puede, pero también en lo que quiere. Me ha tocado compartir con mis compañeros inmigrantes algo que no expira: la añoranza por nuestra patria y el dolor sordo de la lejanía. Igual que ellos he enfrentado la súbita e inaudita pertenencia a una minoría, la revolución interna y externa del cambio, la ambigüedad de ser y no ser, de estar y no estar, la impotencia de querer y no querer, de poder y no poder hasta culminar en el surgimiento de un nuevo yo, igual pero distinto, igual pero mejor.

Los inmigrantes venimos a este país por múltiples razones; los que me duelen y mueven son ese porcentaje altísi-

mo de aquellos que lo hacen por necesidad, como el último de los recursos para alcanzar algo en la vida. Corren ilusos tras el espejismo del sueño de la oportunidad y lo encuentran y lo sobreviven (no pocas veces como pesadilla). Pero el precio que pagan ellos y sus familias, las que se vienen y las que se quedan, es demasiado costoso.

A diferencia de muchos de mis compatriotas, cuando vine a los Estados Unidos yo no tenía un Sueño Americano. Pero el Sueño me alcanzó y sus consecuencias fueron gestando en mí tres Sueños Mexicanos: Sueño con que a mi país le crezcan brazos fuertes y justos para abarcar con amor a sus hijos más desposeídos, aportando los medios para que, trabajando, puedan vivir una vida digna. Sueño con que mi nieto sienta que enriquece su cariño por su patria al también venerar al país de sus padres. Y si el último capítulo de mi historia se escribe en este lejano escenario de mi quijotesco andar, sueño con que me devuelvan a la tierra con la que se amasó mi esencia, para quedar en paz. . . bajo el firmamento que me vio nacer.



# Una migración motivada por la educación con un propósito claro

Ezequías Castillo López (El caminante del Mayab)  
*Categoría B / Mención Honorífica*

**P**rimera y principalmente describiré mis orígenes y mi cultura, el medio donde pasé los primeros años de vida y los inicios de mi formación académica. Luego describiré mi emigración, tanto en México como en Japón, Francia y los Estados Unidos (donde estudio ahora), así como los motivos que me propiciaron emigrar, las ventajas y retos que como estudiante-migrante he enfrentado y la forma en como ha influido en mí, mi entorno y en mi comunidad nativa.

## Lugar de origen

Nací el 14 de abril de 1981 en el poblado de San Sebastián Yaxché, municipio de Peto, Yucatán. Mi familia proviene de la cultura maya, sin duda una de las más hermosas y antiguas civilizaciones que en el pasado florecieron y que actualmente podemos contemplar con admiración en el sureste de México. Dicho poblado cuenta con 105 habitantes, es uno de los más pequeños del municipio. Toda la gente es maya-hablante con poco dominio del español. La población se dedica a la actividad agrícola de temporal, los cultivos principales son el maíz criollo y el frijol. Formar parte de este grupo indígena me permitió aprender y comunicarme en la lengua maya, además de poseer un dominio del idioma español. En mi grupo étnico también adquirí valores como el respeto a los padres y a la naturaleza,

así como una devoción por el trabajo y por la cooperación mutua con mis conciudadanos.

Desde temprana edad tuve el sueño de poder viajar a otros países, estudiar una carrera universitaria, conocer nuevas culturas y contribuir al desarrollo de mi pueblo. Sin embargo, sabía que no iba a ser una tarea fácil porque, al igual que muchas familias de nuestro país, la situación económica de mis padres es de escasos recursos, entonces llegué a la conclusión de que esos sueños y deseos pueden lograrse siendo un buen estudiante y aplicarme en las labores académicas. Así es como nació en mí el deseo por el estudio.

## **Educación primaria y secundaria**

Como en mi comunidad de origen no se contaba con la educación preescolar, comencé los estudios de primaria a los seis años de edad. No fue una tarea fácil, ya que desde pequeño tuve que alternar el estudio con las actividades agrícolas a las que mi padre se dedica. Además, una de las dificultades a las que me enfrenté (y que muchos niños enfrentan en la actualidad en nuestro país) fue la falta del dominio del español al comenzar la educación primaria. Por ello es importante emplear a maestros bilingües en la zona rural, así se ayuda a preservar las lenguas nativas y se facilita la inserción de los niños al aprendizaje.

Mi salón de clases estaba conformado por 15 alumnos. Solo contábamos con un maestro que impartía clases a alumnos que iban del primero al cuarto año. Los primeros conocimientos adquiridos en la escuela me parecieron fascinantes, aprender a leer y realizar mis primeros cálculos de matemáticas fue algo que me motivó a seguir asistiendo a clases diariamente. A los diez años sufrí el terrible dolor de abandonar la escuela porque

mi padre enfermó de gravedad y mi madre, en consecuencia, debió trasladarse a Cancún en el vecino estado de Quintana Roo, para trabajar como ama de casa y ganar el sustento diario de la familia. Con el abandono de la escuela, durante dos años trabajé en la agricultura igual que mis hermanos. Después de este lapso, mi padre recobró la salud y yo pude continuar mis estudios en Catmís, poblado vecino del municipio de Tzucacab, Yucatán, ya que en mi comunidad sólo se podía estudiar hasta el cuarto grado. En lo sucesivo, pertencí a un albergue indígena, donde recibía alojamiento y alimentación. Así pude concluir la educación primaria. Mi deseo de conocer otros países aumentó después de leer el libro llamado *Cultura y espíritu* (aquel libro hizo volar mi imaginación hasta los confines de la tierra), un obsequio de mi maestro.

En 1996 ingresé a la escuela secundaria técnica de Catmís, Tzucacab; tuve la oportunidad de participar en certámenes y en concursos de conocimiento en los niveles municipal y estatal representando a mi escuela, en los cuales obtuve los primeros lugares. Durante la secundaria también alternaba la escuela con las actividades agrícolas, por lo que viajaba a diario 8 kilómetros de dicho poblado al mío utilizando una bicicleta. En aquel tiempo, los problemas económicos que mi familia enfrentaba no se hicieron esperar. Las dificultades se agudizaron por factores ambientales como la sequía y los huracanes. En dos años consecutivos “la cosecha se perdió”, como expresa la gente de mi región. Estos desastres suceden con frecuencia en la península de Yucatán. Por eso, los campesinos, cuya actividad es de temporal se encuentran a merced de las variaciones climáticas.

Mis padres campesinos y las dificultades de toda índole cuando se pertenece a una familia de escasos recursos económicos, cuya actividad principal es la agricultura extensiva, me motivaron aún más para la superación y estudiar la agronomía

con el fin de contribuir con mi granito de arena en el desarrollo y en el progreso de mi pueblo. Al finalizar la secundaria, mi objetivo fue encontrar una institución pública en la que yo pudiera continuar mis estudios. En 1999 ingresé a la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), localizada en el Estado de México. Gracias a un ex alumno supe de la existencia de esta maravillosa institución agronómica. Actualmente, considero esta transición como mi primera emigración.

### **¿Por qué he emigrado y cuáles son mis propósitos?**

Considero mi caso como una migración motivada por la superación académica con un propósito claro. La falta de oportunidades para estudiar una carrera universitaria en mi municipio me motivó a emigrar al Estado de México, el deseo de estudiar un postgrado y aprender de otras culturas e idiomas me motivó a emigrar a otros países. Mi propósito es prepararme académicamente, al mismo tiempo aprender de otras culturas y formas de vida para después retornar a mi país y hacer todo mi esfuerzo por contribuir al desarrollo de la sociedad. Quiero utilizar los conocimientos y la experiencia vivida en otros lugares para ayudar al mejoramiento de mi país y en especial mi lugar de origen. Me gustaría saber al final de mi vida que contribuí benéficamente a la sociedad, en especial al sector rural de México.

Decidí enviar mi historia porque me gustaría que sirva como un incentivo para que las nuevas generaciones sepan que el hecho de provenir de una familia indígena de escasos recursos económicos no debe ser un pretexto para no alcanzar la superación académica y personal, al mismo tiempo ser orgullosos de nuestras raíces, nuestra cultura y nuestra identidad. Ahora describiré mi traslado al Estado de México, luego lo

vivido en tres países: Japón, Francia y los Estados Unidos donde he estudiado la maestría y ahora el doctorado.

## **Experiencia en el Estado de México: Universidad Autónoma Chapingo**

Después de aprobar el examen de admisión y de reunir todos los requisitos necesarios para mi inscripción en la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), por fin llegó el momento de mi partida. Recuerdo muy bien aquella maleta negra en donde guardé entre otras cosas un par de pantalones, tres camisas y unos zapatos medio rotos. No fue fácil abandonar el hogar, pues estaba dejando la convivencia de casi toda mi infancia con mis padres y mis hermanos. Las lágrimas fueron imposibles de contener, tanto las mías como las de mi madre. Después de viajar durante aproximadamente 23 horas desde mi lugar de origen llegué a Chapingo acompañado por un alumno de tal institución. Para mí todo era nuevo, me sentía triste por estar lejos de casa, pero al mismo tiempo quería conocer y continuar con mis estudios.

Las primeras semanas resultaron todavía más difíciles. Debía adaptarme a una cultura y ambiente diferentes. Por primera vez probé platillos desconocidos hasta aquel entonces en mi cultura alimentaria como el mole, los tlacoyos, la carne de conejo, el pozole, etc. Éstos eran muy diferentes de los platillos de la península de Yucatán, tales como el puchero, relleno negro, relleno blanco, los papadzules, el frijol con puerco y la cochinita pibil. Haberme adaptado a este ambiente constituyó uno de los primeros pasos para mi éxito en un lugar distinto al mío, sin embargo, ése tan solo fue el comienzo del proceso.

El primer día en el salón de clases de la Preparatoria Agrícola me entristecí y me sentí apenado al percatarme de que

algunos compañeros se reían y hacían bromas de mi “acento yucateco”. Esta situación evitó expresarme con la libertad y con el ímpetu que mis emociones exigían. Sin embargo, poco a poco superé el problema. Recordé que mi acento indica la influencia de la hermosa lengua maya; sentí el orgullo de pertenecer a este grupo étnico, al que debo representar con la frente en alto sin importar donde me encuentre. Entonces, adopté una actitud positiva al expresarme ante mi grupo con un acento diferente. Gracias a la amplia gama de actividades académicas, culturales y deportivas de Chapingo pronto superé la nostalgia de mi emancipación de la familia. Después de pocas semanas ya contaba con amigos, con los que compartí los momentos tristes y alegres de la vida.

Personalmente, considero que debemos proceder con prudencia y con cautela en especial cuando nos encontramos lejos de la familia, en un lugar distinto a nuestro lugar de origen. Ya que en muchas ocasiones es más fácil caer en vicios o cometer errores. Por eso se debe actuar de manera precavida para evitarlos. Menciono con toda franqueza que pronto me llegaron invitaciones para el consumo de sustancias ilícitas y dañinas a la sociedad y al cuerpo humano. Sin embargo, la fuerza de voluntad y los buenos principios recibidos en el núcleo familiar me dieron el valor para rechazar las tentaciones y saber cómo actuar en tales situaciones para rechazar dichas invitaciones. Hasta hoy en día estoy muy convencido de que aquello fue una decisión correcta, ya que el exceso en el consumo de tales sustancias ilícitas causa el daño lento y progresivo del cuerpo humano. De igual manera, las drogas modifican preponderantemente la condición física, emocional y social del ser humano. No importa el tipo de estupefaciente que se trate, el exceso en su consumo termina alterando negativamente el comportamiento de hombres y mujeres, contribuyendo al enriquecimiento de unas cuantas personas.

Algo que me trae gran satisfacción es la obtención de buenas calificaciones. Por eso me dediqué de tiempo completo al aprendizaje, cubriendo mi tiempo libre con el estudio opcional de algún idioma extranjero. Al concluir la preparatoria, comencé mis estudios de ingeniero agrónomo especialista en zootecnia. Así es como tengo la fortuna de haber pertenecido al cuadro de honor en la preparatoria y en el grupo de alto rendimiento durante la licenciatura.

### **Estudio de lenguas extranjeras, algo importante cuando se quiere emigrar**

Mi satisfacción por el saber en diversos campos del conocimiento también se extiende al estudio de idiomas; concluí que mi deseo de conocer otros países se facilitaría al estudiar una o varias lenguas extranjeras, esto contribuiría a convertir mis sueños en realidad. Desde mi ingreso a la UACH, convencido de la importancia del idioma inglés, como una de las lenguas que más se utilizan a nivel internacional, decidí estudiarlo en el centro de idiomas de dicha universidad, lo cual finalicé después de haber aprobado con gran satisfacción el examen internacional conocido como TOEFL (*Test of English as a Foreign Language*).

Con el estudio del inglés tuve la curiosidad de “probar” en otro idioma extranjero: el francés. Mi motivación fue mayor cuando un amigo me comentó que como alumnos de Chapingo tenemos la oportunidad de participar en programas internacionales de intercambio académico. Actualmente también tengo el dominio de este idioma, después de haberlo estudiado durante tres años y medio y haber participado en un programa de intercambio académico en Toulouse, Francia, lo cual describiré más adelante. Al finalizar mis estudios en las lenguas

ya mencionadas, comencé a incursionar en el idioma japonés, el cual estudié por un año y medio también en la universidad de Chapingo. A pesar de los obstáculos interpuestos, continué preparándome en tales idiomas; veía las posibilidades de cristalización de mi sueño de viajar, conocer y estudiar en otros países, las veía cada vez más cerca y todos los días me esforzaba para perseverar en mis labores académicas y no desistir.

## Experiencia en Japón

Japón fue el primer país extranjero que visité, aunque mi estancia en tal país fue por un tiempo corto. Cierta día, en los pasillos del centro de idiomas de la universidad de Chapingo vi una convocatoria cuyo título decía: *International Students Summit*. El original del documento lo recibió el departamento de intercambio académico de esa casa de estudios de parte de la Universidad de Agricultura de Tokio (TUA, por sus siglas en inglés). Su principal objetivo era el de solicitar al rector la selección de uno de los mejores alumnos para asistir a la capital japonesa representando a la UACH en una reunión internacional de estudiantes.

No dudé en enviar mi solicitud incluyendo los documentos y requisitos necesarios al departamento de intercambio académico para formar parte y competir en el proceso de selección. Una semana después se publicaron los resultados: con gran satisfacción me enteré de haber sido seleccionado para asistir a tal reunión, representando a la Universidad de Chapingo en Tokio, Japón. La reunión se celebró en el mes de noviembre del 2004. En verdad, representar a mi institución y a mi país en un evento de tal magnitud fue y sigue siendo una de las experiencias más hermosas que como estudiante mexicano he tenido. Al evento asistieron 20 alumnos

provenientes de diferentes países del mundo. En la reunión se discutieron temas relacionados con el sector agropecuario como la seguridad alimentaria, productos transgénicos y la protección del medio ambiente. El idioma oficial del evento fue el inglés, del cual después de haber estudiado casi desde mi llegada a la UACH, ya había logrado un dominio aceptable.

Mi estancia en Japón fue relativamente corta. Sin embargo, por la naturaleza de la reunión, pude apreciar distintos puntos de vista de parte de alumnos provenientes de diferentes países acerca de temas de interés mundial, uno de éstos es la protección del medio ambiente. Es menester mencionar la manera en cómo algunos países enfrentan este tema promoviendo investigación encaminada a la creación de fuentes renovables de energía, como la eólica y la hidráulica, además de promover el reciclamiento y buen manejo de residuos industriales, así como un buen control del uso de sustancias nocivas a nuestro medio ambiente y en general a la naturaleza. Éstos son algunos de los temas que en nuestro país deben y pueden ser impulsados aún más. México es un país rico en recursos naturales y con gente con un gran potencial; con buenas prácticas y planes bien diseñados podemos impulsar y mejorar algunas acciones que contribuyan no sólo a preservar nuestro medio, sino también a crear un mejor lugar para la población actual y para las generaciones venideras.

La participación en tal evento trajo consigo resultados positivos para mi persona y en mi formación profesional y humana. Además, me contacté con la cultura japonesa y de ésta percibí que efectivamente la forman individuos con profundo amor al trabajo, al *sushi* y al *tempura*. No quiero decir que Japón sea el país perfecto, pero vale la pena resaltar algunos rasgos como el tratamiento que la gente le da a la basura que genera. Este país ha avanzado mucho en la reducción de la cantidad

de basura producida y en el reciclaje de los objetos usados, como latas y botellas de plástico; una práctica bastante arraigada. Esta cultura es extrapolable: la humanidad y en especial nuestro país debe construir una sociedad que sepa reciclar, en la que los objetos se utilicen con moderación. De esta manera poder contribuir al mejor aprovechamiento de nuestros recursos naturales, lo cual también contribuirá al cuidado del medio ambiente. La cultura japonesa, que percibí directamente, me motivó para el estudio del japonés, pues sin duda este idioma forma parte de una cultura fascinante.

## Experiencia en Francia

El segundo país donde tuve la fortuna de vivir y estudiar es Francia. Mi traslado a este país europeo fue por medio de un intercambio académico. Esto fue posible gracias al acuerdo que existe entre mi *alma mater* y varias escuelas e instituciones agropecuarias de tal país. Después de haber participado en el proceso de selección interna, en abril de 2004, personal del departamento de intercambio académico y asuntos internacionales de la UACH me eligió para participar en el programa de intercambio académico del 3 de enero al 30 de junio de 2005. Lo cual se llevó a cabo específicamente en la escuela conocida como *École Supérieure d'Agriculture de Purpan* en Toulouse, ciudad localizada en la parte sur de Francia, cerca de los hermosos montes pirineos.

Después de varias horas de vuelo, llegué a Francia a principios del mes de enero. Fue mi primera vez en pisar tierras europeas. En cuanto al idioma, las primeras semanas en Francia me exigieron mucho esfuerzo, incluso habiendo estudiado el francés durante tres años y medio antes de partir. Tuve la impresión de que la gente hablaba muy rápido. Sin embargo, con

paciencia y dedicación, poco a poco me acostumbré a la rapidez y al acento de la lengua. Al final del período de intercambio académico tuve un dominio bastante aceptable del idioma. Al estar en otro país se enfrentan cuestiones nuevas, distintas y desconocidas a lo que uno está acostumbrado, como la cultura, la comida, el clima, además de las diferencias económicas y productivas.

Yo creo que todos los países tienen aspectos buenos y otros no tan buenos, pero una de las características que tanto llama la atención del sector agropecuario francés es la buena organización en todos los niveles. Cualquier sector o subsector se encuentra bien representado por medio de asociaciones adecuadas. Definitivamente, el ganadero o el agricultor de Francia tienen un peso bastante considerable en la política, en la economía y en general en la sociedad. Esto contribuye para que el nivel de vida y comodidad de una familia del sector rural sea muy adecuado. Es muy notorio que los productores atienden con tanta responsabilidad tanto la producción de alimentos inocuos, como la protección de la naturaleza. Los agricultores en todo momento tratan de establecer sistemas de producción que sean rentables, sostenibles y que no atenten ni contra la salud del ser humano ni contra la naturaleza. Sin embargo, participar en un programa de intercambio académico también brinda otras oportunidades. Estando en Francia (y ahorrando parte de la beca que se me proporcionaba) tuve la fortuna de viajar a otros países visitando algunos sitios históricos en lugares como: Italia, Inglaterra, España y Holanda. La convivencia con tales culturas contribuyó al enriquecimiento conceptual que de ellas tengo.

El portarse flexible y querer conocer algo nuevo nos permite una sana interacción y una fácil adaptación a una situación nueva. Es menester hacer alusión a la comida francesa, aunque diferente de la mexicana, está representada por

diversos y deliciosos productos entre los que vale la pena mencionar los quesos tales como el *Camembert* y el *Roquefort*; sin mencionar otras delicias como el *foie gras*, el *confit de canard* y el *cassoulet* o el típico pan conocido como *baguette* que forman parte de la cultura alimentaria de la gente. Como estudiante en Francia estuve aprendiendo sobre algunos temas relacionados con el sector agropecuario de dicho país. Para mí fue muy valiosa la experiencia adquirida al estudiar en un país europeo. Además de permitirme mejorar el manejo de otra lengua, también llegué a valorar aún más mi país, mi universidad y en especial a la familia. Por otra parte, el contacto con agricultores franceses me permitió observar las enormes diferencias entre el sector agropecuario de México (particularmente del estado de Yucatán) y el de Francia.

## Experiencia en los Estados Unidos

Los Estados Unidos es el país (fuera de México) donde he permanecido por más tiempo, en el cual me encuentro actualmente y donde estaré durante los siguientes tres años.

En el año 2006, al estar cursando el último semestre de la carrera de ingeniero agrónomo especialista en zootecnia en Chapingo, tuve la oportunidad de realizar una estancia preprofesional como parte de mi formación académica en la Universidad de Nebraska-Lincoln. Esto fue gracias a un acuerdo entre Chapingo y dicha universidad americana. En ésta puse en práctica los valiosos conocimientos adquiridos tanto en los idiomas como en la producción pecuaria. Durante este período me puse en contacto con profesores de tal universidad y les expuse mi deseo de realizar estudios de postgrado en dicha institución. También aproveché tal ocasión para indagar sobre las opciones de financiamiento económico disponibles para estudiantes

extranjeros que pudieran cubrir la colegiatura. Al finalizar la estancia, la cual fue por tres meses, regresé a Chapingo y después de concluir la licenciatura envié mi solicitud para realizar la maestría en la Universidad de Nebraska. Al cabo de unos meses recibí la noticia: fui aceptado formalmente para realizar una maestría en nutrición animal con una beca financiada por el Gobierno de los Estados Unidos.

## **Estudios de maestría en los USA**

En julio del 2007, luego de reunir todos los requisitos académicos y migratorios, me trasladé nuevamente a la Universidad de Nebraska para iniciar la maestría, actualmente he concluido con éxito mis estudios correspondientes a tal nivel académico, lo cual tuvo por duración dos años. De los Estados Unidos (así como de otros países alrededor del mundo, incluyendo el nuestro) vale la pena resaltar la importancia que tiene el arduo trabajo cotidiano y el actuar con integridad en la labor científica y académica.

Esta universidad fue fundada en 1869, tiene un sistema de enseñanza que abarca a alumnos de todos los niveles y aptitudes y tiene tres misiones principales en su lucha diaria para ser la mejor universidad de este país, las cuales son: la enseñanza, la investigación y el compromiso con la sociedad en la transferencia del conocimiento generado. También cuenta con museos, parques recreativos e instalaciones deportivas para los alumnos interesados en alternar los estudios con algún deporte.

Ser alumno de una institución estadounidense de buen prestigio como ésta me ha permitido tener un conocimiento bastante sólido de los avances tecnológicos en el sector agropecuario de los Estados Unidos, es impresionante el apoyo

económico y humano que se le da a la investigación proveniente tanto de parte de organismos públicos como de instituciones privadas, lo cual contribuye a mejorar cada día la producción agropecuaria de este país. Considero que mi formación académica en los Estados Unidos será de gran utilidad a la sociedad mexicana por las siguientes razones, y con esto no quiero decir que yo sea indispensable, pero de manera humilde sé que puedo y tengo el anhelo de contribuir con mi granito de arena para el progreso de nuestro país:

Uno de mis objetivos en el futuro es poder laborar como docente en México. Tengo el deseo de obtener una alta preparación especializada en mi área de estudio para que mi formación durante la maestría y doctorado tenga un impacto positivo para el pueblo mexicano.

Conjuntamente con la labor docente, otro de mis objetivos es poder desenvolverme en el campo de la investigación en México. Considero que mis estudios de postgrado me han permitido obtener más y mejores herramientas que me permitirán diseñar y llevar a cabo investigación de alta calidad en el sector agropecuario de nuestro país. La Universidad de Nebraska es una de las mejores en el área relacionada con la agricultura y ganadería. Por esta razón, estoy aprovechando al máximo mi preparación académica en esta institución para utilizar los conocimientos en mi futuro desempeño laboral.

Como he mencionado, el programa de maestría que he concluido en la Universidad de Nebraska está relacionado con la nutrición animal y mi tema de especialización implica la formulación y evaluación de dietas para la producción pecuaria, así como algunas técnicas de genética molecular encaminadas al estudio de procesos como la digestión y absorción de los nutrientes en los animales. Esto para lograr una mejor eficiencia alimenticia en la producción pecuaria. Tener un buen dominio

del área me facilitará realizar investigación, contribuyendo de esta manera al desarrollo y mejoramiento del sector agropecuario de México.

## **Participación en eventos académicos y científicos**

Una de las grandes ventajas de ser estudiante de postgrado del sector agropecuario, principalmente en los Estados Unidos, es la facilidad de poder asistir y participar en congresos y reuniones científicas a nivel nacional y mundial. En tales eventos se realizan exposiciones de los avances recientes relacionados con la producción agropecuaria. De esta manera se tiene la oportunidad de adquirir nuevos conocimientos y también de compartir resultados de investigación propios. Algunos ejemplos de tales reuniones se describen a continuación:

En octubre del 2008 tuve la oportunidad de asistir a la reunión sobre nutrición animal organizada por la Universidad de Cornell, en el estado de Nueva York. En Marzo del 2009 participé con una exposición sobre mis resultados de investigación en la reunión sobre producción pecuaria, la cual se celebró en Des Moines, en el estado de Iowa. En julio del 2009 también tuve la fortuna de participar con una presentación exponiendo resultados de mi investigación, esta vez en la reunión internacional sobre producción animal celebrada en Montreal, bella ciudad localizada en la parte este de Canadá.

Dichos eventos han sido y seguirán siendo importantes para poder interactuar con gente de otras universidades, no sólo de Estados Unidos, sino también de otros países del mundo. También es útil para conocer las técnicas más avanzadas que se aplican en la producción pecuaria. Lo cual

contribuirá para mi desempeño profesional en el futuro en nuestro país.

Ser estudiante mexicano de postgrado en los Estados Unidos (así como en otros países, incluyendo el nuestro) es algo que demanda diariamente un gran esfuerzo físico y mental. Vale la pena resaltar la importancia de asistir y ser puntuales en las clases y en las reuniones, así como cumplir con las tareas de laboratorio e investigación en su debido tiempo. Puede ser difícil en algunas ocasiones, pero sé y estoy convencido de mi capacidad para concluir con éxito, desde luego con esfuerzo y dedicación diaria. Sin lugar a dudas, la disposición y la voluntad de actuar son aspectos muy importantes cuando en el estudio se quiere tener éxito. Además, es importante ser abiertos y flexibles para conocer algo diferente a lo que estamos acostumbrados, esto nos proporciona una ventaja que nos capacita para adaptarnos al nuevo ambiente donde nos encontremos. Como estudiante, sé que la ciencia no lo es todo en la vida, tengo presente que siempre existe algo nuevo que vale la pena conocer; esto, desde mi punto de vista, contribuye para nuestro crecimiento como seres humanos con una preparación integral en la vida. Por eso siempre aprovecho la oportunidad de alternar la escuela con algún deporte y también de interactuar con gente nueva fuera del salón de clases.

## **Interacción con gente local y de otras naciones**

En los Estados Unidos la interacción con alumnos de otros países es muy frecuente y saludable. En este país existen varias organizaciones a las que se invita a los estudiantes extranjeros a participar, convivir, aprender de otras culturas y compartir la propia. Una de tales organizaciones es la denominada Foro Internacional de Estudiantes o *International Student Forum* (ISF

por sus siglas en inglés). Desde mi llegada he participado en esta agrupación, la cual tiene tres objetivos básicos que son: un mejor conocimiento y comprensión de la cultura estadounidense, aprender de otras culturas y socializarse con alumnos de otras naciones.

Al estar en un país diferente al nuestro, una de las cosas que debemos tener en cuenta es el interactuar con la gente nativa para poder conocer y comprender la cultura de una manera más directa y rápida. El interactuar con la gente nos facilita también mejorar el idioma, así como saber más de las costumbres y prácticas de la vida cotidiana. Esto a su vez facilita nuestra adaptación al determinado país. El participar en este tipo de organizaciones también es muy útil para conocer cómo se vive en otras partes del mundo. Saber de otras costumbres enriquece nuestro concepto sobre otras culturas y tradiciones, al mismo tiempo nos permite compartir la nuestra haciéndonos cada vez más valorar y ser orgullosos de nuestra identidad y nuestras raíces. Como migrantes, una de las acciones que debemos evitar es el aislamiento social. El aislamiento y falta de interacción con nuevas personas, principalmente al estar en un país distinto, trae consigo efectos negativos en el desarrollo personal, debido a que el ser humano es por naturaleza sociable.

En México y en otros países es común escuchar comentarios negativos en contra del carácter de los *gringos*. Sin embargo, en lo que respecta al trato que se me ha dado y por la experiencia propia como estudiante, es menester mencionar la amabilidad de la gente con la que he tenido la fortuna de interactuar, gente dispuesta a ayudar, con una mentalidad generosa, en algunos casos contrario al estereotipo que generalmente se tiene. Reitero con todo respeto que mi caso puede diferir al de otros paisanos.

## **Estudios de doctorado en los USA**

Al concluir la maestría tuve la intención de continuar con mi preparación académica, así fue como solicité mi inscripción y fui aceptado para realizar un doctorado en esta institución. Actualmente estoy estudiando el doctorado en esta universidad, lo cual durará aproximadamente tres años más. Mi área de estudios seguirá siendo la nutrición animal. Uno de los motivos que me condujo al estudio de este tema es el hecho de que nuestro país requiere un impulso principalmente en el sector agropecuario, considero que los conocimientos ya adquiridos y los que obtendré serán de gran utilidad para contribuir con mi granito de arena al mejor desarrollo de México. En la actualidad cuento con una beca proporcionada por la institución mexicana Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), la cual cubre solamente mi manutención. Mi colegiatura es cubierta por una beca otorgada por los Estados Unidos y coordinada por medio de mi asesor académico.

## **Algunas ventajas y retos que implica vivir y estudiar en un país extranjero**

Al estar en un lugar distinto podemos conocerlo de manera directa y hacer nuestro el conocimiento y la experiencia que nos puede aportar algo interesante y que nos será útil en la vida y a nuestro país. También nos es útil no sólo para conocer otras maneras de vida, diferentes a las nuestras, sino también para conocer mejor nuestro país de origen, saber el concepto que de él se tiene en el extranjero, así como conocer sus limitaciones, lo cual nos capacita aún más para proponer nuevas alternativas y mejorar las condiciones de vida. El decidir continuar con mi preparación académica en otro país definitivamente

refleja en parte mi motivación y expectativas que quiero llevar a cabo, así como el deseo de obtener y desarrollar habilidades para adaptarme mejor a la situación laboral que actualmente se encuentra en un constante cambio. Además, esto permite mejorar nuestro desenvolvimiento en otros contextos académicos, culturales, de lenguaje, etc.

Si optamos por estudiar en un país cuya lengua oficial es distinta a la nuestra, entonces debemos comenzar a prepararnos con varios años de anticipación. Así, al trasladarnos tendremos un conocimiento previo del mismo, lo cual será de gran utilidad. El aprendizaje del idioma no se limita a las clases en el salón, el alumno se ve obligado a realizar su vida diaria usando el idioma que está aprendiendo como al leer el diario o comunicarse con la gente. Los planes para estudiar en el extranjero deben comenzarse con mucha antelación, ya que el proceso requiere la realización de una serie de trámites burocráticos, tales como la inscripción y la presentación del proyecto de trabajo e investigación que se desee llevar a cabo. Además, el tiempo requerido para el trámite de la visa puede ser un tanto prolongado para ciertos países.

Vale la pena mencionar que no obstante ser una experiencia enriquecedora, uno puede necesitar un período de adaptación al nuevo medio y a las costumbres del país extranjero. Al inicio se vive un período en el cual el migrante puede ser considerado como un mero espectador del entorno. Después viene una etapa de transición e integración plenamente a la sociedad. Podría haber momentos en los que se llegue a extrañar el hogar, los amigos y conocidos del lugar de origen. Asumir ciertas costumbres puede ser difícil. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, siempre la experiencia es fructífera y benéfica para el migrante.

Otro aspecto que vale la pena mencionar es la posible interacción con el sexo opuesto, a veces gente con costumbres,

creencias y quizá valores diferentes a los nuestros. Esto también es saludable y nos da un panorama más amplio de las relaciones humanas, lo cual es parte innata de la naturaleza del ser humano. La neta estoy muy lejos de ser un casanova, pero en lo que a esto se refiere, no me puedo quejar. He vivido un par de gratas experiencias y todavía recuerdo aquellos ojitos gris-azules que me hicieron suspirar más de una vez...

### **Implicaciones de mi emigración en mi lugar de origen y en el extranjero**

La migración que he experimentado ha tenido un efecto positivo principalmente en la mentalidad y el deseo de superación de la gente de mi poblado. En especial las nuevas generaciones se han dado cuenta de que para superarse y viajar a otros lugares y aprender de otras culturas también se puede lograr con esfuerzo y dedicación en el estudio. Además, han notado que la migración hacia otros países también puede darse para la preparación académica y adquisición de nuevos conocimientos que serán útiles para mejorar nuestro lugar de origen.

Me alegra y da gran satisfacción cuando al visitar San Sebastián Yaxché (mi poblado), a pesar de ser pequeño y con muchas necesidades económicas y sociales, noto en los niños un enorme deseo por la superación académica; no pierden la oportunidad para acercarse y preguntarme cómo se vive en los países ya visitados y qué hacer para estudiar una carrera universitaria. Aprovecho esas ocasiones para explicarles (en la lengua maya) cómo pueden proceder. Algunos de los temas que comparto con ellos son acerca de las instituciones públicas en las que se pueden formar, también les doy a conocer que podrían contar con alguna beca si demuestran su dedicación y empeño al estudio; así como los beneficios que conlleva la

buena educación y el conocimiento de otras cultura distintas a la nuestra. Todo esto con el propósito de hacerles notar la importancia que tiene el estudio y la formación integral del ser humano, al mismo tiempo alejarlos de los malos vicios. Con esto no quiero decir que sea el perfecto ejemplo para ellos, pero definitivamente mi caso ha influido de esa manera.

Considero que mi ejemplo ha brindado mucha confianza a mis coterráneos al darse cuenta de que la precaria situación económica y el hecho de pertenecer a un grupo indígena no es ningún pretexto para no poder luchar y alcanzar las metas que nos propongamos en la vida. Precisamente por eso me gustaría que más gente conozca mi historia, estoy convencido de que mi relato será de utilidad para mucha gente de escasos recursos económicos, pero con grandes sueños de superación académica, ya sea en México o en otro país del mundo. Al mismo tiempo valorar y ser orgullosos de nuestra identidad. Siempre aprovecho la oportunidad de platicar con mis amigos y conocidos cuando voy a mi municipio. Al platicar con los padres de familia, trato de darles a conocer la importancia de la educación. A veces no es fácil convencer a un padre de familia de enviar a su hijo a la escuela cuando lo podría emplear en las labores agrícolas, pero con mi ejemplo y lo vivido considero que esto ha estado cambiando en los últimos años en mi comunidad de origen.

Para mi familia no fue fácil aceptar mi traslado a otros países. Definitivamente a veces se extraña a los seres queridos, por eso es importante mantener una comunicación constante. Actualmente mi familia ha asimilado la idea de que el hecho de haber migrado representa algo positivo para mi crecimiento social y académico que me dará más y mejores herramientas para desenvolverme en el futuro.

Al estar en otra cultura y al interactuar con individuos procedentes de diversas naciones del planeta se tiene la gran

oportunidad de poder compartir la forma de vida de nuestro país, así como nuestras costumbres y valores. También permite representar y dar un buen ejemplo de nuestro lugar de origen, contribuyendo de esta manera a mejorar el concepto que de México se tiene en el exterior. El dar un buen ejemplo de lo que significa ser mexicano para mí tiene una importancia vital. Sé que al estar fuera de mi país mi comportamiento y acciones cotidianas reflejarán los principios recibidos durante mi infancia, así como los valores inculcados durante mi desarrollo. Es por ello que aprovecho las ocasiones para poner el nombre de mi país en alto, dando un buen ejemplo y actuando de manera íntegra tanto en el salón de clases como fuera de éste. Considero que hasta ahora esto se ha visto reflejado de manera positiva en la sociedad que actualmente me rodea.

### **Lo que quiero hacer en el futuro**

Como lo he mencionado, al concluir mi formación académica en los Estados Unidos tengo el firme deseo de retornar a México y desarrollarme profesionalmente. También quiero continuar preparándome en los idiomas extranjeros. Una de las metas que tengo en la vida es el dominio oral y escrito de cinco idiomas, por supuesto contemplando la hermosa lengua maya que hablo desde mi infancia y que utilizo al comunicarme con mis coterráneos.

Estoy dispuesto a seguir soñando y a trazarme metas en la vida tanto para el futuro próximo como el lejano. No temo a que mis sueños sean demasiado grandes, ya que me he dado cuenta de que a veces los sueños grandes conducen a realidades medianas y los sueños medianos conducen a realidades pequeñas. Deseo contribuir a que la sociedad mexicana y en particular el sector rural se fortalezca cada día, no sólo en el

aspecto económico, sino también en el ámbito humano y social, evitando comportamientos aberrantes y degradantes como la corrupción y la mentira que tanto daño provocan a la humanidad sin importar el país.

## **Mentalidad forjada**

Con lo vivido y con la poca experiencia que tengo he comprendido que cuando se quiere realizar algo en la vida no basta con rogar a Dios, también hay que actuar y no quedarnos con los brazos cruzados. Estoy convencido que debemos ser flexibles y tener una mentalidad abierta. Así podremos conocer las opciones disponibles y elegir la que más nos convenga de acuerdo a lo que deseamos realizar. El respeto a nuestros seres queridos, la tolerancia entre compañeros y la devoción al estudio y al trabajo, definitivamente son determinaciones que hay que poner en práctica. Al interactuar con gente, tanto de nuestro país como de otros lugares el mundo, me he dado cuenta que los problemas se arreglan con mayor eficacia con pocas palabras impregnadas de afecto, sinceridad y de certeza, que con tres horas de riña y de discordia.

Me gustaría mencionar que mi vida también la rigen algunos principios bíblicos como la mansedumbre, la perseverancia, la integridad y la fe en Dios; esto me ayuda a enfrentar momentos difíciles y actuar con prudencia en la vida diaria. Así me mantengo firme y con la convicción para luchar por mis sueños. Practico la tolerancia y el respeto entre mis seres queridos, lo que para mí es uno de los principios más importantes de todo hombre de bien.

También me he dado cuenta que si podemos creer en algo es porque lo podemos lograr. A veces lo difícil es comenzar; después del primer paso los siguientes son más fáciles. Como

mexicanos, es menester formarnos con dedicación y con convicción. Tengamos en cuenta que el hombre que comete un error y no lo corrige es como si cometiera un error todavía mayor. Estoy convencido de que los mexicanos podemos actuar igual o mejor que cualquier otro ser humano del planeta; buscando la verdad y la integridad al actuar. Estoy contento con lo hasta ahora vivido, sé que la experiencia que acumulo me será útil en el futuro como profesional.

Concluyo esta narración agradeciendo la oportunidad de exponer parte de mi vida; espero que sea de provecho y como un incentivo para quien desee conocer las vicisitudes de un Yucateco maya-hablante apasionado por el estudio y por conocer algo nuevo cada día. También agradezco tanto a los USA como a nuestro país por contribuir en mi formación. A México gracias, pero también mi compromiso de retribuirle con mi aportación profesional al concluir mi preparación académica en los Estados Unidos.

## El boxeador

Jesús Hernández Jesús (sin seudónimo)

**Categoría B / Mención Honorífica**

*Quiero participar en el Concurso que uno cuenta su historia,  
cuando uno cruzó la frontera de los Estados Unidos*

**Y**o nací en una familia muy pobre y desde que era niño empecé a trabajar porque lo que mi papá ganaba era el sueldo mínimo y éramos muchos en la familia. Éramos siete hermanos, cinco mujeres y dos hombres.

Así que el sueldo de mi papá no alcanzaba y había días que no teníamos nada que comer, teníamos que calentar tortillas duras para calmarnos el hambre.

Así que como a mis 12 años empecé a ir al mercado a trabajar de cargador, también vendía periódico en la playa, también sacaba monedas en la playa que los turistas nos tiraban al mar y uno tenía que agarrarlas y así ayudaba un poco a llevar un poco de dinero a mi casa. No pude estudiar mucho, sólo terminé la secundaria.

Ya no pude estudiar más porque no teníamos para los libros, así que tenía que seguir trabajando.

Yo tenía a mi hermano mayor, el siempre fue boxeador y me animó a mí también a meterme a boxear. Claro, a mí también me gusta el boxeo, así que le entré al boxeo de lleno y a mis 17 años tuve mi primera pelea profesional y gané como tres peleas seguidas, pero como a los 19 años me casé y seguía peleando, pero en Acapulco pagaban muy poco dinero y a veces ni nos pagaban nada.

Así que me fui con un señor de nombre Don Enrique a México DF. Don Enrique me ofreció su ayuda.

Él me vio que peleaba bien y me fui con él al DF. Él me dio casa con todo, me llevó al mejor gimnasio de boxeo donde entrenaban varios campeones nacionales y allí también entrenaba el campeón mundial en ese año de 1995, Miguel Ángel González.

Empecé a entrenar y me escogieron para ser *sparring* del campeón mundial Miguel Ángel González, eso era algo bueno para mí porque no a cualquiera escogían para *sparring* del campeón. Estuve unos meses, cerca del año, viviendo en la casa de Don Enrique y un día descubrí que se dedicaban al narcotráfico y mejor me regresé a mi Acapulco.

Pero como no tenía ni dinero ni estudios empecé a trabajar de chofer pero no me alcanzaba y a mis 19 años me casé, pero lo que ganaba no me alcanzaba para mantenernos, yo y mi esposa. Después de un año de casado nació mi hija Aideé Guadalupe y entonces me fue más difícil mantenernos con el sueldo de chofer, ya empecé a pensar que si seguía en Acapulco, mi hija iba a vivir y a sufrir la misma pobreza y hambre que yo pasé en toda mi niñez. Así que decidí venirme para la frontera a trabajar, pero no tenía a ningún familiar ni en la frontera ni en los Estados Unidos.

Esto me pasó en el año de 1995 y en esos días un amigo me dijo que allí donde él vivía en ese pueblo, cada año llegaban unos *buses* para contratar personas para trabajar en el campo pizcando uva en Sonora y que de Sonora ya estaba cerca la frontera, entonces yo le pedí toda la información de esos camiones y me contrataron para venirme a Sonora, yo no tenía que pagar nada, nos daban dónde dormir y el viaje era gratis ida y vuelta.

Llegamos al rancho El Pañuelo o Campo de Sonora, allí trabajé como cuatro meses pero me encontré un amigo que era de Acapulco y que también quería ir a los Estados Unidos, ese amigo era rockero, a ese amigo le gustaba andar todo de negro con playera llena de dibujos de calaveras y empezamos a

buscar a alguien que conociera bien la frontera y encontramos a un señor que vivía en Ciudad Juárez a la orilla de la frontera.

Le decían el Cholo y empezamos a platicarle que queríamos venir a los Estados Unidos, yo y mi amigo el rockero. El Cholo nos animó y nos dijo que él estaba dispuesto a ayudarnos y a darnos alojamiento en su casa, así que nos animamos más y de Sonora salimos hacia Ciudad Juárez con el Cholo. Sólo teníamos poco dinero para el pasaje y sólo para poder comer unos tres o cuatro días. Llegamos a Ciudad Juárez a la casa del Cholo, él nos trataba bien y nos decía que él nos iba a enseñar cómo cruzar la frontera, pero sólo allí en la frontera y que ya cuando estuviéramos adentro de los Estados Unidos nosotros teníamos que arreglárnosla como pudiéramos porque el Cholo no podía venirse con nosotros, porque él tenía toda su familia en Ciudad Juárez.

Yo y mi amigo el rockero, ninguno de los dos teníamos a ningún familiar, ni siquiera conocidos, a nadie en los Estados Unidos, sabíamos que íbamos a sufrir al cruzar la frontera, pero nuestra ilusión de venir a los Estados Unidos era más grande que cualquier frontera, yo siempre pensaba sólo en mi familia, poder sacarlos de toda la pobreza que siempre sufrí.

Así que el Cholo de Juárez nos empezó a dar clases de cómo poder colgarnos en los trenes porque en un tren de carga nos íbamos a subir para poder cruzar la frontera y el Cholo nos decía que si lográbamos subirnos al tren, que nos escondiéramos muy bien para que la *migra* no nos encontrara cuando se parara en los retenes y que teníamos que esperar en el tren por 24 horas para poder buscar donde bajarnos porque en 24 horas ya el tren estaría muy lejos de la frontera.

Así que el Cholo nos subió a un tren y seguimos todas sus instrucciones, al pie de la letra.

Yo sentía miedo porque nunca me había subido a un tren en toda mi vida, pero cuando pensaba en mi familia y toda la

pobreza que estaban pasando, el miedo se me quitaba. Cuando nos subimos en el primer tren, yo y mi amigo el rockero nos metimos en un vagón que no tenía fondo, sólo tenía unas crucetas en la parte de abajo, como de 10 cm de ancho las crucetas, y en cada esquina del vagón iban las góndolas, o sea, las ruedas del tren que cada vez que el tren frenaba, brotaban muchas chispas de las góndolas, estuvimos viajando como ocho horas en ese vagón parados porque sólo así podíamos ir en ese vagón.

Después de ocho horas de ir parados en ese vagón nos cambiamos a otro vagón en donde pudiéramos ir mejor y sólo llevamos como tres panes Bimbo y unas sardinas y dos galones de agua. Pasaron como 20 horas y la comida se nos terminó, así que empezamos a buscar a dónde bajarnos y esperamos que el tren se detuviera y se detuvo en un pueblo y yo y mi amigo pensamos que ya había corrido el tren cerca de 24 horas y decidimos bajarnos. Así que cuando se detuvo en el primer pueblo, nos bajamos para empezar a buscar trabajo o algo que comer, no llevábamos dinero, ni comida, en el instante que nos bajamos del tren la *migra* llegó y nos agarraron, así que nos sacaron para México, a una ciudad que se llama Ciudad Acuña.

Cuando la *migra* nos sacó hacia Ciudad Acuña, yo y mi amigo no sabíamos hacia dónde nos dirigíamos, caminamos por el puente que está en esa ciudad y conforme caminábamos, íbamos caminando como perdidos y espantados.

No conocíamos ese lugar, a la mitad del puente encontramos varios tipos durmiendo allí en el puente, ya eran como ocho o nueve de la noche, en cuanto esos tipos nos vieron que yo y mi amigo el rockero íbamos hacia México, como cuatro tipos se levantaron y corrieron hacia nosotros, yo pensé que nos querían robar, aunque no traíamos nada que nos robaran, pensé que como veníamos de un pueblo de los Estados Unidos los tipos se estaban confundiendo con nosotros.

Yo corrí un poco hacia atrás, mi amigo el rockero no pudo correr, los tipos lo rodearon y le pedían si no tenía para un café, yo me regresé porque pensé, tengo que ayudar a mi amigo, no voy a dejarlo solo que lo golpeen, así que me volví hacia donde tenían a mi amigo rodeado y yo iba decidido a defender a mi amigo y les iba gritando a los tipos, déjenlo porque no se la van a acabar y cuando llegué con los tipos, ellos me dijeron, tranquilo, *paisa*, nosotros también somos mojados y queremos cruzar la frontera, no te preocupes, no somos ladrones, nomás que nosotros pensamos que ustedes eran tal vez de allá del *gabacho*, después los tipos nos dijeron, miren, traen dinero o comida.

¿Tienen dónde quedarse? Yo y mi amigo dijimos que no teníamos nada y que ni sabíamos en dónde estábamos.

Ellos nos llevaron allí debajo del puente entre el río y el puente para poder dormir y nos dieron unas sardinas con pan Bimbo. Los tipos nos preguntaban si teníamos familia en los Estados Unidos, nosotros decíamos que no teníamos a nadie, ellos estaban igual que nosotros, tampoco tenían a nadie.

Ellos eran de diferentes estados de México pero ellos ya tenían varias semanas en esa frontera tratando de cruzar, así que ya conocían más que nosotros. Empezamos a vivir allí debajo del puente y todos los días a las 5:00 de la mañana intentábamos cruzar la frontera y por la noche también volvíamos a intentar cruzar como entre cinco y seis personas, pero siempre nos agarraba la *migra* y nos devolvían a México y siempre nos íbamos al mercado a querer trabajar para que nos dieran un taco pero no nos daban trabajo, mejor nos regalaban unas tortillas y era todo. Así que como sólo teníamos tortillas, nos poníamos debajo del puente y cuando veíamos un pájaro o alguna paloma, le tirábamos piedras hasta que le pegábamos y eso comíamos, la cocinábamos debajo del puente, con unas ramas hacíamos la brasa y, sin sal, sin nada, sólo asada la comíamos.

Así pasamos una semana, pero un día logramos cruzar la frontera y yo y mi amigo logramos subirnos a un tren y logramos salir de esa frontera, logramos burlar los retenes. Así que ya arriba del tren nos sentíamos más contentos, no teníamos ni idea para dónde se dirigía el tren pero sabíamos que teníamos que esperar a que el tren corriera 24 horas o más.

Esta vez no llevábamos nada de comida, sólo dos galones de agua, con esa agua aguantamos las 24 horas que el tren corrió, así que cuando el tren iba pasando por alguna ciudad o pueblo, nos asomábamos para ver si no había migración y poder bajarnos a buscar trabajo o comida, pero en una asomada que nos dimos vimos que el tren iba pasando por Ciudad Juárez y nos dimos cuenta que el tren que agarramos nos trajo para atrás, a Juárez. Así que decidimos bajarnos y volver a la casa con el Cholo, pero cuando nos bajamos del tren en El Paso, Texas, allí entre vías nos encontramos un tipo que no sabía para dónde ir y empezamos a platicar con él, nos pidió ayuda pero le dijimos que nosotros íbamos con el Cholo para Ciudad Juárez, el tipo nos dijo que no tenía a nadie tampoco y que lo lleváramos con nosotros, así que nos fuimos a la casa del Cholo los tres y llegamos con el Cholo y le contamos todo lo que nos había pasado. El Cholo nos recibió con gusto, nos dio de comer y él nos platicaba diciéndonos, ¡No, hombre, batos! Yo ya estaba pensando que ustedes ya estaban ganando los dólares allá en el otro lado.

Entonces el Cholo nos dijo que nos alistáramos porque al día siguiente íbamos a volver intentar cruzar otra vez. Esta vez ya éramos tres así que al otro día el Cholo y su esposa nos prepararon unos burritos para el camino. Así que otra vez fuimos a las vías del tren y los tres logramos subirnos a un tren. No era muy difícil subirse a un tren, lo difícil era burlar a los de migración. Nos fuimos en ese tren que agarramos los tres y el tren corrió como 12 horas y en un cruce de vías se

detuvo el tren como si fuera a esperar que pasara otro tren, como dándole el paso a otro tren y ya no teníamos comida, sólo un poco de agua. Y ese tren estaba tardando allí parado como 30 minutos y nosotros tres estábamos viendo alrededor del tren todo el desierto y vimos un nopal con tunas pero muy a lo lejos y decidimos ir a traer tunas al nopal que vimos, pensamos, como quiera el tren va a tardar aquí parado, hasta que pase el otro tren, así que fuimos corriendo hacia el nopal y llegamos al nopal y sí tenía tunas pero ya estaban bien secas. Así que nos pusimos bien tristes los tres porque ya no llevábamos nada que comer, sólo como un galón de agua nos quedaba, de repente vimos que el tren empezó a arrancar y corrimos a quererlo alcanzar, pero ya no pudimos alcanzarlo, el tren se fue y nos quedamos en medio desierto, sin comida y con poca agua al medio día.

Así que empezamos a caminar por todas las vías del tren, caminamos y caminamos y no veíamos nada, al siguiente día como a las 12 del día no teníamos nada de agua, menos comida y teníamos los pies llenos de ampulas de tanto caminar, ya habíamos caminado 24 horas, de repente llegamos a un túnel debajo de las vías del tren y como el sol estaba super caliente, nos pusimos a descansar debajo del túnel, ya estábamos muy débiles los tres, ya no teníamos ganas de seguir caminando y con las plantas de los pies bien reventados de ampulas.

Así que yo escuchaba el crujir de las tripas de mis dos amigos y las mías también. Porque teníamos mucha hambre, yo les empecé a decir, saben, yo ya no puedo más, así que yo aquí me quedo, ya no voy a caminar más, ya estuvo, hasta aquí llegué yo y sólo me voy a encomendar a Dios.

Entonces mi amigo el rockero me empezó a animar diciéndome, no paisano, no te rajes, nosotros dos somos de Guerrero y los de Guerrero nunca nos rajamos, vamos, Jesús, levanta y vamos a seguir caminando y si llegamos a morir, que sea como

los gallos en la raya y no aquí tirados. Vamos a caminar hasta donde *muéramos*, él me decía. Acuérdate de tu familia, hazlo por ellos, decía mi amigo el rockero de Guerrero, él me levanto el ánimo y yo reaccioné con ánimos de seguir, sabía que él tenía razón, Yo venía para cruzar esa frontera y nada me iba a detener, sólo la muerte, eso pensaba yo.

Así que empezamos a querer animar al tercer amigo que iba con nosotros, pero ese amigo no quiso seguir, dijo que no, que él se iba a quedar descansando hasta la noche y en la noche iba a empezar a caminar, pero si yo sentía que entre más tiempo pasaba nos poníamos más débiles y menos fuerza tenían nuestros cuerpos, cada minuto, cada hora que pasaba perdíamos fuerza, por la deshidratación que estábamos pasando.

Así que sólo yo y mi amigo el rockero decidimos seguir caminando por todo el desierto y a las orillas de las vías del tren, caminábamos y caminábamos y no encontrábamos el final del desierto, de repente caíamos al suelo de tanta debilidad y el sol lo sentíamos como si estuviera detrás de nosotros, ya no aguantábamos ese día. Como por la tarde ya no podíamos, ya teníamos como aproximadamente 32 a 35 horas caminando sin agua y sin comida en el desierto, esa tarde vimos una loma allí en el desierto y estábamos viendo visiones, veíamos que allí estaba un laguito de agua, era sólo un espejismo, que como estábamos muy débiles a esa hora ya estábamos alucinando, yo antes pensaba que eso sólo pasaba en las películas, pero en ese momento yo lo estaba viendo en la vida real. Así que yo le dije a mi amigo el rockero, sabes, ya no puedo más y le dije, vamos hasta esa loma que se ve y si allí no hay nada, ya estuvo, allí me quedo, ya no puedo más. Llevábamos los pies destrozados, los labios muy partidos, así que empezamos a pedirle a Dios que nos diera fuerza, le pedíamos con todo el corazón que no nos dejara morir en ese desierto, que nos salvara, así que llegamos a esa loma del desierto, caímos al suelo y sentíamos que ya

no teníamos más fuerza, allí quedamos tirados como unos 10 minutos y algo me decía en mi mente, levántate y me levanté solo, de rodillas, estaba hincado hablándole a Dios que hasta allí había llegado y que ya no podía más, que le encomendaba mi alma a Él y de repente miré hacia alrededor de mí y vi una cabañita muy a lo lejos, sólo le alcanzaba a ver el puro techo de la cabaña, pero eso me hizo revivir y le dije a mi amigo, mira una casa, vamos, vamos, está lejos pero sí podemos llegar, así que mi amigo también se animó y seguimos caminando y caminamos como una hora más y llegamos a la cabaña y yo les gritaba que queríamos agua. La cabaña tenía corral de púas pero nadie salía, así que vimos una llave de agua y le dije a mi amigo, creo que no hay nadie, le dije, levanta con fuerza el alambre del corral y yo me voy a meter para agarrar agua.

Así que me metí, ya iba llegando a la llave de agua cuando, de repente, me salió un perro bien grande ladrándome, corriendo hacia mí, no supe ni de dónde saqué fuerza y corrí y me aventé por debajo del corral y mi amigo, tratando de espantar al perro para que no me mordiera y luego salió un *gringo* de allí de la cabaña y nos preguntó qué queríamos, sólo le pedíamos agua pero cuando nos vio bien que estábamos todos bien mal, el *gringo* nos dejó pasar a su patio y nos dejó tomar agua, él hablaba poquito español.

Nos preguntó si teníamos hambre, le dijimos que mucha, que teníamos casi tres días sin comer y sin tomar agua, ese rato ya era de noche, tal vez como a las ocho de la noche, el *gringo* nos dio unos sándwiches y nos dijo que lo esperaríamos un momento, estuvo un buen rato dentro de su casa y luego salió con su esposa y nos dieron una bolsa de plástico llena de comida de todo surtido, unos burritos, pan, pollo, puré de papa y frutas, naranja, manzanas y plátanos, jugos, y le dimos las gracias y llenamos dos galones de agua porque el *gringo* nos dijo que sólo con eso nos podía ayudar, pero que nos fuéramos.

mos de su casa que porque él no quería problemas con los de migración, nos dijo por dónde caminar y que el pueblo estaba a dos horas más de allí.

Nosotros nos dimos por bien agradecidos con él por todo lo que nos dio, así que nos fuimos a la orilla de las vías del tren y allí nos comimos todo lo que nos dio el *gringo* en un santiamén, nos acabamos toda la comida pero ya era muy de noche, así que decidimos dormir allí entre el monte y a la orilla de las vías del tren. Nos dormimos esa noche. Y al siguiente día muy temprano empezamos a caminar, ya nos sentíamos mejor, no podíamos quedarnos allí, lo bueno era que llevábamos dos galones de agua y que ya estábamos cerca de un pueblo, así que como en tres horas llegamos al pueblo, como a las 10 de la mañana, y ya llevábamos hambre, así que por las calles del pueblo empezamos a tocar puertas y les decíamos a las personas que se asomaban que estábamos buscando trabajo, que si ellos querían les limpiábamos la yarda o les lavábamos el carro, que nos dieran sólo un taco y que con eso nos dábamos por bien servidos, en ese pueblo vivían casi puros mexicanos y ninguno nos daba nada, al contrario nos corrían y de repente apareció una patrulla y nos levantó, era un policía, el policía nos dijo que por qué andábamos molestando a las personas, que alguien llamó y les habían dicho que estábamos queriendo robar o algo así, le dijimos a la policía lo que pasamos en el desierto y el policía nos vio cómo íbamos todos sucios con los zapatos rotos y con una cara de hambre y nos creyó a nosotros, nos dio unos sándwiches y unos juguitos y nos dijo que no nos iba a hacer nada, que sólo nos tenía que entregar con la migración y el policía nos llevó con la migración y nos volvieron a sacar, otra vez estábamos sin saber en dónde nos habían sacado y sin dinero y sin comida, en cuanto caminábamos en la salida nos dimos cuenta que era en Nogales, así que lo primero que hacíamos era buscar comida, andábamos todos sucios, sin bañarnos

como por una semana o más, tal vez. Así que allí en la frontera de Nogales conseguimos un pan Bimbo y con eso nos calmamos un poco el hambre, ese día un tipo que encontramos en la estación de los trenes de Nogales nos preguntó qué nos pasaba, le contamos todo lo que pasamos y él nos dijo que todo lo que habíamos caminado era el desierto de Nogales, USA, y que tuvimos mucha suerte porque allí en ese desierto mucha gente siempre moría y ese tipo nos dijo que había un tren que salía de la estación de Nogales, México, y que ese tren llevaba carros hacia los Estados Unidos y que él conocía un escondite en ese tren y que si queríamos que él nos enseñara.

Inmediatamente le respondimos que sí, que nos enseñara cómo y cuál era el tren, todo lo que estábamos sufriendo se nos olvidaba cuando veíamos una posibilidad de poder cruzar la frontera, no nos queríamos dar por vencidos. Nuestra meta era cruzar la frontera y poder trabajar en los Estados Unidos.

El tipo nos enseñó el tren y nos dijo todo cómo podíamos entrar entre los carros y podernos esconder. Así que ese mismo día por la tarde nos metimos en ese tren que el tipo nos enseñó. Allí en Nogales entonces el tren corrió como seis a siete horas, nosotros no sabíamos hacia dónde iba el tren, sólo nos dijo el tipo que ese tren paraba en Arizona y que allí nos bajáramos y buscáramos trabajo, que en esa ciudad ya no había *migra*, sólo le pedíamos a Dios que encontráramos a alguien que nos diera trabajo y ésa era nuestra esperanza. El tren se detuvo después de 6 o 7 horas de haber corrido y no se movía como por 30 minutos y yo y mi amigo el rockero nos empezamos a asomar de donde íbamos escondidos y vimos que el tren estaba como cargando algo y se veía como que era como una estación de trenes y, como no traíamos agua, decidimos bajarnos y buscar una llave de agua y llenar un galón de agua. Salimos del tren y escondiéndonos en lo que podíamos pudimos llegar a una llave de agua, ya eran como las 10 de la noche, pero en cuanto

estábamos llenando el galón de agua, un helicóptero salió y con una luz muy grande iba alumbrando, yo y mi amigo empezamos a correr y buscar donde escondernos, pero el helicóptero nos alcanzó a alumbrarnos y nos llegaron las perreras de migración, o sea, las patrullas y nos llevaron otra vez hacia Nogales, México, y nos volvieron a echar.

Esa noche nos fuimos a dormir a la estación de trenes de Nogales de donde habíamos trepado al tren.

Al siguiente día muy temprano empezamos a buscar qué comer o quién nos diera trabajo, aunque nos pagara con comida, caminábamos por las calles todos sucios como unos limosneros y la verdad eso estábamos viviendo, unos limosneros en esos días.

En cuanto caminábamos por las calles nos encontramos un camión de carga, con varios tipos bajándose del camión cargando cuadros de paisajes de animales de muchos cuadros con pinturas diferentes.

Así que les pedimos que si les ayudábamos y que sólo queríamos algo de comer, un taco es todo lo que queríamos. Los tipos no quisieron que les ayudáramos pero sí nos dieron de comer, ellos se dedicaban a vender cuadros en las fronteras en los puentes, ellos nos dijeron eso y que ese día iban a vender sus cuadros allí en la frontera de Nogales y que en la noche iban a viajar al puente de Ciudad Juárez.

Así que esa noticia nos cayó como anillo al dedo a mí y a mi amigo el rockero, les pedimos a los tipos del camión que nos dieran un *ride* o aventón hacia Ciudad Juárez, les decíamos a los tipos que allí teníamos a un amigo que era el Cholo de Juárez, que él nos había echado al tren por primera vez.

Así que los tipos nos dieron el aventón a Juárez, regresamos a la casa del amigo Cholo y el Cholo nos recibió bien, le empezamos a contar todas las cosas que pasamos y él nos dijo que lo mejor era que esperáramos unos días o semanas para

volver a intentar cruzar la frontera otra vez. Que lo mejor era buscar un trabajo allí en Juárez, yo y mi amigo de Guerrero, el rockero, empezamos a buscar trabajo y encontramos trabajo en una frutería, empezamos a trabajar y siempre buscábamos a alguien para ver si nos podían ayudar para cruzar la frontera, pero todo parecía como que nunca íbamos a encontrar a nadie que nos ayudara, todas las puertas se nos cerraban, pero un día que había salido del trabajo, caminaba por las calles del mercado y de repente miré un gimnasio de boxeo y como ya había estado boxeando y había hecho unas peleas profesionales en Acapulco, así que entré en el gimnasio y le dije al entrenador que yo era peleador profesional y que venía de Acapulco, el investigó mi récord de peleas y me dijo que quería ver cómo entrenaba y me puse los guantes con otro joven que entrenaba con el entrenador y nos dimos una buena tranquiza de seis *rounds* de golpes y le mostré al entrenador que sí sabía de boxeo, el entrenador me dijo, muchacho, tienes bonita estampa, te mueves bien arriba del *ring* y lo más bueno es que eres valiente, porque aquí han llegado muchos diciéndome lo mismo que tú, que son boxeadores y les digo que suban al *ring* y no quieren, les da miedo ponerse los guantes con otro, pero tú, fue diferente, tú sin estar entrenando por mucho tiempo no te rajaste y te subiste al ring sin tener miedo, ni pensarlo dos veces.

Yo le contesté, es que, sabe algo, yo vengo desde muy lejos y tengo hambre de ganar dinero y poder ayudar a mi familia, quiero ir a los Estados Unidos a trabajar y que a lo mejor peleando puedo juntar para pagarle a un *coyote* que me pueda cruzar la frontera.

El entrenador me dijo: entonces quieres pelear lo más pronto posible para conseguirte una pelea, él me dijo, mira, muchacho, yo te puedo pelear en Texas, allá en el *gabacho*. Yo le dije, pero no tengo papeles para ir al otro lado, el entrenador me

dijo, no te preocupes, yo te puedo pasar, yo conozco a alguien que te puede conseguir un pase por una semana para estar en Texas sólo en lo que lo peleas, pero yo tengo que regresarte y entregar el pase para atrás. Yo le dije, consígame la pelea lo más pronto posible que estoy puesto y lo que yo necesitaba era dinero para poderle enviar a mi familia.

Así que el entrenador en una semana ya me tenía una pelea en Texas y me dijo: vas a ganar 400 dólares, en ese año de 1995 esa cantidad era buena para mí. Yo con gusto acepté, así que ni había entrenado nada y así fui a pelear a Texas, di una buena pelea, pero esa pelea la perdí, pero lo bueno que había ganado un poco de dinero, pasaron unas dos semanas y yo seguía trabajando y entrenando y me dieron otra pelea contra un ex-campeón nacional de Juárez, su nombre, Jesús "Mágico" García.

Sabía que ésa era mi gran oportunidad de subir a un nivel del boxeo, si le daba una buena pelea o si le ganaba a ese ex-campeón nacional. Así que empecé a entrenar como loco con todas las ganas del mundo y tenía tiempo para prepararme y firmamos el contrato de la pelea, me iban a pagar 10 mil pesos y la pelea iba a ser en Juárez, me dieron como 3 mil pesos por adelantado para poder prepararme bien. Yo sabía que era una gran oportunidad para mí. Yo en tiempo atrás había sido un *sparring* del campeón mundial Miguel Ángel González del DF. Así que tenía un poco de experiencia.

Así que mi entrenador invitaba boxeadores de Texas a ser *sparring* conmigo para que yo me entrenara bien y cuando faltaba como una semana para la pelea, los hermanos del ex-campeón nacional "Mágico García" fueron a verme entrenar, yo estaba bien en forma y de todo.

El "Mágico" venía de una derrota donde lo habían conmocionado y noqueado y había perdido el campeonato nacional y me vieron entrenar bien duro y al siguiente día me cancelaron

la pelea, ellos eran los dueños de la compañía de promociones de su hermano y le pusieron a otro rival y sólo me regalaron unos boletos para ver la pelea, que podía ir a verla.

Fui a ver la pelea, me metí al camerino del rival del "Mágico" y ese muchacho cuando me vio me reconoció y me dijo tú eres el que ibas a pelear con "Mágico" le dije que sí, yo soy, pero me la cancelaron sus hermanos y ya ni modo.

Él me dijo: a mí me llamaron hace tres días, ni he entrenado, ni he hecho nada sólo vengo por el dinero, me van a dar 4 mil pesos. Allí comprendí que los hermanos del "Mágico" lo que buscaban era una carnada para su hermano y hacerlo ver bien en esa pelea y volver a buscar el campeonato nacional, me sentí muy mal decepcionado del boxeo y otra vez empecé a buscar cómo cruzar la frontera y entonces ,en esos días, mi amigo el Cholo de Juárez encontró a una señora de nombre Naya Hernández que vivía en Deming, Nuevo México, y fue de visita a Juárez y el Cholo le preguntó si no sabía de trabajo en Deming donde ella vivía, ella le dijo que estaba en su momento empezando la pizca de chile.

Mi amigo el Cholo no tenía trabajo en esos días, así que le pidió a la señora que lo ayudara, ella con gusto ayudó al Cholo, el Cholo nos dijo, saben, voy primero y si todo esta bueno allá, yo en una semana regreso y me los llevo para la pizca de chile.

Y así fue, el Cholo regresó y nos platicó que todo estaba bien, que él en una semana se ganó 200 dólares y que estaba fácil el trabajo en la pizca de chile, así que nos íbamos a ir el fin de semana para empezar la semana trabajando, pero que había un problema, que sólo podía llevar a uno, a mí o mi amigo el rockero, que porque la señora Naya sólo tenía lugar para uno en su *trailer* y que después íbamos a buscar donde vivir y regresaría por el otro, así que yo y mi amigo el rockero echamos un volado para ver quien se iba primero, así que gané el volado para irme primero con el Cholo, me sentía mal por dejar

a mi amiguito que siempre anduvimos juntos en los trenes, debajo de los puentes y todas las aventuras que habíamos vivido juntos, pero sabía que tal vez pronto nos volveríamos a juntar, el también se quedó triste. Entonces yo y el Cholo partimos hacia una frontera de un pueblo que se llama Palomas allí en Juárez y en un sábado por la tarde, como a las cinco o seis de la tarde empezamos a cruzar por esa frontera de Palomas hacia el pueblo de Deming, Nuevo México.

El Cholo me decía que sólo era una noche de camino por todo el monte para llegar a Deming donde vivía Doña Naya y caminamos toda la noche y en la mañana del siguiente día llegamos a la *traila* de Doña Naya y Doña Naya nos recibió bien pero nos dio una mala noticia, nos dijo que sólo tenía lugar en su casa para uno y no para dos porque su hijo había llegado con su esposa y que ya estaban muy apretados, que estaban durmiendo hasta en la sala y todos amontonados, o sea, que sólo uno se podía quedar allí en su *traila*. Así que no me quedaba otra a mí que decirle a mi amigo el Cholo que no se preocupara, que se quedara él con Doña Naya, que yo iba a buscar a dónde pasar la noche ese día y que tal vez después le podía pedir a alguien en el trabajo que me diera posada en casa de alguien.

Así que ese día por la tarde empecé a caminar por las calles del pueblo y empecé a tocar puerta por puerta y a pedirles que les cortaba la *yarda* o les lavaba el carro gratis, yo lo que pensaba era que no quería andar caminando en las calles por miedo a que me encontrara a la *migra* o una patrulla, entonces si alguien me dejaba estar adentro de su *yarda*, ni la *migra* ni las patrullas me podían levantar, pero todo parecía que todo se me complicaba en ese pueblo, también vivían casi puros mexicanos y ninguno me quería ayudar, todos me decían que no podían hacer nada por mí.

Así que llegó la noche y no encontré dónde dormir, sólo le pedía a Dios que no me fuera a agarrar la *migra* y ya sabía

dónde llegaba el *bus* y la hora para levantar a todo el que quería ir a pizarcar chile. El Cholo me dio toda la información pero esa noche no tenía dónde dormir, así que me encontré un parque y allí me acosté en la banca, pero pasó un carro y por la ventana un tipo me gritó, hey, hey, no puedes dormir en el parque porque si la policía te ve, te va a llevar a la cárcel y sólo me dijo eso y se fueron, yo me quedé pensando, no, Dios mío, no dejes que me agarren. Yo empecé a ver qué iba a hacer para que si la policía pasaba no me viera en esa noche en el parque durmiendo, así que allí mismo en el parque vi un árbol bien grande y frondoso, así que me subí al árbol y me acomodé entre los troncos, me senté y me recosté como pudiera y yo llevaba una playera y una sudadera, hacia frío, pero era más grande mi ilusión de poder trabajar y poder ganar un poco de dólares, poderles enviar a mi familia. Así que me quité la sudadera y me amarré con ella en un tronco como horqueta y por si me dormía y si llegara a caerme, no cayera del árbol, sólo iba a quedar colgado. Así que así pasé la noche entre durmiendo y recuerdo horquetado en ese árbol.

A la mañana siguiente a las cinco de la mañana me fui a donde pasaba el autobús por los que querían ir a la pizca de chile, que era en una tienda donde todos se reunían o se reúnen, tal vez, todavía. Me subí al *bus* y muy contento sólo pensaba que iba a acabar con todo esos sembradíos de chile y que iba a trabajar como esclavo, así que llegando al campo de chile, todos corriendo a agarrar el mejor surco de chile, yo también corría pero sin saber qué hacer porque ni sabía pizarcar chile, ni sabía cuál era el mejor surco de chile, pero como el Cholo me había aconsejado que hiciera lo mismo que todos los que iban en el *bus*, que hiciera lo mismo, pues ahí me tienen corriendo como loco, me puse en el primer surco que vi de chile y allí empecé a pizarcar, nos pagaban por bote 30 centavos el bote, ese día me gané como 35 dólares, era suficiente

para mí y sólo trabajamos hasta las 2:30 de la tarde, hasta ese horario dejaban de trabajar, así que paramos de trabajar y el *bus* nos regresó a donde nos levantaba, así que esa tarde ya tenía para poder comer y poder guardar dinero. Según yo, pero no tenía donde dormir esa otra noche. Yo no podía rentar cuarto porque no tenía ID y lo poco que ganaba sólo iba a ser para el hotel. Así que en la tarde otra vez estaba por otras calles del pueblo caminando y tocándoles las puertas a las casas pidiéndoles que me dejaran cortar su yarda o lavar su carro, hasta que llegué al final de una calle, ésa era la última casa de la orilla del pueblo y vi a una señora ya grande de edad, como de 55 años, y le dije: señora, usted ¿no quiere que le corte la yarda o que le lave su carro?, la señora me dijo: muchacho, sí me gustaría que me cortaras mi yarda pero no tengo dinero, le dije, no, no se preocupe, si no tiene no me pague nada, yo se lo corto gratis y le lavo el carro también gratis, la señora se sorprendió, ¿por qué gratis? me dijo ella.

Le dije, es que lo que no quiero es andar caminando en las calles porque me puede agarrar la *migra*, por eso sólo necesito estar dentro de algún terreno o una casa, bueno, la señora se veía una buena persona, así que me dejó entrar y me dio una corta yarda de manos, de ésos que son como cepillos. Ella no tenía máquina, no me importó, empecé a cortarle la yarda y terminé todo bien y luego le dije, también le voy a lavar el carro.

Ella me dijo, el carro no, no es mío, es de mis hijas y no sé si ellas quieran darte algo, yo le dije, no, señora, no me importa si me pagan o no, yo se lo lavo gratis. Así que allí se me hizo de noche, como a las ocho de la noche y la señora me invitó a cenar unos pescados que ella había cocinado, así que empezamos a platicar, empecé a contarle todo lo que había pasado, en dónde había dormido y todo lo que estaba sufriendo porque sólo quería trabajar para poder ayudar a mi familia en México.

Le di mucha lástima a la señora que ella me dijo, mira, muchacho, no te conozco pero con lo que me cuentas me conmoviste el corazón y ahorita cuando lleguen mis hijas, que son tres hijas que tengo y son las que pagan todo aquí en la casa, voy a hablar con mis hijas y si ellas dicen que sí, te podemos dar permiso de dormir aquí, pues te quedas aquí con nosotras, pero sólo te voy a pedir un favor me dijo la señora, mira, nosotras somos puras mujeres que vivimos aquí y tres niños hijos de una de mis hijas y sólo te voy a pedir un favor, que nunca nos vayas a faltar el respeto. Yo le contesté muy humildemente, señora, eso nunca pasará ya que mi mamá siempre me enseñó a respetar a las mujeres y a todas las personas también.

Así que llegaron las hijas de la señora y la señora habló con sus hijas de mí y sus hijas dijeron que no había ningún problema, que me podía quedar en su casa. ¡Uy! me sentí muy contento y feliz, por fin alguien me brindaba dónde vivir, continué mis días trabajando en la pizca y siempre que podía les ayudaba en la casa a las muchachas, en la casa barriendo, lavando los trastes, trayendo leña para la chimenea, en todo lo que podía. A veces les llevaba regalitos y detallitos, en un sentido bueno, sin faltarles al respeto, me empecé a ganar su confianza de la señora y de sus hijas y jugaba con los niños, los cuidaba como si fueran mis hijos o hermanitos, todos empezaron a verme como de la familia. Las hijas de la señora tenían la edad de, una era de 15 años, la otra de 18 años y la más grande de 22 años con tres niños.

Como a los tres meses que viví con esa familia la señora me dijo que quería hablar conmigo, así que nos sentamos y me empezó a decir, mira, Jesús, tú me has demostrado que eres un buen muchacho y una buena persona y quiero decirte algo, que mi hija la de 15 años me confesó y me dijo ella que tú le gustas y que le gustaría un novio así como tú, un buen muchacho. Así que ahora que ya te conocemos y sabemos que es verdad

que sólo trabajas para ayudar a tu familia, sabemos que tienes corazón bueno, así que si tú quieres te doy mi consentimiento y permiso para que seas novio de mi hija, así me dijo la señora, Yo le contesté, me siento bien agradecido con todas ustedes y gracias por pensar todo lo bueno de mi, pero yo tengo que decirle algo y ser sincero con ustedes, mire, yo soy casado allá en México y tengo una niña de como nueve meses y no puedo negarlas y tampoco puedo engañarlas, ni a ustedes, ni a sus hijas, ni a mi esposa, no quiero causarles ningún daño a nadie.

Yo le dije a la señora, por favor no vaya a mal lo que le voy a decir, su hija es muy bonita, pero no quiero lastimar a nadie, espero que me sepan comprender, la señora se puso triste y contenta a la vez y me dijo, Jesús, esto que me acabas de decir te hace una persona más de mi agrado porque si fueras otro hombre con malos pensamientos bien rápido hubieras aceptado y sólo para burlarte de nosotras o para agarrar papeles.

Así que pasé seis meses viviendo con esa familia y a los seis meses se acabó la pizca de chile y ya no tenía a dónde trabajar, así que siempre oía a muchos en la pizca que decían, acabándose el chile vamos para Phoenix, Arizona. Yo les preguntaba oigan y allá, ¿dónde queda esa ciudad? y ¿qué es lo que hay de trabajo en esa ciudad? Me decían, queda como a ocho horas de aquí y es una ciudad bien grande y no hay *migra* y hay mucho trabajo de todo. Bueno, entonces les decía, yo también quiero ir a esa ciudad. Ellos me decían, tú tienes a alguien allá o qué, yo les dije no, yo no tengo a nadie de familia, ni aquí, ni allá, ni en ninguna parte de los Estados Unidos, así que cuando les decía esto a los tipos no les interesaba mi compañía, ni querían a otro con ellos, así que yo escuchaba cómo planeaban su viaje, pero siempre yo escuchaba cómo le iban a hacer, dónde agarraban el *bus*, así que yo paraba bien la oreja y cuando se acabo la pizca de chile como a los siete meses, hablé con la señora y sus hijas donde me habían dado alojamiento.

Todas ellas me veían como de la familia y todas ellas se pusieron bien tristes cuando les comenté que tenía que irme para Phoenix, Arizona, porque allí en Deming, Nuevo México, ya no había trabajo, la pizca de Chile ya se había acabado.

Así que tomé el *bus* y sin tener a nadie en Arizona partí hacia esa ciudad, en el *bus* me encontré con un indio nativo de Estados Unidos y él me empezó a hablar en español y en el transcurso del camino nos hicimos amigos, él me contó que venía saliendo de la prisión, había estado encerrado cinco años por narcotráfico, eso me contó el indio y que él tampoco tenía ningún familiar en Arizona, pero que él sabía de unas misiones donde uno que no tenía a donde vivir podía ir allí y poder dormir, allí te daban una cama. Misiones son casa hogar de las iglesias o del gobierno, yo en ese viaje sólo llevaba como cien dólares.

Bueno, llegando a Arizona caminamos por unas calles y le invité algo de comer al indio, pero luego él encontró un grupo de indios en los callejones, todos borrachos, y el indio me dijo dónde estaban las misiones y él se quedó con el grupo de indios que eran de la misma tribu que él.

Yo seguí solo esa tarde, caminé y caminé hasta que llegué a una misión y así alcancé cama, me bañé y me dieron ropa limpia y en la tarde llegaban personas de las iglesias a darnos comida gratis.

Bueno, esa noche no me fue tan mal, siquiera tenía en donde dormir que era lo más importante.

Seguí viviendo en esa misión y todos los días salía a la calle a buscar trabajo, no conocía la ciudad, así que siempre trataba de no irme lejos para no perderme, pero nadie me quería dar trabajo, que no, que necesitaba papeles y que también tenía que tener una dirección donde vivir. Así que todo se me estaba dificultando pero no me daba por vencido, yo pensaba, ya estoy adentro de los Estados Unidos, que eso era lo más

importante y que tanto difícil me había costado cruzar la frontera, así que, pensaba, de hambre no me iba a morir, yo estuve haciendo rendir los cien dólares que llevaba, pero como al tercer día de vivir en la misión llegué muy tarde, ya no alcancé cama, ya todas estaban ocupadas, así que vi que había varias personas allí afuera de la misión durmiendo y allí me recosté yo también en una piedra bien amplia, que allí había debajo de un árbol, allí nadie molestaba, ni la policía, ni nada, pero como a la media noche empezó a llover y todas las demás personas se fueron de allí, no sé para dónde pero cuando todos vieron que empezó a llover, desaparecieron y yo me quedé solo allí, así que pensaba y pensaba ¿dónde me meto ahora?

El agua caía con más fuerza conforme pasaba el tiempo, traté de cubrirme debajo del árbol, pero el agua se colaba y me estaba mojando. En la misión todas las puertas estaban cerradas, no tenía a donde ir y la lluvia continuaba más recio, así que de repente miré hacia una calle y vi un *domper* de basura y tenía tapadera, no le entraba el agua, así que tomé unos cartones de las personas que se habían ido y me metí en el *domper* de basura. Lo bueno fue que el *domper* de basura estaba vacío y lo cerré y allí me quedé, no podía dormir porque las gotas de la lluvia sonaban bien fuerte en las tapaderas del *domper* de basura.

Como a las cuatro de la mañana un tipo llegó e iba a tirar basura en el *domper*, pero cuando me vio se espantó y me preguntó qué hacía allí dentro, le dije, que porque no tenía dónde ir y la lluvia estaba muy fuerte, el tipo dejó su basura afuera y me regaló una toalla para taparme y se marchó.

Al siguiente día seguía buscando trabajo, pero no encontraba nada, pero ese día en la tarde llegó un paisano a dormir a la misión y empezamos a platicar y le dije que ya casi iba a tener una semana allí y no encontraba trabajo y él me dijo que él iba a comentar a su patrón a ver si necesitaba a alguien más

en su bodega de muebles, así que ese paisano al siguiente día me dio una buena noticia, me dijo que sí, su patrón necesitaba a una persona más en su bodega de muebles.

Así que allí empezó mi buena suerte porque esa compañía tenía a puros paisanos mexicanos ilegales trabajando con ellos y nos daban apartamento y nos pagaban barato pero nos ayudaban de buena manera, el patrón era *gringo* pero muy buena persona y después de entrar a trabajar en esa compañía, empezó mi vida a correr con muchas cosas buenas, 10 años viviendo en los Estados Unidos sin problemas y pude ayudar a mis familiares, traje a muchos familiares para los Estados Unidos, tuve una compañía que logré incorporar. Bueno ésa es otra larga historia de mi vida.

Y ahora estoy preso y ésta también es otra larga historia, pero ustedes anunciaron en TV que sólo la experiencia que había pasado al cruzar la frontera, pero si ustedes desean yo con gusto les cuento todo lo demás, por mí no hay ningún problema sólo me envían una carta diciéndomelo, o.k. "Gracias".

Hola, mi nombre es Jesús Hernández de Jesús  
Nací el 2 de Marzo de 1974 en Acapulco, Guerrero, México  
Soy un preso que estoy en una prisión de Denver, Co.  
Limon Correctional Facility  
49030 State Hwy 71  
Limon Colorado 80826



# Tesoro nacional o cómo no deprimirse en Portland

Sofía Molina-Moshkov (Suripanta Angelina)  
*Categoría B / Mención Honorífica*

## Prólogo

**E**n una húmeda y selvática vereda, su vista se saciaba de verdor y de maleza inacabable. Intuyó que a la vuelta de tal vereda —ahí nomás, “tras lomita”— una estela, o una sorprendente pared de jeroglíficos, o una imponente pirámide le saltarían al paso... y de pronto sintió aprehensión: estaba sola, explorando la interminable colección de helechos, de árboles altísimos, de copas enmarañadas con miles de hojas, musgos y lianas.

Cuatro jóvenes silencitos cruzaron en dirección contraria a ella.

—*Hi.* -dijeron a la aparente güera gringa.

—*Hi.* -dijo ella, para ahorrar explicaciones.

Unos minutos más de descenso por la imponente veredita bastaron para advertirle que se perdería si continuaba adentrándose y siendo ésta la primera vez que andaba por ahí, mejor se dio media vuelta. En cinco minutos se topó de nuevo con los “paisas”, en un espacio abierto donde había cuatro bancas y un mapa metálico que podría informar: “Zonza, la vereda llega hasta acá y baja por acá”. Los jóvenes, sentados cada uno en una banca distinta, platicaban: su lenguaje era una música tijereteada y frenada que flotaba en notas altas y bajas,

susurrando su sinfonía hasta las copas de los árboles, como pajaritos mañaneros. Y la mujer se “viró”, feliz.

—¿Hablan maya? — preguntó sorprendida...

—Y usted ¡¿habla español?! — dijo uno.

Ahora sí volteó a buscar las estelas, el cenote, las blancas columnas labradas y los observatorios avanzados.

El hombre americano que pasó trotando la trajo a la realidad y la hizo percatarse de que no estaba en ninguna selva mexicana. Estaba en Forest Park, en Portland, en el verdísimo Oregon. En el que sería, en dos semanas más, su nuevo hogar. Y, sin saberlo, entre esos cuatro jóvenes mayas, contemplándola confundido por la inmediata amistad que les brindó una niña “bien” de la Ciudad de México...estaba el que fuera a ser su esposo.

## **Destino no**

Hay una calle en el cuadrante noroeste de la ciudad de Portland que posee cafés, restaurantes, tiendas y pastelerías. Todo es muy bohemio, atractivo y caro. Naturalmente, como en miles de ciudades en Estados Unidos, en las cocinas, bodegas y alacenas de todos estos negocios están los cocineros, reposteros y ayudantes mexicanos, junto con otros latinos variados. Por ahí un croata o ruso desbalagado, que en lo que aprende inglés bien, no puede usar su título de ingeniero o de doctor todavía, así que está picando zanahorias y pelando papas mientras tanto. En cinco años validará sus maestrías, y tendrá palancas, y ya hablará, o tendrá su núcleo social. Y la tendrá hecha. Pese a sus constantes quejas y sus frases que empiezan siempre con: “En mi país...”, tiene estatus migratorio de refugiado. Llegó en

avión, con ahorros, con su familia y tras tener una gran fiesta de despedida en su ciudad, donde era profesional acomodado. Cuando mucho, su arribo desde el rincón de Irán, de Ucrania, o de Corea, le tomó veinte horas, y hasta le dieron coctelitos y películas recién estrenadas en el vuelo.

El pinche latino —no quise decir latino pinche— estará de pinche probablemente por varios años más. Y los mayas de Portland trabajan duro, muy duro. En su mayoría, llegaron solos. En su mayoría, siguen solos, cada uno vive en una recámara de un modesto lugar donde comparten la cocina con otros tres o cuatro. Y cuando no trabajan, *chelean* en sus sordidos departamentos, mismos que se encuentran en este cuadrante bohemio y atractivo del noroeste de Portland, todos sobre la misma calle, a distancia caminable de sus emperifollados lugares de trabajo.

Y combaten la soledad con la compañía de la ocasional güerita, y combaten la tristeza refugiándose en comer *poc chuc*, panuchos y salsa de habanero “tamulada”. Pequeños placeres domingueros dedicados a correr —y que logran, más bien, alcanzar— la nostalgia con tortillitas, aunque éstas salgan de una bolsa de plástico... y no de las diestras manos de una devota mamá. Y los jóvenes hombres mayas mandan sus envíos con esperanza y con esfuerzo: algunos con cuentagotas, algunos sus salarios enteros, algunos lo que no les volaron...lo que se pueda.

Los años pasan, como resina de árbol, escurriéndose lenta, lentamente. Hasta que, si son suertudos y se logran zafar, regresan a casa:

A conocer a sus hijos...quienes ya tienen esposa...

A visitar la tumba de los padres, quienes pasaron a mejor vida hace tres sexenios...

A ver que “todo está más chiquito”, que “¿ya no está esto aquí?”...

Y a ver que todo y nada ha cambiado.

## Ahora te toca cruel destino

El *Arracas* le abrió la puerta a la bola de mastodontes y bufadores que buscaban a su hermano para darle en toda la torre. A fin de cuentas, pensó él (y ahí metió la pata), hay que ser civilizado e invitar a pasar a nuestros hermanos paisanos. Por su mente pasaba que lo correcto era escuchar y responder a la acalorada querrela del hampón gritón que clamaba en mal español. No era muy claro cuál era el argüende: si le habían quitado la chamba, la novia, o, en el peor de los casos, la mota o el "cristal". Para cuando lo tenía enfrente, ya era obvio que los efectos del cristal más bien como que estaban haciendo efectos en la sangre y la cordura del peleonero.

El *Arracas* se les plantó y defendió a su carnal. Así que le metieron un plomazo en el brazo, otro en la cara, y lo dejaron tumbado en la banquetta, dándolo por muerto, a que se desangrara y lo encontrara el hermano. Su último pensamiento en la ráfaga de balazos, tras meditar a mil por hora en su mamá, en su tierrita, en su pueblo, en su familia, en sus amigos, en su hermano defendido, fue: "Ni un año en esta tierra lejana." Y todo se enturbió y luego se puso negro. Y negro fue el período de dos semanas en el hospital. Y por unos cuantos años, El *Arracas* mandó gran parte de su salario a la cuenta de hospital... y nada a la familia en Yucatán.

Y quien sabe cómo, sobrevivió: chupando sopa con un popote, mascando bolotas de chicle para recuperar fuerza en su músculo masetero. Tres, cuatro meses pasaron desde que le atravesó el cráneo el plomazo, royendo en su trayectoria un pómulo, un puente de la nariz, cortándole tres fibras ópticas del ojo derecho, y escapando por la sien, a milímetros del cerebro. El *Arracas* quiso morirse. Todo había llegado a su fin, a sus veintiséis años...

La lluvia y el frío contribuyeron a su tristeza, y por poco y se lo jalaron a la depresión profunda. Muchas horas en la oscuridad y silencio de su cuartito, El Arracas se adentró filosóficamente en pensamientos mórbidos de rencor, de coraje, de angustia, de desesperación... Pero fue más el jalón de conciencia de un hombre con responsabilidades a 6000 kilómetros de distancia. Y El Arracas regresó a trabajar y se puso fuerte otra vez y contribuyó a la esperanza de sus familiares... héroe sin rostro que rescata y propicia sin esperar nada a cambio.

Héroe que únicamente cuenta las décadas suspirando esperanzado. Hasta que pueda volver a contemplar —con la vista que le queda— un tranquilo atardecer desde su hama-ca, rodeado por aquellos que sí pudieron continuar yendo a la escuela en lugar de sembrar o arrear ganado, gracias a su generosidad importada de Oregon.

## **La otra cara de la mona aunque se vista de seda**

Yo he dado clases gran parte de mi vida. Estudié también gran parte de mi vida, y conocer países y culturas fue siempre esencial para mí. Sin saber qué podría mejorar o empeorar en mi vida, me fui a Estados Unidos al culminar mis estudios universitarios. Sólo sabía que el sexenio anterior en cualquier familia que visitábamos tenía al hijo graduado con la misma querrela: “No encuentro trabajo. No encuentro trabajo.”

Y comiéndome al mundo, llegué a Los Ángeles. Hice teatro, di clases, escribí, dirigí, me fui de viaje, visité a mi familia cada año, viví noviazgos, me casé, compré mi hogar, tuve chambas, me divorcié, tuve carrera... y la ciudad, me era vacía y fea. Nunca me satisfizo... nunca me gustó. Para mi buena suerte, no encontré mucho trabajo en Los Ángeles, ya

estaba saturado de gente ávida de trabajar como traductores más horas por menos dinero. Tomé un trabajo en Nevada, luego otro en Missouri, en Illinois, en Washington... Al iniciar proyectos de traducción para los cuales me mandaron a tantas ciudades, determiné que Los Ángeles no era para mí. No había sido mi ciudad durante 18 años, si bien su ubicación era conveniente para regresar a casa sin problemas, o para ir al dentista en Tijuana.

Mi sorpresa fue llegar a Portland a escuchar las estadísticas de depresión, de tristeza, de suicidio. Se le denominó "la ciudad más triste de Estados Unidos" en una página de Internet. Fue un crudo invierno, pero los momentos que no tuve trabajo en Los Ángeles fueron más crudos aún. Así que cuando me contrataron para trabajar cuatro meses en la pequeña y encantadora ciudad de Portland, con mucho gusto acepté.

Mi labor consiste en establecer vínculos entre agencias de gobierno y ciertos ciudadanos, mayormente de origen mexicano. Fue por primera vez en este trabajo que utilicé los conocimientos de español al parejo que del inglés. Es duro vivir desarraigada: voy de ciudad en ciudad, capoteando la crisis económica que ha desolado Gringolandia. Hay veces que me topo con gente muy pobre, muy deprimida, muy necesitada. Hay muchos, muchos mexicanos por acá, pero pocos son acomodados, o pues...si hay gente "Totalmente Palacio", no me los he encontrado... pero se me hace que más bien se quedaron en sus casonas en Monterrey o en Las Lomas. Muchos de los que "la hacen" en Estados Unidos pues mejor se casan con su americano (a), tienen dos niños que no hablan español (quezque entienden), y conocen Cancún o Loreto (o peor aún, nomás Apatzingán), y mejor se quedan escudados en su carrazo o tras las rejas de su casa, la cual logran pagar en treinta años en lugar de cincuenta, como los "otros". O, por misteriosas razones, las compraron al *cash cash*.

Me siento afortunada de tener trabajo. Me encanta viajar y conocer nuevas gentes, ciudades, si bien también al final del día... en mi aislamiento de vivienda temporal: me acongoja estar lejos de mi familia. Antes de irme a dormir, pienso en la cotidianidad que no ha sido mía por ya dos años. La lectura de algún libro que me prestó el hotel me amodorra, abrazo mi almohada, y sueño, a veces, con una casa grande... con mis muebles... y mis libros... y mi perro y mi...ZZZZZZZZZ.

VAMOS A ESTAR SOLOS, JUNTOS.

Y, sin saberlo, entre esos cuatro jóvenes mayas, contemplándome confundido por la inmediata amistad que les brindó una niña “bien” de la Ciudad de México...estaba el que fuera a ser mi esposo.

—¡Qué buena onda! Yucatecos en Portland. Miren nada más.  
Y ¿son de Mérida?

Los cuatro me contaron de dónde eran, en qué trabajaban, cuánto tiempo llevaban acá.

—Pues me gustaría mucho ser su amiga, yo también trabajo aquí, y no sé hasta cuando. A ver si nos juntamos, hacemos tertulia, cocinamos algo yucateco. — dije, mientras sacaba un papelito donde empecé a anotar mi teléfono celular.

El más chaparrito y el más alto abrieron sus celulares y teclearon mi teléfono móvil, mientras lo dictaba yo. El alto estaba más cerca de mí....

—Y usted ¿me puede dar su número?

—Sí, es el tal por cual...

—Y bueno, “aí” nos veremos...

Al día siguiente, por supuesto, me notificaron que ya se me terminaba el proyecto de traducción y que podía yo regresar a mi casa. Así que el miércoles hablé al teléfono del alto para comunicarles que nuestra carne asada no podría llevarse a cabo, pues ya me iba yo...y un mensaje automático me decía: “El número que usted marcó está desconectado.” E inmediatamente pensé, desinflada: “¡Los mayas me dieron el avión!”

Y me fui a Los Ángeles...pero el miércoles llamó. Y el domingo regresé a Portland, para ya no irme más. Yendo por segunda vez bajo las copas de los mismos árboles del tupido Forest Park, me contó su vida, con más detalles y cuitas y aventuras por muchos estados, y con ternura me acarició el alma.

## Si no nadas, te ahogas en un vasote de lluvia

*El Yodas* habló para preguntarle al *Arracas* si tenía algo que ponerse, pues tenía una ropa demasiado chica para él... y se la regaló. El inventario de una fábrica contaba con piezas irregulares producidas en una línea, y en el invierno más crudo en la historia de Oregon, calzaron a varios friolentos descalzos. En otra región de la ciudad, en el restaurante donde el hermano trabajaba, las abandonadas y suntuosas viandas extras de una boda se les repartieron a los de la cocina, y de vuelta en el edificio, todos los muchachos recibieron sus cajitas en los departamentos...

La tragedia de la pérdida de trabajo de J\_\_\_\_\_, lo llevó a perder su cuarto, y a encontrar la decisión de mejor ya volver a su patria. Sin preguntas, inmediatamente El *Arracas* le dio dinero para comer, el L\_\_\_\_ le brindó un rinconcito cuando ya no

pudo pagar renta, y entre todos se cooperaron para que sacara su pasaporte, su boleto de avión y pudiera regresar a casita. El cuadrante noroeste continúa apoyándose y ayudándose cuando se puede, con lo que se pueda.

No son, como es de esperar en la historia del inmigrante, ni asiáticos ni judíos, de quienes siempre se alaba la cualidad de unificación, de lealtad común. La sorpresa fue que era un grupo de latinos, específicamente mexicanos de Yucatán, el que se pasaba de mano en mano la equidad y sin ella, no hubiera ninguno de ellos podido salir a flote. Lejos de envidias y empellones para “salir yo primero”, los mayas en silencio unen sus brazos para que el otro escale y salga del hoyo...

## Ya llegó su chilanguita

—Mmmmm! Sí cocinas bien, está buenísimo este ceviche. — le dije al paciente *Arracas*, cuando por fin pude morder la tostada llena de camaroncitos amontonados, los cuales estuvieron cociéndose en jugo de limón casi una hora. También estuvo delicioso el frijol con puerco y los caldos de mariscos que me ofrendara en otras ocasiones.

—Come mucho. Ya quisiera yo comer con tanto gusto. Pero por eso está usted tan hermosa...

Y con esto, tras servirle un flan que le hice, me lo comí a besos a él.

El primer comentario discriminatorio al anunciar nuestro vínculo me hirió sobremanera. Como si necesitásemos que alguien nos dijera que “somos diferentes”. Si lo sabemos bien, pero nuestra simpatía, soledad, cariño y nueva situación geo-biográfica nos aventó juntos, sin saber por qué, pero

aliviándonos a ambos de nuestra sed de amar a alguien comprensivo... A fin de cuentas, tenemos proyecto: queremos abrir un negocio, trabajar duro, visitar a toda nuestra familia y amigos en México. Y aprendí de su bondad y su forma de ser amigo incondicional que también una defeña como yo puede abandonar su egoísmo y procurar jalar parejo con los otros inmigrantes de mi país. Voy a enseñarle inglés bien. Trataré de aprender y platicar en su idioma. Hemos sido muy fuertes y lo vamos a ser aún más.

Tras esto, nuestro impermeable que se formó de una capa de determinación, cosida con hilos de testarudez y salpicada de tolerancia, nos cubrió a mi maya y a mí, bajo la lluvia de chismes, prejuicios e incompreensión. Junto a él, viviré y trabajaré optimista con su cariño rascándome el corazón...lo demás...se nos resbala.

El *Arracas* y yo miramos el cielo que caía a goterones, *chaac* purificadora que a muchos otros, según la Internet, produce tristeza; a él y a mí nos produce abrazos crujientes, sonrisas, suspiros y calorcito en un modesto cuarto del cuadrante noroeste. A pocas cuadras, Forest Park absorbe el agua y —como nosotros— reverdece sus raíces antes de cruzar inviernos, primaveras, y florecer lleno de esperanza.

FIN

## III Parte

---

*Categoría C*  
*Participantes residentes en el resto del mundo*



## El triple exilio

(La otra bruja de abril)

**Categoría C / Ganadora**

**H**ay quienes dicen que la migración termina cuando uno aprende a confundirse entre las caras de un país distinto. Que migrar es simplemente ir de un punto a otro, llevar un adiós tatuado en la boca y esquivar el filo en las pupilas de quienes nos miran. La verdad es que, hablando en términos de adioses, por cada uno que se corta la raíz hay cuatro que sangran. El número puede variar, lo que no varía es la figura: uno se va pero los que se quedan se quedan, de hecho, acariciando el vacío. Lloran pero el luto lo lleva en el cuerpo quien se marcha. Los *idos* conocemos la naturaleza de la verdadera pérdida y es que cuando uno deja lo que tiene deja también *al que fue* en función de los otros, en función de la casa y del país en que creció.

Podría decirse que somos agua: tomamos la forma del recipiente que nos contiene. Quienes nos vamos vivimos entre encontrar cierta estabilidad en nuestro vaso nuevo y conservar alguna propiedad del sólido: la de no mutar, no ser soluble, la de ser piedra en el zapato del mundo, pero piedra que no pierde sus cantos y que a través de ellos siente conectarse con todas sus genealogías para no olvidar quién es, de dónde viene.

Yo nací y crecí en Monterrey, México, bajo el título nobiliario de "hija de familia". Desde pequeña decidí que lo mío era escribir y desde entonces mi vida pareció estar resuelta. No sé a qué se deba exactamente esa sensación de tomar la vida como viene, siempre con la certidumbre de que llenaremos un destino específico pero me desterró de la mente cualquier duda. Nací, escribí, crecí, escribí y a toda la gente le gustaba lo que

hacía. A los dieciséis años, mientras las chicas de mi generación se iniciaban en las fiestas y las citas, yo me tomaba fotos en el jardín de Los Pinos con Martha Sahagún y Vicente Fox. Más tarde, al entrar a la universidad parecía obvio seguir la línea de las letras. Estudié literaturas hispánicas hasta que por veredicto de algún dios vine de vacaciones a Suecia, me enamoré de un sueco que se enamoró de mí, abandoné el oficio de ser “hija de familia” y dejé mi nombre de escritora por ahí, tirado entre los libros que me llenaban la recámara.

Éste es mi oficio. Publico desde que era adolescente. En un trabajo así no cualquiera se atreve a abandonar su nombre. He visto a muchos intentarlo pero es difícil, sobre todo cuando el futuro del trabajo de uno descansa en la medida en que nuestro nombre se difunde. Hay quienes se van y regresan porque no pudieron volverse, quienes hubiesen querido o porque es prácticamente imposible penetrar en los círculos intelectuales extranjeros en donde uno no goza el privilegio de los años y las caras conocidas. Otros se van y regresan porque su línea de trabajo, sus temas o su desarrollo del género no dan la medida necesaria para convertirse en clásicos, digamos, volverse universales y ser apreciados de la misma forma en todas las culturas. Otros se van y al irse terminan disolviéndose. Yo tengo *la virtud del no*. Mi naturaleza, dicen, será siempre la del polo negativo. A eso le atribuyo mi supervivencia.

Después de seis meses y una entrevista en la Embajada de Suecia en el D.F. obtuve un permiso de residencia provisional. Dejé México definitivamente en agosto de 2008 y vine a vivir a Göteborg, ciudad costera en el sur escandinavo. Durante las primeras semanas lloré cada noche antes de dormir. Romperse era tan necesario como quitarse del cuerpo un órgano que empieza a corromperse. Pensaba en las noches al llegar a casa después de la universidad y en las pláticas con mi papá, sentados a la mesa después de la cena; pensaba en mi abuela

con alzheimer (“¿Me recordará la próxima vez que me vea?”, me preguntaba y los mocos me salían a chorros), en mi hermana menor y todos sus intentos de suicidio y en mi perro sentado en el umbral del cuarto, aullando sin poder entender exactamente lo que significa una recámara vacía.

¿Cuál es la naturaleza de las separaciones? ¿Cuál es la naturaleza de los vínculos que se crean como consecuencia de esas separaciones? La mutación del núcleo familiar, el cambio de roles, la sucesión generacional por ciclos naturales; nacer, crecer, amar a la familia y al lugar donde crecemos y luego abandonarlos para perseguir una vida que ni siquiera podemos estar seguros de que existe, guiados solamente por una fe tilhada de egoísta.

Durante muchos días anduve como fantasma en calles habitadas por otros fantasmas, pero ¿por dónde empezar a poner orden cuando ni siquiera encontramos, en medio del caos, todos los fragmentos de nosotros mismos?

Antes de abandonar el país me entusiasmaba escribir y publicar, exhibirme y darle al otro algo con que apaciguar sus propios dolores. Aquí, además de no tener nombre, no tenía lengua. Busqué algún espacio, busqué convocatorias y concursos para poder vaciar mi tristeza en otros ojos, pero me encontré primero con una pérdida doble: al dejar México renuncié sin darme cuenta al derecho de participar en casi todos los concursos y los programas de becas que se otorgan en mi ámbito. Era así, una desterrada con todas las erres de la palabra. Me creció en el vientre un sabor a exilio que todavía me sube por la boca de repente. Luego me vino la ira cultural. España se convirtió en la patria más cercana de mi lengua materna, cualquier posibilidad de tener mi nombre de regreso estaba ahí, servida en los platos de sus dictaminadores. Escéptica y con un odio centenario casi inconsciente envié un libro a Madrid. Los meses previos al fallo estuve a punto de tirarme a la bahía

varias veces. Había empezado a oír voces en la casa. Las tuberías sonaban como mujeres cantando. Se sobrevino el invierno escandinavo pero era inmune al frío, a toda agresión externa, a todo lo que no viniera directamente de los dientes o los ojos de quienes me veían. Y entonces me vino el primer reencuentro conmigo.

Ser un inmigrante en Suecia es ganarse la membresía de un club de locos. El único problema que deben sortear los nativos de esta sociedad casi perfecta es tratar de mantenerse cuerdos. El ser humano es problemático y cuando uno ha encontrado soluciones para los problemas políticos, económicos y sociales que lo mantenían atado a una realidad concreta es bastante fácil perder la perspectiva. Muchos hombres y mujeres son alcohólicos o viven con depresiones crónicas, otros terminan matándose cuando llega el invierno con sus veinte horas de noche. “Vivir aquí es antinatural”, me han dicho algunos, “maldito el momento en que a un homínido se le ocurrió tomar norte y asentarse para siempre sobre el hielo. Eso de ir a trabajar antes de que amanezca y salir cuando ya es de noche durante casi seis meses no es de seres humanos”. Yo vengo del semidesierto y conozco las garras del sol en la espalda, así que los consuelo argumentando que vivir encerrados leyendo y pensando es lo que les ha permitido ser el modelo social que son ahora. Muchos se van a México pero regresan porque les asusta la desesperación que fecunda esa violencia a la que los mexicanos nos inmunizamos al crecer. Son gente noble cuyo único problema es no tener problemas. Yo los quiero, los abrazo todos los días como si fueran parte de mi propia carne y porque compartimos dolores profundos, de tono distinto pero en los mismos colores.

Empecé a estudiar SFI o *svenska för invandrare* (sueco para inmigrantes). En mi salón de clases se mezclaban palestinos con israelíes, musulmanes y judíos, cristianos y católicos

romanos ortodoxos, hinduistas, budistas y personas sin más fe que en el dinero. Siempre me he considerado una amante de la historia de las lenguas y las religiones y moverme en un ambiente tan heterogéneo me resultó tremendamente fértil al principio. Luego, después de analizar los distintos sistemas morales, de creencias y la permanencia de muchos de sus mitos y explicármelos a través de un estudio personal de las culturas, empecé a sentir que estaba volviéndome loca. Ser una transterrada y enfrentar las crisis consecuentes de identidad cultural es una cosa. Ser una transterrada con el ojo entrenado para sacar radiografías ideológicas es monstruoso. Creyente fervorosa de la mujer liberada, desarrollé cierto pánico por las mujeres con *hiyab*, ésas que llevan el nombre de sus hermanos muertos en los brazos, un país deshecho entre los ojos y un montón de sombras en la cara. Mi pánico no era porque me parecieran repulsivas sino porque es inevitable encontrarse a uno mismo a través del otro y la raíz de mi terror era precisamente el hecho de que algún Dios o sus representantes en la tierra las obligaran a despojarse casi por completo de su naturaleza femenina. Desarrollé también una fobia a las manifestaciones religiosas, la repulsión más negra en cuanto a los crímenes por honor, un terror profundo hacia cualquier aspecto que marcara una diferencia cultural entre unos y otros porque me di cuenta de que la diversidad se vive todos los días bajo un concepto malentendido, una licencia universal para ser dentro de nuestras propias minorías, totalitarios, injustos, presos del prejuicio en una sociedad que nos abrió los brazos quizá bajo la creencia de que el mundo se rige por valores universales como el respeto a la hospitalidad y el ejercicio de la apertura ideológica. Llegué al punto en que uno se cuestiona qué es lo que nos hace humanos, qué es la individualidad, cuál es el peso real de la cultura, ese monstruo que llevamos en las venas, porque es natural ser curioso con respecto a lo que nos resulta diferente,

pero el diálogo abierto está prohibido en todas partes, aunque con las mejores intenciones, siempre en nombre de lo políticamente correcto para evitar violencias: la mente cerrada en sus propios principios no distingue entre otredad y comparación nociva.

Una crisis de valores, una mutación en nuestras convicciones más profundas, una reordenación de nuestros sistemas ideológicos que redundan en la hibridación de lo que somos es a lo que nos enfrentamos quienes dejamos el techo paterno y nos aventuramos en un mundo que a pesar de no ser tan gris como se piensa, tampoco es lo que se dice rosa.

Casi seis meses después de haber enviado un libro a España se me notificó que había ganado. Más que tener para comer un mes completo, el premio significó la recuperación de una parte de mí que ya creía perdida, no porque fuera a dejar de escribir (aunque el hecho de carecer de espacios y estímulos destruyera en gran medida el propósito del acto creativo, que es el de transmitirle algo al otro) sino porque el reconocimiento en la patria europea de mi lengua me abrió la posibilidad de ejercer mi oficio fuera de los círculos incómodos de la localidad en que crecí. Me devolvió la confianza y me ayudó a romper el odio genético hacia esa cultura que según la historia nos quemó nuestra primera identidad hace varios siglos.

Unos meses después de recibir el premio viajé a México para visitar a mi familia y, por supuesto, las reacciones para conmigo no eran las mismas de cuando me fui. Al estar de regreso en casa viví bajo una alegría extrema, pero también bajo un rechazo permanente. A pesar de conservar *la virtud del no* y de haber discutido sobre todo lo discutible en mi propia casa durante toda mi vida, nunca antes los aspectos enfermizos de nuestras costumbres familiares se me habían hecho tan evidentes: la violencia verbal entre unos y otros, los apodos, los “zapes”, el subirnos el rango de hermanos mayores al poner el

pie en el cuello de los chiquitos. Quise explicarlo a mis papás y a mis hermanos como siempre lo había hecho, discutiendo, argumentando, tratando de hacerles ver lo negativo de ciertos hábitos hasta entonces invisibles. Mi hermano se hartó y terminó diciéndome: “Nomás te fuiste y ya eres otra, te crees sueca, ya no eres mexicana, ¿qué estás haciendo aquí? Si no te gusta lo que hacemos deberías irte otra vez pero definitivamente”.

Cómo sentarme a explicarle que hablar en términos de “sueca” o “mexicana” ya no venía al caso. Cómo hacerle entender que las nacionalidades deben ser tomadas como referencias para entender en dónde radica lo que nos diferencia a unos de otros a nivel cultura y no para determinar en ningún grado cuánto valen las personas. Mi propio hermano estaba desconociéndome. La última fibra que me unía a mi raíz parecía haberse roto.

Mi exilio doble se convirtió en un exilio triple, esa propiedad del sólido que intentaba mantener de alguna forma, ese vínculo entre el cuerpo familiar y mi propio cuerpo yacía deshecho por el rechazo de la otra parte hacia mí. Ya no era yo quien se marchaba por gusto. Mi hermano estaba echándose porque “ya no era la misma” y la nueva yo le resultaba una amenaza para ese orden familiar que había empeorado considerablemente desde que me fui. Mis papás meditaban al respecto. Era su hija después de todo y aunque hubiese regresado convertida en la mismísima peste no iban a lanzarme a los leones.

No lo dije, pero a partir de ese día empecé a sentir la necesidad del regreso, de volver a estas calles a las que llegué como fantasma y a los tranvías llenos de gente que sueña con el sol. Extrañaba hasta a las mujeres con *hiyab*, quienes a pesar de horrorizarme todavía eran por lo menos mis monstruos conocidos, nada que viniera a romperme de súbito o a decirme

lo que soy o lo que no con toda la autoridad de quien nunca se ha ido.

Yo quiero a mi hermano a pesar de su machismo estúpido y de haberse atribuido un rol de padre que no le corresponde. Una noche, después de cenar, saqué de la cartera un billete de quinientos y le dije: “Ándale, tráete unas cheves y unos chicharrones. ¿Te gusta el pedo, no? Tú y yo vamos a platicar.” Se puso serio y desvió los ojos. Agarró las llaves del carro y se fue. Pasaron dos horas. Cuando empezaba a pensar que se había largado con el dinero, vi las luces del carro en el porche. Traía un cartón de caguamas, dos bolsas de chicharrones y un gesto raro en la cara. Parecía un niño al que llaman a la dirección de la escuela por algo de lo que es culpable. Entendí que quería disculparse por haber sido un bruto, pero ese vicio de la hombría cultural se lo impedía. Él no iba a ponerse, digamos, “débil”, ni a externar *sentimentalismos femeniles*. Tuve que mimetizar sus actitudes para hacerlo hablar abiertamente.

Nos sentamos en el patio. Hacía un calor espantoso como cada noche de julio en Monterrey. Silencio. Se escuchaban los grillos y el crujir de las bolsas de chicharrones. “¿Cómo ves a la gorda?”, me preguntó finalmente, refiriéndose a mi hermana. “MARISOL”, enfatiqué porque no me gustaba que le dijera “la gorda” ya que durante años había sufrido muchísimo por su sobrepeso, “está muy descompuesta, güey, deberías dejarte de cosas y hablar chido con ella de vez en cuando. Si vas a andar creyéndote el fuerte de la casa tienes que creerte el fuerte en todos los sentidos ¿o qué, muy chingón para andar prohibiéndole con quien salir y luego nada de nada a la hora de levantarle el ánimo?”. Se quedó callado un rato. “Yo sé que no soy perfecto,” dijo el tonto que, de hecho, se creía perfecto, “la neta es que a veces no sé cómo hablarle”. Le dije: “Pues te pones al tiro o se la lleva el demonio. ¿Qué tal que te tomo la palabra y me largo y no vuelvo? ¿Quién va a molestar en

decirte cuando la estés cagando?”. Lanzó un eructo audible tres cuadas a la redonda y balanceó la mecedora con el pie. “Tienes razón”, dijo, y me sorprendió que lo dijera, “Tengo muchos años haciendo las mismas pendejadas y no me doy cuenta si dañan o no a los demás”. Entonces, algo conmovida por el tono humilde con que hablaba, empecé a contarle lo que había vivido cuando llegué aquí, las crisis que tuve, los vicios culturales que debí quitarme para integrarme a un ambiente en que la violencia en todas sus expresiones, la corrupción y la intolerancia son repudiadas abiertamente no sólo en el decir sino en la práctica, las transformaciones que sufrí en ese proceso de adaptación a mi vaso nuevo (porque somos agua), el sentimiento de no-pertenencia en todos los aspectos. “Ya no soy la que era antes de irme pero tampoco soy como los que viven allá y tampoco soy como los otros que llegan. Te vuelves *persona* o te vuelves *persona*. No puedes darte el lujo de ser un idiota, claro, a menos que quieras ser relegado por todos. La gente sin criterio en ninguna parte es bienvenida. Aceptas para que te acepten aunque eso implique dejar de ser, en alguna medida, lo que siempre has sido. Se te mueve el mundo, simón, se te hace más grande. Aprendes a verte con ojos distintos y al abrirse el panorama te vuelves mejor ser humano... aunque luego regreses a casa y te quieran correr como a un perro”. Mi hermano estaba con el rostro desencajado. Se levantó diciendo que tenía que ir al baño pero lo oí llorar. Me hice la sorda. Le iba a tomar más de una plática de borrachos deshacerse de la coraza cultural que traía encarnada, necesitaría salirse y ver cómo se vive más allá del Cerro de la Silla para decapitar a sus propios monstruos y prejuicios. Yo tenía bastante con haber podido explicarle la razón de todos mis cambios. Al menos ya no andaría de hocicón queriendo echarme y, quién sabe, quizás hasta Marisol lo disfrutaría con el tiempo. Ella había sido la más afectada cuando me fui y a pesar de que platicábamos

constantemente por videollamadas, sus temas giraban siempre en torno a la tiranía de mi hermano. ¿Qué puede hacer uno desde lejos? “Ignóralo, es un idiota”, le decía, “haz lo que creas que es mejor para ti y no dejes que te prohíba nada. Ya tienes casi veinte años, Marisol. Haz hecho muchas estupideces y por eso desconfían de ti, pero la única forma de mostrarles lo madura que te has vuelto es haciendo cosas positivas ahora y no simplemente mostrando sumisión ante cualquier prohibición estúpida”. Mi hermanita lloraba mucho porque ya no estaba allí para interceder por ella. A mí me dolía en los huesos pero tenía que dejarla hacerse de sus propias armas. Eso es parte de crecer, después de todo.

Al término de las vacaciones en Monterrey me sentía mejor conmigo misma y con el mundo. Estaba en paz con mi situación de exiliada, se habían ordenado muchas cosas en el ámbito familiar y mi hermano se portaba mejor o había empezado a intentarlo. Regresé a Suecia sintiendo que regresaba a mi propia casa. Lloré un poquito al ver los bosques conocidos por la ventanilla del avión y al escuchar al piloto darnos la bienvenida a Göteborg en sueco. Ya hablaba el idioma y lo entendía perfectamente. Sentía un montón de cuerdas en el pecho rascadas como por manos invisibles. Con el paso de los días volví a la escuela y a pesar de discutir sobre cultura y sociedad de la misma forma en que lo hacía antes de irme, al menos al estar de vuelta sonreía al recordar las diferencias en mi propia casa, la casa paterna, otro club de locos al que nunca dejaría de pertenecer.

Terminé el curso avanzado de sueco para inmigrantes (*Svenska för invandrare C* o SFI-C) y pasé el examen nacional. Tuve la posibilidad de buscar trabajo inmediatamente pero yo quería seguir estudiando, quería entrar a la universidad y para eso necesitaría por lo menos otros seis meses de estudios del idioma. Como parte de mi curso SAS-G (o *Svenska som*

*andraspråk-grund*, Sueco como segunda lengua en nivel básico) debí realizar una pequeña investigación llamada *Yrkesprojertarbete* o *Studiesprojektarbete* (Trabajo de proyecto laboral o Trabajo de proyecto de estudios) como parte de la planeación que todo inmigrante debe hacer sobre su futuro aquí y fue entonces que descubrí exactamente lo que quería hacer: durante meses había estado escribiendo reflexiones sobre los distintos fenómenos culturales de que era testigo todos los días y me sentía extremadamente inspirada por ellos. Era una cosa nueva para mí eso de escarbar en los mitos y las tradiciones de la gente, una cosa nueva y fascinante. Durante mis entrevistas con la guía vocacional de la *Folkuniversitetet* siempre hablé de lo importante que me parecía trabajar con las personas a nivel cultura, a través del diálogo verdadero y la disertación, ya que a fin de cuentas la trascendencia del trabajo de un autor depende en gran medida de la acogida que le den los lectores y los lectores no tienen más referencia que su propio yo para conectarse con el texto. Hacer literatura seguía siendo mi pasión más grande, pero mi experiencia como inmigrante había cambiado por completo mi percepción del acto creativo. Ya no era solamente escribir por desahogarse y hacerle sentir al otro los propios dolores, ahora se trataba de excavar en mi propia psique para encontrar aquello que me hacía igual a los otros más allá de todas las diferencias aparentes. Sin darme cuenta comencé a hacer antropología cultural a través del trabajo literario y así, a la hora de formalizar mi investigación en el *Studiesprojektarbete*, di con la carrera de *Kulturanropologi* o Antropología cultural que se imparte en la Universidad de Uppsala, misma que ahora desarrollo como la parte más importante de mis planes a mediano plazo. En mayo obtendré el nivel necesario de sueco como segunda lengua para entrar a la universidad (SAS-B o *Svenska som andraspråk-B*) y lo que pase a partir de entonces dependerá de muchas cosas, pero no

me desanimo. Pienso en la importancia que tiene el hecho de que las personas se reconozcan como entidades culturales y ese pensamiento no se gasta, se renueva a diario al salir a las calles de mi nuevo país.

Soy una migrante permanente. Vivo la migración desde que despierto hasta que me voy a dormir pero, pienso, qué son los procesos migratorios sino la manifestación de otros procesos, evoluciones individuales siempre en relación con lo que esperamos de nosotros mismos y con lo que los otros esperan de nosotros. Qué son las migraciones sino una de las consecuencias de otros procesos históricos, una de esas grandes cosas en las que nadie pensó a la hora de lanzarse a la conquista de un país ajeno. Y soy una migrante también de mí misma: mi viaje personal se inició en la literatura como liga con el mundo, se fue a la lingüística pegada a otras lenguas, se volvió estudios de mi cultura referenciados por la cultura de los otros y al final del viaje mi vehículo no es el mismo; ir de poeta de barrio a antropóloga cultural es algo que jamás me habría sucedido si me hubiese quedado montada en la silla del cerro, en mi casa, manteniendo el orden entre los que terminarán por irse de ahí tarde o temprano.

Es verdad que me asusta la sombra que llevo a la espalda, me asusta verle las máscaras a quien sonrío, me asusta hablar de cosas que veo con los únicos ojos que tengo y que me parecen claras como el blanco y me asusta que nadie comprenda lo que digo por estar comunicándonos desde dimensiones diferentes en realidades distintas, pero eso tampoco me quiebra. Todos los días encuentro una metáfora nueva para decir lo justo.

Sé que, como yo, muchos que se van viven de hecho en una marginación continua, una marginación que no es la que se conoce vulgarmente, aquella suscitada por odios raciales o prejuicios. Los que nos vamos vivimos en una marginación

espiritual originada de nuestra cualidad de híbridos culturales y eso es más complejo y repercute más profundamente en nuestras vidas que cualquier marginación por estímulos externos.

Dejar el país del que somos, despegarnos de nosotros mismos y volvernos otros a los ojos de quienes dejamos es un exilio triple. Soy prueba irrefutable de lo dicho.



# Mujeres migrantes, sueños y realidades complejas

Susana Leticia Báez Ayala (Mariquita Linda)  
*Categoría C / Mención Honorífica*

## A los “Ticos” granadinos

### I. La fragancia del Jazmín

La fragancia del “jazmín” me enseñó a reconocer a mi madre, hace algunos ayer; esa diminuta flor blanca, de cinco pétalos, me recuerda mi adolescencia en la Ciudad de México; después la eché de menos en Ciudad Juárez, durante una década en la que residí por esas tierras norteñas; ahora este perfume acompaña mi deambular por tierras granadinas. El encuentro continuo con ellas me traslada allende el Atlántico. El jazmín se me torna estrellas infinitas que me acompañan en el deambular por tres ciudades tan distintas y tan cercanas; no parece que pueda haber puntos de cercanía entre ellas: su historia, costumbres, climas y entornos son tan diversos... mas en estas palabras se vuelven un solo entorno, un solo nombre, una sola experiencia: el movimiento de la vida.

### II. Ya me voy para tierras muy lejanas, yo no sé si volveré...

¿Migrar, por qué o para qué? Hace unos cuantos meses, para ser precisa cinco, que vivo en la ciudad de Granada, España. Quien lo escuche o lea pensará que soy una mujer afortuna-

da y privilegiada; imaginará que seguro mi estancia en el viejo continente dependió de un amiguismo o quizá debido a que provengo de una clase social pudiente.

Nada más lejano a esta fantasía; mi origen es una muy humilde familia de Monteleón, Michoacán. Ejido que emerge como resultado del reparto de tierras posterior a la Revolución Mexicana; el paisaje de ese “rancho” seco y árido; sólo las tierras de riego le otorgan un aspecto más grato. Allí viven mis parientes más queridos de la infancia; su oficio es la tierra, aunque cada día se vuelve más difícil; por ello dos momentos de migración intensa ha vivido esa comunidad: la primera, en los años cuarenta-cincuenta del siglo pasado; la segunda, en los años ochenta, pero ahora a un destino más incierto: los EUA, y por supuesto de “mojados”.

Retomo la primera oleada de migración, cuando varias familias nucleares y extensas se fueron del “rancho” a la “Capital”, con ánimos de resolver la pobreza extrema que ya se padecía en aquella época; mi abuela, Guadalupe García Gomar, tomó a sus cinco hijos y se fue a trabajar como sirvienta al DF. ¿Qué habrá llevado en su *itacate* aquella mujer que ahora tiene noventa años?

Seguro deseos de dejar atrás la pobreza, el hambre, la tristeza de una vida llena de privaciones; el firme propósito de alejarse de un marido presa del alcoholismo, quien atizaba un día sí y otro no golpizas a “su mujer”.

Lupita, como la conocen todos, no sabía leer ni escribir (nunca aprendió); sólo tenía sus manos para trabajar de sol a sol en el servicio doméstico en la década del “desarrollo económico” en México, durante los gobiernos de Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines. Allí se insertó para darles un pedazo de pan a sus hijos. A pesar de que la historia de mi abuela parece una de tantas documentadas en el cine mexicano de aquella época, no es para mí intrascendente. Trataré de explicar el por qué.

Elisa, mi madre, debe haber tenido unos ocho años cuando llegó a la ciudad; a pesar del esfuerzo cotidiano, las penurias no desaparecieron de sus vidas; sin embargo, Licho —como le dicen en el rancho— descubrió un alimento muy especial para ella en la capital: *las palabras impresas*; nos cuenta que los ojos se le iban tras las revistas sentimentales; narra que veía las letras en los puestos de periódicos e imaginaba las historias más “románticas” entre los protagonistas; así que soñaba con aprender a leer para descifrar el misterio que las letras encerraban y que ella adivinaba intenso y grato.

Mi madre nunca pisó la escuela; ni siquiera al estilo de Woolf merodeó los patios de una universidad; sin embargo, las caprichosas figuras de las letras en los kioscos de periódico la animaron a aprender el abecedario en el patio de la vecindad donde vivían; un anónimo estudiante de la Normal de Maestros le dio el fuego prohibido; así, poco a poco, hiló un dibujo con otro hasta aprender a leer palabras como amor, deseo, pasión, ilusión, felicidad... su vida no respondió a esos nuevos paradigmas, pero sí, muchos años después, me legó el placer por las palabras. Licho no sólo se desplazó de un espacio geográfico a otro, descubrió y se apropió de la cultura escrita sin abandonar su saber oral. Hasta ahora rememora las historias de aparecidos, espantos y tesoro escondido que se supone permanecen en Monteleón; además recrea las microhistorias familiares con las que nos entretenemos cada vez que el rancho sale a colación entre aquel primer grupo de migrantes.

### III. El traca, traca, traca de mi infancia

¿Y lo anterior cómo se relaciona conmigo y el tema de este ensayo? Si cuento la historia de mi familia, quizá deba decir: de las mujeres de mi familia, es para llegar a esta tercera ge-

neración que soy yo; en algún lugar leí que de acuerdo con el seguimiento a familias migrantes, deben pasar cerca de *cinco* generaciones para que la última obtenga los dividendos de las esperanzas y apuestas de la primera. No lo sé, pero sí puedo contar que de este grupo familiar del cual provengo, tuve la “suerte” o “el empuje” (según se interprete) de aprender lo que mi madre y abuela no pudieron: la escritura.

Fui a escuela en la Ciudad de México: varias primarias del norte de la ciudad; la secundaria Diurna 93 en San Juan de Aragón; la Nacional de Maestros —egresé en 1983—; ingresé a estudiar literatura en la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, en donde pude leer las palabras que mi madre deseó muchos años atrás: amor, deseo, pasión, felicidad... pero también aprendí a entender conceptos como discriminación de clase y de género.

Soy la primera de la línea familiar en haber llegado a estudios de posgrado, pero, ¿cómo sucedió eso? Migrando desde antes de nacer. Mi madre y su madre me enseñaron a hacer la maleta y aventurarme a vivir la distancia; ellas por satisfacer necesidades básicas y romper con un abuelo alcohólico y golpeador; yo por hambre de más palabras, pero también por hambre de paz.

Migrar no significó para ellas romper con su origen; de niña retorné al “rancho” año tras año; los viajes en el tren de la estación Buenavista, con su “córrale y alcance lugar, chamaca”, “¿quieren unas cajitas de cajeta, escuincles?” al llegar a Celaya aún las tengo presentes; el sabor de las fresas o el atolito caliente, los tamales y las tortillas me acompaña siempre; revivo la experiencia las casi doce horas del viaje con el traca, traca, traca de aquel ya inexistente transporte, arrinconada en el piso mientras llegaba el momento del: “ya llegamos, chamacos, brínquenle; ya saben que el tren no se detiene”. Allá íbamos en la noche oscura a caer en los linderos del rancho para revivir la infancia de mi madre.

#### IV. “¿Qué documenta, señora?”

La maleta de mi infancia, que seguro era una bolsa lo más digna posible, es la maleta que armé con mi hija de nueve años para abordar el avión hacia el viejo continente el 6 de mayo del 2009, de Ciudad Juárez a Madrid, para luego tomar el RENFE hacia Granada. Se escribe con facilidad, pero se vive con complejidad el adiós a tu casa, a tus calles, al cielo que cubre el desierto chihuahuense; no había el deseo de salir huyendo, aunque como todos sabemos “Juaritos” hoy por hoy se cubra de luto, miedo y horror por ser la ciudad “más peligrosa del mundo”, como dice un amigo francés. Tardo unos segundos en responder al empleado de la aerolínea, creo que debería responder: “Mi vida, señor”. Documentar la maleta implica hallar la forma de retardar el beso y las palabras en el nudo de la garganta a los seres más queridos: mi hijo (Daniel), mi marido (Ricardo) y mis colegas, con quienes regalo palabras en Juárez: Ivonne y Ana Laura.

¿Cómo abordar el avión, si tu hija se aferra a los brazos de su padre y de su hermano? ¿Cómo avanzar hacia tu asiento si la mitad de tu vida se queda en tu ciudad? Sólo el deseo de llenarme de palabras, de ideas nuevas, de culturas diversas, de vida nueva me permitió dejar las lágrimas en mis mejillas y las de ¡mi muñequita! y abrochar el cinturón para despegar de Juárez y aterrizar en Madrid.

Ya en Grana’a. Primera noche, hostel a oscuras; mi hija abrazada a mí; sus lágrimas silentes se deslizan por su rostro y se depositan en mi antebrazo. ¿Qué hacer? ¿Retornar o permanecer? ¿Para qué una u otra cosa?

La respuesta: permanecer; aprender a moverte en otros códigos culturales; en otras calles, otros cielos, a *leer otras palabras*. Rememorar los trámites burocráticos para la visa española y enfrentar los nuevos trámites acá: en la Universidad,

en la Comisaría de Extranjería, en la Consejería de Educación, rentar un piso, vivir la distancia y la soledad.

## V, “Granada tierra soñada por mí... cubierta de flores”

¿Cuándo nace el sueño de asentarme en Granada para continuar mi formación académica? Estoy segura que se incubó en los sueños de Lupita y Licho, por eso todo lo anterior en este texto. Nació en la lectura de *El cante hando* de Larca, en sus *Nanas infantiles* en sus palabras. Debo reconocer que hay una diferencia: el apoyo de la Universidad en donde trabajo, de mi familia nuclear y extensa, así como de tantos amigos juarenses me acompañan en esta nueva etapa.

A Granada vine por nuevas palabras. Estoy cursando el doctorado en Teoría de la Literatura y las Artes y Literatura Comparada. El deseo de mi madre de saber a través de la letra impresa me impulsa con bastante frecuencia aquí.

A Granada, con toda su historia, la bebo a sorbetes a veces y otras a apurados tragos; Granada equivale a una distancia para un pronto retorno. Granada con lecturas rigurosas de teoría literaria, Granada con cursos que te cuestionan el significado de la literatura, de la cultura, de lo social, de la reflexión en los estudios comparativos. Granada “Aleph” de otras culturas: andaluza, árabe, anglosajona, latinoamericana, mexicana, asiática, se me prodiga a través de las personas con quienes mis pasos y los de mi hija se cruzan. Granada punto de unión de pasados y futuros: la Alhambra y el Parque de las Ciencias evocan en nosotras a Paquimé, Chichen Itzá, Teotihuacán; el Papalote, el Universum.

Granada nos lanza a noches de astronomía en su Parque de las Ciencias, al mar, a otras ciudades: Madrid, Sevilla, Jaén, Córdoba... nos nutre; no borra la distancia con el hijo, el marido

y las colegas, pero sí impulsa a nuevas migraciones, ser una a la llegada, mudar la casa del pensamiento a diario para ir llenando las “maletas de la vida” que nos acompañarán en el retorno. Granada nos impulsa a nuevas experiencias: las del saber académico, a las de revalorar las humanidades, el arte, la historia, la cultura. Entablar nuevas amistades, encontrar nuevos padres y madres intelectuales entre mis profesores; Granada, en su sofocante verano de casi cincuenta grados, me mantiene frente al “ordenador” y los libros teóricos “encerrada” en nuestro piso, redactando los trabajos para aprobar los cursos de docencia. Poco deambulo por la ciudad en casi diez semanas.

El “enclaustramiento de verano” tiene su probable recompensa: saber que todo lo que aquí me nutre dará sus frutos al retorno: en la docencia y la investigación; en mis compromisos culturales y sociales en Ciudad Juárez o donde sea que me establezca en México; aprender paradigmas científicos y culturales para combinarlos con los nuestros en las aulas universitarias en Juaritos y en sus calles, mina el cansancio del trabajo intelectual.

Pero el retorno, hay que ser concientes, no será sin cambios; yo me habré desplazado de un yo a otro nuevo; mi hija habrá dejado la infancia atrás y retornará con nuevos horizontes; el retorno implicará el impulsar a otros y otras a atreverse a soñar, animarse a vivir, pero también a responsabilizarse de ese saber y la obligatoriedad del regreso.

## **VI. ¿Maestra, pero cómo se va a ir a España si usted está casada y tiene hijos?**

Este subtítulo fue la pregunta que me hizo de forma bien intencionada una de las personas que apoyaron todo el proceso de gestión para mi Beca PROMEP en Ciudad Juárez; estamos

en los albores del siglo XXI y aún ahora es impensable que una mujer como yo rompa con su deber ser: dedicarse al cuidado de los otros y ser para los otros. No tenía la respuesta inmediata, pero mis acciones rompían ese estereotipo. No es fácil hacerlo, el peso cultural es muy fuerte. Acá la pregunta es: // ¿cómo te atreviste a venirte con tu hija?// El círculo patriarcal se cierra: las mujeres no “debemos migrar” ni física ni simbólicamente. ¿Será esto el eterno femenino del que habla Rosario Castellanos? Pues sí. Sin embargo, Lupita y Licho me dicen al oído con sus historias propias: no hay retorno, debemos transformarnos para abandonar el silencio y llenarnos de palabras. Así que no desisto. No es sencillo, pero nada en la vida lo es.

Para algunos, la mujer, la profesora, la ciudadana que parió se “españoliza”// al adoptar nuevos términos en su lenguaje o nuevos gustos en la comida o nuevos recuerdos y añoranzas; pero migrar es el destino de las personas; el cambio, lo diverso, lo complejo; no por falsas ideas de *glamour*, sino porque nuestros espacios cotidianos personales y profesionales sólo pueden acceder a una calidad de vida aceptable en el movimiento, en el desplazamiento, pero crítico, autocrítico, responsable y respetuoso de la otredad.

Romper estigmas, salirse de imaginarios limitados o autolimitados hace más llevadera la distancia. Saber que la responsabilidad es difundir los aportes científicos y culturales de nuestro país, de nuestra ciudad, de nuestro “rancho”//, implica aprender a establecer redes, hallar espacios de diálogo, de difusión; aprovechar las ideas nuevas para difundirlas en nuestros espacios de origen.

Crear redes académicas, asistir a congresos, investigar, publicar, difundir el trabajo de los investigadores de Ciudad Juárez y de otras latitudes con quienes trabajo en México es

un esfuerzo que mantengo firme. Difundo la revista en la que participo en Juárez: *Cuadernos de la frontera* e invito a académicos y escritores de España y de otras partes de Europa a enviar colaboraciones; el último número de la publicación integra textos de tres excelentes dramaturgos: José Morena Arenas (granadino), Carmen Pombero (sevillana), Antonia Bueno (valenciana); propongo la transmisión de documentales como “La carta// del director Rafael Bonilla en Jornadas Académicas.

Por otra parte, me percató que en el barrio en el que vivo ahora hay una población migrante sudamericana y árabe que han llegado aquí a perseguir “el sueño europeo//, pero lejos, muy lejos está de ellos. Los infantes de esta zona pocas opciones de cultura tienen en una ciudad en donde es imposible aprovechar toda la oferta cultural; ¿por qué no lo hacen estas personas? / ¿Por qué no aprovechan los museos, teatros, ferias medievales, religiosas, festivales de cine, etc., que hay aquí? No lo sé a ciencia cierta, pero interpreto que no se sienten Ilmerecedoresll de ese bien común, además de que no les alcanza para pagar los precios de las localidades.

Por ello, decido regalar palabras en centros comunitarios, parques y escuelas. Así doy continuidad a un proyecto que mantengo con dos colegas en Ciudad Juárez: Ivonne Ramírez y Ana Laura Ramírez, en donde nos integramos como el Colectivo: IlPalabras de Arenall. Inicío un círculo de lectura infantojuvenil en donde los autores que elijo son mexicanos y chicanos: Elena Dreser, Francisco Hinojosa, Gloria Anzaldúa y Benjamín Alire, de forma gratuita. Mi hija, mi //Carito// me acompaña en esta aventura de regalar palabras a niños mexicanos, chilenos, argentinos, costarricenses, marroquíes (árabes), españoles (andaluces). Con esto no les resuelvo su entorno, pero dejo parte de mis saberes en estas tierras granadinas.

## VI. “México lindo y querido” and “Delos sos oios tan fuerte mientras lorando”

Me quedan varios meses para estar aquí, pero ya preparo el regreso a casa. Mi hija añora su casa, a su padre y a su hermano; la gente se extraña cuando ella asegura que no quiere vivir aquí, que ella sólo desea estar en Juaritos. No puedo dejar de sonreír cuando varias ocasiones, a la hora de la comida, me ha hecho escuchar el Himno Nacional, tomando muy en serio su letra. A pesar del deseo de retorno, parte de lo que ella y yo somos se está construyendo aquí; Granada, Andalucía, España deja su huella en nosotras, entreteteje nuestros saberes y emociones. Un grupo de amigos “Ticos”, mexicanos, polacos, norteamericanos, peruanos, uruguayos... son nuestra red de apoyo aquí; poco a poco vamos estableciendo cercanía y amistad. Aprender a insertarse es uno de los retos más grandes que podemos realizar.

Decía arriba, se pensará que soy afortunada (y creo que sí, sólo que no es un privilegio otorgado sino ganado con trabajo e historias de vida); pero la “soledad” es el reto más grande al migrar; vencerla es conseguir el 50% de nuestros objetivos al salir de nuestros lugares de origen o de residencia.

Sé que el día del regreso sólo podré recitar los versos del Cid: “Delos sos oios tan fuerte mientras lorando.” No podré partir sin desear permanecer; pero si migrar en los cincuenta en México de la provincia a la ciudad implicaba silencios muy amplios entre quien salía y quien se quedaba. Implicaba esperar una carta que no se sabía cuándo llegaría, pues otros medios de comunicación eran prohibitivos: el teléfono, por ejemplo. Ahora esto se vive de forma distinta, el Internet ofrece un remanso al corazón: diálogos a través del *messenger* con hijo, marido, hermanos, colegas, amigos... videoconferencias (pocas) con la gente más cercana; la posibilidad de saber qué

sucede allá e informar qué hay acá. Continuar por esta vía proyectos relacionados todos con la mejor herencia que en vida me ha dado mi madre: el gusto por la literatura. Dar continuidad a proyectos de difusión de lectura; escritura de prólogos de libros, escribir libros se mantienen, coordinar *dossiers* en revistas académicas indexadas se mantienen.

Migrar no es “viajar” en el sentido de trasladarse de un espacio a otro tan sólo; migrar corresponde a desplazarse a una otredad de nosotros mismos; otredad que nos era ajena. Aún no sé qué sucederá en los dos años que me restan para concluir el doctorado, sin embargo, agradezco a mi madre el haber tomado un día de su lejana infancia el tren y haber afrontado todo tipo de penurias, pues sólo con la historia de ella y su madre he podido “documentar en Ciudad Juárez” y tener las maletas listas para el retorno. Ya en el interior de éstas, acumulo pétalos de jazmines granadinos para cuando la añoranza los reclame.



## Migrante en Bulgaria

### “Los viajes ilustran pero la Casa...” 1985-2009

Luis Julián Montero Palma (Balkanski)

*Categoría C / Mención Honorífica*

**T**ranscurrían los días de otoño de 1984, yo tenía ya la edad de 23 años y pensaba que el mundo no llegaba más allá de los límites del Distrito Federal de México. Mi padre, sentado en el sofá de la sala de nuestra casa, quien metódicamente leía su diario noche a noche, me mencionó un hecho que sin saberlo en ese momento cambiaría mi vida por completo. Un artículo en el diario “*El Heraldo de México*” anunciaba un evento cultural organizado por la Embajada de Bulgaria en México, al mismo tiempo que se publicaba una entrevista con el entonces Sr. Embajador de dicha representación, quien comentaba los logros culturales de Bulgaria y hablaba de sus principales productos, como lo son el perfume de rosas de la zona de Kazanluk, la fabulosa leche búlgara o mejor dicho el “*Lactobactericum Bulgaricum*”, los verdes bosques de encinos y hayas, las preciadas playas del Mar Negro y no en último lugar hablaba sobre las bellezas femeninas que el país guarda- la gran mujer búlgara de raíces eslavas y de las lejanas tierras del Gengis Khan. Un comentario muy particular sobre la mujer búlgara tal vez fue lo que más me inquietó a forma de curiosidad. El Sr., Embajador decía que sus mujeres eran bellas, inteligentes, solían cocinar, tejer, afines a las artes pero sin duda tenían una pequeña cualidad- eran de carácter!!!. Este último adjetivo no me quedó en lo absoluto claro hasta después de más de 5 años de vida en este país de la Europa del Este.

Después de un constante ir y venir en búsqueda de mí mismo en aquellos tiempos del 1985, había terminado la

carrera técnica de fundición y modelismo y trabajaba en un colegio del Conalep por el Norte de la ciudad. Allí conocí también a maestros ingenieros en metalurgia, quienes habían concluido sus estudios superiores en países de Europa del Este, entre los cuales, Alemania del Este, Rusia, Rumania y Bulgaria. Este último país me sonaba tan lejano como en realidad ahora sé que se encuentra física y geográficamente. Lo único que sabía de Bulgaria realmente era aquel artículo que había leído en esa noche que mi padre me lo mencionó, no era tal vez algo que me pudiera indicar de manera lógica el por qué desde entonces en mi mente pasaban imágenes que nunca había yo vivido pero me eran tan cercanas que sabía que en ese país podría encontrar lo que tal vez estaba buscando. Así surgió la búsqueda de una beca a través de Relaciones Exteriores y así surgió mi segunda vida en este país.

Fue el 01 del mes de septiembre de 1985 cuando a las 12:00 hrs. partí a Europa. Tenía que llegar a Madrid primeramente pero pasé por Dallas, Texas, 7 días. En aquellos rumbos pude sentir en carne propia inicialmente el brusco cambio climático de más de 40 grados de temperatura y aún más la vida de algunos migrantes mexicanos decididos a conseguir el sueño americano, el cual aún no he podido comprender en su totalidad. Me encontré con gente que si bien de poca preparación académica si de gran corazón por sus raíces, lo cual me hacía pensar que ya no estaba en lo que hasta entonces yo conocía como entorno social, cultural, político, geográfico, etc. Me venían a la mente conceptos totalmente ajenos a mi manera de pensar, de actuar y de vivir. Sentí de inicio que no era parte de aquella sociedad, ni tenía la intención de realizarlo. Supe de momento lo que significaba día a día luchar por conseguir algunas horas de trabajo 'jale', como se le mencionaba. Lo que significaba luchar por no perder lo que se había conseguido o lo que ya se tenía antes de haber llegado a los USA.

En aquella semana de observación logré ser partícipe de una fiesta mexicana de cumpleaños, por primera ocasión asistí, acompañando a gente que conocí en ese periodo casual, a un centro de baile y música hoy conocido como 'table dance', viví la experiencia de un pleito callejero entre comunidades afroamericanas y vi como acuchillaban a un partícipe de ello. Impaciente por partir a Europa llegó el día para tomar el vuelo hasta Madrid, España. De este país había escuchado infinidad de historias extraordinarias de su literatura, arquitectura y en fin de toda su cultura.

Arribando al aeropuerto de Barajas me encontré de inmediato con otro comportamiento de gente. Aún hablando el mismo idioma español, la actitud me parecía un tanto extraña y muy fuera de las normas que en mi México yo estaba acostumbrado. Hombres y mujeres hablando de todo menos de España. Abiertos de mentalidad, y al parecer un tanto liberales, en seguida comprendí que estaba ya en otro mundo, sí, pues, estaba ya en el viejo continente que me parecía le hacía honor a tal mención ¿Edificios viejos? no, viejísimos, calles grises aunque soleadas, ya que era temporada de otoño en donde el sol se metía por ahí de las 22:00 hrs. de la noche, la luz del día era totalmente diferente a la luz de México, el aire poseía un aroma revuelto a gasolina, piñones e historia. Fui recibido por representantes del agregado militar en Madrid, quien era muy cercano a un tío que aún mantengo con vida en México. Este viejo, viejísimo país, me parecía tan viejo, tan gris, tan deprimente, tan diferente a lo mío o al menos al entorno en el que crecí y me formé, que tuve la sensación de que me asfixiaba lentamente el orgullo, evitándome poder darme cuenta ni siquiera de lo mínimo que se puede ver en una España llena de historia cultural, llena de vieja sabiduría, llena de parques protegidos no sólo por el gobierno, sino también por sus ciudadanos que desean vivir en un mejor entorno, llena de vida y con

deseos de seguir viviendo, llena de españoles diferentes a los españoles que en México conocemos, llena de todo lo mejor que nos podemos imaginar menos que de la preocupación real existente de la situación en la que una de sus más poderosas colonias como lo fue la “Nueva España” atraviesa.

Fue en Madrid donde pasé la noche mexicana del 15 de septiembre de 1985 en la que todo ciudadano mexicano por el simple hecho de haber nacido en México tiene la fortuna y el derecho a participar en la fiesta organizada por la representación diplomática del país sede. Fue en Madrid donde obtuve el visado de la entonces República Popular de Bulgaria, un país del entonces bloque socialista que sin tener en lo absoluto idea de lo que este hecho significaba me aceptaba como estudiante de ingeniería, carrera con mínimas posibilidades de terminar debido al alto grado educativo que se implantaba en los institutos superiores socialistas, pero que aún así me presataban la posibilidad de asistir a sus aulas- un hecho más que cambiaría también parte de mi vida educativa- profesional.

El viaje desde Madrid a la ciudad de Sofía fue realizado vía ferrocarril, pasando primero por la ciudad de Barcelona, primera escala de trasbordo. La riviéra sur de Francia me llevó a contactar con diversas personas que sin duda quedaron grabadas en mi memoria. La presencia de dos árabes marroquíes, un italiano de Milano, una interesante chica italiana que tenía la faz más blanca que un bolillo de la panadería la “Concha”, ya que era adicta a la heroína, y un estudiante de carrera técnica de Austria, eran la compañía de nuestro compartimiento de tren. Olores diversos de sucios pies y sudores específicos de cada país en particular, comidas extrañas, temas de gran importancia como lo era el Mundial del '86 que se avecinaba, combinación de idioma inglés, español, italiano y, en ocasiones, árabe eran los ingredientes que daban al compartimiento una atmósfera metamorfa que nos unía en algo que en ese momento no com-

prendí pero que ahora entiendo, era el deseo de saber más allá de lo que cada uno de nosotros sabía de su entorno, era el hambre hacia lo desconocido y tal vez prohibido, era algo que en ocasiones olvidamos, era el deseo de vivir viajando o viajar para vivir. Recuerdo que mi padre constantemente comentaba el hecho de que **"Los viajes ilustran y la casa embrutece"**. Fue el trasbordo en la ciudad de Milano donde entonces me enteré de la gran tragedia que en México acababa de suceder con el sismo del '85, el joven italiano Francesco me gritaba cuando vio que el tren partía:

—¡Luigui, comunícate a México que hubo un terremoto!

No entendí del todo lo que me quería decir, entendí que había sucedido algo que tal vez al regresar algún día a mi México vería de manera diferente pero no más que eso. Años después, cuando regresé a mi país de visita pude entender la gran huella que la fuerza de la naturaleza dejó plasmada en nuestra capital y en el corazón de miles de mexicanos.

Continué mi viaje hasta llegar a la frontera de Trieste. Iba viajando hacia el Este y presentía que cuanto más me acercaba más era el cambio de la luz del sol y las caras de las gentes cambiaban de parecer. Inesperadamente, me sentí como en una película de Indiana Jones cuando en la madrugada del tercer día de viaje se me acercó una chica de la entonces Yugoslavia pero de la ciudad de Zagreb, hoy día capital de Croacia. Ella hablaba un poco de italiano mediante el cual nos entendimos de igual manera que dos mudos en una plática se pueden entender —*"Conversando callados en temas comunes"*. Me sorprendió el hecho de que al subir al tren que viajaba hasta Zagreb ella me invitó a entrar en un compartimiento que estaba desocupado, bajó los respaldos e hizo una cama para que ambos pudiéramos dormir durante el viaje. Mi actitud machista

y los complejos de diferencias sociales arraigados desde mi país me cegaban el comprender que ésta era una actitud más que normal en situaciones similares de viaje y encuentros. Traté de mantenerme despierto pues el cansancio luchaba minuto a minuto y no fue hasta que la presencia de un policía yugoslavo me congeló las venas para definitivamente, ahora sí, mantenerme despierto. Era una revisión de rutina de documentos. Sin embargo, minutos después aparecieron dentro de nuestro compartimiento dos hombres que simulaban provenir de una historia, ahora sí de Indiana Jones. El primero era de unos 2 metros de altura, rubio y de rasgos afilados muy eslavos, el segundo no más bajo pero de aspecto de oso siberiano y con un ojo medio tuerto. Ambos hablaban y hablaban a altos decibeles con la chica que me acompañaba, a tal grado que acordaron pasar a mi camarote dos grandes maletas casi de mi tamaño. Lo único que llegué a comprender era que me solicitaban de la “manera más atenta” introducir dicho equipaje como si fuera el mío. No podía ni quería comprender el por qué. Me convencieron y así pasaron las revisiones de rutina aduanales. En la mañana siguiente ambos tipos me trataron igual que un rey trata a sus dioses, comida, bebida, abrazos, golosinas y no recuerdo que más pues el hecho es de que las maletas que llevaba consigo estaban repletas de ropa de contrabando, sí, ropa de mezclilla que en ese entonces era un símbolo capitalista impuesto por la dictadura socialista y que la juventud de estos países del Este pedía y buscaba a toda costa. Con la ayuda de toda esta ya compañía descendí en Zagreb y ellos me esperaron a tomar el tren que me llevaría hasta Belgrado, pero eso sí, sin antes invitarme a tomar café. He aquí que al entrar a la cafetería de la estación del tren, ahora sí ¡“Ya estaba en una película de Indiana Jones”! El humo evitaba poder ver con exactitud si el sitio era grande o pequeño, si había gente o no pero entonces comprendí que esa penumbra espesa no era otra cosa

más que humo de cigarro que esta gente del Este tiene como actitud común y de cada día. La adicción al tabaco en estos pueblos eslavos es algo que las grandes compañías tabacaleras han podido sacarle grandes beneficios económicos sin importar las consecuencias nocivas que lo acompañan. Un cigarro en estos países tiene un valor similar a una tortilla en México o a un *croissant* en Francia. El cigarro es el mejor amigo del eslavo y del turco. Por un cigarro viven y por él mueren también.

Al llegar el tren que partía hasta Belgrado la multitud se acumuló como si fuera partido de fútbol en el estadio Azteca. Subí educadamente a golpes al vagón y por las ventanas la chica y los compañeros eslavos me pasaban mis maletas que pesaban como una tía veracruzana después de haber consumido un *Vuelve a la vida*. Viajé algunas horas en compañía de miles y miles de viajeros, al menos así me parecía, pues era un tren ordinario que paraba en todo pueblo que pasaba. Las horas no tenían sentido de tiempo, lo único que deseaba era llegar a Belgrado y transbordar hasta Sofía.

Llegó el momento de subirme al tren que me llevaría finalmente hasta la ciudad de Sofía, Bulgaria, y mientras éste aparecía entre humo, rayos tímidos de sol y murmullo de gitanos, una mano me sorprendió por detrás preguntándome al mismo tiempo:

—Hola, muchacho, ¿vas para Bulgaria?

Era un ciudadano africano de Angola, estudiante de agronomía en la ciudad de Plovdiv, Bulgaria, quien atentamente me ofrecía introducirme en los detalles de un viaje hacia Bulgaria. Ahora me pregunto- ¿Era tan obvio que yo era o iba a ser estudiante en Bulgaria?, ¿Acaso mi persona delataba los estragos de tan sólo 3 días de viaje sin baño ni descanso que parecía estudiante? Era la primera persona que me mencionaba con-

cretamente que viajaba hasta Sofía y esta persona era nada más y nada menos que un tipo de color de piel clara-oscuro que desprendía un olor penetrante de sudor muy específico a algo que hasta entonces yo no conocía, pero que en realidad me alegraba tanto que hice omisión de todo e inicié de inmediato una charla con mi acompañante. No olvidaré cuando este amigo sacó unas monedas y me las otorgó, eran 1 *leva* y 10 *stotynki* (*leva* es la moneda búlgara y los *stotynki* son los centavos). El viaje fue de casi 12 horas y al llegar a la frontera búlgara mis ojos se bañaban de imágenes sumamente grises. Casas grises de rojos tejados, rebaños de ovejas pastando por secos campos dorados, grises y desalojadas calles en poblados habitados por viejos ciudadanos pacientemente observando la pasada del tren internacional que me llevaría a la capital de este país. Edificios semideshabitados y llenos de basura industrial me daban la bienvenida a un país que no conocía en su totalidad pero que yo deseoso de entrar con el presentimiento de que alguien me esperaría o recibiría, pues si bien fue que mi beca se debió a concurso con infinidad de trámites administrativos, estaba seguro de que alguna institución sabía o al menos tenía idea de mi presencia en Bulgaria.

Era el día 21 de septiembre de 1985 cuando a las 22:10 hrs. bajé en la estación de Sofía, Bulgaria. Una estación muy limpia con amplios andenes y pasillos iluminados y una sala de espera muy grande con monumentales mosaicos de piedra y de metal que hablaban de la grandiosidad del socialismo- aunque todo, sí, todo, totalmente gris. No tuve fuerzas más para seguir adelante y reposé en los asientos que primero encontré. No me importó que nadie me recibiera, tampoco me importaron los murmullos de gente que solían hablar algo que parecía a un idioma pero que en mi vida había oído. El ir y venir de grupos de jóvenes y ancianos llamó por un instante mi atención pero más lo fue cuando me percaté que a mí alrededor estaba

acompañado de gente gitana que al igual que yo parecía haber logrado su meta —¡Estábamos ya en Sofía!

Me era fabuloso el poder observar a tan sólo unos metros de distancia los grandes rebaños de ovejas y vacas que pastaban pacientemente a las afueras del edificio estudiantil en donde me tocó ser instalado. Era el Edificio No. 61-A de la Ciudad Estudiantil, en él vivíamos aprox. 500 estudiantes de las carreras de química y químico-metalurgia. Pasaba mi primer año estudiando solamente el idioma búlgaro, acompañado de algunas materias técnicas con lo cual se preparaba a los estudiantes para su acceso el próximo año a la universidad o instituto superior correspondiente.

En un remolino de controversias todo estudiante extranjero sentía cómo el sistema socialista nos acogía en sus brazos, demostrándonos sus polifacéticas partes y fases de la sociedad desarrollada socialista. El ambiente socio- académico era tan efectivo que te encerraba en su entorno mágico, modelándose lentamente, aceptando todo tipo de deficiencias materiales y de comportamiento, ponía a tu disposición sus excelentes productos derivados de la uva, fruto del legado del Dios Dionisio, embutidos y carnes secas que en nuestro país sólo estaban al alcance de ciertos círculos sociales. Algo importante era que por primera vez en mi vida se me estaba pagando y solamente por estudiar, lo cual te hace sentir por una parte satisfecho y tranquilo en lo referente a la compra de materiales de estudio y en primer grado en la compra de tus libros de texto especiales necesarios en tu vida profesional. Por otro lado, el sistema te obligaba físicamente a estudiar, moralmente a mantenerte informado al día de toda la filosofía y tendencias modernas que el sistema socialista conformaba e implantaba a manera de dictadura y que se expandía no sólo en Bulgaria, sino en todos los países del conocido bloque socialista y en todos aquellos que de alguna manera compartían dichas filosofías.

Cabe mencionar que en la ciudad estudiantil en donde yo vivía, una zona de verdes parques y amplias avenidas, conjunto de clínicas, salas de eventos, tiendas de comestibles, etc., existían en ese entonces 63 edificios habitacionales únicamente para aguardar a estudiantes y profesorado universitario de las diversas carreras humanísticas y técnicas que en Sofía se impartían. Un total de 25 mil estudiantes de los cuales cerca de los 10 mil éramos extranjeros de aproximadamente 80 países.

En esta ciudad estudiantil existía una organización compuesta por estudiantes extranjeros denominada *Klub Druzha* (Club de la Amistad), sus miembros eran los representantes de cada uno de los países que tenían estudiantes en Bulgaria. Así fue que por razones del destino desde el segundo año fui electo representante de la parte Latinoamericana sin incluir a Cuba y Nicaragua, Ecuador, Perú, Chile. Éramos unos 30 estudiantes principalmente de México, Guatemala, Honduras, Salvador, Costa Rica y Argentina. Como finalidad primordial del Club era que a los miembros mes a mes se nos llevaba de viaje, conociendo las zonas turístico-culturales del país, se nos otorgaban algunos beneficios materiales como la facilidad de comprar algún producto que en el mercado no se podía conseguir comúnmente como lo eran, por decir, el papel higiénico, toallas femeninas para las compañeras, aspirinas y algún otro sin importancia, claro. Semanalmente manteníamos un círculo de conferencias para aprender más sobre la filosofía marxista-leninista y sus logros en las áreas político-culturales y político-educativas. Poco a poco nos modelábamos concientemente a las normas del país pero sin pasar por alto una de nuestras más severas obligaciones como jefes-representantes de nuestros países. Esto era que estábamos obligados de una manera moral a mantener unido el grupo, ver por todas sus necesidades humano-materiales y, sobre todo, de comportamiento. Pensando hoy en día recuerdo que un alto dirigente del *Mozad* en alguna

ocasión mencionaba que su organización era como una familia y había que darles todo y protegerlos del todo pues esto era el éxito de su existencia. Nuestro Club no lo podríamos comparar con algún *Kibutz* israelita ni con el *Mozad* de hoy pero creo que las bases eran similares y los efectos también. La vida estudiantil fue sin duda la que más influyó en mi formación durante mi estancia en este país.

Viví días de felicidad como aquel invierno del '87. Era un 25 de diciembre y todos los estudiantes estábamos en total periodo de exámenes semestrales. No existía el tiempo ni concepto de Navidad- era otro símbolo capitalista prohibido por el Estado socialista. La ciudad estudiantil se encontraba en silencio total, ya que ningún estudiante se atrevía a no estudiar día y noche para poder pasar su examen del día señalado en esa temporada, para mí de fiestas, para Bulgaria de exámenes y de trabajo. Una fuerte y silenciosa nevada, la cual no paraba desde hacía ya dos días, envolvía en su manto los grandes y grises edificios estudiantiles y cubría el campo verde en una blanca y enorme colcha matrimonial que te incitaba a ¡Todo menos a estudiar! Inesperadamente, a mi puerta tocó el jefe del Club de Estudiantes del edificio 61-A (cada edificio también tenía su propio Club informativo). Esta persona me indicó que debía de bajar al recibidor para maniobras técnico- instructivas en caso de emergencia y etc., etc. Se trataba de que a los estudiantes extranjeros que vivíamos en esa comunidad se nos daría la bienvenida de "Navidad", lo cual se expresaba en enterrarnos bajo unos dos metros de nieve en las afueras del edificio. Parece increíble cómo el cuerpo humano esta capacitado para soportar bajas temperaturas en estado de excitación. Al principio nos pareció un acto más de racismo, el cual con frecuencia vivíamos en este país, pero después le tomamos el verdadero sabor invernal que al menos en México difícilmente puede alguien experimentar. Veía cómo no sólo en nuestro

edificio sucedía lo anterior, sino también en los edificios colindantes. Pequeñas dunas de nieve moviéndose y de repente explotando. Una imagen similar a la de las tortugas rompiendo el cascarón blanco que las protege, salen ansiosas hacia el mar sin saber siquiera la odisea que les espera en el transcurso de su destino. De repente unos compañeros africanos, quienes más sufrían en realidad este cambio climático, sacaron unas bocinas enormes que retumbaban en el eco formado de fortalezas en forma de edificios. Aquello parecía una verbena popular sin límite de tiempo, fuera de todo concepto socialista, no importaba el color, ni raza, ni sexo, ni convicción política ni nada que nos detuviera a organizar nuestra gran y esperada fiesta de Navidad. No recuerdo bien el número de estudiantes extranjeros que éramos pero sin duda éramos algunos cientos exhaustos de alegría proveniente de toda esa tristeza profunda que nos unía con nuestras lejanas raíces y que por esos días se hace más fuerte y presente como si nuestros hilos de plata umbilicales viajaran a mayor velocidad que la frecuente, como si la longitud de onda que manteníamos de idiosincrasia fuera en estos días la más cercana. Todo era un “caos bien organizado” cuando aparecieron algunas patrullas policíacas de la entonces denominada “Militzia”, a la cual los latinoamericanos llamábamos “malicia”. Se nos había olvidado que estaba sumamente prohibido en primer lugar hacer ruido, en segundo, salir a la calle en grupo a altas horas de la noche y por último, en realizar cualquier tipo de reunión masiva que pusiera en riesgo la tranquilidad social que el propio sistema socialista implantaba y protegía, como una madre leona protege a sus crías del acercamiento de las hienas, sin el permiso oficial de la estación de policía más cercana a tu comunidad. Lo que el sistema no estimaba ni comprendía es que el hombre por sí mismo posee ciertas cualidades y conceptos morales aceptados desde su nacimiento y que por fortuna una de ellas, sin entenderla

en su totalidad, era de que en esos días debíamos de festejar a costa de lo que fuera las tradiciones y costumbres que nos unían a nuestras profundas raíces.

La *Perestroyka* influyó directamente en la vida político, social, cultural y económica del país. En noviembre del '89 vieron los cambios políticos más importantes en el país. El desplome del entonces sistema socialista arrastraba consigo todo lo que encontraba a su paso como *tsunami* en tierra adentro. Primero, un golpe de estado pacífico acompañado del cierre de cientos de fábricas e industrias, principalmente de la industria pesada, ya que por situación geográfica a Bulgaria el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económico) le había designado la construcción de industrias químicas, de armamento militar, metalmecánica, agrícola y turísticas. Es difícil explicar en tan sólo algunas líneas cómo un sistema económico socialista pudo haber pasado a formar parte del sistema de la Economía de Mercado. Vivir el cambio y ver cómo se desplomaban las estructuras policiales buscando la manera de sobrevivir al formar empresas de protección y de seguros, sentir en presencia propia toda la estructura de los servicios de inteligencia socialistas bien capacitados ahora tratando de convertirse en empresarios y hombres de negocios, sentir cambios de comportamiento dentro de los niveles sociales de las cuales tú mismo eres partícipe y buscarte un lugar en estos nuevos estratos ha sido una lucha constante que le ha solicitado un precio muy alto a la sociedad búlgara. Una sociedad que cuando era socialista siempre se quejaba diciendo ¿"Qué compraré hoy día?" a diferencia de la mexicana que solía o suele decir ¿"Que comeré hoy día?" Una sociedad que tenía satisfechas las necesidades de alimentación, estudio, vestido y calzado y que contaba en un 90% con departamento y casa de descanso propios. Una sociedad que se sentía reprimida al no tener la libertad de viajar a otros países del mismo bloque y aún menos a países locali-

zados fuera de los límites del Bloque Socialista. Sociedad que hablaba de Europa sin tomar en consideración que ella estaba ya dentro de Europa desde inicios de su formación como Estado desde el año 681 d.c.

Ahora esta sociedad ya es parte de la Comunidad Europea, son o somos libres de viajar a donde las alas y el viento lo permitan pero que por cuestiones de economía, nuevamente, no todos cuentan con la posibilidad real de realizarlo. Es cuando entonces el hombre se pregunta —¿Qué es mejor, un sistema socialista o uno de economía de mercado? No olvidemos que el hombre posee, por naturaleza, una de sus cualidades que es “la inconformidad”. Si hace frío quiere calor, si hace calor quiere lluvia, si hay lluvia quiere sol, si hay sol quiere nieve, si hay nieve ¡La quiere de limón! En más de una ocasión se me ha hecho esta pregunta ya que he vivido más de dos décadas aquí en Bulgaria. Hasta el momento la única afirmación que puedo defender es el decir que el socialismo tiene una ventaja ante la economía de mercado, es decir, el socialismo *“demostró su ineficiencia de aplicación dentro de cualquier tipo de sociedad europea”*.

Durante los años 1991 al 1993 viví la experiencia de una crisis económica que nunca me imaginé pudiera existir. En esta zona de los Balcanes se suscitaron desplomes de gobiernos, guerras separatistas que dividieron países como lo fue nuestro vecino del Oeste, la entonces Republica Federal de Yugoslavia. No olvidemos que la frontera yugoslava más cercana a la capital búlgara Sofía se encuentra a tan sólo 48 km. de distancia. La guerra vecina y los cambios internos en este país nos pusieron en una alerta de “sistema de cupones”. En otras palabras, las industrias cerraban pues no se sabían quién o quiénes eran el actual o nuevo dueño, en consecuencia los centros comerciales cerraban a falta de producto. El pueblo tenía dinero y no tenía qué comprar en lo absoluto. El país tenía una ima-

gen entristecedora. Podíamos ver campos agrícolas sin trabajar enyerbados, industrias abandonadas cayéndose a causa de los saqueos de materiales que el pueblo necesitaba. La ciudad de Sofía después de verla años antes impecablemente limpia, ahora parecía como si estuviéramos en la central de abastos de Iztapalapa por la tarde. Teníamos que vivir con cupones alimenticios, 1 Kg. de azúcar, 1 lt. de aceite, 1 Kg. de frijol era la dote mensual, un litro de leche y un yoghurt diario era también nuestra dote. Cuestiones absurdas que me llevaban a pensar —¿Qué hago en este país todavía? Importante es mencionar que en ese entonces yo ya estaba casado con mi primera esposa búlgara y estábamos en espera de un bebé. Fue en febrero del 1992 cuando mi hijo, hoy en día un joven ya de 17 años, era el hilo que me ataba a este mundo tan desconcertante. Hoy en día comprendo que no solamente mi hijo me ataba, sino algo más que trataré de explicar a continuación.

En el 1993 viajaba constantemente a Belgrado a conseguir comestibles y productos que aún en Bulgaria no se encontraban. Es increíble el grado en el que afecta una guerra a la economía de un país. En ese entonces el cambio de 1 USD a dinares era aproximadamente 1 dólar a 1,437,525 dinares con 75 centavos de dinar. El billete más grande que se alcanzó a manejar fue entonces el de 100,000,000,000 dinares. Sí, un 1 con 11 ceros!

En cada verano de los últimos tres años de mi carrera tuve que buscar la manera de trabajar para poder vivir el resto del año. Así fue como junto con algunos compañeros mexicanos viajábamos hacia Grecia donde durante la época de la manzana y del durazno éramos "ingenieros agrícolas" en la recolección de estos frutos. Curioso es el pensar cómo, análogamente a nuestros braceros mexicanos en los USA, otros de menor calidad trabajaban en Grecia en actividades similares. Trabajo arduo, sofocante, humillante pero que nos daba la oportuni-

dad de estar en contacto con la naturaleza y con la gente de aquel legendario país como lo es Grecia. Vivíamos en las casas de nuestros patrones y convivíamos con ellos de la manera que ellos lo realizaban. Tuve que aprender además lo básico del idioma griego para poder darme a entender. Comprendí que los actuales griegos no son más cultos de lo que simulan o tratan de simular. Al igual que gran parte de los mexicanos, los griegos viven de su pasado cultural y se enorgullecen de ello. Mantienen vivas sus raíces y protegen al máximo sus legados arqueológicos. Diría que le sacan jugo a las piedras de mármol, material con el cual están compuestos. El griego vive en un clima extremadamente caliente y, sin embargo, lo sabe superar. No cuentan con una gran naturaleza vegetal como podríamos orgullosamente mencionar a la selva lacandona y, sin embargo, son grandes productores de almendras, aceitunas, duraznos, manzanas y naranjas. Miembros de la Comunidad Europea y a pesar de todo siempre están listos a protestar- inconformidad constante, contra sus dirigentes sobre algo que les afecte en su vida cotidiana y económica. Existen países como Bulgaria donde la sociedad es en su totalidad apática, apolítica, mantiene un estado de comportamiento pasivo a todo acto y cambio económico social. ¿Acaso no sería bueno pensar en que ciertas sociedades puedan darse cuenta de la falta de conciencia político-social en la que se encuentran y cuyas consecuencias son la inseguridad, la corrupción, el desempleo, la analfabetización y mucho más? ¿Cómo es posible que países de escasos recursos naturales estén dentro de los países desarrollados y aquellos que cuentan con riquezas naturales vivan al filo de la navaja?

Después del '94 vinieron tiempos de reestructuración y había que trabajar preferentemente en tu profesión. Fue así como fui contratado por una empresa de la ex Rusia, para ser exacto el dueño era de Siberia y el gerente general de Moldova. Ambos hablaban ruso y un poco de búlgaro con lo cual nos

entendíamos en su totalidad. Comercializábamos todo tipo de aceros al carbón, inoxidable, especiales, e iniciamos también la comercialización de todo tipo de artículos metálicos como máquinas y herramientas de fabricación rusa, refacciones y en su momento incluso metales mucho muy específicos que son tema aparte. La empresa era una de las que mejor trabajaba en el noreste del país y al obtener ingresos altos inesperados ambos socios, al igual que miles de ciudadanos del Este, vieron la posibilidad de entrar en negocios de alto riesgo, lo que nos llevó a contactar con estructuras de la alta política y del bajo mundo, estas dos esferas siempre van de la mano como el "amor y el odio". Fueron tiempos de inestabilidad familiar, lo cual apoyó el divorcio con mi entonces esposa búlgara, que se manejaba en los ámbitos sociales de la entonces nueva Bulgaria.

A inicio del '97 actuaba ya como asesor industrial independiente pues era una de las personas dedicadas a preparar toda la información de aquellas industrias, ahora ya no del Estado, sino particulares deseosas de abrir nuevas fuentes de producción y búsqueda de mercado, el cual quedó en manos de los ex funcionarios de gobierno, hoy en día los más prósperos hombres de negocios en el país. Esta información la transmitíamos directamente a una empresa de consultoría satélite de la central local del Banco Mundial.

En ese entonces inicié mi vida personal con la actual compañera y esposa a la que le debo principalmente el hecho de no aceptar el dicho "no todo lo que brilla es oro" —¿Es plata? Vinieron propuestas de empresarios locales mucho muy atractivas, económicamente hablando, y entonces tenía que tomar una seria decisión, como siempre dentro del dualismo que existe en este país— aceptar el vivir en constante riesgo con una excelente remuneración económica o simplemente poseer una familia que te dé la tranquilidad interna, el amor que difícil-

mente se puede encontrar en esta selva mundial sufriendo los estragos de una crisis global y viviendo día a día. Creo que la respuesta es obvia. Así entonces entré en la etapa donde la vida te ofrece oportunidades como la que en el '98 se presentó en un gran problema que traía un grupo de artistas pintores encabezados por el director de una renombrada galería de la Ciudad de México, la cual hoy en día se encuentra sólo en la ciudad de San Miguel de Allende. Este grupo debía de presentar una enorme exposición de cuadros, óleos, acuarelas y de técnicas mixtas, que nunca llegaron a su destino. Fue entonces que se me solicitó apoyar en el asunto. He aquí cómo de repente me di cuenta que con los años de estudiante, lo que había trabajado ya junto con diversas estructuras socio-metamorfosis, postpolíticas y otras que sería mejor no mencionarlas, pude rastrear dicha obra que por casualidad se encontraba aún en Austria.

Éste fue el principio de una nueva etapa de mi vida que si bien ha sido lenta, de trabajo contra corriente, me abrió el camino para lo que puede significar la **construcción de un puente** entre el lejano y querido México y entre la lejana y mística Bulgaria. Países que a pesar de la distancia poseen similitudes y diferencias curiosas. Desde mi presencia en este país me llamó la atención imágenes como la de que las banderas nacionales tienen los colores verde, blanco y rojo, una en forma horizontal y la otra en vertical, al igual que lo fuera el Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Ambos países se caracterizan por el vasto consumo de frijol, uno negro y el otro blanco, al igual que el chocolate y el yoghurt. Los dos países consumen picante en grandes cantidades, uno de chiles verdes y el otro de chiles morrones, simulando los caracteres internos de sus ciudadanos- los mexicanos sentimentales y siempre en buen ánimo y los búlgaros de apariencia brusca y de carácter aún peor.

Son países con culturas de profundas raíces. Desde fuera de México te das cuenta cómo el extranjero adora la

cultura indígena mexicana, se estremece ante la imagen del indígena, quien es símbolo de admiración y respeto. El extranjero, al menos el de este país de Bulgaria, siempre ha soñado en visitar México y fotografiarse con sombrero, guitarra y con una copa de tequila en la mano para brindar por Quetzalcóatl y Tangra. Sentir el calor de un día soleado en México es algo que el extranjero difícilmente puede darse el lujo ya que en estos países de clima continental y de largos inviernos el tomar sol no es tomar cerveza, sino es una bendición del Señor. La cultura mexicana se basa en gran parte en su gastronomía. El arte de comer y comer bien es algo que en el mundo caracteriza a la raza de bronce. Vivir en México es como vivir en una enorme cocina donde las 24 hrs. del día se esta cocinando, preparando los manjares más succulentos como-un viaje en Xochimilco, una misa en la Villa, un recorrido por la línea 1 del Metro, ver la danza de concheros o sentir el olor del drenaje profundo de la Ciudad de México es algo que millones de personas en el mundo estarían listas a dar lo que tengan solamente por vivir un día en esas condiciones.

Por otra parte, aquí en esta Bulgaria, territorio actual de la milenaria Tracia, tierra del Dios Orfeo y aún mejor de ¡Dionisio! su cultura se basa fundamentalmente en el cultivo de la uva. Pueden observarse los grandes racimos de uvas en todas las casas de provincia durante el mes de septiembre, esperando ser cortados para convertirse en el elixir de su Dios y servirse a la mesa en forma de vino y de su destilado llamado "Rakya", acompañado siempre de variedades de ensaladas, frescas en época de verano y otoño y fermentadas en época invernal y de primavera. Aquí en donde desde 1989 hasta hoy, el 2009, apoyo en mis posibilidades a una Casa de Cultura que se localiza en la ciudad de Plovdiv a 156 Km. de distancia de Sofía. Esta Casa se denomina "**Museo permanente de la Cultura Mexicana**". Con un letrero que dice "**Mi Casa es su Casa**", te

recibe en su corazón entrando a un jardín que durante el mes de mayo te acaricia con sus grandes rosales rojos y amarillos, este museo con seguridad es uno de los pocos centros culturales que México posee en el exterior. Fue fundado en el año 1981, cuando Bulgaria cumplió 1300 años de su fundación como Estado independiente. Los gobiernos, mexicano y búlgaro de ese entonces acordaron crear un espacio en donde se exhibieran obras que fueran los lazos culturales entre ambas naciones. Así Bulgaria otorgó una casa museo de excelente arquitectura con el estilo renacentista búlgaro de dos pisos en la magnífica zona antigua de la ciudad de Plovdiv, algo así como San Miguel de Allende, Guanajuato. Entonces, México en respuesta otorgó 1,300 gráficas de más de 200 artistas mexicanos, entre los cuales, Orozco, Rivera, Siqueiros, Cuevas, Anguiano, Ceniceros y muchísimos más. A través de los años con la difícil situación económica del país, apoyado por el desconocimiento parcial de México, este museo ha quedado un tanto al olvido. Trato de organizar en sus espacios, exposiciones mexicanas cuando tengo oportunidad. Qué bueno sería imaginar que ahora en el Bicentenario de nuestra independencia México utilizara este museo como base para la organización de exposiciones, pues contamos con un excelente número de gráficas.

Con lo anterior quisiera enfatizar que desde el '98 hasta la fecha, ya trabajando como asesor cultural independiente, he invitado a Bulgaria a artistas mexicanos plásticos para que presenten exposiciones de sus obras, a grupos de folklore mexicano para que participen en los festivales internacionales de folklore, sean del CIOFF o municipales. He llevado a grupos búlgaros de títeres a que recorran algunos festivales mexicanos como el de Rosete Aranda en Tlaxcala, acompañado de otros como en Morelos, Hidalgo y Oaxaca. Fui iniciador de la firma de un convenio académico entre una universidad particular del Estado de Tlaxcala y la Academia Nacional de Arte de

Sofía, Bulgaria. Cuando tengo la oportunidad organizo pequeños grupos de turistas búlgaros para que recorran nuestros mágicos rincones de México y viceversa. He traído por segunda ocasión a un excelente mariachi mexicano para que se presente por un periodo de 5 meses en la renombrada zona turística de Albena, localizada en el norte del Mar Negro búlgaro, donde a la par inauguramos el primer restaurante mexicano verdadero, pues importamos más de 15 productos comestibles desde México. Creo que existen grandes campos en el ámbito cultural que no se han podido aprovechar principalmente debido a la distancia y falta de información mutua.

La pasada semana del mes de septiembre cumplí 24 años desde que salí de México aquel mediodía de un domingo soledado de amor, tristeza, miedo y desconocimiento. Han pasado años de inquietudes, de aprendizaje, de estudio, de trabajo, de crisis, de reconstrucción, de amor y tristeza, de enriquecimiento y estabilidad personal. He cumplido 48 años de edad y 24 de vivir en este país. En ocasiones me preguntan ¿Qué soy o quién soy? difícil pregunta de contestar. Soy como simplemente somos muchos de los migrantes en el mundo, uno más del todo, uno más que vive, lucha y trata de aprender día a día lo que el mundo nos enseña, uno más que continúa su lucha por encontrarse a sí mismo tratando de amar a su familia, soy como el perro de las dos tortas al pertenecer a dos países queridos —uno que me vio nacer, crecer, formarme y alejarme— el otro que me aceptó, me formó, donde maduré al lado de mi preciada y joven esposa madre de mi hija de 3 años y no por último al lado de un hijo que nuevamente viajará a China a vivir por 2 años más. Bulgaria, país en el que he aprendido que la igualdad tiene un precio y que día a día se paga. País en el que aprendí que el ser extranjero no es una manera de vivir o ser aceptado como se cree que es, sino que es un estado de ánimo permanente y hay que aceptarlo. He aceptado el hecho de que

cuando visito México para poder llenar la batería de esa energía, que como sabemos posee algo que la luz del sol, los colores de su naturaleza y sus volcanes explotan, empieza a faltarme el frío clima de Bulgaria al igual que su yoghurt, su destilado de uva y sus exquisitos quesos fetas. Aceptando también el hecho de que cuando estoy en Bulgaria me hace falta mi México tal y como lo es, con sus defectos y sus virtudes, con sus tumultos de gentes que van y vienen, sus olores y sabores, sus fiestas y sus peligros sociales, así tal y como lo es.

Son 24 años, exactamente la mitad de mi vida real ya en este país. Tratando de seguir conservando al máximo mis raíces culturales y combinándolas con las raíces que me han envuelto, como la enredadera de la vid envuelve al tronco más cercano, continúo con la esperanza de poder reconstruir el **punto social y cultural** que se rompió entre México y Bulgaria con la caída del socialismo y con los cambios económicos de mercado.

Sigo recordando las palabras célebres de mi padre que durante muchos años no podía comprender en su totalidad —“**Los viajes ilustran y la Casa embrutece**”, cuando pienso en él, pienso también en todos los países que he visitado durante mi ausencia en México y empiezo a temer que si analizo a alguien que aquí no he mencionado en lo absoluto— quien es mi madre, mujer que desde su niñez ha luchado por la formación y mantenimiento de la familia, persona que siempre ha estado al margen y a la sombra de los éxitos de todos sus hijos y nunca ha dado señas de descontento, ni disconformidad, entonces las palabras de mi padre empiezan a perder su total validez. Sí, es cierto que los viajes nos ilustran pero cuando el viajero que los realiza esta preparado física, moral y culturalmente. La casa en ningún momento me embruteció, al contrario fue mi “casa” el templo que me dio la formación de mexicano gracias a la cual creo haber logrado sobrevivir

en un ámbito totalmente ajeno al que nació. La "casa" creo es algo más que un templo. Es la fuente de energía cósmica que mantiene unida a la familia y es el germen de nuestras raíces, por las cuales vale la pena luchar día a día para no perderlas. Así entonces el dicho de que **"Los viajes ilustran y la Casa embrutece"** quisiera permitirme cambiarlo por **"Los viajes ilustran pero la Casa..."**

*Con dedicación a mi Padre que siempre me hizo falta, desde que partí hasta la fecha-que en paz descanse.*

*Con dedicación y amor a mi Madre que Dios la mantiene con vida y sigue siendo la fuente de energía infinita que ha podido guiarme por estos lejanos caminos.*

*Con dedicación a mi gran Esposa búlgara, cenote de amor que me mantiene con vida y equilibra en los momentos más difíciles. Siempre a mi lado en las buenas y en las malas y madre de mi segunda hija búlgara de 3 años, fruto de la unión cultural entre México y Bulgaria.*

*Con dedicación a mi hijo, búlgaro-mexicano de 17 años, que ha sido motivo de lucha y aprendizaje, en el que existe una esperanza de mí por quien sea aquel que continúe con la búsqueda y construcción de ese puente social y cultural entre ambos países.*

*Sofía, Bulgaria*

*Octubre de 2009*



# El despertar de una historia

Jair Solís Macías (El Escribano)  
*Categoría C / Mención Honorífica*

## Prólogo

**U**na noche estaba en México y bajo la luz del nuevo amanecer había despertado en la tierra de la Baja Sajonia, fui un Marco Polo en nueva tierra, cultura e idioma; descubrí una vida a cuestras, como nómada flotando en inmenso mar: cruzando el Atlántico, casi ahogado en el Mar del Norte, nado noches por el Leine, llego a terreno del Duque Otto "The Child": «civitas Honovere».

—Bienvenido a Hanóver— palabras susurradas por la chica llamada: «invierno», me tendió la mano y dejó nieve en mis recuerdos, congelando el momento de mi primer ocaso. Mi verbo truncado por un nuevo vocablo ponía cara de espanto, me sentía extraño: dije «Hola» me contestaron «Hallo». Gente nueva; yo, no muy alto, me siento entre gigantes, corro por sus praderas de asfalto en mi primera noche en este mundo caucásico...

## El despertar de una historia

*Estas palabras se van escribiendo al paso de la voz del recuerdo: de los sentimientos encarnados en las experiencias; en esas lágrimas; en esas palabras; en esas sonrisas a esa Madre llamada México y a este nuevo hogar llamado Alemania.*

“La adaptación a una cultura nueva es un proceso de irse re-descubriendo uno mismo dentro del nuevo entorno; es ser parte del nuevo entorno”

¡Viva México! ¡Viva México! —gritábamos cerca de los cien mexicanos que celebrábamos el día de la independencia por adelantado, esa noche fresca del sábado 12 de septiembre del 2009 en la ciudad de Hanóver, Alemania. Yo había terminado de declamar el poema que había escrito titulado “Plegaria de los Poetas Muertos” cuando se me acercó Manuel, un gran amigo originario de la Ciudad de México, quien tenía poco más de catorce años viviendo en estas tierras; me extendió la mano, nos dimos un abrazo y me dijo —así se hace poeta, así se hace— al momento que escuchaba nuevamente ¡Viva México!

Esa noche era una noche especial, como ninguna otra. Mariachi, tequila y ese calor... ese calor mexicano se habían mezclado para dejarme ver una vez más un sentimiento encarnado, ese sentimiento de vida, de pasión y entrega; esa energía de gritar soy mexicano y compartirlo con esta sociedad europea. Yo estaba a unos meses de cumplir seis años de vivir en esta tierra, seguía siendo mexicano desde luego, pero no era el mismo de aquel que vivió en la lejana tierra de San Luis Potosí; las “experiencias del mundo” me habían cambiado.

Esa noche había conocido a paisanos recién llegados, veía en ellos el reflejo de mi pasado, compartí con ellos mis experiencias de cuando llegué a estas tierras; pero al final les comenté lo que siempre digo a cualquiera que decide salir de la fronteras de su nación: —cada quien vive su propio camino, a cada quien lo mueven diferentes impulsos y nada va a ser igual, sé un niño para estar lo más abierto posible a lo nuevo—.

Pasé a saludar a su vez a los más viejos, sus canas no dejaban esconder el paso de sus años gritándole a la patria de una manera diferente cada dieciséis; vi en ellos el reflejo del futuro, tal vez, de mi propio futuro, —¿Cuánto tiempo me quedará aquí?— me preguntaba a mí mismo al momento de extender la mano al saludarlos, pero la respuesta a dicha pregunta era

siempre: —ya estoy en casa, pues aquí me despierta el sol cada mañana—.

Dejé mis pláticas y comencé a caminar por entre la gente, todo a mí alrededor se movía lentamente, llevaba a mi paso tan sólo esas miradas que me seguían como el viento, las voces se perdían al sonido de la música del mariachi. Me senté en una banca y de ahí contemplé a los presentes: bailando, gritando y disfrutando del momento. Al poco rato pasó una persona, organizadora del evento, entregando folletos a todos. “Historia de Migrantes” decía aquel papel que estaba repartiendo; alguien tenía deseos de saber nuestras historias y yo tenía una, pero para poder describir el despertar de esta historia tenía que emprender un viaje en mi interior y revivirla. Así que sentado en aquella banca comencé a ver todo con los ojos del pasado, las imágenes de esta fiesta folclórica comenzaron a mezclarse, los colores se entretejían al susurro de los recuerdos, el sonido de la música se tornó la voz del sentimiento y fue así como las puertas del tiempo se estaban abriendo ante mis ojos.

—Hola, voz del recuerdo— dije al momento que mis pensamientos corrían como el agua.

—¿Quién eres tú?— dijo la voz, que yacía en el barco de la memoria.

—Voz del recuerdo, yo soy la maravillosa experiencia del momento, el ahora y el presente. Te evoco cada vez que quiero apreciar el rompecabezas de mi vida, para ver lo que hasta el día de hoy he armado y a su vez para acomodar piezas nuevas.

—¿Y qué experiencias nuevas quieres acomodar dentro de este cuadro de sentimientos encarnados?

—En esta ocasión sólo quiero contemplar el rompecabezas de mi vida y quiero caminar sobre tu sendero, ir a momentos del pasado. En el mundo de afuera alguien quiere escucharte, alguien está interesado en lo que ahí hay guardado. Será tu gran amiga “la palabra escrita”, quien comunicará esta

aventura a mi regreso. No más de quince hojas redactadas me piden, éstas podrán marcar diferentes rumbos en el futuro de quien las lea. Esos sentimientos encarnados forjaron una gran vereda que me llevó a disfrutar los diversos panoramas de las experiencias en el camino de mi vida; camino que sigue abriéndose paso en el presente.

—No puedo negarme a lo que estás pidiendo—, decía la voz del recuerdo —al fin y al cabo tú y yo somos los mismo pero en distinto tiempo.

Y fue así como a un respiro di un paso al tiempo, las imágenes me volvían a hablar y comencé el viaje...

“Los amaneceres —en el lenguaje místico de la vida— son el descubrimiento de algo nuevo, son el despertar de nuevas historias.”

Me levanto de mañana muy temprano para poder aprovechar al máximo el día, “ese día” lo quería hacer eterno en mi recuerdo. Abro la ventana y contemplo el mundo a mi alrededor, siento el sol caminando por mi rostro, abrazándome, llenándome de fuerza y energía.

Observo el cielo azul y lo contemplo como un cuadro artístico. Todo a mi alrededor lo aprecio lentamente, como queriendo grabar cada instante: Un pájaro se postra frente al árbol de enfrente, una libélula pasa a gran velocidad cerca de mi oído, ensordeciendo mis pensamientos, los colores de las casas aluden el inicio de un nuevo año, hasta el perro de la cuadra “Camelot” se detuvo, me miró, meneó la cola, saludó con un ladrido, como sabiendo el paso que yo daría ese día al atardecer.

Cierro la ventana, doy un paso atrás y la contemplo; respiro profundo, el canto de mi pensativo corazón se escucha resonando notas de alegría y a la vez de nostalgia.

Guardo cada imagen en mi mente como “*lo último*”: la imagen de levantarme a través de la ventana, de respirar el aire fresco y ver al mundo que estaba afuera ya en movi-

miento, ese mundo que contemplé día a día en los últimos 23 años: mi México.

Me dirijo despacio a la planta baja para no asaltar el sueño de nadie, estoy en la cocina. Mi madre ya estaba en la mesa tomando un café, mi padre iba entrando a la casa —había ido a comprar pan dulce para el desayuno— los veo a los dos, contemplo su rostro, ese rostro cuyo tiempo ha grabado su paso.

Tuve tantas imágenes en la mente en ese instante, que el describirlas me llevaría horas; en ese momento supe que las palabras del corazón no son las mismas que las de la razón, el lenguaje es otro y la velocidad de comunicación es distinta: la razón se expresa en palabras y son pasajeras; el corazón en sentimientos y son eternos.

Al poco rato mis hermanos bajaron, desayunamos, compartimos la plática familiar matutina como todos los sábados. Sin pensarlo, ese momento sería la imagen fija que me acompañaría de por vida, la imagen de la familia reunida: ese origen de toda familia mexicana.

En mi mente no dejaba de ver todo como "*lo último*": la ventana, el sol, los árboles, la familia, el desayuno y así cada imagen que los segundos traían consigo.

Ver todo como "*lo último*" pudiera sonar catastrófico, pero en ese instante para mí no fue así, simplemente era mi reacción de lo que en ese momento estaba a punto de experimentar, esa brecha a cruzar: como cuando un soldado empuña una foto en momentos de nostalgia, como cuando la amada despide a su novio con lágrimas que graba en su corazón, como el deleitar un platillo sabiendo que no comerás en mucho tiempo, como ese aventurero que se entrega a lo desconocido, como esa puerta que abres sin saber lo que encontrarás detrás. Ese día era mi *último* día en mi ciudad natal, San Luis Potosí; era, además, mi *último* día en mi México.

“Hay decisiones que conllevan dejar cosas detrás, pero sabes que es el camino correcto porque te lo dice el corazón.”

Al abrazar a mis padres antes de subir al autobús que me llevaría al aeropuerto de la Ciudad de México, me susurraron al oído —vas a algo nuevo, vas a lo que siempre has querido, vas siguiendo tu sueño, tu camino—. Y sí, no podía negarlo, desde los quince años había tenido ese objetivo y la vida me mostraba ese camino.

—La vida te ha dado una oportunidad especial, una en un millón— me decían familiares y amigos. No estaba de acuerdo con ese comentario, ya que la vida no es un juego de azar, la vida tiene preparado algo para todos y eso radica en lo que uno siempre espera de la vida misma.

Estaba ahí subiendo al autobús, a un viaje sin regreso, era la tarde del sábado 3 de enero del 2004. Tenía 23 años y una empresa alemana me había ofrecido trabajo. Una experiencia laboral muy interesante sin duda, pero nunca me imaginé el profundo crecimiento humano que ahí se escondía. Esa tarde rumbo al aeropuerto una lágrima cerró el capítulo de mi vida en México, pero el calor de la emoción a lo nuevo la había secado casi inmediatamente.

Ya dentro del vehículo en movimiento miro a través de la ventana y estoy ahí nuevamente contemplando todo a mí paso como “*lo último*”, transformándolo en recuerdos: calles, personas, casas, autos, el aire mismo.

En el aeropuerto abordo el avión de mi destino. A pesar de que viajaba con cientos de pasajeros más, me acompañaba tan sólo la soledad y los cientos de recuerdos que grabé como “*lo último*”. Cerré mis ojos y al abrirlos ya no sería lo mismo, ya no sería el mismo. Así comencé la nueva etapa, la nueva era, el génesis de mi peregrinación, el proceso de un nuevo aprendizaje.

—Fue un inicio de invierno con bastante nieve, la alegría en los mercados navideños se vivió con gran intensidad, un

gran ambiente cálido en un invierno que se siente hasta en los huesos. Los mercadillos se han ido... de donde yo vengo...— El conductor del taxi seguía hablando en un acento muy extraño del idioma inglés, era afgano, me fue haciendo plática mientras llegábamos al centro de la ciudad. De entre sus historias, me contó que había llegado a Alemania casi caminando, que casi moría en el camino al sufrir los estragos de la guerra en su país, tuvo que cruzar kilómetros de peligro. Me sentí dichoso de poder llegar en avión.

No pude concentrarme más en sus palabras, mi mente estaba en un refrigerador del tamaño de la ciudad, mis pensamientos bajo cero, mi cuerpo morado y mis ojos cristalizados. Estaba experimentando el invierno más frío de mi vida, estábamos a  $-12^{\circ}$  C y decían que se pondría peor. A tan sólo treinta minutos de haber llegado sentía los primeros estragos del clima. Había llegado a mi nuevo hogar: Hanóver, Alemania.

—El invierno está fuerte, pero la primavera vendrá, así es la vida: aquí encontrarás cosas nuevas y bellas por las que no querrás irte jamás, encontrarás cosas “no tan bellas” por las que querrás irte inmediatamente; en mi país hay guerra y eso me ha mostrado ver aquí grandes primaveras incluso en estos días de invierno. *Viel Glück!* (¡Buena suerte!)— Terminó de decir el taxista, quien me había enseñado una gran lección en los primeros minutos a mi llegada.

“La primera impresión es la bienvenida a cualquier llegada”.

El primer pie puesto en esa tierra nueva, el primer respiro, la primera mirada, la primera impresión, la primera conversación, la primera tarde, la primera cena, la primera noche, el primer... el primer... “*el primer todo*” reemplazó inmediatamente las imágenes de “*lo último*” que había guardado de mi México. Ahora las imágenes de “*lo primero*” estaban ahí; entendí en ese momento que ésa era la bienvenida a cualquier llegada: uno quiere observar todo en un instante, devorar los segundos

y caminar como conquistador en tierra nueva, pero la misma mente dice —“tranquilo”, ya tendrás tiempo—.

Me sentía como un niño, como un recién nacido en el mundo, ya que todo alrededor era nuevo, no conocía a nadie, no entendía nada, no sabía cómo llegar a cualquier lugar. Ese fue el primer sentimiento que viví al verme y sentirme en la ciudad de Hanóver: el sentimiento de ser nuevamente como un niño, tener un mundo a mis pies y hambre de conquista.

“Hay que ser como un niño y afrontar con esa inocencia los grandes retos de la vida”.

Desde un principio me convertí en un observador y me deleité con las experiencias de “*lo primero*”. Si quería aprender tenía que comenzar a observar. Era emocionante, divertido, retador, era un explorador en la selva.

Sin embargo me di cuenta que no era el mejor nadador dentro del mar de la aventura y a las pocas semanas de ser un detective y un gran observador de mi nuevo mundo, comencé a experimentar unos sentimientos distintos. Esos recuerdos de “*lo último*” —familia, casas, gente, clima...— que había grabado de mi México comenzaban a surgir, a reaparecer, a asaltarme en sueños, a perturbarme, a quebrantar la inocencia del pequeño niño que había vuelto a nacer, a convertirse en la punta de la lanza que penetra la llaga de mis tormentos, a ser los fantasmas de mis miedos, a ser el eco de la voz de un pasado que se negaba a ser substituido por un nuevo presente.

Esas imágenes de “*lo último*” eran cada vez más intensas, hasta que, a tan sólo tres meses de mi llegada y en vísperas de recibir la primavera, surgieron los “**sentimientos encontrados**”. Ése fue el detonador de la bomba, la guerra había iniciado, las imágenes de “*lo último*” (México) luchaban contra “lo nuevo” (Alemania): Lo viejo vs lo nuevo; lo conocido vs desconocido; la nostalgia vs la alegría; lo que fue vs lo que puede ser; la faceta cambiante del invierno a la primavera.

En este viaje al nuevo mundo la brújula de mi dirección estaba perdiendo su rumbo, estaba en la línea floja: en un extremo México, en el otro Alemania y debajo el vacío. Era un momento difícil, de enfrentamiento, decisivo y tenía que andar con cautela. La pregunta era si las hojas renacerían en mi nueva primavera; las ramas de mi árbol se enfrentaban a los nuevos climas, no había más tempestad que la que mis emociones generaran. Así como había experimentado un “invierno infernal” a mi llegada, así mismo podría experimentar un “invierno en primavera” al estar en la etapa de mi adaptación y específicamente en la más importante desde mi punto de vista: enfrentarse a **“los sentimientos encontrados”**: **“lo último vs lo nuevo”**.

Estos “sentimientos encontrados” estaban en todos lados: el clima, el idioma, la sociedad, en mí mismo. Éstos tomaban diferentes nombres día a día: rechazo, tormento, recuerdos, amargura, alegría, olvido, soledad, armonía, integración, ansiedad, júbilo, conquista, unión, desesperación, incomprensión, alivio, depresión, resignación, apego, abandono, llanto de una respuesta no encontrada. Sabía perfectamente que el resultado de la adaptación al nuevo mundo, a la nueva sociedad, sería la dirección que diese a esos sentimientos: comprendí que un proceso de adaptación es un proceso de irse redescubriendo uno mismo dentro del nuevo entorno; ser parte de ese entorno.

Durante la travesía de mis días el clima que encontré fue adverso, pero poco a poco fui cediendo, decidí dejar de verme a mí mismo encerrado en los “sentimientos encontrados” y despertar a la nueva luz. Así fui descubriendo un deleite nuevo al paladar de mi vista; mi corazón me fue mostrando un lenguaje nuevo en la naturaleza; en mi ciudad potosina hay dos climas: verano e invierno, pero aquí las cuatro estaciones tenían marcado su rasgo particular.

Aquí descubrí que las emociones se pueden ver afectadas por el clima: alemanes sonrientes en verano vs alemanes tristes

en invierno. Para mí fue igual, pero a mi manera: la primavera, verano, otoño, e invierno guardaban un misterio, en su silencio hay regalos escondidos: me descubrí meditando en el tapiz rojo de las hojas de otoño, me descubrí soñando en las noches de invierno, me descubrí liberando y compartiendo mis pensamientos a la caída del polen en la primavera y me descubrí gritando *Prost* (salud), brindando con una *Weizenbier* (cerveza de trigo) en mano a la llegada del Verano; me fui descubriendo a mí mismo dentro de los diferentes nuevos entornos.

—El Oxford del Leine, Georg I lo mezcló en el aire, música suave, tono de ave, vuela mi voz cantando nuevo lenguaje; claro y amable al palpitar de los labios. Se respira un aroma poético, no el mismo de mi idioma materno, pero sí auténtico como un poema a la casa Leibniz describiendo sus rincones más serenos. Palabras de tranquilo pensamiento la capital de Niedersachsen, maestra de fino léxico.— palabras que susurron mis labios, al momento que descubrieron nuevos sonidos que habrían de emplear para comunicarse en el nuevo hogar.

Desde un inicio, decidí enfrentarme al reto del nuevo lenguaje, quería tomar el timón del curso y decidí hablar, hablar y hablar (aunque no supiera el idioma), el resultado de mi primer intento fue que le pedí una *Bratbrust* (seno asado) en lugar de una *Bratwurst* (salchicha asada: Platillo típico alemán) a la chica que atendía un puesto de comida.

—Los idiomas abren puertas— me dijeron los profesores en la escuela, pero en esta ocasión era el idioma lo que abriría mi puerta a una sociedad entera, a ese mundo desconocido y por explorar, como a esa chica que políticamente le pedí un seno, pero en fin, después de ese acontecimiento escribí mi lema: "Conquista en la palabra; romance que no escapa". Sabía que tenía que ser paciente y luchar con la desesperación de no sentirme parte de la sociedad por no poder hablar su idioma, tenía que darme la oportunidad de aprender. Siempre seguí mi lema y

así fui conociendo el idioma: compré peras por manzanas, pedía una cosa y me daban otra, en fin era un niño sin habla.

Las mejores clases de alemán fueron, sin lugar a dudas, esas tardes aburridas con los nuevos amigos sentado a la deriva de las conversaciones que no comprendía, no entendía palabra alguna, “soledad verbal” fue como le apodé, esa “soledad verbal” me acompañó en cientos de reuniones; sin embargo, el tiempo resultó ser el mejor moderador en mi proceso de aprendizaje, poco a poco mi mente absorbía no solamente los sonidos sino sus significados, poco a poco estaba entrando en el mundo de la dialéctica alemana; poco a poco me sumergía en un mar de nuevas conversaciones.

Caminé y caminé como nómada ante las miradas de la nueva sociedad: reservada, exigente, organizada, amante de las reglas y protectora de las mismas. La Alemania que encontré no concordaba con la pre-imagen que me había planteado, encaraba así otro “sentimiento encontrado”: falacia vs realidad. Ahí comprendí que las imágenes (prejuicios) de lo que damos por verdadero, sin conocerlo, es lo que nos frena al cambio —hay que dejar que las cosas se expresen como son, dejar ver su esencia y tomarla como es— me repetí una y otra vez.

Y fui conociendo a una Alemania que no está escrita en los libros de texto, más allá de la Alemania perdida por los estragos de la guerra, vi a una Alemania humana con virtudes y defectos, sombría y alegre, reservada y abierta, trabajadora y temerosa, seca y fuerte, feminista. Feminista... eso lo vemos todo hombre migrante sin importar su origen, —tal vez por ello el alemán busca a las mujeres cariñosas en países latinos— ésa fue mi conclusión al ver una gran cantidad de mujeres latinas casadas con alemanes y una gran cantidad de migrantes latinos quejumbrosos de la mujer alemana.

No solamente la vida privada fue un proceso constante de cambios y aprendizajes, así lo fue también la vida laboral.

Éstas fueron dos facetas totalmente distintas de adaptación. Dentro de este mundo laboral tuve que enfrentarme a obstáculos diferentes que los que veía en las calles alemanas.

—Tú, mexicano, México siempre mañana y siempre mañana— me dijeron mis compañeros alemanes en un español un poco “mocho” en mi primer día de trabajo. He de ser franco que me dio cierta vergüenza el ver que los mexicanos somos famosos por ser incumplidos y decir siempre “mañana”. En repetidas ocasiones me decían en tono burlón —la junta del proyecto comenzará a las 13:00, hora alemana, es algo así como las 12:30 para los latinos— sabía que la puntualidad no era una fortaleza de mi México y he de ser sincero, tampoco la mía. Tuve que aprender a ser puntual.

Como esos hubo muchos otros casos en donde me enfrentaba a una cultura laboral diferente, viví una adaptación trabajo-cultural; desde el primer día de trabajo pasé a cargar a mis espaldas las malas imágenes de la cultura laboral mexicana e incluso latina que los alemanes tenían. Mi gran amiga Dinorah, una paisana sonorensé que llegó a trabajar a la misma empresa varios años antes que yo, me dijo desde un principio en su tono cantado: —Chíngale, cabrón, para estos alemanes, ser mexicanos o latinos es lo mismo, para ellos es sinónimo de “huevones”; pero no te preocupes, te trajeron no para burlarse, sino porque en ti vieron un potencial y ese potencial es lo que esperan ver, ésa es la única manera de quitarles esos prejuicios— y vaya que tenía razón, fui demostrando a capa y espada que los ingenieros mexicanos también somos de primer mundo.

“No hay sociedades perfectas, sólo sociedades diferentes y las diferencias se acortan disfrutando una taza de café”.

Al desarrollarme en la faceta de mi vida particular, al salir del trabajo, puse a mi México como la sociedad perfecta, la única y la mejor de todas, pero ambas sociedades (México-Alemania) me mostraron que estaba siendo demasiado crítico

y prejuicioso. Por cada cosa que no me gustaba, daba la espalda y volteaba mi rostro a “mi México” en busca de consuelo; sin embargo, al poco tiempo fui descubriendo el espejo de una realidad palpable, siempre presente, ante mis ojos: la realidad social de mi México vista desde afuera.

Pudiera sonar algo raro pero enfrentarme a la sociedad alemana fue enfrentarme de igual forma a mi propia sociedad mexicana; me fui adentrando e integrando a la sociedad alemana en la misma medida que fui redescubriendo a mi México: cabello oscuro, acento extranjero, puede llegar a ser la carta de presentación ante la sociedad alemana: racismo lo llamarían “algunos”. Sin embargo, en mi México pasa exactamente lo mismo: mientras más oscuro el color de piel, mientras más oscuro el color de cabello, mientras más bajo de estatura, más “indio” se es, ¿Cómo llamarían a eso los “algunos”? si en México “no existe” el racismo... no sé, pero Octavio Paz lo llamó: ningunear.

—En México no todo es malo, tiene muchas otras cosas buenas— me dijeron más de una vez mis paisanos, —sí, de la misma manera Alemania... no hay sociedad perfecta, sólo diferente— les respondía yo.

Durante mis momentos de encuentro y desencuentro conmigo mismo en el proceso de adaptación concluí que Alemania como sociedad puede llegar a ser muy fría: como el ver a un anciano degustar una taza de café acompañado tan sólo de la soledad en la cafetería de la plaza central de Hanóver; sin embargo, Alemania puede llegar a ser una sociedad cálida: como el sentarse al lado de ese anciano y compartir con él no sólo un café, sino el sabor de una plática, con el riesgo de recibir varios rechazos antes de lograr la primera plática.

Conforme más me desenvolvía en esta nueva tierra (laboral y socialmente) sabía que la elección de integración era mía y que al menos tenía que darle la oportunidad a esta nueva

sociedad de mostrarme como soy y darme a mí la oportunidad de aceptarlos como eran. Simplemente somos diferentes, de esas diferencias aprende uno del otro y sobre esa nueva base de conocimiento se van a ir construyendo las relaciones dentro de la sociedad de sociedades.

“Sociedad de sociedades” es como definí a Hanóver desde el primer momento en que la conocí, como sucede en muchas otras ciudades de Europa, hay una diversidad cultural impresionante: alemanes, chinos, hindúes, turcos, españoles, mexicanos, afganos, pakistaníes, etc... Dentro de esta sociedad de sociedades los orígenes se mezclan, se funden, se combinan como perfume en el aire.

Dentro de esta “sociedad de sociedades” me topé con tres tipos de migrantes, los describí a juicio personal como:

“*Los Desamparados*”: Aquellas personas que tenían años de vivir fuera de su país, muchos no hablaban ni alemán, sentían un sufrimiento por nadie comprendido, herméticos, esperando llegase ansioso la mano que los cobijara.

“*La Resistencia*”: Aquellos que “fundaban” un mini-país hermético siguiendo los lineamientos de su sociedad que habían dejado atrás. Vivían en Alemania pero seguían dándole la espalda, volteando su rostro y mente a su nación que un día dejaron.

“*Los Imparciales*”: Abiertos, observadores, ecuanímenes, independientes, aquellos que le dan la oportunidad a su nueva sociedad de mostrarse como son y al mismo tiempo se dan a sí mismos la oportunidad de aceptar a su nueva sociedad como es. Se desarrolla un proceso de mutuo aprendizaje.

He de decir que divagué por entre las dos primeras en mis primeros meses de vida en Alemania, sin embargo, la fase “Imparcial” fue dándose al sabor del tiempo. Hasta llegar a un cambio mucho mayor, podría decirse espiritual, pues nunca me imaginé el desarrollo humano que encontraría en mi vida fuera de México.

Tomé la decisión de mostrarme, de hablar y gritar como antes lo había hecho: a la edad de 12 años me paré frente a 300 personas en la final de un concurso de oratoria de escuelas secundarias de la ciudad potosina, años más tarde en Alemania fui hablando en diversos eventos ante la gente, declamando poesías y reflexiones por mí escritas. Mi corazón me mostró un lenguaje que va más allá de las palabras, ese lenguaje que dice que los hombres somos ante todo: hermanos.

En diferentes ocasiones hablé frente a mis paisanos y latinos con tanta entrega, que más de un alemán, ahí presente, llegaba a decirme —gracias... yo no sé hablar español, pero al escucharte siento tus sentimientos a través de la energía que entregas, la forma en que hablas me da emoción ¡muy bien!— Esas palabras era el lado oculto que creemos que los alemanes no tienen, pero me habían expresado abiertamente sus sentimientos, eso para mí era un gran logro y me lo repetía una y otra vez: la sociedad alemana se estaba “abriendo” ante mis palabras.

Decidí tomar un riesgo mayor e hice que mi corazón hablara en alemán: En mayo del 2009 parado frente a 120 personas en el centro cultural más importante de la ciudad “La Casa Leibniz” presenté el libro que escribí como proyecto personal: “Líneas de Vida”, libro de reflexiones para la vida. Aunque el libro lo escribí en español, le di su lugar a la sociedad hanoveriana presentándolo en alemán. Para mi sorpresa fue todo un éxito y muy gratificante a la vez, pues es difícil expresarse en alemán, pero al parecer había rebasado la frontera y ya no había límites, para los alemanes presentes fue una experiencia jamás antes vista, en ellos surgieron emociones humanas escondidas, saborearon lo dulce de una palabra que nace del corazón; lo sé porque ellos mismos me lo dijeron. En ese momento supe que uno puede ser partícipe del desarrollo humano sin importar el idioma, ya que el corazón habla solamente un idioma.

El libro lo presenté de igual manera en mi ciudad natal potosina y mis paisanos me mostraron que tratándose de cosas del alma, México tiene mucha energía; al llegar a tocar puertas me abrieron calurosamente su corazón y en tan sólo dos semanas preparé en el teatro de La Paz de la ciudad de San Luis la mejor presentación que he dado en toda mi vida desde la edad de 12 años y eso se lo debo a mi gente potosina. Eso me enseñó que aunque mi México tenga sus diferencias, sus rasgos sociales, sus grandes y múltiples problemas, hay algo que lo mantiene respirando: el corazón del espíritu de su gente.

México me dio un sentimiento que palpita día a día: esa pasión por la letra y el habla; Alemania me dio el contraste para dar pasos firmes a expresar lo que mi corazón tiene que decir sin ningún límite y rebasar fronteras.

Un Cambio lleva intrínsecamente un proceso de adaptación, si eso no ocurre se convierte en resistencia.

“Ecuación del migrante.– Alemania es distinto a México y México ya no es el mismo de antes: Si resto ambas cosas descubro un nuevo camino (adaptación); si las sumo, me hundo en el abismo (desintegración).”

Dejé nacer al niño que traía dentro reprimido por los “sentimientos encontrados” y fue cuando comencé a caminar, llorar de alegría y no de tristeza, reír, tropezarme, gritar, pelear, buscar, explorar, aprender; así, poco a poco, me fui descubriendo a mí mismo en esta nueva tierra donde se mezcló mi historia para dar paso a otro capítulo en el nuevo amanecer, abrazando la libertad, porque ya no era el mismo, era de aquí, era de allá, era de todos lados, era mexicano y también hano-veriano...

Todo se torna blanco nuevamente, voy regresando de la voz del recuerdo, el tiempo se llama presente y el pasado de mis pensamientos ha quedado atrás. Me encuentro sentado en una banca al lado de un mariachi, festejando la independencia

de México en un restaurant-bar en el centro de la ciudad, afuera el calendario dice —es la noche del 12 de septiembre del 2009 en Hanóver, Alemania—; adentro el tiempo es relativo, para todos los aquí reunidos era dieciséis.

“Plegaria de los Poetas Muertos” lo había escrito y declamado esa noche en conmemoración a dicho evento, pero además fue mi regalo para ellos: mis paisanos migrantes, como símbolo de la libertad humana que todos buscamos.

Recogí mi chamarra, me despedí y caminé hacia la puerta, me detuve un momento, regresé mi vista a la bandera mexicana que yacía al final del pasillo y en ese momento un pensamiento me asaltó:

—¿Viva la independencia?— me pregunté.

—México sigue viviendo su proceso de integración desde hace casi 200 años— respondió la voz de la razón.

—La madre tierra nos ve a todos por igual, a los ojos de ella todos sus hijos que la habitan son migrantes, en búsqueda del verdadero significado de la libertad: la unidad entre los humanos— respondió la voz del corazón.

Estaba en casa.

## Epílogo

*Plegaria de los Poetas Muertos*

Autor: El Escribano / 12 Septiembre 2009

Creo que eres mía,  
me lo narra la historia.  
En algún lugar de sus hojas,  
dice, estás escrita en letras rojas.

Creo que eres mía,  
eso me dice esta fecha fija.  
Me lo canta una campana,  
te dibujan los colores en papel o manta.

Creo que eres mía,  
creo que eres mía,  
creo, pero...

... tan sólo ayer no te veía,  
quizá hoy te conozca y seas mi amiga,  
quizá mañana sea una despedida.  
¿Dónde estuviste ayer?  
¿A dónde vas cada día?

¡Ven! y no te alejes de mí,  
abrázame con tu compañía.  
Te siento perdida,  
me alejan estas cadenas frías.

Te respiro al sabor del tiempo,  
y te desvaneces al exhalar el recuerdo.  
El aire me dice que existes tan sólo  
ahí, donde todo es eterno,  
en el corazón, templo de tu misterio.

Eres la nota del concierto de la vida,  
la prosa muerta de la leyenda perdida.  
Eres el grito de dolor,  
que se ahoga en la tristeza de los ríos de ilusiones  
Eres la soledad que acompaña al soldado,  
quien te cambió por un arma, cargando a espaldas el orgullo  
de naciones.

Eres la voz del poeta  
de aquel que dejó su rostro en la arena,  
por querer pronunciar de ti cada palabra.  
Al sentirte perdida; se hincó, lloró  
y sonrió tu última plegaria.

Cantamos lo enseñado y hoy decimos: "Creo que eres mía"  
! ja!, me río ante esta ironía, que hipocresía,  
yo sólo veo un mundo loco hoy en día.  
Me está consumiendo esta agonía,  
de no poder pronunciar tu nombre y hacerte mía.

La historia fue un sueño,  
y esta realidad, una pesadilla.

Por momentos:  
Extiendo mis brazos y acaricio tu cuerpo,  
levanto mi rostro y contemplo tu firmamento,  
respiro la vida y saboreo tu perfume fresco

Es lo que camino al día, lo que refleja mi vida,  
por eso hoy, quiero que seas mía  
para siempre, mi eterna amiga.

El aire dijo que es el corazón el templo de tu misterio,  
¡Hoy, te lo entrego!  
Que palpite con tu respiro,  
que deslumbre con tu brillo,  
y sentir así que en verdad ya eres mía,  
gritando eternamente tu nombre: ¡LIBERTAD!

